JOAN LLENSA

La CARNICERA

UN OSCURO THRILLER PSICOLÓGICO CON UNA PROTAGONISTA INOLVIDABLE

LA
CARNICERA

JOAN LLENSA

Título: *La carnicera*

Del diseño de la cubierta: Sol Taylor

Primera edición: mayo de 2020

Inscrito en el Registro de la propiedad intelectual de Girona

ISBN: 9798642445969
Sello: Independently published

A Pili, Ivan, Linnette y Max.
¡Juntos somos invencibles!

Tres personas pueden guardar un secreto,
si dos de ellas están muertas.
BENJAMIN FRANKLIN

Hay heridas que en vez de abrirnos la piel,
nos abren los ojos.
PABLO NERUDA

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

1

Su madre la miró con firmeza como si ella fuese la causa del desagradable hedor. Siempre lo hacía. Le clavaba esa gélida mirada como si fueran cuchillos acusadores que le cortaban la piel rasgando su interior. Se quedaba quieta y agazapada, casi sin respirar y le lanzaba el descubrimiento esperando una reacción.

La niña dirigió la mirada al cubo de basura y vio que los restos de la cena del día anterior asomaban por encima.

—Ahora cuando salga tiraré la bolsa, mamá — se defendió la pequeña mientras se terminaba el último bocado de una tostada ya fría. Entendía bien el significado de aquella oscuridad.

—Así me gusta, preciosa —sonrió de lado—. Si ayudas a mamá Dios te lo recompensará algún día. Yo lo haría, pero me duelen las articulaciones. Ya lo sabes… Y mastica bien la comida, ¿quieres? —añadió.

Nadie le llevaba la contra. Aunque cambiara el estado de ánimo o pasara de la calma más absoluta a la rabia más cruel, la niña había aprendido a callar y responder con calma. Quizá fuera por el miedo que le atenazaba el alma. Podría pasar por un personaje de cuento. Era alta y delgada, de rostro huesudo envuelto por un pelo negro y unos ojos castaños que se oscurecían cuando estaba de mal humor.

Su madre hacia mucho tiempo que había dejado de trabajar. Por los dolores. Antes era limpiadora municipal. Pero en cuanto empezó a sufrir los ataques de ciática todo cambió. Por los dolores. Ella decía que era cosa del diablo, que se la estaba comiendo por dentro. Pero el verdadero demonio, sin tener en cuenta su propia mente, era su nuevo novio.

La niña lo había descubierto hacia ya dos meses. Cuando su madre lo trajo por primera vez a casa vio en sus ojos algo tan malo y oscuro que no se atrevió a abrir boca. Incluso le pareció que un sabor a azufre afloraba en su garganta. Un olor a cenizas mojadas. El hombre, que se presentó cómo Pablo Estrada dijo ser un comercial de aparatos electrónicos del tipo maquina de zumos, trituradoras, cortadoras eléctricas de embutidos, etcétera. Se suponía que viajaba de pueblo en pueblo camelándose a las amas de casa, a las que aseguraba que facilitarían la vida.

La única vida que facilitó fue la suya. Presumía acerca de su facilidad por conectar con sus clientes a diferencia de sus compañeros de profesión, quienes

vestían con traje y corbata. Como Hombres de Negro, según ellos. Como enterradores, según Pablo.

Pero Pablo tenía un estilo muy diferente. No se preocupaba en adquirir un aspecto limpio y agradable. Él decía que la realidad acercaba a los clientes. Que se fiaban más de un semejante a ellos que de una fachada falsa y trajeada. «Una serpiente trajeada», decía. Sus tejanos y camisa a cuadros eran un atuendo digno y llamativo que le aseguraba unas ventas consistentes.

No tardo ni una semana en empezar a quejarse de todo y por nada.

Comenzó saliendo por las mañanas a recorrer carretera (en realidad recorría los bares) y regresaba sin una sola venta (pero cargado de alcohol).

Poco a poco se iba acomodando a la vieja butaca del salón. Le creció el pelo y lo mantenía desaliñado. Se le cubrió el rostro de una sombra oscura, como púas de un cactus. Y así, pasó a convertirse en un mueble más de la casa. Eso sí, la diferencia era que este poseía el don del habla para exigirle a su mujer una cerveza tras otra.

—Mamá —llamó la niña—, ¿puedo salir al parque un rato?

—¿Al parque? —respondió preguntando el mueble cervecero— Tu lo que tienes que hacer es ayudar más a tu madre, que ya está muy vieja y no da la talla.

Su risa grave y dura recorrió el salón como un terremoto. La niña no respondió. Había aprendido que era mejor no decir nada. Pero su madre no pudo contenerse.

—Deja a la niña en paz —sopló—. Bastante que me

ayuda en todo lo que puede.

Se arrepintió en el mismo momento de decirlo. Su rostro palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver venir lo inevitable.

—¿Te estás atreviendo a llevarme la contra? —Se levantó él de la butaca y fue andando hacia ellas ladeando la cabeza hacia la izquierda, lamiéndose el labio superior y arqueando las cejas hacia arriba—. ¿Acaso me tomas por un mentiroso?

—No, Pablo. No, no digo eso —su rostro palideció unos cuantos tonos más cual nieve y sus ojos le imploraron clemencia. Con el brazo apartó a la niña poniéndola detrás de si, diciéndole en voz muy baja—. Ve al parque, cariño. Pero no vuelvas muy tarde —apremió a la pequeña empujándola en dirección a la puerta—. Corre.

La niña salió disparada.

—Eso es, pequeña zorrita —gruñó alterado el padrastro—. Más vale que te vayas. Tu madre y yo debemos aclarar unas cosillas que por lo visto no tiene claras aún.

La pequeña no quería girarse.

No ver lo que sucedía no lo eliminaba. Seguiría pasando. Una y otra vez. Pero le otorgaba cierto don, como una súper heroína. Sin embargo, no era tan poderosa. Su cabeza se giró lo justo para ver como la mano del mueble cervecero se lanzaba a toda velocidad hacia el rostro pálido de su madre. Ésta salió disparada a un lado, flotando en el aire lo que parecían segundos a cámara lenta. El cuerpo, golpeándose contra el armario de la vajilla, se fundió en una mezcla de cristales, madera y sangre.

Era demasiado.

La pequeña empezó a llorar y gritar. Dejó de ver por dónde iba, dejó de sentir la temperatura exterior y dejó que su pulso golpeara su pecho como su tuviera caballos en su interior. Corrió tanto como pudo hasta que el dolor de sus piernas la obligó a detenerse.

No estaba en el parque como le había dicho su madre. Había salido en dirección contraria. Se enjugó los ojos y se sonó la nariz con la camiseta. Miró alrededor. Había huertos y campos de cultivo. Se encontraba más allá en el bosque.

Se vio a si misma correr adentrándose en el arboleda y llegar a otro lugar, otro pueblo. Quizá las buenas personas existieran más allá. Alguien le echaría una mano. Podría ponerse a trabajar para un medico rico. Podría ser la cocinera, lavarles la ropa o incluso cuidar de sus bebés.

Podía verse con claridad llevando una vida que sería lo contrario a como era ahora.

Pero ¿podía dejar a su madre?

No. La respuesta era no. Y menos si debía dejarla sola con ese hombre. Aunque a veces fuera mala con la pequeña y no la tratara del todo bien, era culpa de los dolores que le quitaban la felicidad.

Entonces lo vio claro.

Si, pensó que podría convencerla para que se marchasen las dos.

Lo que vendría, sin embargo, sería mucho peor.

JUEVES, 30 DE AGOSTO

—

ANNA

2

La anaranjada luz procedente de las farolas se refleja en los adoquines negruzcos del suelo. Todavía falta para que el sol despunte en el firmamento, pero Anna

ya ha llegado a la tienda. Le gusta ser la primera. De hecho, no recuerda día en el que no lo hiciera. Levanta la cabeza y mira a lado y lado de la carretera como si fuera a aparecer alguien. Introduce la llave en el cerrojo del portón, abre la puerta para el personal que hay justo en medio y se cuela en el interior de un salto.

El olor en el ambiente tiene la mezcla entre desinfectante y carnaza. Algo de lo que no termina de desprenderse nunca. Es la zona de carga y descarga, la cual esta separada por unas cortinas de plástico en forma de tiras gruesas de la de despiece. Al otro lado, en paralelo, se encuentra la tienda donde recibe a los clientes y, justo detrás, la trastienda con una pequeña cocina y sala de estar.

Tras encender las luces, Anna recorre el espacio hasta las taquillas, en una pequeña sala a la derecha de la entrada. Se pone una camisa blanca larga hasta media rodilla con pliegues en las mangas y un bordado azulado en los hombros. Después se coloca la cofia en la cabeza teniendo especial cuidado en que no le salgan los cabellos. Aunque siempre se le escapan unos mechones ondulados y negros como la noche a ambos lados.

El sonido de los motores de las cámaras frigoríficas y los compresores es su única compañía. Tienen dos cámaras que en realidad son dos habitaciones pequeñas y un congelador del tipo baúl donde dejan los encargos: platos precocinados y piezas listas para que los clientes se los puedan llevar. Mira el baúl como si este fuera a decirle algo. Le da un brinco el corazón. Se dirige a él, despacio, y lo abre. Un escalofrío le recorre el espinazo y los ojos se le

humedecen un poco como si recordara algo que pretende olvidar. Lo cierra y se gira. Quiere alejarse del inesperado frío.

Una vez en la trastienda, Anna se acerca al transistor y lo enciende. Sube el volumen y deja que la música llene la estancia. Es pronto, pero la emisora ya pone una selección animada que le hace moverse al ritmo.

Anna empieza la preparación con las piezas más grandes y las coloca en el mostrador de la tienda. Se asegura que el cristal está perfectamente limpio y que refrigera correctamente. Deja lo justo y necesario. No le gusta llenarlo para no saturar a la clientela. Unos bistecs de primera, entrecot, lomos en caña listo para cortar y pollo troceado en la parte derecha. Al otro lado, una selección de hamburguesas de diferente materia prima, tamaños y gustos. Encima de esta, una estantería con las piezas enteras de conejo y pollo. Y en la otra mitad del mostrador yogures, quesos y demás derivados lácteos junto a embutidos de producción local. La proximidad es muy importante para los clientes. En la parte superior hay una barra de acero que recorre la tienda de punta a punta. Anna cuelga de ella los fuets, longanizas y butifarras que desaparecerán en cuanto abra. En el mostrador central, junto a la caja registradora, coloca dos bandejas de mimbre y las rellena una con chicharrones y la otra con huevos.

Sin apenas darse cuenta se sorprende que el reloj de agujas de la pared maque las 8.50 Diez minutos para abrir. Se asegura que está presentable y que no se ha manchado. El espejo le devuelve una mirada almendrada y una ligera sonrisa. Es el

momento de abrir.

—Buenos días, niña —saluda la anciana recién llegada con un reflejo violeta que deslumbra las paredes.

La señora Engrasi tiene un pelo blanco cortado con estilo desaliñado y teñido con reflejos violeta y morado. En la parte superior de la cabeza, un gran mechón repeinado hacia atrás a modo de cresta, le da un aire presuntuoso.

—Buenos y frescos, señora Engrasi —Anna sabe que ha llegado el momento de fingir—. Ya pensaba que se habría dormido hoy.

—¿Y librarte de mi presencia? —su nariz afilada parece estrecharse y se le forman unas arrugas a ambos lados—. Eres una afortunada.

—Doy gracias a Dios por ello —responde con sorna.

—En cuanto he visto que abrías, me he dicho: ésta es la mía. Ya sabes que odio tener que esperar a que me atiendas cuando esto se llena.

—Hablando de atender —decide cortarla—. ¿Qué desea que le ponga hoy?

—Un pollo especial, de esos amarillos criados con maíz de verdad que me gustan. Y despiézamelo.

Anna entra en la cámara de detrás y regresa con un pollo en las manos. Y justo antes de ponerlo en la tabla de cortar se lo enseña a la anciana.

—Ve, de la granja y criado solo de modo artesanal, en grano y sin piensos de engorde ni antibióticos.

—Puede que a los turistas les asombre tu

teatralidad, pero aunque quisieras no podrías engañarme a mí como a ellos, niña.

«¿Engañar a los clientes? ¿Pero qué se ha creído?». Los labios de Anna se aprietan con fuerza y se muerde el labio. Alza el cuchillo y agarrando fuerte la cabeza del pollo lo separa de un solo golpe certero.

—¿Y así qué? —pregunta incisiva después del golpetazo—. ¿Todavía no te has decidido?

—¿A qué se refiere? —interroga conociendo a la perfección lo que le va a decir.

—¿A qué va a ser, niña? —su voz se vuelve más afilada—. Seguro que sigues sin portarte como debieras, eres la comidilla del pueblo. No se a que esperas. Tanto tiempo juntos y… bueno, quizá tengas otro defecto más grande ahí dentro…

—Señora, Engrasi —contiene la ira que empieza a subirle desde el estómago y ahoga su garganta—. Algo así no debe surgir sin buscarlo. Hay que planearlo y tener claro. Estamos hablando de una vida.

—¡Pamplinas! ¿De dónde has sacado esa absurda idea? ¿De los libros que lees?

—¿Y qué tiene de malo creer en el fruto del amor?

—Niña, cuando yo era joven esos libros se vendían en las gasolineras por algo. Los hombres conducían y las mujeres ahogaban su triste existencia entre palabras de color rosa soñando en bodas blancas y críos de mejillas sonrojadas.

—Y yo que pensaba que se debía a otras cosas…

Finge otra sonrisa. Aunque sus mejillas han cambiado de color y se muerde el labio para reprimir

una ofensa verbal.

—Déjate de libros e historias de cuento de hadas y céntrate en Carlos. No es un príncipe azul básicamente porque no existen, pero es majo y su familia tiene dinero a capazos. Si no le das un hijo tú, que no te extrañe si termina dejándote y se busque otra. Cosa que no tardaría en conseguir.

—Aprecio su consejo —miente con la mueca forzada que comienza a dolerle mientras golpea cada vez con más fuerza con el hacha de carnicero—, pero estoy bien así. Estamos bien así —rectifica.

—No te engañas ni a ti misma —suelta una risa diabólica y sus labios se doblan de oreja a oreja. Anna entra en estado de ebullición—. Se que no eres tan buena como quieres aparentar. Te he visto cuando abres, cómo te mueves y como tus ojos se pierden por las esquinas. Siempre estás alerta, Anna.

Coloca los trozos de pollo envueltos en una bolsa ecológica vegetal. Y aunque no responde a Engrasi, ésta se anima para seguir provocándola.

—Un día bajarás la guardia y entonces ya no habrá marcha atrás. Todos sabrán tu secreto.

—¿Algo más? —pregunta Anna, pero suena como una exclamación.

Un silencio incomodo planea en la tienda.

—Ponme doscientos gramos de jamón dulce, queso y unos chicharrones.

Anna lonchea el jamón y prepara el embutido que la señora Engrasi le ha pedido sin decir nada. Se centra en el único deseo de que salga por la puerta y perder de vista ese vejestorio irritable. Pero ella, lejos de achantarse, sigue hablando del tiempo, de las

fiestas, de los vecinos…

—Por cierto, niña —se golpea la frente con la palma de la mano como si de golpe recordara algo—. Necesito canelones. La semana próxima vendrá mi hijo con sus pequeños. Y esperan con ansias que les llene la tripa con esas pequeñas delicias de antaño. No me fallarás, ¿verdad?

—Dígame la cantidad que crea oportuna y me ocuparé personalmente de que se convierta en la anfitriona perfecta.

—Y pensar que ya podrías ser madre… —ataca de nuevo—. Al final se te pasará el arroz.

—No se preocupe, Engrasi. Todo ocurre cuando debe ocurrir.

Se le pasa por la cabeza infinidad de cosas que le gustaría que le pasaran a esa gallina desplumada. Pero la anciana achica los ojos y decide escupir un poco más de ácido. Siempre aferrada en convertir a la carnicera en el centro de la diana de sus acometidas.

—Otra vez con las filosofías de esos libros para fracasados. Solo escucha el consejo de una vieja sabia. Si dejas el arroz demasiado tiempo en la despensa, se estropeará. Los piojos se lo comerán. No querrás esto para ti, ¿verdad? ¿Quieres que te coman los piojos?

Anna se apresura en introducir el resto de la compra en la bolsa de tela de la señora Engrasi. Repite en voz alta el importe total que muestra la máquina registradora en números rojos.

—Desde la muerte de tu suegra que te has hundido más en ti misma —no se da por satisfecha y arremete sin cesar—. ¿Acaso no ves que te estás ahogando?

Anna recoge el dinero que la anciana deja en el mostrador sin apartar la mirada afilada y le devuelve el cambio.

—Fue muy duro. Y Carlos lo pasó muy mal. Pero el tiempo ayuda —intenta apaciguar bajando el tono.

—Lo que ayuda —dice Engrasi abriendo la puerta principal—, es tener un hombre que te acurruque cada noche y te mantenga, niña. Y si no lo distraes tú, otra lo hará.

No responde. Con lo cual la anciana se anima.

—Por cierto, ¿no está por ahí Abelino? —alza la voz un par de tonos al tiempo que echa un ojo hacia el umbral de la trastienda.

—No —responde con sequedad—. Hoy estará todo el día fuera.

—Ese hombre sí que sería un buen partido par mí. Con lo sola que estoy desde que enviudé puede que tenga que camelármelo. Le prepararía unas buenas sopas calientes y dejaría que él me calentara la cama —sonríe y se tapa los labios como si de verdad le diera un poco de vergüenza haberlo dicho en voz alta. Pero no aparta los ojos del fondo esperando a que Abelino salga dispuesto.

No ocurre nada.

El aire que llega del exterior es frío, pero Anna siente un calor enrojecido en la cara. Se obliga a tomar aire y respirar.

Uno, dos, tres… Inspira.

Uno, dos, tres… Exhala.

Uno, dos, tres…

—Que tenga un buen día, señora Engrasi —recibe como única respuesta.

No es hasta que la pierde de vista calle abajo que se le borra la falsa sonrisa del rostro. Dios. Esa anciana es agotadora.

El día transcurre con bastante normalidad desde entonces. Los clientes entran, piden y hablan de sus preocupaciones. Anna siente que es como una especie de psicóloga. Corta, parte y sirve. Y de paso, escucha, aconseja en la medida que puede y se vuelve confidente. La mayoría de los clientes hablan entre ellos, pero se sienten satisfechos cuando ella les da la opinión.

3

Ya de camino a casa tras recoger y limpiar la tienda, se percata de que la temperatura ha descendido bastante. Mira el cielo sin nubes y distingue las estrellas brillando en el firmamento. La calle Sant

Antoni es muy estrecha con pisos que se alzan a ambos lados. Recorre el corazón del pueblo como la arteria principal. Tiene el encanto de lo antiguo, como si te envolviera y te hiciera sentir más pequeño.

Una repentina corriente de aire fresco la lleva a otro lugar en su mente. Le muestra los balcones, decorados con arbolitos y luces de colores tintineantes. Los adoquines del suelo están húmedos. Se llenan de escarcha. «Hoy va a helar», piensa, «La navidad está a la vuelta de la esquina». Todo pierde su color. Y sucumbe al blanco.

Cierra fuerte los ojos, se sacude las reminiscencias navideñas y sigue el camino. Abandona la calle y se queda un instante en la intersección. La plaza Mayor, a su derecha, está vacía. Ningún niño juega al balón ni al pilla-pilla ni al escondite. «Lo más seguro es que estén en la piscina aprovechando las últimas horas de sol», piensa. Este año lo está sintiéndolo más fuerte, incluso han anunciado una ola de calor sahariano para dentro de unos días. Piensa: «¿Será el cambio climático?». Aunque parezca que a la gente no le importe demasiado.

La gente del pueblo es buena. Siempre y cuando estés dispuesto a que el chafarderío no te afecte demasiado. Es difícil mantener a raya un secreto. De igual manera que lo es salvarse de un rumor. Anna se abraza y aprieta la fina cárdigan de verano antes de seguir el camino a la izquierda.

Ahora el camino está resguardado por unos árboles que se alzan majestuosos y entrelazan sus ramas en lo alto. Esta calle es preciosa, con sus casas de lujo y el paseo que te transporta a un cuento de los hermanos Grimm. Anna respira el aire almizclado que

llega directamente de los Pirineos y deja que sus ojos se paren en la fachada de la casa que asoma. Recorre con la mirada cada una de sus ventanas sin detener el paso. Tiene la sensación de que algo se mueve en el interior y de que las luces se van a encender de un momento a otro. ¿Una sombra? «No es posible», se dice. «No hay nadie. Ella ya no está». ¿Esta era la casa de su amiga? ¿A la que no ve desde hace tantos años?

Siente una repentina confusión en forma de vértigo. Aún así, Anna acelera el paso y se apresura en llegar a su casa. La siguiente que asoma.

La entrada a la residencia está custodiada por dos enormes pilares de piedra volcánica, muy habitual en la zona, unidos por una verja de hierro forjado. Desde allí, un caminito de grava se adentra en la propiedad hasta la gran casa oculta desde la calle por frondosos robles. Es, con casi total seguridad, la más deseada del pueblo. Un edificio señorial de dos plantas más un ático. La construcción es rectangular con grandes ventanales enmarcados en cornisas como las que se elevan hasta el techo. Protegiendo la propiedad, las estatuas de piedra asoman vigilantes en cada esquina. A Anna le gusta mirarlas y que el sonido de sus pisadas con los guijarros del caminito la acompañe hasta la entrada. Introduce la llave en una puerta de madera noble tallada con relieves en forma de hiedra. La empuja hacia adentro y un chirrido le da la bienvenida.

Se quita el cárdigan y lo cuelga en el perchero que hay en la izquierda, justo detrás de la puerta. Un recibidor acondicionado con un espejo de cuerpo entero decorando la entrada la espera. A su madre no le gustaban —los espejos—, pero a ella le encantan.

Aunque no puede decir lo mismo del reflejo. Se quita los zapatos, se calza unas zapatillas y se dirige a la cocina.

Un pasillo central conecta las estancias de la parte inferior. A la derecha el salón comedor rodeado de dos grandes armarios de madera de secuoya, una chimenea en el lateral y la enorme mesa central con sus sillas alrededor, también de secuoya. Al otro lado, y separado por un pequeño baño, la gran cocina reformada por completo con cierto encanto. Anna mezcló un diseño más actual que el salón pero sin perder la esencia de lo rústico. Se siente satisfecha con el resultado. Es tan grande que pudo incluir un sofá con mesilla de cristal. Un rincón encantador. Desde allí, dando visibilidad y salida al jardín, unas grandes cristaleras recorren la pared entera. En la planta superior de la residencia, a la cual se accede por unas escaleras también de madera, se distribuye el espacio entre cuatro habitaciones de un tamaño considerable, una sala de lectura que hace de biblioteca y un baño gigante con todos y los mejores accesorios. El ático, que se usa de trastero, ocupa la superficie total de la que sería la tercera planta.

Anna se pone el delantal y le da al botón de la radio. La música llena enseguida el silencio de la casa. Es su mausoleo. Abre los armarios y la nevera y dispone encima del mármol negro los ingredientes para la cena; seitán, avena, puerro, avellanas y unas hojas de albahaca. Va pesando cada ingrediente y lo echa en la trituradora. Cuando la masa tiene la consistencia que desea (ni muy picado para que no se convierta en puré ni demasiado poco y que sea poco manejable), la reserva en un bol bien tapado y lo reserva en la nevera.

A continuación, corta calabaza en dados pequeños y pela unos ajos para terminar laminándolos. Prepara una sartén con un poco de aceite de coco y sofríe la calabaza. En cuanto está tierna, añade el ajo y sofríe unos cinco minutos más hasta que se dora el ajo. Le echa una pizca de sal cuando en la radio suena la canción *Bad liar* de Imagine Dragons que le gusta mucho. La letra la incomoda y hace sentir satisfecha a partes iguales. Cómo le gustaría gritarle al mundo que su vida es una mentira y a la vez sabe que no puede hacerlo.

Corta unas rodajas de berenjena y las fríe hasta que están doradas. Saca la masa de la nevera y las forma en porciones con forma de hamburguesa. Las dora en la sartén.

Para acabar, sirve las hamburguesas de seitán con las rodajas de berenjena braseada y la calabaza acompañado de una abundante ensalada. Se sirve una copa de Perpetual, un vino tinto certificado para veganos que le encanta. No le importa pagar los casi sesenta euros por una botella. De hecho, Anna tiene una pequeña bodega con bastantes y variados vinos de calidad.

Tras limpiar todo, Anna se asea y se pone el pijama. Ya en la habitación, se asoma en la cristalera y observa el exterior. Las estrellas brillan con fuerza en lo alto. No hay humedad y la visibilidad es clara, precisa, limpia.

Más allá de los árboles distingue la silueta de la casa de al otro lado. La visión es perturbadora y oscura. Como algo falto de vida. Siente un escalofrío recorriéndole el espinazo. Se agita incomoda. Cierra las cortinas para distanciarse de los pensamientos y el

frío interior, y se mete en la cama.

Se arropa con la colcha roja y coge el libro que hay en la mesita de noche. Tiene las tapas desgastadas y arrugadas, un sacrilegio para los amantes a la lectura, pero lo está releyendo por enésima vez, y el deterioro es inevitable. Se trata de Las vírgenes suicidas de Jeffrey Eugenides. Un relato perturbador donde las normas estrictas, las apariencias y el deseo a la libertad se dan la mano de una manera que parece irreal.

Se sumerge entre las páginas como una posesa hasta que los ojos se le cierran y el cansancio se vuelve evidente. Cierra el libro y lo deja en la mesita. Coge el teléfono móvil y mira la pantalla. Nada. Se va a la cuenta de correo y abre. Sin mensajes. Devuelve el aparato a la mesita, apaga la luz y se acurruca en la cama.

Cierra los ojos cuando un cosquilleo la hace temblar. Igual que si el frío de los Pirineos hubiera bajado y le hiciera compañía, como si se tratara de una pareja invisible que yace justo a su lado. Levanta las rodillas y pone sus manos entre las piernas para intentar darse calor.

De sus ojos desciende una lágrima y como si se tratara de la moneda que uno lanza a una fuente formulando un deseo, Anna hace lo mismo. No es valiente como las protagonistas de la novela. Ni tiene la convicción de poder serlo jamás. Por eso mismo espera que si Dios existe de verdad la escuche y se apiade de ella. Desea más que nada que mañana por la mañana cuando salga el sol ella pueda descansar al fin y su corazón haya dejado de latir.

VIERNES, 31 DE AGOSTO

—

ANNA

4

Los contenedores de basura orgánica están tumbados por el suelo. Las bolsas negras desgarradas, abiertas en canal por alguna alimaña que habrá bajado de los bosques y ha rebuscado en su interior. Huelen los restos a centenares de metros. Ahora también los huele Anna. Esa podredumbre le recuerda a algo enterrado en su memoria. Alguien solía decirle que cuando el hedor a putrefacción te asalta puedes considerarlo un mal presagio, la señal inequívoca de que algo malo está por llegar. «Las viejas son mujeres sabias», piensa. Hace una mueca. No puede evitar que la imagen se le incruste en el cerebro; espinas de pescado, huesos, cáscaras de huevos, restos de verduras y la cabeza solitaria de una muñeca. «¿Dónde estará el resto?», se pregunta.

El rugido de una moto la devuelve a la realidad. Es

Pau, el vecino de al lado. Hace unas semanas que se compró esa moto, una Kawasaki, se dice. Anna levanta el brazo y lo saluda enérgicamente. Le gusta ese hombre. No como pareja, claro. A sus treinta y nueve años sigue viviendo con Paulina, su madre. Y no parece que tenga la intención de marcharse. Algo que, a ella, la madre, le va muy bien, puesto que la ayuda en las tareas de la casa, del jardín… en fin, en todo lo posible. Es un buen partido. Al pasar por su lado, Pau le dedica la mejor sonrisa bajo el casco y le guiña un ojo. Anna se ruboriza y se pone algo nerviosa.

El sonido de la moto se pierde en la lejanía y la mente de Anna regresa al montón de basura. Sus ojos almendrados muestran duda. Esta pensando en recogerlo. No le gusta verlo todo desperdigado por el suelo. Se convence de que pronto llegará el servicio de recogida y lo limpiarán todo. Desestima la idea y emprende la marcha. Son las 7.10 y debe terminar de organizar la tienda. Las clientas no tardarán en personarse. Sobretodo las mayores. Siempre dicen que se levantan como las gallinas; con los primeros rayos de sol. En Aurora el ritmo de vida es tranquilo, su gente es amable y todos están dispuestos a echarte una mano en cuanto lo necesitas. Hay veces en las que esa disposición cruza el limite del chafarderío, pero es algo que ella lleva bien.

Tan pronto llega a su destino, saca los fiambres de las cámaras frigoríficas. Llenar los mostradores con las mejores piezas es algo que le gusta. Al principio de mudarme al pueblo le costó acostumbrarse. Pero Abelino, el dueño de la carnicería enseguida le hizo sentir como en casa y le ofreció el trabajo. Por aquél entonces ni siquiera sabia cortar una pieza de lomo de cerdo y mucho menos sabía lo que eran los

chicharrones. Su paciencia y esa “risueña amabilidad”, según le decía él, la convirtieron en “La carnicera”, que es como todos la conocen por aquí.

Le suena el móvil: es el clásico sonido de teléfono, de aquellos antiguos. Por tanto, es un número desconocido. Lo sabe porque Carlos, su marido, se lo configuró de ese modo; melodías de canciones para los conocidos y el clásico timbre para los no registrados. La canción de la pareja es *Nothing Compares 2U*, de Sinéad O’Connor. Deja que termine de sonar. Ni siquiera se para a pensar en quién podría ser. Ha entrado la primera clienta de la mañana y esto será un no parar. Saluda con amabilidad y empieza la jornada, pero por mucho que hable, Anna no termina de centrarse. En su cabeza sigue viendo la pequeña cabecita de la muñeca tirada entre los escombros.

5

El té helado tras la jornada laboral sienta de maravilla. Lo remueve. El tintineo del hielo contra el vaso de vidrio la anima a llevárselo a los labios. Es una de las rutinas que se le pegaron tras el último verano del 2006. Fue en unas vacaciones en la costa del Sol, en un municipio llamado Rincón de la Victoria. Anna y Carlos pasaban los días tumbados en sus arenas oscuras, bañándose en sus aguas apacibles y degustando los platos y tapas que sus habitantes se alegraban en poder mostrarles y sorprenderles. Allí, a media tarde, José, un camarero servicial y atento como el que más, la obsequiaba todos los días con un té helado y un chorrito de Martini blanco. Después, la pareja quedaba dormida en la hamaca bajo la sombra de los palmerales. Un placer que quedaría grabado en su mente; el sabor de sus vacaciones.

Durante el tercer día de visita a los lugares interesantes de la zona que les proponía José, fueron a la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, un templo del siglo XVI de planta rectangular, situada en Benagalbón. En su interior, Anna se maravilló con los murales de la Ascensión, la Natividad y la Presentación del pintor Francisco Hernández Díaz, del que se apresuró en buscar información. Lo que más le sorprendió fue que allí, rodeados por las paredes antiguas de la iglesia que los protegía del abrasador calor exterior, el fresco ambiente se llenó del sonido angelical de un piano —o quizá fuera un órgano. No lo sabia a ciencia cierta. — y Carlos se arrodilló frente a ella. ¿Lo siguiente? Una declaración de amor como

en las películas y el sí de Anna. Un sí en mayúsculas. Terminaron de pasar las vacaciones planeando el futuro como si nada pudiera estropearlo.

¿Por qué recuerda esas vacaciones ahora? Es culpa del té. Le martiriza por lo que se le viene encima. Un fin de semana sola y sin nada que hacer. Se termina la bebida dejando un hielo en la boca. Juega con él haciendo chocar con sus dientes y piensa en lo aburrida que estará.

SÁBADO, 1 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

6

Se siente aliviada en cuanto abre los ojos. Aunque la noche ha sido bochornosa y el calor pegajoso no le ha permitido dormir del todo bien, la brisa fresca del amanecer la revitaliza. No es que tenga mucha ilusión por levantarse. A decir verdad, le apetecería quedarse un buen rato más encima de la cama paseando entre la vigilia y el sueño. Imagina que el tiempo se detiene y se congela como en una fotografía antigua.

Lo antiguo no le gusta. Su infancia no fue precisamente un camino de rosas ni un paseo entre risas y alegría. Nunca fue una niña feliz —o por lo menos que ella recuerde— de esas que canturrean mientras bailan o juegan con muñecas imaginándose ser madres. Anna las rompía. Su madre no fue una buena referencia que digamos. Ella se pasaba el día lamentándose por todo y aquejándose de dolor. Un dolor de cabeza que no le permitía levantarse ni abrir los ojos unos días. Un dolor de espalda que la tenía encogida en la cama o en el sofá. Un dolor de piernas que se la comía. Un dolor de. Un dolor de.

Anna aprendió a cuidarse por si misma muy pronto. Demasiado pronto. A los diez años ya era una experta preparando algunos platos; unos macarrones con salsa de tomate, una ensalada, el almuerzo. Y aunque no fueran platos muy elaborados le bastaban para alimentarse ella y la madre, la reina del dolor. En cuanto se lo servía, la madre siempre le decía: “Eres un angelito que Dios me ha regalado”. Y Anna sonreía

con esa muestra de afecto que, en algunas ocasiones, iba acompañada de algún achuchón. Para ella era más que un premio. Suponía el despertar de una madre que le apetecería tener siempre. Y eso la empujaba a trabajar más en casa y así intentar que aflorase la madre buena y cariñosa. Con el tiempo, y con la claridad que te da la madurez, pudo percatarse de lo triste de todo y lo surrealista de la situación. Una niña no necesita ser un angelito y mucho menos debe esperar, ansiar un elogio por hacer de madre cuando no le toca. Una niña debe recibirlo sin pedir nada a cambio, sin trabajar, sin condición.

Suena el teléfono y Anna se obliga a levantarse. Esta vez mira con extrañeza la pantalla del móvil. Es el mismo numero que estuvo llamándola ayer. Deja que suene de nuevo hasta que cesa el timbre. Odia recibir llamadas comerciales. Tendría que estar penalizado o sancionado de algún modo.

«Tenemos el seguro perfecto para su hogar»

«¿Ha pensado en irse de vacaciones y dejará su casa sin vigilancia?»

«Si quiere darse un capricho, dispone de hasta seis mil euros para…».

Menuda pandilla.

Anna se despereza, deja que el aparato se canse y va a la cocina. Se prepara un buen almuerzo a base de tostadas con mantequilla y mermelada de fresas, un tazón de leche de avena y un zumo de naranja. Se sienta a la mesa y sus ojos se pierden entre las montañas que hay al otro lado del gran ventanal. Su casa —que ahora ya la considera así— es preciosa. Está asentada justo detrás de la calle Sant Antoni, en una planicie que limita hacia el borde del acantilado.

Es una construcción de dos plantas que se dividen entre cuatro dormitorios, un estudio y un baño en la parte superior, y un gran salón comedor, una cocina y un baño más pequeño en la inferior. Todas ellas con grandes ventanas y cristaleras que instaron tras las obras de remodelación. Al lado de la casa se levanta un garaje para los coches —aunque ella casi nunca conduce— y una zona para barbacoas junto a una piscina que siempre recibe la luz del sol.

En verano, a Carlos le gusta recibir amigos e invitados para pasar la tarde-noche en casa. Barbacoa, piscina y música. Un plan perfecto. Si no tienes en cuenta que se trata, en gran medida, de pijos y esnobs que solo quieren beneficiarse su dinero y estatus social.

El teléfono vuelve a sonar.

Lo mira curiosa.

El mismo número. Otra vez.

Vuelve a ignorarlo.

7

Girándose un poco en la tumbona agarra la copa de Martini blanco. Está delicioso así de fresco. Ha pasado el día dedicándose solo a ella y sin hacer nada más. En las noticias han avisado que llega una ola de calor que traerá temperaturas muy altas.

«¿Qué más da?», piensa. Es una tarde magnifica. Calurosa, pero que no llega a ser sofocante. Las pocas nubes del cielo se van tiñendo de tonos rojizos y anaranjados. El sol va descendiendo en el horizonte y con él, los árboles se disfrazan con tonos cálidos. Se agradece tener esas temperaturas. Otros años, el mes de septiembre llega con tanta lluvia y frío que uno desearía vivir en las islas Canarias donde la temperatura oscila entre unos placenteros y templados grados.

Oye el rugido de una moto y alza la cabeza. Es Pau. Siente un cosquilleo y se acomoda en la tumbona por si la ve. Su casa está justo al lado y desde la piscina se puede ver parte de la fachada de la suya. Pero no hay suerte. El sonido cesa y Anna se queda con las ganas de verlo. Su mirada escruta la casa como un depredador acecha a su presa. No percibe movimiento alguno en el jardín, ni en las ventanas. Definitivamente, se queda con las ganas. Pero aún le queda algo: su arma secreta entra en acción. La imaginación le deja verlo saludándola. Ella lo invita a que la acompañe. Se acerca con su andar seguro y la rodea con sus manos. Imagina su tacto cálido y protector recorriéndole la piel. La besa y sus labios

carnosos la encienden convirtiéndola en brasas. Hace tanto que no siente algo así. Hace tanto que Carlos no la besa como antes. Y ojalá no fuera así. Echa tanto de menos el contacto físico.

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

8

Pasaron los días y la pequeña fue perdiendo la ilusión de una fuga para ambas. Su madre se estremeció como si la niña estuviese loca y se apresuró a taparle la boca.

—No digas estas cosas —le susurró al oído—, podríamos estar mucho peor…

Pero, ¿qué significaba eso? ¿Peor? Ya bastante les costaba llevarse algo al estómago como para tener que alimentar al mueble que pasaba las horas frente al televisor viendo películas del oeste y acabando con las reservas de cerveza.

—Está bien, mamá.

Lo dijo sin más. Comprendió al fin que si tenia una

posibilidad ésta debía ser exclusivamente para ella. Y, por primera vez, se dijo que dejarla allí era la única posibilidad.

—Venga, vamos al pueblo a ver si encontramos algo.

Eso pasaba por rebuscar entre los contenedores en busca de sobras. Quizá irían al supermercado. El gerente era un buen hombre, al que le sobraban unos kilos, pero era simpático con ellas.

—Tengo algo especial para las chicas más especiales —dijo con una caja de cartón entre las manos.

La pequeña se fijó en los dedos del hombre. Parecían salchichas. Y el era lo más parecido a un cochinillo. Sonrió al imaginárselo con una manzana en la boca y tumbado en una bandeja, listo para que se lo comieran. Lo había visto en una película, una de esas comedias que echaban en la televisión. Fue cuando Pablo estaba dormido en la butaca, aplacado por el alcohol.

—Siempre tan amable con nosotras —su madre se había desabrochado los botones de la blusa y el hombre se puso rojo como un tomate.

—Y eso para mi preferida —alargó la mano y sorprendió a la pequeña con una piruleta tamaño gigante.

—¿Qué se dice? —replicó la madre.

—Muchas gracias, señor —dijo al tiempo que abría apresurada el envoltorio.

—Anda —añadió dándole unas monedas—, ve a jugar a las maquinitas mientras le doy a tu madre una piruleta muy especial.

La pequeña se fue sin saber muy bien a qué se refería, pero sabia que no debía preguntar.

Más tarde, cuando ya había caído la noche y la pequeña llevaba rato acostada, escuchó un portazo tremendo que provenía de la puerta principal.

Eso significaba que Pablo había llegado y no precisamente contento. A la pequeña le pareció poder oler aquel pestilente aliento que, como decía su madre, de embriagado y borracho.

La niña se mantuvo despierta pero muy quieta debido a los gritos y golpes. No se atrevía a moverse. Era como si al otro lado de la puerta hubiese un monstruo que la pudiera oír. Pero si no se movía… Si se mantenía casi sin respirar… ¿Podría el monstruo oír los latidos frenéticos como golpeaban?

Los ruidos eran atronadores. Le estaba metiendo una paliza brutal a su madre y ella ya estaba llorando. Pero ¿qué podía hacer? Nada. Y aún a sabiendas del resultado, hizo acopio de valor y salió de la cama. Puso primero un pie en el suelo y sintió que el frío le calaba los huesos y le subía por la pierna. Cuando puso el otro ya se arrepentía de haber dejado el calor de las mantas.

Pero no podía permanecer quieta. No.

Dio un paso.

Creía haber dejado de respirar.

Dio otro paso.

Alargó el brazo tanteando la oscuridad de la habitación.

Cogió el candelabro de metal apretándolo con fuerza.

Tenía los nudillos blancos de la fuerza que ejercía, aunque ella no lo viera.

Abrió la puerta al tiempo que su boca. Profirió un grito que desgarró la estancia y la ayudó a impulsar sus heladas piernas hacia el monstruo. Saltó encima de él, sorprendido, y lo golpeó en la cabeza con saña. Ploc. Un ruido sordo retumbó. ¿Era el ruido del cráneo resquebrajándose por el metal del candelabro?

No.

Una bofetada hizo volver a la pequeña a la realidad, y su cuerpo rebotó contra la pared de la cocina. Vio puntitos de luz recorriéndola de abajo a arriba y de lado a lado. La cabeza le daba vueltas. Las luces se movían como en una espiral.

—¿Qué pasa mocosa? —gruñó Pablo llevándose una mano en el sitio donde la pequeña le había golpeado —. ¿Acaso tienes envidia?

Dejó a su madre en el suelo. La cabeza le temblaba con espasmos irregulares. Sus ojos, entreabiertos, carecían de color. Una mancha carmesí crecía a su lado. La pequeña creyó que su madre se estaba muriendo.

—¡Déjala! Ya basta —exigió la pequeña.

—Tu vieja ya no es la que era. Ha perdido todo la gracia y aguante que tanto me gustaba. Pero… — los labios se le torcieron en una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Y con quien me divierto ahora? —se desabrochó el cinturón— ¿Contigo?

La niña no podía hacer absolutamente nada. Aquel armario levantó un brazo y lo bajó con fuerza otra vez. El contacto del cuero con la carne tierna de su brazo fue como si un relámpago le impactara en él. Sintió un calor que le recorrió todo el cuerpo. Las

primeras lágrimas de un dolor que jamás había sentido descendieron de unos ojos que no estaban preparados para lo que iban a presenciar y sufrir.

Un nuevo latigazo.

Y otro.

Y otro.

Con cada uno de ellos, su mente se hundía más en el suelo. Caía en un agujero de lodo que olía a podredumbre. Se vio morir. O quizá ya estaba muerta. Dejó de sentir los relámpagos en su piel, pero la voz de él seguía atronándole los oídos.

Le pasó por la mente el libro que leyó semanas atrás en la biblioteca. ¿Era posible que le hubiera ocurrido como aquel personaje que tras morir aparecería en un paraíso ideal? Ojalá. Pero, no. Sus visiones se acercaban más a un infierno que a un paraíso. Un lugar oscuro cargado de lamento y tormento. Un lugar del que era imposible escapar.

Aquella noche la niña aprendió que los demonios no esperan en el infierno. Los demonios están aquí, entre nosotros, ocultos bajo las pieles con aspecto humano. Caminan, hablan y se mueven como personas, pero cuando menos lo esperas se muestran en su verdadera forma. Y ella lo había descubierto demasiado pronto. Un demonio vivía en su casa y había entrado para arrebatarle lo poco que tenía.

La niña perdió el conocimiento y su cuerpo se languideció, inerte. Casi como una muñeca que sucumbe al martirio de un hermano mayor.

Aquello era solo el inicio. Ahora que el demonio se había mostrado ¿qué podía suceder? Era el preludio de una pesadilla que acababa de empezar.

DOMINGO, 2 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

9

Se apoya en la baranda de la terraza con la esperanza de percibir algo de alivio. No ha podido pegar ojo. Son las 2.05 y se siente nerviosa. En su mente se mezclan imágenes de la infancia que no quiere recordar. Le costó mucho levantar el muro en su mente y dejarlo todo emparedado y oculto. Pero cuando lo logró, sus secretos quedaron escondidos para siempre detrás. Nadie puede saber lo que hay detrás. Jamás. Anna no lo va a permitir. La cabeza de la muñeca sigue allí, golpeándole la mente con imágenes grotescas que no quiere ver. Es como un imán pegado en la puerta de la nevera recordándole las palabras de su madre: "Algo malo está por llegar. Algo malo está por llegar".

Se siente tan inquieta…

Agarra un vaso, lo llena de cubitos de hielo y después termina de llenarlo con limonada. Sale al jardín y lo

cruza. El tacto del césped en sus pies desnudos la refresca, pero no logra tranquilizarla. El camisón de seda le roza la piel como caricias de un amante invisible. Con cada paso que da se asemeja más aún a un espíritu en pena. Como si la máscara que se a puesto se le fuera a caer, como si quisiera que se le cayese de una vez por todas y acabar con ese sufrimiento que la devora por dentro.

Sigue andando hasta el final del terreno, justo donde empieza la larga caída hasta el río. Su sonido continuo y atronador logra apaciguar un poco su ansiedad y cree percibir algo del frescor que emana del agua allí abajo. Las aguas del Fluvià caen preciosas en la catarata a su izquierda bajo la luz de la luna.

Carlos hizo construir una pérgola justo allí. Fue una decisión que mantuvo en secreto. Durante las obras, Carlos le hizo creer que se trataba de una evaluación de riesgo y que un desprendimiento podría producirse en breve.

—¿Y qué vamos a hacer? —Preguntó Anna tapándose la boca al imaginar que parte del terreno se desplomase al fondo.

—Cariño —la envolvió en sus brazos—, por eso están aquí todos esos hombres. No te preocupes por nada. El capataz me ha afirmado que asegurarán todo el borde para que no exista el más mínimo peligro de derrumbe.

—Me dejas más tranquila, pero aún así… que miedo pensar que pueda caer parte del jardín.

—Eso no va a ocurrir —le dio un beso—. Te lo prometo.

Y no ocurrió.

Cuando Anna se quiso dar cuenta, una pérgola de madera se alzaba en el lugar. Ningún día se preocupó de mirar como avanzaban las supuestas inyecciones en el terreno para asegurarlo, ni miró a aquellos hombres trabajar de sol a sol.

—Pero, ¿qué es eso?

Carlos la llevó hasta el límite con los ojos tapados con un pañuelo. Sentía una mezcla de emoción y pánico. Ni en su imaginación pensó que pudiera tratarse de lo que vio.

—¡Tatatachán! —gritó como si de un mago se tratara.

La pérgola se alzaba como un mausoleo de un blanco puro. Alrededor, habían plantado lilas y pensamientos que le daban un toque de color. Seis columnas se alzaban al cielo aguantando un techo con una gran media luna en el centro.

—Es preciosa —dijo con una gran sonrisa.

—No más que tú, mi Luna.

—Me mentiste.

—Y lo volvería a hacer si eso te hiciera feliz. Ven.

Carlos la cogió del brazo y la acompañó al interior. Allí, una mesa igual de blanca que la luz, dispuesta en el centro, aguardaba con la cena. La luz de las velas que había en cada rincón convirtió en real la magia de la velada. Lucecitas danzarinas se encargaban de asegurar que todo era perfecto.

Anna se sienta en el suelo. Recordar cuando vio la construcción por primera vez le duele. ¿Por qué ha

cambiado tanto? ¿Por qué?

Sabe que no obtendrá respuesta alguna, pero aún así, permanece a la espera.

Da un gran trago y se queda con un hielo en la boca que deja fundir lentamente. Le encanta hacerlo. Se pregunta si estará condenada a no sentirse del todo bien consigo misma. A romper y destrozar la calma interior con fantasmas del pasado que luchan por regresar. Sentirse en una caída libre hasta que su cuerpo se destroza al final. Una y otra vez. Una y otra vez.

Escucha un ruido detrás de si y se gira instintivamente sabiendo de antemano de quién se trata. Es Pau. Lo ve en su terraza. Seguramente tampoco puede dormir. Siente un temblor en el estomago que se extiende por sus nalgas. No la ha visto, no sabe que está allí y tampoco puede verla. Y esto la excita. El depredador que lleva dentro se pone en guardia. Vigilante al acecho. Una bestia que lucha para hacerle perder el control y sucumbir a su instinto. El torso desnudo de Pau refleja la luz de la luna igual que el agua de la catarata. Lleva un pantalón corto, muy corto. Sus músculos, a pesar de lo lejos que están el uno del otro, se perciben firmes y fuertes. Anna quiere comprobarlo. Se muerde el labio inferior y va bajando su mano por la cintura hasta las ingles. La imaginación hace el resto.

10

Anna está anotando todo lo necesario para el banquete de inauguración en su ordenador portátil. El ayuntamiento de Olot, la ciudad vecina y capital de la comarca, ha confiado en ella para la elaboración del cáterin durante la recepción de los invitados de honor a las fiestas del Tura del año y la inauguración de una nueva ruta turística basada en los encantos de la Garrotxa. Con los escenarios reales que un escritor local usa en sus novelas. Y no puede fallarles. Habrá personalidades muy importantes e influyentes del mundo empresarial y cultural.

Es consciente de que no sería necesario que trabajara. Carlos es el dueño de una de las mejores y más importantes corporaciones de márquetin y publicidad del país y su situación financiera, muy superior a lo normal, les otorga lujos que otros solo pueden soñar. Aun así, ella no es de ese tipo de mujeres a las que les gusta ser unas mantenidas. Unas snobs o pijas de bote. Anna siempre se ha ganado el pan con el sudor de su frente y no permite que le regalen el dinero. Se toma el trabajo muy en serio. Esto la hace sentirse muy orgullosa de si misma. Aunque Carlos no lo entienda y no le guste.

—Ya me dirás porque demonios quieres ponerte en evidencia al trabajar —dijo Carlos cuando se lo propuso.

—Por hacer algo útil, ¡qué no es poco!

—¿Sabes cuantas mujeres se alegrarían de poder hacer precisamente eso? ¿Poder pasar el día organizando eventos o ir a tiendas caras?

—Yo no soy como otras, Carlos —las venas del cuello se le hinchaban al ritmo de los latidos de su corazón —. ¡Por dios! Pero si parecen figurillas de porcelana que quieras ser exhibidas. Yo no soy una pieza de colección. No quiero quedarme en casa como una amargada esperando a que me saques a lucir entre tus amiguitos.

—¿Y la solución es pasar el día en una tienda con las manos llenas de sangre?

—Por lo menos allí me siento valorada.

—¿No podrías ir a una tienda de lujo y trabajar como Personal Shopper o asesora de joyería? Incluso yo te podría dar un puesto en la empresa…

Anna se dio media vuelta sin responder y salió de casa hacia la carnicería. Ese mismo día aceptó el trabajo entre llantos. El agradecimiento por el trabajo, le dio a entender a Abelino. El dolor por comprobar como cambiaba su marido, en realidad.

Abelino fue quien le enseñó todo sobre piezas nobles, sobre la elaboración de embutidos, curación y demás. Confió en ella y, de hecho, lo sigue haciendo a diario. Cuando Anna está con las manos en los fogones o amasando mezclas de carne con especias es cuando de verdad se siente bien. En cierto modo le recuerda a cuando preparaba la comida en casa. Hace inventos y pruebas. Intenta innovar gustos culinarios que jamás han sido fusionados y se lo da —en pequeñas raciones — a las clientas para que los prueben. Y la verdad es que gustan mucho. Mezcla la típica escalibada entre la carne de ternera para hacer hamburguesas. Un buen

rustido, unos quesos, unas setas… todo es bueno si le encuentras el punto justo. Y la prueba de ello son los encargos y encargos que reciben cada semana. Incluso les visitan de los pueblos vecinos para llevarse sus delicias gastronómicas y sus platos más elaborados. Abelino está encantado. Y ella con él. Es como si fuera el padre que nunca tuvo. Un padre de verdad que la conforta y le da ánimos para seguir aumentando su creatividad culinaria.

—Abelino —le dijo ella un día—. Se me ha ocurrido una idea.

—Dime, mi niña. Si me dejas con la intriga no podré pegar ojo en toda la noche.

—He pensado que podríamos hacer una prueba.

—¿Qué clase de prueba quieres hacer, mi niña?

—Las hamburguesas mixtas las llamamos así por que están hechas con la mezcla de carne de cerdo y ternera, ¿verdad? —no esperaba una respuesta así que siguió hablando—. De ese modo se consigue una textura agradable en cuanto a estructura y deliciosa en sabor. Pero… ¿y si le añadimos un toque casero y diferente?

Tenia la atención de Abelino que se preguntaba dónde quería llegar Anna.

—Tenemos algunas piezas de pollo que no se van a vender y antes de echarlas a perder se me a ocurrido que podríamos cocinarlas al estilo rustido clásico de antaño con cazuela de barro. Una vez hecho, lo puedo deshuesar y triturar. Creo que, si lo mezclo con la carne de las hamburguesas, el sabor resultante podría ser una auténtica experiencia para el paladar. Una experiencia cinco estrellas Michelin.

Abelino la miraba sorprendido y a la vez admirado. En ese momento veía un ángel. Se preguntaba si aquella chica de ojos chispeantes y pelo castaño sería un ángel escondido en la tierra. Cuantas veces deseó tener una hija. Cuantas veces se lamentó de no poder tener descendencia. Y ahora que la vida se le acababa, Dios o lo que fuera que velaba por los humanos —si es que había algo o alguien allí arriba—, hacía realidad sus deseos.

—¿Abelino? —inquirió Anna al ver que este no respondía ni reaccionaba a su propuesta— ¿Tan mal le parece? Si piensa que no es apropiado lo entiendo. No se preocupe.

—Que va, mi niña —manifestó al fin— Estaba sorprendido con la suerte que tengo. A mi edad ya no creía que los milagros existieran. Y luego vas y apareces tú.

—¿Cómo dice?

—Digo que eres maravillosa y tienes una mente preparada para ser muy grande, mi niña —se le aguaron los ojos—. Lo vi en tu mirada en cuanto apareciste en mi vida y lo veo ahora otra vez. Tienes ese algo que convierte a las personas en especiales.

—Muchas gracias, Abelino —agradeció con un rubor en las mejillas—. Me alagan sus palabras.

—Creo que tienes un potencial mucho mayor del que se ve a simple vista. Y creo que no me equivocaría si dijera que en tu interior se esconde un ángel que lucha por salir y que estás destinada a hacer feliz a todo el que te envuelve.

Anna se estremeció. No tenía tan claro si en su interior habitaba un ángel o quizá un demonio. Había tardado

años en construir el muro que aislaba a la Anna del pasado en un rincón oscuro de su mente. Y ahora ya casi no la recordaba. Casi no se reconocía a si misma.

—Significa eso que… —rompió el silencio que se había creado entre ellos.

—Que tienes carta verde para hacer realidad tu idea. Y si logras que salga bien —puso la duda sobrevolando alrededor, aunque no creía que fallase— te daré la libertad para hacer las pruebas y cambios que te vengan en gana.

Anna chilló dando saltitos de alegría ante la confianza del carnicero. A pesar de que casi no se conocían estaba dispuesto a confiar en ella. Y no iba a fallarle. Se abalanzó y estrujó a Abelino en un abrazo sincero. Le dio unos besos en la mejilla y le susurró un “gracias” al oído que quedó grabado en el alma de él.

Esa misma tarde, cuando cerraron la carnicería al público, Anna se puso manos a la obra en la cocina de la trastienda. El aroma de la carne dorándose invadió la estancia mientras Abelino observaba absorto desde la puerta con los labios curvados en una sonrisa como la chica recién llegada llenaba de vida cada centímetro por donde pisaba. Se había puesto la radio y bailaba al son de la música mientras sus manos no paraban de trabajar. Incluso se animó a entonar alguna melodía.

Cuando hubo terminado, despedazó las piezas y las dejó en la misma cazuela de barro donde las había cocinado para que absorbieran el gusto del asado y los ajos que había quedado impregnado en el aceite.

Al día siguiente llegó a la tienda antes que nadie y se dispuso a triturar el pollo que había cocinado el día anterior. Mezcló a ojo las carnes y fue realizando

porciones pequeñas.

Cuando las puertas de la carnicería se abrieron a las clientas, un cartel hecho a mano con rubrica clásica rezaba:

HOY ES UN DÍA ESPECIAL

Y en la base, una bandeja con las mini hamburguesas que había hecho Anna.

Durante la mañana, a cada clienta o cliente que llegaba, Anna le fue hablando de las hamburguesas especiales con sabor a cocina tradicional. A los que les apetecía probar, se las añadió a la compra sin coste alguno. Así que ellos se marchaban más contentos que unas pascuas por el obsequio y ella por que pudieran probarlo.

Antes de dar por acabado el día, Anna le dio a Abelino un extracto detallando los costes de las mini hamburguesas. Y un paquetito con dos piezas que había guardado para él en la cámara frigorífica.

Abelino miro el papel y levantó las cejas en arco.

—¿Qué se supone que es esto?

—El total del importe y los gastos de las hamburguesas. Ya que las he regalado a los clientes, puede descontarlo de mi paga mensual.

—¿Y por qué debería hacer algo así?

—Porque no puede permitirse perder dinero, porque yo asumo todo el riesgo y por que le agradezco que me haya dado la oportunidad.

—No lo tengo muy claro —Abelino se frotó la

barbilla y la mirada repasó las cenefas de los azulejos de las paredes—. Si tenemos en cuenta que ayer saliste más tarde del trabajo para cocinar y si hoy has empezado antes para tenerlo todo listo… creo que aún debería pagarte algo extra. Has trabajado muchas horas…

—¡No! Eso no lo puedo permitir. Usted tiene muchos gastos que asumir y esta a sido una prueba para…

—¿Para evitar tener que tirar más carne? ¿Para intentar salvar el negocio? ¿Porque tienes un corazón que no te cabe en el pecho?

Anna no replicó. No podía.

Abelino se puso serio. Muy serio.

—Vete a casa y descansa —ordenó—. Y olvídate de cargar con problemas que no son de tu incumbencia. ¿Te queda claro? La carnicería es mía y soy yo quien decide.

—Pero…

—Y decido que no debes pagar nada —sentenció sin dejarla replicar—. Quiero que te vayas a descansar.

Así que Anna se fue. Aunque Abelino se había puesto en plan soviético, ella sabia que lo hacia para evitar entrar en una batalla verbal. Hubiera sido un tira y afloja que no ganaría. Ya se le ocurriría un modo de agradecerle la confianza puesta en ella.

Antes de salir por la puerta Anna se giró.

—¡Abelino! —gritó.

—¡¿Aún estás aquí?! —dijo mientras asomaba la cabeza desde la trastienda con las cejas fruncidas.

—Gracias —le dijo y cerró la puerta al salir.

A la mañana siguiente, los efectos del día anterior comenzaron a sentirse, a lo que Abelino llamaría: El efecto Anna.

Las clientas llegaron contentas, sonriendo con sus labios curvados de oreja a oreja y diciendo: “Jamás habíamos probado una hamburguesa tan buena”; “Tenía el sabor de los domingos de fiesta mayor, igual que antes”; “Quiero otro día especial”; “Estaba deliciosa”.

Lo más sorprendente de todo fue que ese día fue cuando empezaron los encargos y el renacer de la carnicería. Desde entonces Abelino tuvo que planificar junto con Anna un plan que le permitiera estar sirviendo en la tienda y cocinar a la vez. Algo que permitió que nuevos dependientes entraran a formar parte del equipo.

—Anna —dijo Abelino—. Eres una bendición, mi niña. Eres mi ángel.

La pantalla del teléfono móvil se enciende y vibra encima de la mesilla. Lo puso en silencio. Otro día lo pondrá en modo avión y así se asegurará de que nadie la molesta. La lista es muy importante y no quiere distracciones.

Aún así, no puede evitar dejar el portátil y dirigir su atención al iPhone.

Mira la pantalla y se sorprende al ver que se trata del mismo numero que ha estado llamando tantas veces. ¡Que insistencia! Piensa en si es posible que haya alguna emergencia. Descarta la idea enseguida. Deja que se apague la luz de la pantalla y

regresa a la lista para el cáterin.

A los pocos segundos se ilumina otra vez. ¿Porqué no lo ha puesto en Modo avión? Qué despistada. Aunque ahora no se trata de una llamada. Es un mensaje de texto vía WhatsApp. Anna clava los ojos en la cadena de palabras y se le hiela la sangre al leer lo que pone.

“¿De verdad crees que puedes
huir de tu pasado?”

Dos segundos más tarde Anna se pone a llorar.

11

¿Es posible que su pasado regrese para destruirla? La pregunta le ha estado dando vueltas a la cabeza como un buitre hambriento. Como si planeara sobre ella esperando una muestra de desfallecimiento y, así, aprovechar el momento para lanzarse a por ella. Y devorarla.

«No», se responde.

No ha dejado ningún rastro.

Está casi segura de ello. Y siempre ha sido muy cautelosa con no provocar dudas innecesarias. Puede que se trate de alguna confusión y que ese mensaje de texto fuera dirigido a otra persona. No tiene registrado el número. O puede que sea una simple broma de unos adolescentes aburridos que quieran jugar con alguien. Sea como sea no puede hundirse. La duda y el miedo la pueden arrastrar a un estado que no le conviene. Eso lo sabe. Y hasta que no tenga la seguridad de nada, lo mejor es no llamar al mal tiempo.

Se ha tenido que dar una ducha y lavarse muy bien la cara. Los ojos se le habían enrojecido e hinchado como dos tomates. Lo último que quería era

provocar una batalla de preguntas y el sufrimiento de Eva, que estaba a punto de llegar para pasar la tarde de domingo en la piscina mientras se refrescan entre Martinis. Aunque ella le había dicho: Por la tarde iré a correr y si me da tiempo me pasaré a hacerte una visita. Estaba claro, la tendría allí en un rato.

Anna se ríe al imaginar las ocurrencias de Eva.

Y justo entonces el timbre empieza a sonar con insistencia.

Anna da un par de fuertes inspiraciones y se dirige a la puerta principal.

Abre y, efectivamente, es Eva.

Eva es una muy buena amiga. La conoció tan solo mudarse. Se tropezaron por la calle cuando iba cargada con unas cajas de cartón que contenían DVD's de películas clásicas y libros de los que no quería deshacerse. Por lo visto, era una forofa obsesiva de esas que salen a correr todos los días. Pero ese día en concreto, tras chocar con Anna, la ayudó a recoger el estropicio y se ofreció a acompañarla a casa para así, como dijo ella, sanar el sentimiento de culpa que se la comería si no la ayudaba.

Tan pronto como hubieron descargado las cajas (los muebles y demás trastos pesados vendrían en las furgonetas de la empresa de mudanza), se sentaron a la mesa de la cocina. Anna puso agua a calentar para preparar un té.

—Así que eres una de esas ratas de biblioteca amantes de la lectura —dijo Eva mirando los libros antiguos—. Me daba miedo que los nuevos vecinos fueran unos tipos raros. Nunca se sabe quien vas a tener al lado.

—La lectura está infravalorada. No entiendo porque la gente no le dedica más tiempo. Cada libro tiene un poder único que te llena de vida, conoces a nuevas personas —se puso pensativa un momento—, incluso puedes ser otra persona mientras lees.

—Y por lo que veo te gustan las lecturas de terror. Quizá sí deba preocuparme por quién eres en realidad.

Tras unas risas Anna respondió:

—Stephen King habla en sus libros de los miedos cotidianos. Sí, reconozco que algunas de sus historias son más macabras y "terroríficas", pero me gusta mucho como trata esos miedos que todos tenemos: nuestro yo escondido, quienes son nuestros vecinos, etc…

—Me llama mucho la atención éste —Eva se levantó y cogió del montón uno que tenia el lomo desgastado y se veía bastante viejo.

—Es uno de mis preferidos. Es la historia de un escritor que tiene un accidente en la nieve. Antes de morir helado en su coche lo rescata una mujer que resulta ser su fan número uno. El hombre se ve obligado a permanecer en casa de la mujer hasta que arrecie el mal tiempo. Pero todo se tuerce cuando la fan le dice que encontró el manuscrito de su última novela y se toma el derecho a leerla antes que nadie. ¿Acaso merece menos? Sin embargo, la trama resulta no gustarle, y mucho menos el final, y le sugiere cambiarla a su gusto. Entonces el escritor descubre que haber sido rescatado por su fan número uno quizá no es tan bueno como esperaba y puede que morir helado en la cuneta de la carretera podría haber sido mucho mejor.

—Creo que existe una versión cinematográfica, ¿verdad?

—Sí, y el papel de la fan lo interpreta Katy Bates. Una actuación maravillosa. Es una gran actriz. Pero… te recomiendo que lo leas. Como siempre, los libros son más intensos. Llévatelo y ya me dirás qué.

De ese encuentro fortuito y con el tiempo fueron forjando una bonita relación —que por otro lado le venía muy bien—. Tener una confidente cuando eres nueva en un sitio es de agradecer.

Libros, películas, viajes. Todo era carne de cañón para ellas dos. En ese momento lo ocupaba un tema que aún era más importante: los hombres.

—Te lo digo muy en serio, Anna. La próxima vez que lo vea mirándome los pechos me levanto el top —dice.

Anna no puede parar de reír y llorar a la vez.

—Ya me imagino su reacción. Pobrecillo.

—Es que me tiene cansada.

—No será para tanto —dice entre risas.

—En serio. Me tiene controlada. Todos los días que salgo a correr me espera escondido detrás de la fuente y se queda babeando como un bobo.

—Es solo un adolescente, Eva. Tiene las hormonas a mil y tu —la repasa con las manos al aire—, pondrías resucitar a un muerto. Estás de muy buen ver.

Eva sonríe, se pone en pie y empieza a realizar unos movimientos sexys.

—¿Tu crees?

Ya lo sabe, pero le gusta que se lo recuerden.

—Pues claro que sí.

Es una mujer preciosa. Tiene el pelo castaño fino que le cae liso hasta los hombros. Un rostro oliváceo de facciones angulosas y unos ojos oscuros y grandes. Su cuerpo atlético termina de cerrar el círculo de lo conocido como “chica guapa”.

—Son los frutos del trabajo bien hecho. ¿Quién si no sale a correr hoy con el calor que derrite el asfalto?

—No mientas —replica Anna, pícara—, yo sé el porque. A mi no me engañas. ¡Te conozco muy bien!

Anna le señala la piscina.

—¿Nos damos un chapuzón?

—Aceptaría encantada, pero no traigo biquini.

—Da igual. Ni que eso fuera un problema para ti —se levanta.

—¿No pretenderás que nos tiremos a la piscina en bolas? —pregunta sobreactuando con unos ojos abiertos como platos y poniéndose la mano frente a la boca—. Mira que si resulta que el chico nos está vigilando desde los matorrales…

Las miradas de las dos amigas se dirigen hasta la verja.

—Pues lo invitas a bañarse con nosotras y listo.

—¿En serio? Sería capaz de evaporar toda el agua de la piscina.

—Así no, mejor lo dejamos para cuando se haya convertido en un hombre maduro. Tenemos la misma talla así que te presto uno —mira a Eva fijamente y hace como si pensara algo muy intensamente—. Como casi siempre.

Entran en la casa entre risas, se cambian

mientras juegan como adolescentes y salen al calor abrasador como las modelos de los anuncios. Incluso parece que andan a cámara lenta con los graves sonando de un subwoofer escondido en algún lugar del jardín.

Con la compañía de Eva se siente genial. Es como si le quitara unos años de encima. Como si fuesen unas jóvenes adolescentes con libertad absoluta para hacer cualquier cosa. Sin límites. Es tan cómodo estar con ella que casi puede olvidarse de los problemas.

—Hablando de hombres maduros. ¿Cómo va todo por casa? —dice tras refrescarse, cuando están tumbadas en las tumbonas.

No le apetece que saque el tema ahora y le clava la mirada asesina que tanto conoce levantando mucho las cejas y apretando los labios.

No sirve de nada.

—¡Vamos, suéltalo!

Anna se rinde.

—Ya sabes. Igual.

—Chica, tienes un marido chapado a la antigua. Parece imposible hoy en día.

—Ni que lo digas.

—Y seguro que aún está enfadado conmigo por proponerte para el cáterin, ¿verdad?

—No lo dudes —asiente con la cabeza—. No comprende que necesito estar activa. Y es una oportunidad para hacer algo con mi vida que valga la pena. Estar aquí como un trofeo no es lo mío.

—Siempre he dicho que todos los ricos cojean de algo. Por lo menos es guapísimo y no es gay, como la

mayoría de bellezones. Y muchas mujeres como locas persiguiéndolos y soñándolos.

—Persiguiendo el dinero.

Se ríen.

—Cierto. Pero no sé como aguantas tanto. ¿Cuánto hace que no hablas con él?

—Pues… —piensa—. Desde el viernes por la mañana. Tampoco es tanto.

—Ya. No es mucho tiempo porque habéis estado hablando por teléfono, ¿no?

Conoce bien la respuesta. Carlos siempre está de viaje. Por reuniones, negocios, política… Durante los primeros años de casados siempre le suplicaba que lo acompañase a todos los eventos. Incluso se le ponía de rodillas. Y ella aceptaba ilusionada. Se sentía como Cenicienta, una plebeya que se convertía en la princesa de un cuento de hadas rodeada de lujos. No tardó en cansarse y ver la realidad; mucha gente, pero nadie autentico. Era como si el hechizo se rompiera a los cinco minutos de entrar en cada evento.

Carlos hablando y negociando por su lado mientras Anna aguantaba el tipo como podía. Por suerte, en todos los actos tenía barra libre y terminaba hablando más con los camareros que con los pingüinos y los flamencos que cacareaban envueltos en hipocresía. Si los diccionarios se actualizaban, una foto y una descripción de esos actos le iría al pelo a la palabra falsedad.

Anna quiere replicar alguna excusa creíble, pero sabe que tiene razón. Por suerte para ella, en cuanto abre la boca, Eva ve a Pau y la conversación cambia

drásticamente.

—Ese sí que es un pedazo de… —lo deja en el aire para bajarse las gafas de sol y mirarlo descaradamente.

Anna ve como Eva se muerde el labio inferior y le molesta. Siento un calambre que la recorre por dentro. ¿Celos?

—¡Pau! —grita ella y Anna intenta bajarle los brazos con la cara ruborizada.

Él mira hacia donde se encuentran y les devuelve el saludo con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ven a refrescarte con nosotras!

—¿Qué? ¿Pero qué demonios haces, Eva? —susurra, aunque no las puede oír nadie— ¿Te has vuelto loca?

—Es lo que necesitamos, Anna. Un poco de alegría para los ojos y el cuerpo. Además, así intento descubrir algo más sobre él. Que ya sabes que es muy cerrado. ¿Te imaginas que terminamos montándonoslo los tres?

La pregunta queda volando en el aire, pero en la mente de Anna la escena cobra vida por si misma.

Y le gusta.

LUNES, 3 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

12

Anna se levanta empapada en una capa de sudor. Entre el calor, que va en aumento, y la pesadilla no ha podido dormir nada bien. En ella se le aparecen imágenes de la cabeza de muñeca que vio el viernes en los contenedores de basura. Sucia, rota, perdida… La puerta de los recuerdos se está abriendo, la pared de ladrillos que esconde su pasado se está agrietando y no quiere que eso suceda. Se aprieta las sienes con los dedos y se da un ligero masaje. No debe dejar que el pasado perturbe su vida. Eres fuerte, se dice. Tu puedes con esto y lo que venga, se repite como un mantra.

Mira por la ventana. Son las 6.35 y el cielo se pinta de los colores del amanecer. Le espera un día de trabajo duro. Así que aparta los pensamientos, se da una buena ducha revitalizante de agua casi fría y llena el estomago con unas tostadas y un tazón de leche de avena.

Llega a la carnicería y abre. Hace tiempo que Abelino le confió las llaves. Entra por la puerta lateral, hecha en mitad de un portón mayor que se utiliza para cargar y descargar los camiones frigoríficos. Justo al lado se encuentra la entrada principal, una gran cristalera que permite ver todo desde afuera. Comprueba que los sensores de temperatura de las

cámaras frigoríficas están a menos de tres grados y se asegura de que no hay ningún fallo. Ahora, con las obras de adecuación que han ido realizando, puede comprobarlo en el ordenador, pero a ella le gusta recorrer el lugar y hacerlo de modo visual. Todo está en orden. Se equipa con la ropa de trabajo en el pequeño vestuario, oculta su pelo negro bajo la cofia y comienza a reponer los mostradores.

—Buenos días, Anna.

La voz de Carla le llega desde la parte trasera. Es la chica que los ayuda en la tienda. A sus veintidós años es mucho más responsable que la mayoría de adultos.

—Buenos días, Carla —Anna le devuelve el saludo.

Carla dejó los estudios muy pronto y se quedó embarazada. ¿O fue al revés? El caso es que la joven se incorporó por pura necesidad y ahora ya es una más de la familia. Enseguida se pone a trabajar. Trae una bandeja de embutidos y la coloca en su lugar tras los cristales protectores. Sus ojos verdes y almendrados tienen un brillo encantador que resalta con el rojizo de su pelo. Siempre se suelta dos mechones que le caen a los lados del rostro. Hasta con el gorro de trabajo se ve atractiva.

Abelino vive en el piso de arriba, justo encima de la carnicería. A sus setenta años y con las prótesis de rodilla le cuesta mucho superar los escalones.

—Abelino, Abelino —lo alerta Anna cuando lo ve aparecer dando grandes bocanadas de aire—, ¿cuándo me va a hacer caso y mandará instalar un pequeño ascensor o un montacargas?

—¡¿Cómo te atreves?! ¿Dices que soy una carga,

Anna?

—Ya sabe que no es eso —lo ayuda dándole un abrazo —, solo es que debe pensar en cuidarse un poco más.

—Deja, deja, que si no me obligo a ejercitarme me convertiré en piedra como hacía Medusa con los incautos que la miraban —Y ella sonríe con la ocurrencia.

El sonido del portón zanja el tema. Ya se repetirá otro día, como siempre. Aparece Sergio que los saluda efusivamente. Él es quién hace las mezclas para los embutidos y se encarga de repartir las comandas mayores con la furgoneta. Tiene la costumbre de vestir una camiseta blanca sin mangas y el gorro con la visera atrás. Algo que le da un aspecto curioso. Si no tuviéramos en cuenta que roza los cincuenta y tantos, y que el exceso de bello corporal le asoma por el cuello, incluso podría parecer chulesco. Tiene un cierto aire a mafioso italiano. Menos mal que cuando prepara las masas lo hace enfundado en plástico. La idea provoca una sonrisa en Anna y lo saluda efusiva. Él le manda un gran y teatral beso.

Efectivamente, son como una pequeña gran familia.

13

Termina de limpiar el mostrador y los cuchillos. Carla se a puesto con el suelo y Sergio hace lo propio con la furgoneta y su zona, que así la llaman ellos. Cuando terminan las tareas, se sientan a la mesa de la trastienda presidida por Abelino. Los ha reunido y no ha dicho a ninguno para qué.

—Mañana es el último día de trabajo antes de las Fiestas del Tura, y como sabéis, de vuestro merecido descanso vacacional. Algunos ya no deberían de haber venido hoy, pero bueno… Como es habitual, hoy antes de que os marchéis me gustaría hablaros un poco de lo que ha sido trabajar con vosotros. Sé que nunca lo he hecho antes del ultimo día, pero este año me será imposible hacerlo mañana. Voy a estar unos días en un balneario, reposando e intentando apaciguar mi artrosis. Ya veremos si lo consigo. Por tanto, mañana estaréis solos.

Anna se queda en shock. Abelino nunca se ha ido de vacaciones. Ni siquiera un día. No que ella recuerde. Y, ¿dejar la tienda? Pero si siempre está aquí para supervisarlo todo. La imagen de la muñeca regresa a su cabeza y con ella el hedor a podredumbre. ¿Un mal presagio? ¿Es posible? ¿Estará ocurriendo algo malo?

—Sergio —sigue y Anna aparca sus inquietudes para analizar cada palabra—, gracias por venir. Hoy deberías estar disfrutando de tu merecido descanso, pero has decidido echar una mano. Y esto, como todo lo que haces, dice mucho de ti. Por tanto, quiero que desaparezcas de mi vista durante por lo menos las dos próximas semanas. Tenemos embutidos de sobra y si

no, ya nos apañaremos.

Anna no aparta los ojos de los de Abelino. Es cierto, Sergio es muy buena persona, pero sabe que estás tramando algo.

—Si insiste… me iré —adopta una pose dramática de actor de los años sesenta—. Pero después no se queje si el negocio no funciona. Y sabéis que no lo digo por vosotras, chicas —las mira con ojos caídos juntando y alzando las cejas—. La ausencia de mi sex-appeal en la tienda puede ahuyentar a las clientas. Bueno, seguro que lo hace en cuanto no huelan mis hormonas.

Todos se ríen.

—No te preocupes —responde Carla—. Si tenemos que cerrar al menos tú no irás al paro, siempre podrías trabajar de gigoló para las viejitas del pueblo. O puedes ir a la costa que seguro te pagarían mejor.

—Eso es cierto. Sería otra buena manera de amasar carnes.

—Sobre todo de Engrasi. Todos nos hemos dado cuenta de cómo se humedece los labios cuando te ve.

Estallan en carcajadas.

—La reina del corral.

Los dedos de Anna bailan nerviosos. Se siente cada vez más incomoda. Presiente que la tormenta está apunto de desatarse.

Cuando recupera la respiración, Abelino sigue con su perorata.

—Carla, quiero que disfrutes de ti y de tu niño. Eres una pieza fundamental en la tienda, pero si no desconectas te quemarás. Y esto no lo quiero.

—No se preocupe, Abelino —dice ella—. Estoy bien.

—¿Puedes hacer el favor de no cortarme? —Pregunta él.

—Lo siento, Abelino —se disculpa bajando la mirada.

—Soy más viejo que tú. Y sé lo que te conviene. Y ahora, lo que sí quiero y me apetece ver en ti es que sigas demostrando tu valía, que con tu responsabilidad, amabilidad y buen hacer tendrás siempre una recompensa. No dudes del karma.

—Muchas gracias, Abelino.

—No, chiquilla, gracias a ti por aportar vida a mi vida. Y a la nuestra. Todos somos un poco mejores gracias a tu ternura.

El cosquilleo en el pecho de Anna amenaza con hacerle soltar alguna lágrima. La situación es muy emocionante. Parece un programa de televisión. O… ¿una despedida? Se estremece con solo pensarlo. ¿Se está despidiendo?

—Y tú, Anna —dice y a ella se le hace un nudo en el estómago—. Hiciste que la carnicería se convirtiera en un local de culto. Lo levantaste con tu creatividad, con la innovación, con una visión que no pensé poder ver jamás en mi oficio. Has puesto el alma en cada acto, en cada corte y en cada plato. Y por eso tengo preparado un regalo muy especial para ti. Pero no te lo daré hoy. Cuando todos regresen de las vacaciones y estéis más relajados volveremos a hablar. Tú, debido al preparativo del cáterin no te irás, pero te obligaré a cogerte unos días más adelante. Que te quede claro. No creas que te voy a pagar horas extra, ¿eh?

—Si quieres puedo empezar una semana antes, Anna —se ofrece la joven—. Sabes que no me importa.

—Ni hablar, Carla. Disfruta de tu pequeño. Crecen muy rápido y es momento de que lo vivas. Yo tengo tiempo de sobra. Además, necesito estar centrada y con vosotros andando por aquí no lo lograría.

—Pues imagina si el que se queda soy yo —dice Sergio —. Sucumbirías a mis encantos sin solución.

Vuelven a reírse.

—Aún así, muchas gracias. Si puedo contar con vosotros a partir del día doce, ya me sentiré más que satisfecha.

—¡Aquí estaremos! —dicen al unísono.

—En fin, ya está todo dicho. Espero que las palabras que os he dicho os hagan crecer y creer un poco más en vosotros mismos. Pero como quiero haceros más felices… Aquí tenéis una pequeña gratificación extraordinaria. Dicen que el dinero no da la felicidad, pero qué diablos, ayuda bastante.

Abelino les alarga tres sobres marrones con los nombres escritos en su puño y letra.

14

Anna se prepara un gin-tonic y sale al jardín. Hace una noche plácida, una brisa fresca se mece en el aire y no esta dispuesta a desaprovechar. Esta tarde, al llegar a casa, ha dejado el sobre que le dio Abelino en la mesita del comedor. Aunque ella no necesita el dinero, le hace mucha ilusión que se valore su trabajo. Lo más seguro es que termine donándolo a una organización benéfica de la comarca.

Lo que le ha dejado un mal sabor de boca y no deja de darle vueltas en la mente es la sensación de que algo malo está sucediéndole. O está empezando a tejerse. Y eso le preocupa. Al salir de la tienda ha intentado retomar la conversación y sonsacarle algo más concreto a Abelino, pero él se ha mostrado firme y con los labios completamente sellados. Además, le ha repetido lo de la sorpresa que le tiene preparada. Y sabe que a ella no le gustan las sorpresas. ¿Qué tendrá pensado?

Juega con un hielo y mira la luna. Hoy tiene un resplandor precioso y claro. Las pocas nubes que hay en el cielo se pasean a su alrededor como damiselas

tras la reina.

La vibración del móvil perturba la fugaz calma del momento.

Anna piensa que podría tratarse de Carlos llamando desde otro número, pero descarta enseguida la ocurrencia; no es la melodía y el número que ya se sabe de memoria, y él jamás dejaría su numero personal registrado en otro teléfono.

Se queda mirando las opciones en la pantalla. Rojo o verde. Decide afrontar que, quien sea, no la dejará tranquila hasta que le diga que no le interesa nada de lo que le pueda ofrecer. Ni seguros, ni viajes, ni dinero.

Le da al verde.

—Diga —suelta así, sin expresión.

—Ya era hora —dice una voz de mujer al otro lado.

—¿Cómo dice?

—Que ya era hora que cogieras el teléfono —suena entre divertida y enfadada. Anna no sabe por cual opción decantarse. Sea quién sea, se ha equivocado de numero.

—Creo que se ha equivocado de persona —responde serena aguantando una risa.

Un breve silencio.

—Seguro que se ha equivocado al presionar los números —dice Anna—, pero no se preocupe…

Entonces, la voz de la mujer al otro lado de la línea la corta en seco.

—Si no tengo mal entendido te haces llamar Anna —responde tuteándola con voz afilada—. Aunque creo que recordarás que cuando eras joven te conocíamos

por otro, ¿verdad?

Un temblor le sube por los pies y le va helando el cuerpo a su paso.

—No sé de qué me está hablando —miente. El pulso se le acelera y ahoga un grito en la garganta, pero aguanta la compostura tan bien como puede—. Será mejor que cuelgue. Está claro que se equivoca de persona.

—¡No te atrevas a colgarme! —Ordena la voz y a Anna se le termina de helar la sangre—. ¡De eso ni hablar!

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? No sé quien se cree que es, pero…

—Bla, bla, bla

—Le repito que se ha equivocado de persona y voy a colgar. ¡Adiós!

—Por tu bien más vale que no me cortes. Si lo haces lo vas a pagar muy pero que muy caro —la amenaza planea encima de su cabeza y tiñe la luna de un tono carmesí—. Y supongo que no querrás eso. Y menos con la farsa que te has montado. Así que cállate y escúchame con atención, Anna.

—Está usted loca. No sé quién cree que soy, pero le aseguro que como no me deje tranquila la voy a denunciar.

La mujer suelta una risotada diabólica que termina por congelar el cerebro de Anna. Le cuesta pensar con claridad.

—Yo que tu no lo haría —hace una breve pausa lo suficiente larga para considerarla dramática—. A menos que quieras que todo el mundo conozca quién es en realidad la encantadora Anna. La verdad es que

estoy asombrada, en serio. Menuda fachada te has inventado.

—Señora, la aviso por última vez que tengo influencias en el cuerpo de Policía y que esta conversación está siendo grabada.

—No me hagas reír, Anna —la corta condescendiente —. Por mi no hay problema. Pero tú, ¿estás dispuesta a que hurguen en tu vida?

Anna está paralizada y ha empezado a sentir temor. Quiere replicar, pero no puede. De sus labios temblorosos solamente sale algún gemido que la mujer al otro lado recibe con satisfacción.

—Mira, sé quien eres, lo que hiciste y necesito que me hagas un favor. Si no jamás te hubiese llamado. Me da absolutamente igual que no te apetezca.

La frente de Anna se a perlado en sudor y un temblor frío le recorre las entrañas. El movimiento de sus ojos es como un escáner en la mente que surca buscando entre los recuerdos un archivo que le diga de quién es la voz. No logra reconocerla, aunque está claro que ella sí la conoce muy bien. Y sus secretos. ¿Cómo es posible que la hayan encontrado?

No es posible que se trate de…

—¿Todavía no me has reconocido?

Deja un gran silencio que crece como una masa viscosa a su alrededor. Ahogándola, estrangulándola como una serpiente pitón.

—No —logra articular.

—¿Recuerdas a la chica que te hizo compañía un día de invierno en la cima de un acantilado?

«No es posible. No es posible.»

—No es posible —balbucea en voz alta.

—¿Y que no te abandonó en ningún momento?

—No sigas. No es posible —sigue balbuceando.

—¿Y que guardó tu secreto?

«No es posible que se trate de ella», piensa y se lo repite como un mantra. Como si al repetirlo una y otra vez lograra hacer desaparecer a esa mujer. Pero si era ella, ¿qué quería? Ayuda había dicho. Pero, ¿de qué tipo? Al fin, un hilo de voz asomó libre para susurrar:

—¿Gabi?

—¡Premio! —exagera—. Esa soy yo, Anna.

¿Era eso posible? Los errores del pasado estaban volviendo para arrebatarle la felicidad. La habían encontrado. Pero no podía derrumbarse, debía mantenerse firme, serena. No podía dejar que todo se desmoronara de la noche a la mañana.

—Pero ¿qué diablos haces llamándome? —le pregunta intentando endurecer la voz—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué quieres?

—Te lo he dicho, necesito que me hagas un gran favor. Me lo debes. Por mi silencio. Los detalles a todo lo demás cuando nos veamos.

Ha dicho “cuando nos veamos”.

¿Qué significa eso?

Anna no quiere volver a verla. No. No sabe ni el rostro que tiene después de tantos años. Da igual. No pueden verlas juntas.

—No podemos vernos, Gabi. No te diré donde vivo ahora.

—Tranquila, no será necesario. Ya estamos de camino. Y mañana, si no hay ningún imprevisto, llegaremos a Aurora.

La noche se ha convertido de golpe en invierno. La escarcha recorre cada rincón del jardín llenando de brillante hielo cada superficie. Le sube por las piernas, la cintura, los brazos. Anna es una figura de hielo que tiembla como una hoja.

«Debe de ser una pesadilla o algo parecido», piensa. «Seguramente me he quedado dormida y en cuanto despierte me reiré de lo boba que he sido», se engaña.

—Y no le digas nada a nadie. Cuantos menos lo sepamos mucho mejor. ¿Verdad que lo prefieres así, Anna?

Y se corta la comunicación.

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

15

Anna está agotada y con la cabeza como un bombo. Tiene un dolor punzante que se le extiende desde las cervicales hasta la frente. Se masajea con la yema de los dedos. El efecto no es el que quisiera. Le convendría dormir una o dos horas. Algo que esta noche ha sido imposible. No ha conseguido pegar ojo y, cuando lo ha hecho, las pesadillas la hacían regresar a la vigilia.

El simple pensamiento de volver a ver a Gabriela le remueve las entrañas. Un favor. Eso fue lo que dijo. Pero, ¿qué querrá? Sabe que está por llegar y… no puede dejar que le rompa en añicos todo lo que tanto trabajo le ha costado. Ahora está bien, casi feliz del todo. Nadie sabe nada de su pasado salvo las mentiras que les ha contado.

Pero ya lo dijo alguien: los fantasmas del pasado siempre regresan. Y los de Anna ya están en camino.

Tras una ducha de agua templada se sienta con el almuerzo a la mesa de la terraza. Hoy el cielo ha amanecido de un color violáceo y con una finísima tela de nubes onduladas. Anna se pierde entre la textura esponjosa y cierra un instante los ojos.

Un portazo en la casa de al lado la despierta. Había

quedado adormilada. Es Pau. A esa hora de la mañana ya no debería estar allí. Su turno empieza a las seis. ¿Quizá podría pedirle ayuda a él? No. Muy mala idea. No se puede meter a la policía en medio. Descarta la idea.

Lo ve vestido informal. Lleva una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Casi puede sentirse como la calidez de los primeros rayos de un sol matutino en su rostro y los brazos. Anna da un mordisco a su tostada sin quitar ojo de su vecino. Él se gira, la mira, le sonríe y la saluda. Ella se sonroja notando como se extiende un calambre por su pecho como cuando Carlos la miraba al principio.

Paulina, su madre, ha aparecido detrás de Pau. Parece molesta, quizá triste. Él se gira y desaparece de su vista dejando a la madre con la palabra en la boca. ¿Estarían discutiendo? No me lo puedo creer, piensa Anna. Y siente una especie de decepción. Su pareja de vecinos eran la muestra de la perfección. Un dolor la inunda por dentro. Las discusiones se le antojan muy familiares. Y no puede olvidar ese tipo de dolor que te aprisiona el pecho y no te deja respirar.

Anna lo descubrió del modo más habitual: sin quererlo. Ese día estaba sentada en la butaca orejera mientras Carlos se daba una ducha. La pantalla del móvil se le iluminó varias veces. No era nada extraño. Por su trabajo Carlos es un hombre muy solicitado y recibe mensajes y llamadas continuamente. Sin embargo, la vibración apartaba a Anna de su lectura y ella, se acercó a leer lo que salía en ella. No quería fisgonear. Era cierto. Fue un accidente. Carlos no le dejaba tocar su teléfono, ni el ordenador, ni ninguna de sus cosas. Siempre le recordaba que podría borrar

sin querer algún documento importante, o quizá leer un mensaje que después a él le pasara inadvertido. Y a ella no le importaba. Tenía confianza ciega en él. En su marido.

El caso es que ese día Anna leyó la pantalla.

No puedo aguantar un día más sin ti.

La espera me está matando.

¿Cuándo podremos estar juntos al fin?

Te quiero XXX

Era una cadena de mensajes de WhatsApp. A Anna se le rompió el corazón. Por primera vez desde que conoció a su marido se sintió traicionada. ¿Cómo podía estar ocurriéndole a ella? Jamás tuvo la más mínima duda hacia él. Nunca le faltó nada ni se sintió menos querida y, él también parecía complacido.

Esa misma noche, cuando Carlos dormía, Anna conectó el móvil usando el dedo índice de él sin que se diera cuenta. Después se fue a la cocina y revisó los mensajes. Había una larga cadena que se remontaba unas semanas atrás. Anna los leyó todos. Descubrió que se llamaba Esther y que su marido estaba enamorado de ella. Eso era lo que él le decía continuamente.

Me muero de ganas de estar contigo.

Necesito sentirte cerca, mi vida.

Jamás he sentido esto por nadie.

Anna no tenia palabras ni lágrimas suficientes para mostrar lo que sentía en ese momento. Pero ahora, viendo como Paulina se sentaba con la cabeza gacha y llorando, la invade la ira. ¿Será que todos los hombres son iguales? ¿Necesitan engañar a quien tienen al lado? ¿O será que las mujeres no podemos ser felices?, se pregunta. ¿Estaremos condenadas al sufrimiento?

La lagrimas afloran en los ojos almendrados de Anna y resbalan por sus mejillas. Siente una oleada de dolor mezclada con ira. Tiene la misma sensación de ese día. Siente que le están arrebatando la paz, lo que tanto esfuerzo le ha costado.

Se pregunta entre susurros si ha sido una ingenua al pensar que podía dejar su pasado enterrado. Busca el posible error. ¿Qué ha hecho mal? ¿En qué detalle ha sido descuidada?

16

La tienda se ha llenado hasta los topes. Hoy, a pesar de ser el último día, y tener todos los encargos a punto, parece que el pueblo entero se ha concentrado

para despedirlos.

—¿Te ocurre algo, Anna?

Durante un tiempo demasiado largo, se ha quedado en blanco. Se ha sonrojado y, sin poder evitarlo, se le han humedecido los ojos. Al darse cuenta de la situación, finge una media sonrisa y dice:

—Que va. Es que os voy a echar de menos. Solo eso.

—¡Oh! —Sergio se muestra sorprendido, mientras Carla aparece de pronto y sonríe—. Ven aquí mi pequeña. Hasta tus lagrimas son preciosas.

—Es solo que os quiero como si fueseis mi familia —logra balbucear para salvar la situación—. Y me da pena perderos.

—Somos tu familia.

—¿Perdernos? Que va. No vas a tener esa suerte. Solamente serán unos días de nada y enseguida nos tendrás aquí para que te achuchemos.

Pero la verdad es que ellos no saben que Anna se está planteado seriamente huir, dejarlo todo atrás y desaparecer. Marcharse a otro pueblo y empezar de cero. Quizá sería lo mejor para todos. Dejar atrás a un marido que le es infiel y no la ama, dejar el pasado oculto y en silencio y evitar así que destruya su presente.

—Eres como mi hermana mayor —se apresura a decir Carla—. Y aunque no estemos juntas puedes llamarme y charlamos un rato. ¿Qué te parece?

Anna asiente con la cabeza y los tres se dan un abrazo. Carla lo dice de verdad y Anna siente algo parecido. Le gusta ayudarla, ofrecerle un punto de apoyo cuando lo necesita. Algo de lo que ella nunca pudo disponer durante su adolescencia. Siempre sola,

siempre abandonada.

—Y para mi… —susurra Sergio— eres como la novia que siempre soñé y nunca llegó. Bueno… si alguna vez dejas a tu rico marido siempre puedes planteártelo, ¿no?

—Claro, lo haré —dice y le da un sonoro beso en la mejilla barbuda.

—No si al final tendré la suerte de poder cuidarte, mi reina —dice él con su pinta de mafioso.

17

Tras despedirse de sus compañeros del trabajo, Anna se ha apresurado en recoger la casa. No es que estuviera precisamente sucia que digamos. El servicio de limpieza se ocupa de mantenerla impoluta, pero siente la imperiosa necesidad de mantenerse ocupada en algo. Y esto, la ha ayudado durante un rato.

Ha cenado poco. Un plato de ensalada descansa en la mesa de la terraza. La mueve con el tenedor como si estuviera intentando juntar las piezas de un puzle.

Gabriela.

El nombre le sobrevuela la cabeza. Las dudas y pensamientos viajan a su pasado y le devuelven las imágenes que había enterrado con capas de hormigón; el acantilado, el frio aire recorriéndole las pantorrillas, helándole los pies desnudos sobre las rocas afiladas. Aquella trágica noche que se rompió en mil pedazos.

Los faros de un coche recorren los setos y le llaman la atención. ¿Será ella? ¡Dios! Está temblando. Anna no se siente nada cómoda con todo esto. El coche se detiene en la entrada.

«¿Qué hago?», se pregunta.

«¿Voy a abrir la verja y la dejo entrar con el coche?»

No debe dejar que nadie la vea allí.

Librarse de ella cuanto antes mejor. Ese es el plan.

Se levanta y recorre los metros que la separan de su pasado con los latidos desbocados clavándose en sus tímpanos. La puerta del coche se abre. Una silueta femenina se dibuja delante de la luz. Da una profunda inspiración y se calma. O por lo menos lo intenta.

—Oh, estás preciosa, Anna —dice la voz afilada de la silueta.

—¿Qué quieres?

—¿Ni siquiera vas a saludarme después de tantos años? —Curva sus labios hacia abajo y levanta las cejas.

—¿Te he dicho que no entiendo que haces viniendo hasta aquí?

—Ya veo…

Gabi avanza hacia ella con un movimiento delicado a medida que va hablando.

—No te alegras mucho de verme. Pensabas que jamás nos veríamos de nuevo y, zas, aquí me tienes. Debo reconocer que tampoco imaginé que fuera posible a estas alturas un reencuentro.

Anna tiene la mandíbula apretada y tensa. Sus dientes tan apretados como prensas hidráulicas que se aferran con una fuerza sobrehumana. Se agarra con una mano en la verja con ímpetu. Si se suelta quizá caiga al suelo.

—Pero aquí estoy —sigue recitando—. Supongo que no querrás que hablemos aquí, ¿verdad? Podría haber alguien escuchando y eso no estaría nada bien. ¿No crees?

Anna sabe que tiene razón. Lo que menos le apetece en estos momentos es tener que dar explicaciones a ningún vecino del pueblo. Aquí está bien. Y la quieren. Pero si entra en casa, ¿podrá librarse de ella?

—Ven —logra articular y arrastra la gran puerta de hierro a un lado—. Puedes dejar el coche allí —señala el garaje al lado de la casa.

Parece que la temperatura ha caído en picado. Anna se frota los brazos con las manos mientras anda detrás de los faros rojos del coche. Llega al garaje y abre el portón con el mando. No pierde de vista a Gabriela, quien aparca su coche en el espacio vacío que queda.

—Esto si que es un coche —dice al bajar del suyo con un silbido y recorre con los dedos la superficie metalizada del Lexus de Anna—. Supongo que dejarás que lo pruebe en algún momento.

No. Ni hablar.

—Vamos dentro —se limita a responder.

—Me sorprende comprobar que te ha ido tan bien. Jamás pensé que pudieras tener tanta suerte en la vida.

Anna no está dispuesta a entablar ninguna conversación con ella más allá de lo estrictamente necesario.

—Dime, ¿qué demonios haces aquí?

—Bueno, bueno… —su mirada se centra en los ojos de Anna y le corta la respiración. Han perdido brillo,

pero siguen siendo del tono de la miel. Sus ojos muestran unas leves y oscurecidas ojeras. Supone que debido al viaje—. ¿Lo quieres sin rodeos? Bien, primero sírveme una copa, que estoy sedienta y agotada.

El andar de Gabriela es seguro. Anna se fija en que sus largas piernas son preciosas enfundadas en una falda de tubo. El vestido se le ciñe a un cuerpo escultural con un escote por delante que muestra unos pechos firmes. «¿Operados?». En la espalda, el triangulo del vestido deja ver una espalda bronceada y la cascada de pelo rubio. «¿Cómo puede haber cambiado tanto?», se pregunta.

Anna coge dos copas del armario y abre una botella de vino blanco. Se sienta a la mesa de la cocina. Llena las copas hasta la mitad y deja que Gabriela, aún en pie, se la lleve a la boca. Engulle el liquido de un trago y se sirve de nuevo.

—¿Sabes? —dice mirando alrededor— Siempre imaginé que sería yo la que viviría en un palacio como el tuyo. Una mansión de lujo con una piscina olímpica, coche de alta gama y… —se centra en la gran foto que hay en el descansillo— un marido guapo y rico. ¿Cómo lo lograste? Me refiero a engatusarlo. Parece un tipo listo.

—Dime a qué has venido, Gabriela.

—Cualquiera que te escuchara diría que no te alegras de verme —levanta una mano con un dedo en el aire —, y eso no, no, no. No está nada bien. Así no se reciben a las amigas.

—Tú y yo no somos amigas —se le atraganta la voz.

—Te equivocas —apoya los codos en la mesa y acerca

su cara hasta casi tocar la nariz de Anna.

Saldría corriendo de allí. Sería capaz de correr y correr, dejar todo atrás y huir lejos de ella. Se siente amenazada, rota de nuevo.

—Lo fuimos entonces y… lo seremos ahora. Para toda la vida.

—No —dice—. Jamás fuimos amigas.

—¿No lo recuerdas? ¿Quieres que te haga memoria? Gabriela y Aitana, las inseparables. Así nos llamaban. Y no sabían porqué.

Aitana. Un nombre que le clavaba cuchillos en el corazón.

Aitana. La niña que se rompió en mil pedazos.

Aitana. No puede volver a salir.

No. Ahora su nombre es Anna.

—Éramos como Zipi y Zape. O más bien como una versión de la bella y la bestia.

—Déjalo ya.

—No, Aiti. Recuperaremos el tiempo perdido y seremos de nuevo las de antes. Las inseparables.

—No me llames así —odiaba que la llamara así. Aiti. Solo ella la llamaba de ese modo y la quemaba por dentro.

—Cariño, que sensible te has vuelto.

—¡Soy, Anna! Y déjate de tonterías. ¿Qué quieres? Y, ¿qué te ha llevado aquí?

—Cielo. Para ellos eres muchas cosas, pero Anna…

Unos segundos de silencio planean sobre las dos.

— Bien, ya nos pondremos al día más adelante. Vamos a ir al grano si eso es lo que quieres —se pone seria de

golpe y fija los ojos en ella—. Necesito que me hagas un gran favor.

«Menos mal», piensa. Así se la sacará de encima más pronto de lo que pensaba.

—Si quieres dinero puedo ayudarte sin problema.

—No se trata de dinero, cariño. Es algo un pelín más difícil y complicado que eso.

—¡Suéltalo de una vez, Gabriela! ¿De qué se trata entonces?

—¿Estás segura que quieres que te lo diga ahora, sin explicarte todo lo que necesitas saber?

—Gabi —susurró—, ¿y para qué me necesitas exactamente?

—Necesito que me ayudes a hacer desaparecer un cuerpo.

El frío que Anna había sentido se acababa de convertir en hielo y escarcha. Podía percibir como todas las superficies de la cocina se iban cubriendo de una fina capa de hielo. Lo veía recorriendo las paredes, el techo, el suelo. La mesa, los armarios, las sillas. Incluso el vaho de su aliento se congelaba en pequeñas motas de nieve que se precipitaban al suelo.

—¿Qué…? ¿Qué…?

—¿Tu has querido que te lo soltara así, ¿no? Ahora no te quejes.

Gabriela se ríe.

—¿En serio me estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—No es necesario que hagas un drama, Aiti. Iba a contarte todos los detalles con pelos y señales además de los motivos, pero como estás tan tensa…

—¡Fuera de mi casa! No sé como te atreves a irrumpir de este modo y encima con peticiones tan… descabelladas.

—¿Descabelladas? No me hagas reír. Soy yo, cariño. Te conozco y sé quien eres. Sé quién hay debajo de ese disfraz de corderito.

—Márchate o llamo a la policía.

—Por mi no hay problema. No tengo nada que perder. ¿Recuerdas? ¿Acaso no sabes que ya lo perdí todo?

Se hace un silencio que paraliza el tiempo por unos segundos antes de que Gabi siga hablando.

—Pero… ¿tú también estás dispuesta a dar explicaciones? ¿Estás segura que quieres arriesgarte a que se desdibuje todo esto? —alza los brazos a ambos lados y de arriba abajo.

—No serás capaz. Terminarías en la cárcel.

—Y no me importa. Hace mucho que lo perdí todo y ya no me queda nada. Aquí el dilema se encuentra en ti. ¿Estas dispuesta a que se sepa la verdad? ¿A que se sepa quién es Anna?

—¿Por qué haces esto, Gabriela? ¿Tan difícil es dejar el pasado allí?

—Joder, Aiti. Si me hubieras dejado explicártelo todo primero. Te juro que lo verías desde otra perspectiva.

En ese momento, Anna abre los ojos como platos. Tras la petición de la supuesta amiga no se había percatado de la complejidad de la situación. Pero ahora que lo veía con tanta lucidez le daba miedo preguntarle acerca de lo que su mente ya conocía la respuesta. Igual que conocía lo que le vendría encima si decidía dar la espalda a aquella

mujer.

—Dime, Aiti. ¿Me ayudaras?

Anna se mantiene callada sin saber que responder. Pero debe hacerlo.

—Gabi. ¿Dónde está el cadáver?

—¿Dónde quieres que esté, cariño? En el maletero de mi coche.

18

La mirada de Anna se dirige al garaje. A escasos metros atrás la sigue el aura de su cuerpo. Atraviesa las ventanas y las paredes de la casa hasta situarse delante del coche de Gabriela como un fantasma. ¿Porqué dejó que entrara en su vida? Si es cierto que hay un cadáver en el maletero de su coche ahora debe lograr que se vaya. No puede dejar que la impliquen en lo que sea que esté metida Gabriela. Pero, ¿cómo?

—¿No me crees? —pregunta con voz burlona dando

un sorbo a su copa.

—¿Acaso importa? Si estás aquí por un motivo u otro me da igual —miente—. Solo quiero que te marches ahora mismo y te olvides de mi. No puedo ayudarte. No en esto —se le humedecen los ojos—. Es demasiado…

Gabriela vuelve a reír y se termina el largo trago de su copa.

—En cuanto nos hayamos desecho del cadáver me iré y no volverás a verme jamás.

—No puedo… ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza que yo…?

Gabriela se pone seria antes de responder.

—Porque solo puedo fiarme de ti. Eres la única que puede ayudarme con todo esto.

A Anna le parece que por primera vez sus palabras son sinceras. Aunque sabe que no es una mujer sincera. O por lo menos no lo era antes. Y aparece justo ahora… Gabriela le pasa una mano por el hombro y la desliza hasta la mano. Se la coge y cuando parece que va a soltar una lágrima dice:

—Ven. Vamos a verlo —la estira hacia afuera.

Mil sentimientos contrapuestos le pasan por la mente. ¿Debe ir? Si quiere no tener nada que ver en todo esto, lo mejor sería mantenerse al margen. Incluso puede que se trate de algún tipo de broma macabra. Una encerrona.

—Gabriela, ¿qué te hace pensar que quiero verlo?

—Porque te conozco y sabes que lo mejor para las dos es que nos llevemos bien. ¿Acaso me equivoco?

«No lo sé», piensa. «Yo ya no sé nada».

Es difícil tener que tomar una decisión acertada cuando sabes que un cadáver está en tu casa. Su vida con Carlos ha cambiado mucho e incluso tiene pensamientos de separarse de él. Ya no es el de antes. Y ella tampoco. ¿O quizá esté equivocada y quién haya cambiado sea ella misma? ¿O sigue siendo la que precisamente quiere ocultar?

Lo único que tiene claro es que si Gabriela está allí de pie en su casa no es casualidad. Ella debe tener una especie de plan muy bien estudiado y, en el supuesto de que Anna se niegue a ayudarla, habrá consecuencias. Ella es así.

¿Lo mejor?

Primero: Permanecer lo más serena posible.

Segundo: Sonsacarle tanta información como pueda.

Y tercero: Librarse de ella.

«Empieza el juego», se dice.

Anna se suelta de la mano de Gabriela.

—Tienes razón, Gabi —confirma mientras llena las copas y le da una a la invitada no deseada—. Pero necesito saberlo todo. Cualquier detalle puede ser importante.

Alza la suya en lo alto.

—Por nuestra amistad y los secretos —dice la morena.

—Por ello —le suelta Anna y le muestra la mejor de sus sonrisas. Beben de sus copas como si de verdad se tratara de dos antiguas amigas.

Tras apurar su copa, Anna se aclara la garganta antes de seguir con el plan.

—Bueno, ¿y en qué has pensado?

Debe hacerla hablar.

—Eso lo dejo para ti, Aiti. Mi cabeza deseaba la venganza por encima de todo —levanta la vista al techo y se masajea el mentón con una mano—. Bueno, tampoco es cierto del todo. Aparte de la venganza necesitaba infligir el mayor sufrimiento posible a ese hijo de puta.

Las palabras de Gabriela perforan a Ana desde la piel hasta los huesos. Un vacío le está comiendo las entrañas y las grietas de su actual vida crecen como la amenaza de una inminente rotura. Recuerda la cabeza de la muñeca en la basura y, con la certeza sobrevolándole la mente, sabe que ya no tiene escapatoria.

«Mantente serena, mantente serena», se repite una y otra vez.

—En cuanto me hayas ayudado me iré.

Ana fija sus ojos en ella. Muda. Sin parpadear.

—Y nunca más volverás a verme.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Y cómo sé que puedo fiarme de ti?

—No lo sabes. Pero tampoco sabías que guardaría tus secretos y fíjate, aquí estamos casi una vida después y resulta que sí, que he sido una tumba y tú has estado protegida. ¿Te parece suficiente?

—Y llegas a mi casa y me amenazas. Y, por si fuera poco, quieres que ayude a…

—Supongo que has visto las noticias, ¿no? Daba por supuesto que sabías lo que me ocurrió. Tú hubieses

hecho lo mismo. Estoy convencida de ello.

Lo recordaba. Sí.

—Eso no te da derecho a irrumpir así en mi vida y pensar que te ayude a deshacerte de un cuerpo sin más.

—Tienes razón. Lo que me da el derecho es lo que hiciste tú, bonita. Por tanto, dime: ¿qué hacemos ahora? ¿Quieres discutir o nos libramos de los remordimientos y avanzamos?

Anna se llena la copa de nuevo y piensa en las posibilidades que tiene; Llamar a la policía, negarse o ayudarla. La policía es impensable. Interrogatorios que los llevarían a tirar de hilos ocultos que, irremediablemente, los transportarían al pasado, ese que ha ocultado durante todos estos años. Negarse la llevaría a la primera y a una resolución del conflicto exactamente igual o muy parecida, pero igual de mala. La cárcel sería su fin. Sin embargo, si decidía ayudarla en su cometido, cabía la posibilidad de que una vez finalizado se marchara. De ese modo podría seguir con su vida. Podría seguir oculta.

«Ocultar el cuerpo es fundamental», piensa. El maletero de un coche no es lugar para dejarlo. Las pruebas físicas y biológicas dejarían una huella que debía ser eliminada. ¿Estará todo manchado de sangre? ¿Habrá dejado un rastro del portal hasta el garaje? Además, la descomposición y putrefacción es como un material reflectante, como un faro en la oscuridad que llama a gritos ser descubierto.

—¡De acuerdo! ¡Te ayudaré!

—Muy buena decisión, Aiti.

—Que quede claro que no lo hago por ti.

—Lo sé. No tengo la menor duda al respecto.

—Lo principal es mantener el cuerpo fresco. Coge el coche y vamos.

Anna sale de la casa andando y toma dirección al casco antiguo del pueblo. A una distancia prudencial, Gabriela la sigue con el coche. Los pasos de Anna resuenan en el suelo adoquinado de la calle y rebotan contra las fachadas de las casas. Tiene la sensación de que la noche ha caído a plomo silenciando todos los sonidos habituales. No se oye nada más. Sus tacones y las voces de su cabeza.

¿Puede fiarse?

No

¿Debe ayudarla?

No tiene otra salida.

¿Cómo saldrá de esta?

Nadie lo sabe.

Se le pasa por la cabeza una idea: matar a Gabriela. Pero es una opción complicada. Y más teniendo en cuenta que no sabe absolutamente de ella, de lo que ha hecho estos años, de cómo es su vida actual y, lo más importante, si alguien más conoce su paradero. Necesita información y eso es lo que pretende. Ganar tiempo para tomar la decisión correcta.

Anna se detiene, se gira mirando hacia el vehículo de Gabi y señala a su izquierda. El aparcamiento frente a la carnicería está casi vacío. Aún así, Anna introduce la llave en el cerrojo del portón blanco y lo sube hasta arriba. Le indica a Gabriela que entre marcha atrás.

Una vez dentro, Anna cierra el portón y se dirige a la

parte trasera del vehículo.

—Oh, Aiti. Me sorprende este lugar. ¿Qué es?

—Mi lugar de trabajo.

—¿Trabajo? Pero si estás casada con uno de los hombres más ricos de España, por no decir de Europa… ¿qué necesidad tienes de…?

La pregunta queda en el aire. Y la misma respuesta cae sobre ella a plomo.

—Ya sé. Ya recuerdo. Tú y tus principios. ¿Cómo lo llamabas? Ah, sí: “no seré como nuestras madres”, decías. “Tendré mi propia vida”. ¿Ves? Debí haber sido yo quien encontrara un hombre como el tuyo. Lo valoraría como merece y sería tan feliz gastándome todo lo que pudiera de su tarjeta inacabable.

—Tus aspiraciones eran muy simples, Gabi. Dinero, hombre guapo y más dinero.

—Y me salió rana, lo sé. Dejemos la charla de amigas que se ponen al día para luego. Ahora dime qué idea se te ha ocurrido y que pinta este lugar en todo esto.

—Lo primero que haremos es dejar el cuerpo en la cámara frigorífica.

—¿En serio? ¡Estás más loca que yo! Se trata de deshacernos de él, no de conservarlo.

—Lo primordial es actuar con eficiencia. Si tenemos un cuerpo putrefacto será nuestra perdición. La naturaleza puede actuar en nuestra contra. Y tarde o temprano, algún perro nos descubriría.

Anna ya pensaba en “nuestro” problema.

—La naturaleza…

—No espero que lo entiendas.

—Es mi cuerpo. Tengo derecho a decidir.

—Si lo conservamos fresco nos dará un valioso tiempo para tomar la decisión correcta sobre qué hacer con él. Aquí no hay caimanes en los ríos, ni tiburones en el mar. Y la verdad, aún no sé cual será la mejor manera de librarnos de “El cuerpo”.

—Por eso estoy aquí. Siempre fuiste la lista. Tu cabeza trabaja a una velocidad diferente a la de los demás. Se te ocurrirá algo. Estoy convencida.

—No perdamos más tiempo.

Anna se había ido preparando mentalmente durante todo el camino a pie desde la casa hasta el garaje para ver el cadáver. Había llegado el momento.

Uno, dos, tres. Inspira.

Su mente imagina a un hombre regordete, seboso, sucio.

Uno, dos, tres. Expira.

Un rostro rechoncho y fofo con una calvicie pronunciada.

Uno, dos, tres. Inspira.

Gabi abre el seguro con el mando y un sonido exalta a Anna.

Blip, blip.

Uno, dos, tres. Expira.

Nada más lejos de la realidad.

—¡Dios mío! —Exclama al abrir el maletero.

—No, Aiti. No es tu Dios.

—¡Pero si es solo un chaval!

El rostro del cadáver sigue teniendo un cierto tono bronceado, playero. Su cuerpo es voluminoso, robusto. Los brazos y piernas trabajados y sin bello. Unos

pantalones cortos y una camiseta amarilla de tirantes. Un cabello oscuro apelmazado por la coagulación de la sangre y manchas procedentes de una herida en algún punto de la cabeza. Y un rostro aniñado pero guapo.

—Un diablo escondido en la piel del cordero, Aiti.

—¿Cómo has podido?

—Lo hablamos después, si te parece —dice con tono cansino—. Lo que más deseo ahora mismo es coger ese cuchillo de veinte centímetros y rajarle el cuello de lado a lado.

—Es que no te das cuenta de que lo estarán buscando. ¿Y si le siguen el rastro?

—Por eso mismo llevo días llamándote, Aiti. Pretendía avisarte de mis planes. Quería que estuvieras al tanto de todo para que, una vez llegados a este punto, ya tuvieses todo organizado y listo.

—¿Organizado?

—Así es. Como bien has dicho, no tenemos mucho tiempo y mi plan debe seguir su curso inevitablemente. Además, si decides echarte para atrás…

Ana volvía a tener dudas. Pero estaba expuesta y no quería tener que remover su pasado.

—Cógelo.

Sí. Debe seguir adelante. Irremediablemente.

Ana le pasa un brazo por detrás de la cabeza y tira con fuerza. Gabriela hace lo mismo desde la cintura. Levantarlo se convierte en algo imposible. El chico pesa mucho. La solución pasa por arrastrarlo hasta dejar que la gravedad haga acto de presencia y lo

precipite hasta el suelo. Instante en el que “el cuerpo” se golpea con el suelo produciendo un ruido seco, originando que un sonido gutural salga por su garganta.

—¡Por Dios, Gabi! —exclama Anna, sorprendida y aturdida a la vez.

—Dale otra vez con Dios. Que él no tiene nada que ver con esto.

—¡Se ha quejado! —Anna no puede mantenerse quieta. Se agita nerviosa de un lado a otro. Mira hacia el techo y mira al chico. Mira las paredes y sus manos. Se tapa la boca, se rasca la cabeza, la nariz, el mentón. Y vuelve a empezar.

—¡Que le den! —dictamina Gabriela y le da una patada en el estómago.

—No está muerto, Gabi. Tú me has dicho que necesitabas deshacerte de un cadáver… ¡Esto lo cambia todo!

El quejido regresa al cuerpo y le sale de los labios, que a su vez tiemblan un poco. Anna mira a Gabi, aterrada, y piensa en la mejor solución.

—Yo no te dije nada de un cadáver. Te hablé de un cuerpo. Aunque a fin de cuentas… me da que es lo mismo. ¿No crees?

—¿Te das cuenta de lo que significa? Aún podemos dar marcha atrás. Lo llevamos lejos, lo empapamos en alcohol y dejamos que se despierte o que alguien lo encuentre. Cuando recobre el conocimiento no sabrá qué ha ocurrido. Quizá piense en una borrachera extrema o algo así.

—No es posible. Me ha visto la cara. Me recordaría. Me reconocería. Y… no quiero que se recupere.

Aunque ahora siga respirando ya es un cadáver. Está muerto de todos modos. Este demonio debe sufrir y pagar por lo que ha hecho.

—Entiendo tu sufrimiento y por lo que debes haber pasado, pero esto no es nada como lo que quieres echarte encima.

—Veo que mi silencio no es suficiente garantía para convencerte. ¿Verdad?

—No es eso, Gabi. Solo quiero que no tengas que arrepentirte por algo que se aún puede evitar.

Gabi saca su teléfono móvil del bolsillo, rebusca y le muestra la pantalla.

—Esto sigue en mi poder. ¿No lo recuerdas?

Un video casero se reproduce en el aparato. Una simple sucesión de imágenes que hacen llorar a Anna.

—No es posible. Quemaste la cinta…

—Sí es posible. Solo quemé una cinta. No sé cual fue el motivo, pero me era imposible destruir aquel acontecimiento tan importante. Lo visioné una y otra vez. Y me abrió los ojos. La encontré justo antes de mudarme y supe que era una revelación. Tú eras la solución a mis problemas, pero aún no sabia cómo llegar a ti. Fuiste muy buena ocultando tus huellas. Pero el universo te trajo ante mi de nuevo años después y ahora, el video que grabé como si nada te ayudará a tomar la decisión correcta.

—Devuélvemelo, por favor. O elimínalo tú. Yo hice todo sin saber que…

—Lo haré. Justo después de que acabemos con todo este dolor que no me ha dejado vivir.

OCHO MESES ANTES

DOMINGO, 14 DE ENERO

—

GABRIELA

19

Termina de apagar un cigarrillo en el cenicero. Ha pasado la noche en vela. No es nada excepcional, pero esta vez ha sido como un descubrimiento. Aunque puede que se tratara de una especie de sueño lúcido. No lo tiene del todo claro. El caso es que al fin tiene la certeza de lo que debe hacer y cómo lograrlo. Lo ha

visto con tanta precisión en su mente que ha tenido que plasmarlo por escrito en su diario. Lo mira, lo palpa con sus dedos y se da cuenta de que es real. Ha llegado el momento de convertir en realidad la tan deseada venganza. Se lo lleva a la nariz. Inspira hondo; el olor a satisfacción.

Oye un ruido y se gira instintivamente como un animal que se pone en guardia.

Es él, su nuevo novio. Está tumbado en la cama. Desnudo. Hace unas semanas que lo conoció —como a tantos otros—. Fue por pura casualidad. Estaba tomándose una copa en Itxarotea, un bar situado en pleno corazón de Guipúzcoa y lo vio sentado a un lado sombrío de la barra, cabizbajo y con los ojos rojizos. Le llamó la atención que un hombre tan atractivo tuviera que ahogar las penas solo con una botella de whisky. Así que se acercó a él como una hiena lista para atacar, se presentó y enseguida entablaron una conversación típica de fracasados.

Él le contó que su matrimonio no iba del todo bien. Que en un principio todo había sido realmente maravilloso, que se prometieron enseguida y durante los primeros años estuvieron montados en una nube de algodón de azúcar. Sin embargo, la realidad rápidamente ganó terreno con el paso de los meses. Ella, su mujer, se distanciaba cada vez más, le rehuía con excusas y tenia la certeza de que le ocultaba algo. Era como si fueran dos personas diferentes. La sentía como un animalillo herido que no se fía de la familia que lo ha adoptado.

Gabriela, por su parte, le habló de cómo había cambiado ella y de su drama particular. Aunque lo más importante de su situación lo dejó aparcado y

escondido en su interior, sí le contó que su hija se había suicidado el pasado año. El motivo, también lo omitió. Era demasiado fuerte para hablarlo con un desconocido. Además, seguro que él también alteró su historia y omitió los detalles que ninguno de ellos quería conocer. Y seguramente ni siquiera se llamaba Andrés, que era nombre con el cual se había presentado.

Después de una charla que duró horas, salieron abrazados del bar, con unas copas de más y se fueron al hotel donde Andrés se hospedaba. Era lo que necesitaban en ese momento. El sexo sin compromiso en el momento oportuno. Dos cuerpos derrotados que se unen y reciben caricias escondidas. Sin ataduras ni presiones. El placer por encima de lo demás. En ese hotel anónimo dónde nada importaba salvo la satisfacción intima. Un paliativo mucho mejor que las drogas químicas que recetaría cualquier médico.

Calmantes, ansiolíticos, antidepresivos.

Las pastillas que se suponía debían bloquearle las emociones a Gabriela.

¿Qué madre sobrevive a la muerte de una hija y lo puede soportar? Ninguna, por supuesto.

Gabriela se entregó a aquel hombre guapo con tanta pasión que empaparon las sabanas. Sudor, gemidos y fluidos. Se sintió joven y esbelta cabalgando ese semental aparecido de la nada. Lo miró a los ojos antes de llegar al clímax y lo que vio la excitó aún más. Sus mirada era cristalina como el agua pura y reflejaba el rostro de ella como si lo hubiera poseído. Las convulsiones finales fueron automáticas y sin control hasta que se dejó caer, exhausta, encima de su pecho dejada por los gemidos y el latido del corazón.

Pero más allá de una noche de sexo, el destino les tenía preparada una grata sorpresa; de ese primer encuentro los llevó a otro y de ese a otro más asiduo. Poco a poco se fueron convirtiendo en una pareja de amantes más en busca de la complicidad y la clandestinidad que ofrece el anonimato.

—¿Qué estás escribiendo? —le pregunta él, soñoliento. Se despereza y cubre sus ojos con el brazo —. ¿Has empezado a escribir el libro que me dijiste?

Ella le sonríe. Mira su cuerpo desnudo encima de la cama y un temblor le recorre las piernas. Un cosquilleo le recorre las ingles. Le entran ganas de saltarle encima. Siempre le ha dicho que su vida es un drama que debería ser escrito y Andrés la anima a hacerlo. «Debes escribirlo y cuando en la historia te encuentres conmigo se convertirá en un drama doble», le repite siempre él.

Cierra el diario mordiéndose el labio. Siente el calor extendiéndose y ramificando lenguas de fuego por su piel. Sus ojos se clavan en Andrés. Lo devoran. Parece una estrella de cine porno. Su torso velludo y musculado, aún sudoroso es una invitación imposible de rechazar.

Gabriela se tumba a su lado en la cama. Le recorre el torso con los dedos. Refriega su cuerpo en el de él.

—Pues claro —miente—, voy a lograr que todos lloren como magdalenas.

—¿Quiénes?

—Los que lo lean. Y será gracias a ti.

Gabriela siente la excitación en Andrés. Le masajea el miembro con renovado interés.

Le besa como esa primera vez en el hotel. No imagina la suerte que tuvo al encontrarlo. Fue su salvación, el héroe que la sacó del pozo de la desesperación y la soledad y, ahora, sin saberlo, otra vez la ha iluminado.

Él cree que es el muso de su historia, pero la realidad es que, en la mente de ella, los engranajes han empezado al fin a funcionar con otra finalidad. Y como un puzle que se va formando pieza a pieza, ella ve cada vez más claro el camino que debe recorrer.

Se monta encima de él de un salto y ambos se dejan llevar por la pasión como dos adolescentes.

MIÉrCOLES, 5 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

20

Anna se enjuga la nariz y se seca los ojos con el antebrazo. ¿Qué puede hacer? Piensa a toda velocidad sin que se le ocurra nada. Es como una mala pesadilla de la que no puede escapar por mucho que se acurruque y cierre los ojos con fuerza.

—Está vivo, Gabi —balbucea.

—¿Ese es el problema?

Anna no puede apartar la vista del joven. Y sin apenas darse cuenta, ve como aparece un brillo a un lado de su cuello. Algo se le hunde en la garganta, perforándola. La sangre fluye a un ritmo constante, sin llegar a ser como un manantial. Su color es sucio. De agua contaminada. O sangre contaminada. Gabi sujeta el mango con fuerza y su mirada es de hielo.

—Mmmm —gime—. Rajarle el cuello de oreja a oreja… Que gozada. ¿Lo hago, Anna? ¿Se lo clavo del

todo? ¿O harás ahora tu parte del trabajo?

No quiere hacerlo. Sin embargo, ya sabe que no tiene alternativa. Así que, ¿de qué le serviría negarse? Gabi le ha clavado la punta del cuchillo en el cuello. Imagina lo que supondría si le clavase los veinte centímetros de metal. Ve como las gotas de sangre le resbalan en la piel; cayendo al suelo…

—Está bien —logra articular al fin entre sollozos—. ¿Cómo puedo saber que no me engañarás?

—No puedes. Ya te lo he dicho. No puedes estar segura de nada. Solo puedes tener la certeza de que tu pasado verá la luz si no haces lo que debes hacer. Simplemente recuerda que no te dejé entonces y, si haces justo lo que debes, tampoco te dejaré ahora.

La frase de Gabriela le hace pensar en como es posible que su vida esté dando un vuelco tan grande. Ha pasado de estar preocupada por el guapo de su vecino a tener el cuerpo o, mejor dicho, la vida de un joven en sus manos y en su lugar de trabajo. El único sitio del mundo que le daba paz de verdad. Y encima va, y Gabi lo pinta como si el favor se lo estuviera haciendo ella a Anna. Un favor que todo el mundo conoce a modo popular como cómplice de asesinato.

Tras analizar la situación a toda velocidad, Anna decide seguir su impulso y mover ficha. Gabi tiene la carta más poderosa en su poder y eso le da cierta ventaja. Y a pesar de que pueda salir perdiendo, no tiene escapatoria. Debe ceder a la petición de la rubia fatal.

—No hay tiempo que perder —dice Anna.

—A sus órdenes —Gabi finge ser un soldado.

Levantan el cuerpo del chico como pueden y lo

tumban encima de la mesa que utilizan para cortar piezas de ternera. Cada pocos segundos, a Anna le parece que salen gimoteos y quejidos de sus labios, pero aún sabiendo que no puede hacer nada por él, piensa que lo más prudente y sensato es privarlo de la oportunidad de escapar o gritar. Así que lo inmoviliza para imposibilitar su huida y sella sus labios con precinto para silenciarlo en caso de que decida reavivarse.

—No es necesario —dice Gabi—, le administré un tranquilizante muy potente para que durmiera como un tronco. Creo que lo utilizan para sedar caballos. Aunque el mejor remedio sería éste —sonríe ante la ocurrencia levantando el cuchillo en lo alto—. Seguro que habría peligro de que despertara.

—Apártalo de aquí —exige Anna mirando el filo brillante—. Aunque sea cierto, no has actuado bien. Solo nos faltaría que alguien nos hubiese visto. No me apetece tener que andar dando explicaciones.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Nada.

—¡¿Cómo que nada?! ¿No dices que te da miedo por si viene alguien y lo encuentra?

—Nadie vendrá. Hemos empezado las vacaciones y están todos fuera. Tenemos unos días para decidir qué hacemos.

—Si lo ves así, entonces será verdad que tenemos tiempo de sobra. Aunque no estoy del todo segura de que sea una buena idea.

Anna no sabe si es un tiempo valioso o un tiempo de castigo. Se le antoja que quizá y solo quizá, sea una oportunidad para poder remendar sus errores del

pasado. Solo quiere volver a su rutina diaria. A su vida monótona y tranquila. Pasar las vacaciones ideando una solución para deshacerse de un chico y eliminar todo rastro no era el plan ideal que había pensado, pero sabia que no habría salida posible hasta librarse de Gabi. Debía zanjar rápido ese asunto, echar a Gabi de su presente y centrarse en la gala.

Anna deja a Gabi con el chico y se dirige al cuarto de la limpieza. Rebusca entre los botes y coge lo que necesita. Le da a la rubia de bote un cubo y un trapo.

—¿Qué haces? —se retira, está asqueada—. No pretenderás que…

—Si crees que voy a limpiar y eliminar los rastros del chico, estás muy equivocada. O lo hacemos entre las dos o puedes ir a buscarte a otra. ¿Estamos?

Aunque Gabi sabe que Anna no sería capaz de cumplir con la amenaza, le ha gustado ver ese puntazo de agresividad. Casi como si tuviese iniciativa. Casi como si la excitara.

—Estamos —responde sin añadir nada más.

Se recogen el pelo en una cola y se protegen las manos con unos guantes de goma.

Anna quita los frenos de la mesa donde está atado y amordazado el chico, hace una seña a Gabi y, entre las dos, la empujan.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta Gabi.

—Estás segura de que quieres que me deshaga de él, ¿verdad?

—Así es. Debe pagar por lo que hizo. Que nadie lo encuentre jamás.

—Entonces le dejaremos pasar la noche en la cámara

frigorífica. Si no empieza a pudrirse mejor, ¿no crees?

—Estás en todo…

—Estoy en que yo no seré quién cargue con su muerte —dice, aunque ya la siente como una losa que le aprisiona el pecho.

Empujan y entran en la cámara donde dejan la gran mesa-camilla en el centro. El frío allí roza la congelación.

Quizá sí tenga razón Anna y sea la mejor solución.

Cierra la puerta con un golpe que retumba en la sala. Por un momento Anna se pregunta si alguien allí afuera estará husmeando y las habrá visto.

Se sacude las ideas de la cabeza y regresa a la realidad.

Limpian con una mezcla de hipoclorito sódico que a preparado Anna en un cubo el suelo por donde habían arrastrado al chico. Hacen lo mismo con el maletero. Empapan las alfombrillas en la solución desinfectante y llenan una bolsa de basura con lo que ha estado en contacto con el cuerpo; el chaleco reflectante, el gato para cambiar la rueda, un parasol de cartón y una manta a cuadros negros y rojos.

Anna recorre el mismo camino que tantas veces y días antes ha andado con bolsas de desperdicios que acaban en el mismo lugar. Su contenido ahora es muy diferente y la actitud de ella también. Se siente atrapada por el pasado. Atrapada en la tela de araña que creía haber destruido.

Al dejar la bolsa en el contenedor su mirada se agita nerviosa entre la oscuridad. Busca la cabeza de muñeca en el suelo, en los rincones ocultos y detrás de la maleza. Nada. La decepción la invade por completo

en un momento. ¿Porqué es tan importante ahora esa cabecita? ¿Quizá se siente como ella? Es como una punzada de ausencia, un dolor agudo en el pecho y se aguanta las lágrimas. Debe ser fuerte. Y lo es. No puede flaquear.

De regreso a la carnicería Gabi ya se ha arreglado de nuevo y da la sensación de que no ha limpiado nada, como una buena señora de palacio.

—Bueno —dice—, ¿y ahora qué?

—Nos iremos a descansar.

—¿Lo dices en serio o te estás quedando conmigo?

—¿Acaso podemos hacer algo mejor? —pregunta Anna sin esperar respuesta, intentando mantener la compostura. Respira apaciguada y contando los segundos para no caer desmayada al suelo—. Mañana lo analizaremos con más tranquilidad y tomaremos la decisión que mejor nos convenga.

—Me sorprendes, Anna. No imaginaba que te lo cogieras así y mucho menos que me invitases a pasar la noche en tu casa.

«Tú no sabes nada de mí», piensa Anna. Pero no lo dice en voz alta.

—Solo por esta noche.

Anna deja que Gabi aparque el coche en el garaje. Espera paciente frente la puerta principal a que esta llegue con su contoneo de caderas. Entran en silencio, suben las escaleras y Anna le muestra la habitación donde dormiría.

—Es enorme. Muchas gracias por dejarme pasar la noche aquí.

—Ya te he dicho que será solo por esta noche. Mañana te quiero fuera. Así que ya estás buscando un hotel o una pensión.

—Eres muy amable por acceder a ayudarme así, Anna. Sabia que podía contar contigo.

—Si piensas que lo hago por ti estás muy equivocada.

—Algo debe quedar ahí dentro —señala el corazón con un dedo—. Además, tenemos mucho de que hablar.

Anna no responde. Se limita a darle las buenas noches y la deja con la palabra en la boca.

¿Qué puede hacer? Sí quiere saber los motivos reales de todo eso... Pero más importante es para ella preservar su tranquilidad y la vida que ha creado sin que ninguna grieta del pasado sea tan grande como para derrumbar la pared que lo oculta. Y para ello debe seguir con toda aquella farsa si quiere recuperar el vídeo.

Mejor sería para ella que Gabi no sospechase nada y que creyera que era ella quién controlaba la situación.

Anna se va al baño, cierra con el pestillo y se quita la ropa. La deja caer al suelo. No la lavará con el resto. Mañana por la mañana la tirará al contenedor. Le entran arcadas solo con verla y recordar lo que ha hecho. Se siente tan sucia que casi percibe el hedor a putrefacción.

Se mete en la ducha, abre el grifo y cierra los ojos esperando que el agua fría purifique el temor sudoroso a ser descubierta. Quiere que se lleve la suciedad de su alma por el desagüe.

No sirve para nada.

Son las 2.44 y Anna se tumba en la cama con los

ojos abiertos de par en par. Ve como su día se ha torcido hasta casi romperse.

«Quizá hoy sería un buen día para morir», piensa, «para cerrar los ojos y no despertarme jamás».

Una lagrima desciende por su mejilla.

Anna da vueltas en la cama buscando un sueño que no llega. Cansada como si hubiera corrido una maratón y la cabeza embotada como si acabara de leer *El Quijote* de un tirón. Sus parpados se cierran lentamente y le rebelan imágenes que regresan de el pasado. De aquello que su mente a lapidado en lo más profundo de su ser.

21

Anna se levanta de la cama con un fuerte dolor de cabeza. Desearía que todo lo ocurrido fuese una mala pesadilla, pero al acercarse a la ventana ve a Gabi sentada a la mesa del porche con un teléfono en la mano, mordiendo una tostada. El sol está bajo y la

temperatura fresca de la mañana agradable. Anna se cubre con un batín de seda y se dirige afuera.

Distingue a Pau en el jardín y este la saluda levantando el brazo. Con esto no había contado. No quiere que Pau se vea relacionado con Gabi.

Pero ya es demasiado tarde. La ha visto sentada tomando un desayuno copioso y con la calma que irradia. Necesita saber que está pensando, qué tiene planeado y cómo puede sacársela de encima.

Gabi se gira y sus miradas se cruzan.

—Ya era hora, Aiti. He estado a punto de sacudirte para despertarte, pero…

«¿Has estado en mi habitación?»

—Sí —Anna la interrumpe bruscamente. Se sienta a su lado, inclinándose hacia delante y apoyando los codos encima de la mesa.

—Pensaba que te había dado algo chungo —dice Gabi.

—Quizá hubiese sido lo mejor —asiente con la cabeza lentamente, como si el esfuerzo fuera insoportable—. Dime qué tienes pensado.

—Nadie hizo nada por mi pequeña…

Anna se queda observándola un minuto. No dirá nada. Primero quiere saber todo.

—Es hora de saber la verdad. ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta finalmente.

Ahora sí la mira y Anna ve una especie de debilidad en sus ojos. ¿O es teatro?

—Dijeron que fue culpa suya. Que ella los incitó —contesta—. Que fue consentido.

Anna conoce el caso, pero solamente por lo que se habló en los telediarios. Recuerda haber visto a Gabi

en las noticias. Siempre sacaban planos de ella llorando. Su pelo oscuro parecía apelmazado y sucio. Tan diferente al tono dorado que lucía ahora.

—¿En serio? —pregunta, disimulando que ya lo sabe.

—Sí, en serio —responde Gabi—. El médico nos dijo que las pruebas eran claras. Presentaba lesiones en todos los orificios de su cuerpo. Pero aún así, no había pruebas suficientes para demostrar que se trataba de una violación en grupo.

Gabi baja la mirada hacia el suelo y se abraza a ella misma.

—El caso es que en este país no hay justicia —reprende la conversación—. Estoy de acuerdo que mi pequeña estaba en un ambiente de fiesta. Los adolescentes a menudo se exceden con el alcohol y las drogas, pero ella no dio consentimiento, como defendió el abogado del grupo. ¡Por dios! Me lo dijo. Me aseguró que intentó frenarles. Un no es un no.

Anna no sabe que responder. Siguió un poco el tema en las noticias e incluso en las redes sociales se hablaba sin parar del tema. Le dolía demasiado ver aquella falta de lógica en todo el asunto.

Deja que Gabi siga hablando.

—La cuestión es que la violaron. Todos ellos abusaron y destrozaron a una chica llevándose su niñez.

Anna suelta un fuerte suspiro y dice:

—Deberían pasar el resto de sus vidas en prisión.

—¿En prisión? —pregunta rápidamente Gabi, mirándola de nuevo con unos ojos fríos de hielo—. Molerlos a palos es lo que merecen. Y que les hagan lo mismo. Que deseen morir.

—¡Oh! —exclama Anna, sintiendo como se le remueven las entrañas—. Ya se que no necesitas esto ahora mismo, pero quizá el tiempo cure el dolor.

—No.

La voz de Anna se suaviza un poco. Sabe que la frase que va a decir es falsa de inicio a fin.

—Si necesitas un hombro en el que llorar, aquí me tienes. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro, Aiti —responde Gabi—. Gracias. Pero ya sabes lo que necesito.

—Puede que paliar el dolor que sientes y todo el daño que te han hecho tenga otra solución.

—¿Y dejar que se salgan con la suya? No, gracias. ¿Has pensado ya en algún modo de deshacernos de esa escoria?

Anna niega con la cabeza.

—Puede que necesites ver las cosas con un poco de perspectiva. Llevas tiempo sufriendo y los analgésicos que tomas son muy fuertes. Quizá deberías reconsiderarlo.

—¿Acaso crees que no lo he pensado durante mucho tiempo? ¿Qué harías tú si te hubieran hecho algo parecido? Engañaron, violaron y destruyeron a mi pequeña. La justicia defendió a los demonios ante todo el mundo y mi pequeño angelito no soportó la humillación pública y… —se le rompe la voz— terminó por dejar de luchar, quitarles la denuncia y acabar con su vida. ¿Acaso crees que puedes hacerme cambiar de opinión?

Anna no responde. Conoce las respuestas a todas y cada una de las preguntas. Ella, que nunca ha tenido hijos, sería capaz de cualquier cosa por ellos. Sería

capaz de cualquier cosa incluso por tener un hijo. Se levanta de la silla y se dirige a la cocina en silencio. No le da la razón, pero tampoco juzga sus actos.

¿Acaso no haría lo mismo cualquier madre en una situación así?

¿Acaso no haría lo mismo cualquier persona que tuviera la oportunidad de vengarse?

Cuántas veces hemos visto casos parecidos en televisión y hemos pensado: lo mismo deberían hacerles a ellos y que sufrieran hasta la muerte.

¿Acaso tener esos pensamientos la convertían en una mala persona?

Lo que ocurre es que la mayoría lo piensa, pero prácticamente nadie tiene la oportunidad de decidir algo así.

22

En la carnicería el ambiente es frío como en una película de suspense. Si no fuese por el murmullo diario sería imposible permanecer mucho rato allí. El sonido de los generadores, transformadores y la corriente de aire mantienen las carnes a temperaturas optimas, los embutidos en curado y la zona libre de bacterias y agentes patógenos.

—Y bien —dice Gabi—, ¿qué hacemos con él?

—Lo más sensato sería hacer desaparecer el cuerpo —responde Anna tras un largo silencio—. Siempre se dice en las películas y series de detectives que si no hay cuerpo no hay delito.

—Podemos echarlo al río. Las lluvias de este año han hecho que baje bastante cargado.

—No —sentencia Anna—. Sería un grave error.

—¿Por? —pregunta Gabi realmente intrigada en la rápida respuesta de Anna—. La carnicería tiene acceso directo hasta la orilla y la fuerte corriente se lo llevaría lejos de aquí. Puede incluso que llegara al mar.

—O puede que encallara unos metros más abajo. No me apetecería ver en las noticias el seguimiento de un homicidio sabiendo que en cualquier momento podría llamar a la puerta la policía.

—Entonces. ¿Qué opciones tenemos? ¿Lo llevamos hasta la costa y lo lanzamos al mar? No está tan lejos.

—¡Estamos a principios de septiembre! La Costa Brava está hasta los topes de turistas. Sería imposible acercarnos al agua sin levantar sospecha o que alguien nos viese.

—Descartado pues.

Se quedan un instante en silencio hasta que Gabi vuelve a retomar la conversación.

—¿Y las montañas?

—Podría ser una buena opción, pero eso nos genera otro problema.

Ante el silencio de Anna, Gabi decide preguntar:

—Y bien. ¿Cuál es el problema?

—Que deberíamos enterrarlo. Y eso nos lleva a tener que utilizar herramientas y, lo peor de todo, contaminar el cuerpo con nuestro ADN. Y quien sabe si podríamos dejar pistas que los condujeran directamente aquí.

—Entonces, también podríamos dejar el cuerpo allí, sin más. Los animales salvajes lo devorarán y no dejarán nada.

—Es una opción, pero…

—Pero, ¿qué?

—Que no nos da la seguridad que así sea. Además de que no conocemos la zona como para mucho menos recorrerla con él.

—Está bien. Entonces… ¿qué sugieres?

Anna toma una bocanada de aire.

—Lo descuartizamos.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. Si convertimos el cuerpo en trozos más pequeños nos será más sencillo manejarlo que no un cuerpo tan grande como es ahora.

A Gabi se le revuelve el estómago y las arcadas son visibles en su rostro.

—Yo no podría…

—¿No podrías qué? —recrimina Anna con voz afilada — ¿Descuartizar al chico que violó a tu hija? Pensé que era eso lo que pretendías. Aunque aún te queda la posibilidad de dejarlo ir, que regrese a su vida y tu y yo sigamos nuestro camino.

Se hace un silencio incomodo.

—¡Decídete de una vez! —inquiere.

—De eso nada. No lo dejaré marchar sin pagar por lo que hizo, él y sus amigos. Pero no sé si seré capaz de desmembrarlo —le sube otra arcada—. Ese trabajo lo dejaré en tus manos.

Anna se está mordiendo los labios. Si quiere salir indemne no puede tener escrúpulos. No puede dejar que ella destruya su mundo. Cueste lo que cueste.

—De eso me encargo yo —dice al fin—. Pero deberás ayudarme a repartir cada trozo cuanto más lejos de Aurora mejor.

—Estás completamente pirada.

—Y me lo dices tú. Quien aparece con un chico en el maletero del coche y me pide que me deshaga de su cuerpo.

—No es lo mismo. Desmembrar a alguien… ¿Serás capaz?

—Es carne. Nuestro cuerpo no es tan diferente al de un cerdo o una ternera. Lo hago a menudo en la tienda. Además, he visto tantas veces Dexter que tengo una idea bastante precisa de cómo debo actuar.

—¿Es la serie de ese psicópata que mataba a la gente y lanzaba sus cuerpos al mar?

—Primero: no era un psicópata. Era un forense que acababa con los malos a los que la justicia no podía encerrar. Segundo: en la primera temporada se enfrenta a un psicópata de verdad que está obsesionado con él. Éste, corta los cuerpos en pedazos y los convierte en regalos para el protagonista del cual está obsesionado.

Gabi está asombrada de la seguridad que desprenden las palabras de Anna. Si no la conociera diría que no es la misma que conoció de pequeña.

—Mi idea es hacer lo mismo que él, pero los “regalos” los podemos esparcir por lugares muy remotos. Cuanto más lejos mejor. En contenedores de basura. Debemos arrancarle todos los dientes y quemarle las huellas digitales. De modo que, si alguien encuentra algún trozo, a la policía le sea muy difícil encontrar el resto o seguir un rastro concreto.

—Y para ello debemos…

—Empezar cuanto antes.

23

Anna mira el gran reloj circular. Son las 9,33. Ha cubierto la zona de tratamiento de piezas con plásticos. Siendo muy precavida en no dejar nada por proteger. No quiere que ninguna salpicadura de sangre le contamine ninguna superficie. A fin de cuentas, allí se prepara comida.

Todo está dispuesto para la recogida de sangre, que se pueda generar durante el desmiembre, pero, aun así, ha colocado una cubeta que utilizará para la del chico.

Lo sacan entre las dos de la cámara frigorífica y, con gran esfuerzo, lo colocan en la mesa de corte encima de los plásticos.

—No soy capaz de cortarlo —dice al ver un leve movimiento en su cuello—. Quiero que este demonio pague por lo que hizo, pero no soy lo suficientemente fuerte como para hacerlo así. Sigue vivo.

Anna mira el rostro ceniciento del chico. Su tez redondeada y rellena le hace pensar que podría pasar por el divertido de cualquier grupo. Siente un poco de lástima. Quien sabe como era su vida. ¿Lo echarán de menos? Sus padres, familia, amigos. ¿O se alegrarán de que no regrese jamás? Sus victimas. Esas si se alegrarían al tenerlo indefenso y tumbado delante suyo, listo para pagar por todos y cada uno de sus actos.

«Eso es lo que debo pensar», se dice.

Ese es el pensamiento que debe prevalecer.

Gabi se acerca al cuerpo del chico y le susurra al oído:

—¿Lo pasaste bien mientras violabas a mi hija? —su voz tiene la rabia contenida—. Me hubiera gustado verte sufrir más, pero eres débil. ¡Esto es por Lucía!

Anna ve asombrada como Gabi le clava un cuchillo de veinte centímetros en el cuello. Es el mismo que cogió la noche anterior. Pero lo que la deja con la boca abierta es que dos piedras preciosas aparecen en el rostro del chico. Sus párpados se abren de par en par mostrando el brillo apagado de unos ojos esmeralda en el interior.

—¡Está vivo! —grita Anna.

—No por mucho tiempo, ¿verdad cabrón?

Anna es incapaz de moverse. Eso lo cambia todo.

—¡Mírame, hijo de la gran puta! Soy el rostro de la venganza y esto es por todas las chicas a las que habéis sometido tú y los demonios de tus amigos.

Entonces, con gran fuerza, Gabi mueve la mano utilizando el cuerpo entero para realizar una gran incisión en el cuello del chico.

La sangre emerge y borbotea del tajo como una fuente, cubre en segundos los plásticos de la mesa y resbala creando un chorro que va llenando el cubo. La boca del chico también está llena de sangre. Los espasmos de su cuerpo son cada vez más espaciados y, lentamente, se pierde el brillo de los ojos.

—Gabi —solloza Anna, incapaz de reaccionar—, ¿aún estaba vivo? No lo había imaginado.

—Tu lo has dicho: estaba —sus ojos se llenan de lágrimas.

—Esto lo cambia todo.

—No, Anna. No cambia nada. Es solo cuestión de perspectiva. Yo tengo mi venganza y tú, en breve, tendrás el cuerpo para desmembrar.

El estómago de Anna se abre liberando el desayuno. Los retortijones se le pasean por el cuerpo erizándole el vello. Estaba dispuesta a descuartizar a un chico. Sí. Pero ver como Gabi le hincaba el cuchillo en la yugular y sus ojos se abrían y ahogaban su brillo lo cambiaba todo. Era como una secuencia de cine a cámara lenta que se repetía una y otra vez, una y otra vez.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Llamar a la Policía? Esta opción llegaba un poco tarde. Estúpida, Anna. Eres una estúpida, se fustiga. Enseguida se preguntarían porque no había avisado antes y, quizás lo peor de todo sería explicarles porque estaba todo cubierto de plásticos protegiendo las superficies del lugar. ¿Quién iba a creer que se sentía coaccionada, obligada a hacerlo?

—No es necesario que hagas un drama de esto, Aiti —dice Gabi al ver las lágrimas que brotan de sus ojos—. Si te es más sencillo piensa que no es un chico normal. Por lo menos no uno con el que quisieras toparte.

—Lo sé —responde y se seca los ojos y boca con un pañuelo de papel—, pero eso no significa que tengamos derecho a…

Gabi la interrumpe y pregunta:

—¿A hacer lo que tú hiciste?

Anna levanta las cejas y hace una mueca entre la desesperación y la culpa.

—No te atrevas a decirlo. No. No. No puedes

juzgarme.

—Y nunca lo hice. Sé lo que hiciste y jamás te he juzgado por ello. Por eso mismo te pido que me comprendas. Sé que tú eres la única que me comprende de verdad. Mi dolor no se verá saciado hasta haber terminado con esto.

En ese preciso instante, la replica de Anna no llega a salir de sus labios. El sonido del timbre de la entrada retumba indicándoles que alguien está en el portón.

Las mujeres se miran a los ojos. No dicen nada, pero reflejan la duda en cada parpadeo.

—No lo recordaba —susurra Anna—. Quedé con la señora Engrasi para que recogiera un pedido.

—No abras. Que vuelva más tarde y listo.

—Como se nota que no la conoces —Anna coge otro pañuelo y se suena la nariz—. Si te digo que es el boletín de noticias del pueblo, me estoy quedando corta. Si tiene la más mínima sospecha de que ocurre algo, estaremos perdidas.

—Da igual. No sabe que estás aquí. Lo más seguro es que se canse de esperar y se marche.

El timbre vuelve a perturbar el silencio.

—¡Anna! —la voz de la anciana atraviesa el silencio— Cariño, sé que estás ahí.

—Nada —susurra Gabi con un dedo en los labios—, ni caso. Mantente en silencio y se irá. Y si no lo hace la matamos. Total, no nos viene de un cadáver.

Anna mira aterrada como Gabi ahoga una sonrisa tan diabólica que le da miedo por primera vez.

—Te he visto llegar —dice Engrasi. Anna mira el cielo y mueve los labios como si susurrara alguna salmodia

secreta—, con tu amiga. Venga, déjame entrar.

24

Anna apoya la frente sobre la superficie metálica del marco de la puerta. El frio metal parece que la anima, que la hace pensar a toda velocidad. Mira a Gabi con ojos suplicantes y le dice:

—Ni se te ocurra moverte de aquí y mucho menos hacer ningún ruido. Y por más que quieras, no debes dejar que te vea.

—Seré una tumba, pero lo mejor es acabar con la amenaza de raíz.

—Más te vale no mover un dedo.

Una inhalación profunda.

Dos inhalaciones más.

El sonido del cerrojo retumba en la tienda vacía y Anna abre la puerta.

—¡Señora Engrasi! —dice al tiempo que asoma la cabeza al exterior—. La he oído de milagro. Estaba tan absorta con los preparativos que ni siquiera me parecía estar aquí.

—Ya me estaba temiendo que te hacías la sorda y no querías abrir—replica con su cara afilada de reina del

corral y los ojos entornados.

—No me diga eso que me ofende —sonríe sin ganas—. No la esperaba tan pronto.

—Como te he visto entrar… y ya tengo la casa recogida y limpia, he pensado que sería mejor venir a por el encargo y así ya no tengo que pensarlo más.

—Siempre tan atareada y previsora.

—Y tu tan embaucadora —suelta apretando los labios en una línea fina—. ¿Me dejas entrar o no?

—Pues claro, Engrasi. Disculpe.

—Anna. Estas muy rara —se lo piensa mejor—. Más rara de lo habitual. Pareces ausente.

—La verdad es que estoy con la cabeza en el catering todo el día y llevo días dándole tantas vueltas que me cuesta mantenerme centrada —se excusa, intentando parecer lo más sincera posible.

—No sabes las ganas que tengo de probar tus platos, cielo. Seguro que te vas a poner a todos los comensales en el bolsillo. Piensa que habrá la jetset del país y parte del extranjero.

—No diga eso que me pone más nerviosa… Lo haré tan bien como sepa y ya.

—Ni que no lo supieses ya —la frase le cae como un mazo en toda la cara. Pero Engrasi no se detiene allí. Quiere rematarla—. Me jugaría un riñón a que planeas algo mayor para esos ricachones. Quizá has descubierto algún modo de embaucarles para quedarte con todo su dinero. Como al pobre Carlos.

«¿Pobre Carlos? Qué sabrá usted vieja arpía», piensa.

Se dirigen a la trastienda a paso tranquilo mientras hablan. Anna se sitúa estratégicamente bloqueando el

pasillo que comunica la tienda con la zona de descuartice. Si Engrasi llegara a ver lo que esconden allí… sería un desastre mayor.

¿Sería capaz de matarla a ella?

La anciana se sienta a la mesa y saca un tupper de su gran carrito de ruedas.

—Te he traído un trozo de tarta para que la pruebes.

—¡Oh!, muchas gracias.

—De gracias nada, cielo. Tengo mucho tiempo libre y esta es una prueba que no he hecho nunca. Espero que seas sincera… de eso dependerá mi éxito.

—Como siempre —le guiña un ojo.

Anna prepara un café con leche para acompañar el bizcocho que ha traído la vieja. Leche desnatada, sin azúcar y el café descafeinado para Engrasi.

Por momentos da la sensación de que son amigas de siempre compartiendo unos instantes de cordialidad y cotilleo.

Hablan del tiempo, de las vecinas, del hijo de la panadera, del cura. Nadie se escapa a la estrecha vigilancia de Engrasi. Eso hace temer a Anna que quizá viese como entraban con el coche y… no. Prefiere ni siquiera pensarlo. Se lo quita de la cabeza.

—Delicioso como siempre —afirma Anna.

—Tú que te lo comes con ilusión. No sabes cuanto te envidio. Tan joven y bella, con un marido guapo y rico, y siempre tan humilde. Si yo fuera tú, no trabajaría tanto en una tienducha como esta y me dedicaría a gastarme montones de billetes. Ah, y viajaría por todo el mundo con mozos bien fuertes que me llevasen las maletas y me hiciesen masajes en los

pies —se ríe como una hiena.

—Puede que algún día lo haga, señora Engrasi. Pero antes debe confesarme qué ingrediente secreto lleva su tarta. Está muy buena.

—El secreto es la zanahoria y la remolacha.

—¿Remolacha?

—Así es, mi niña estúpida. Por eso tiene este color púrpura tan precioso. Además, se trata de un ingrediente con múltiples beneficios para la salud. Aporta un sinfín de vitaminas y es muy nutritiva.

—Me sorprendo cada día con usted, Engrasi. No pensé jamás que se pudiera preparar un bizcocho de remolacha y que además fuese tan rico.

—Los de la televisión lo llaman innovación y creatividad. Bueno, como lo que haces tú con tus platos.

A Anna le sorprende que las palabras no estén afiladas como cuchillos. Suenan sinceras y amables. ¿Es posible que se esté ablandando?

—No tiene ni punto de comparación lo que yo hago con su tarta —asegura.

—Venga, no seas tan aduladora que no hay para tanto. ¿Ya tienes preparado mi pedido?

—Voy por él.

Anna desaparece detrás de la puerta un instante. Engrasi se levanta y recorre los fogones con la vista. Levanta las tapaderas y mira ollas y sartenes.

—Aquí lo tiene: hamburguesas de escalibada con extra de pimiento, salchichas de pollo, un conejo cortado a cuartos y una chistorra extra larga.

—Muchas gracias, Anna. Que suerte tengo de tenerte

como amiga. Me sirves incluso estando de vacaciones.

Revisa el contenido de las bolsas y las recoge de encima la mesa.

—Un placer poder serle de ayuda. Y no lo dude, la suerte es mía. Probar sus bizcochos es un honor al que pocos pueden acceder —Engrasi saca el monedero y se dispone a pagar—. Déjelo. Se lo apunto en la lista y lo liquida a la vuelta de vacaciones.

—No es ningún problema, Anna.

—Para mí sí —sabe que la caja esta en paralelo al pasillo. Sería un riesgo innecesario que no quiere correr—, tenemos la caja registradora vacía y desconectada. Y será mejor que lo dejemos para la vuelta. Así hacemos cuadrar todo.

—Ah, de acuerdo. Como te vaya mejor.

Engrasi guarda el monedero dentro de la gran bolsa.

—¿Te ayudo a recoger?

—Lo hago en un momento. No se preocupe. Además, he de ponerme al trabajo enseguida si no quiero que se me estropeen las piezas.

Un ruido atraviesa el oscuro pasillo y atrae la mirada curiosa de Engrasi hacia al otro lado.

—¿Qué ha sido eso? —dice al tiempo que sus ojos se abren como grandes focos que escudriñan la oscuridad.

—Nada. Seguro que he dejado los cuchillos mal colocados y alguno se ha caído.

Engrasi emprende el camino hacia el otro lado sin que Anna pueda impedírselo. Si da diez pasos más verá el cadáver del chico y todo habrá acabado.

Pero, ¿qué puede hacer para detenerla?

NUEVE.

—Señora Engrasi, no se preocupe.

OCHO.

—Pero si no es molestia, Anna. Quizá te pueda ayudar a recoger lo que sea que ha caído o a preparar algo para el cáterin.

SIETE.

—Deje deje ya bastante tiene usted con el peso de la compra. Si se le resiente la espalda después no podrá ni ir de paseo.

SEIS.

Anna sabe que no tiene salida alguna. Los segundos caen como grandes rocas. Toneladas de rabia y culpa. ¿Qué debe hacer?

CINCO.

—¿Y si se trata de un ladrón? Corre, Anna. Por si acaso tu llama a la policía. Si allí hay alguien será mejor que me ataque a mi que a una joven como tú.

—Pero, ¿qué dice? Eso no es posible.

CUATRO.

—Hazme caso y no me lleves la contra. Yo soy la mayor y he visto muchas películas y documentales. Es el plato del día en las noticias. Esos malnacidos aparecen cuando menos lo esperas.

TRES.

No hay vuelta atrás. Y Anna lo sabe. Piensa en la mejor manera de salirse con la suya. No la hay. Está atrapada en una espiral de sucesos cada vez más impredecibles. Tiene la frente perlada en sudor y el rostro pálido. Sabe lo que debe hacer. No le queda alternativa. Pero no le gusta. Alarga el brazo y agarra

el mazo que cuelga de los ganchos en la pared.

Un golpe certero en la cabeza, en las sienes. Si ve el cadáver estará perdida, pero si no lo ve también. Puede que Gabriela ya esté en la esquina con el cuchillo de veinte centímetros listo para degollar a la vieja. ¿Qué debe hacer? El tiempo sigue imparable y aunque los pasos parecen haber ralentizado, Engrasi sigue avanzando.

DOS.

Anna levanta el mazo hasta lo alto. Debe hacerlo. Toma aire. El pelo blanco con reflejos de colores de la anciana se balancea como la cresta de un gallo. La hacen temblar. No quiere hacerlo. Pero debe. No hay salida. No tiene salida.

UNO.

La pierna del chico se ve encima de la gran mesa. Anna la ve. Engrasi seguro que también.

Anna libera toda su fuerza en el mazo que se dirige a gran velocidad hacia el punto de la base del cráneo de la anciana. Doña Engrasi no debería sufrir. Eso espera. Eso desea.

Justo en el último instante, aparece Gabi con un cuchillo de carnicero en lo alto frente a Engrasi y esta detiene su avance con un grito ahogado.

Anna tiene una milésima de segundo para desviar el mazo de su objetivo y las tres se unen en un grito que retumba en el pasillo.

—¡Por Dios! —grita la anciana al recuperar la compostura, agarrándose el pecho con una mano y apoyándose en la pared —. ¿Quién eres tú? ¿De donde diablos sales? ¿Acaso quieres que me muera de un ataque al corazón?

—¡Joder, menudo susto! —Gabi finge sorpresa.

—¡Quién demonios eres!

—Me había olvidado que estabas aquí —dice Anna colocándose entre las dos—. Señora Engrasi, esta es mi amiga Gabi. Me está ayudando con el descuartice de las piezas nobles para el cáterin.

—Ah, claro. Yo también la había olvidado —va recobrando la respiración a un estado normal—. La chica con la que te vi entrar. Tampoco lo recordaba. Sino fuera tan olvidadiza pensaría que se estaba ocultando de mí. Y eso explica que esté cubierta de sangre, pero me ha parecido ver que en la mesa…

—Ya le he dicho. Como todos están de vacaciones, ella se ofreció a echarme una mano en los preparativos.

—¿Me lo habías dicho? ¿Seguro?

Los ojos de la anciana se dirigen nuevamente a la mesa.

—Juraría que lo que he visto eran unas piernas humanas y no un…

—Unas piernas sí lo son —se apresura Anna—. ¿Humanas? No. Es la parte trasera de un cerdo. Bueno… sí que son parecidas a las de los hombres, ¿me entiende? —se ríe ante la ocurrencia.

—Pero me parece…

—Mejor que no lo vea, Engrasi —Anna y Gabi le cierran el paso y la obligan, sin que se note demasiado, a ir hacia atrás, en dirección contraria—. Ya sabe que es muy aprensiva y… si pierde el conocimiento aquí y se hace daño no podría perdonármelo jamás.

—En eso te doy la razón. Si viese algo raro… podría

pasarme días con el estómago revuelto sin comer y a mi edad eso no puede pasar.

—Y no queremos que ocurra eso, señora —dice Gabi—. Usted tiene un talante que pocas veces se ve en mujeres de su edad. Por cierto, ¿Cuántos años tiene? Le queda mucho por cumplir los sesenta, ¿verdad? Está divina.

Engrasi sonríe, alabada.

—¿Sabe lo que estaba pensando? —pregunta Anna para desviar el tema—. Sería fantástico que el día del cáterin usted sirviese alguno de sus postres. ¿Qué le parece?

El rostro de Engrasi se ilumina.

—¿No te importaría? ¿De verdad lo dices?

—No se me ocurre mejor manera para dar a conocer su talento con la repostería.

—¿Y ya te dejarán hacerlo? —duda ella.

—Engrasi, con el tema de la comida mando yo. Y si digo que mis platos casan con sus dulces. Nadie me llevará la contra —la seguridad que muestra se refleja en su rostro—. Es mi decisión.

—Pues dalo por hecho, niña —asiente—. Los postres los hago yo.

—Es un acuerdo genial. Verá como todos se rinden a sus pies.

Engrasi se dirige a la puerta de la tienda pensando en los postres, el trabajo que tiene por delante y en los halagos que recibirá. Recoge las bolsas con la comanda y sale por la puerta. Cuando Anna cree que ya se ha librado de ella, esta se gira y dice:

—No creas que me has engatusado, Anita. Sé que

escondes algo y no puedes engañarme. Algún día te descubriré. Pero tu amiga… ella sí que se ve una buena persona —sus labios se curvan en una sonrisa que no tiene la malicia habitual—. Y con clase. Me cae muy bien.

25

Anna se dirige al armario de madera que está situado al lado del horno y los fogones. Lo abre y saca una botella de coñac. Es la que usa para dorar las piezas de pollo y conejo en la cazuela de barro. Ahora, sin embargo, su finalidad es otra muy distinta. Coge uno de los vasos de vidrio y le echa un generoso chorro que se bebe de un trago en tres segundos. Gabi la está observando con ojos fríos e inquisitivos apoyada en el marco de la puerta.

—Creo que te voy a acompañar —dice al tiempo que busca un vaso para ella y le quita la botella de la mano.

Anna la recupera y se llena de nuevo el suyo. Esta vez

supera la mitad de su capacidad.

—Por poco nos descubre. Por muy poco.

—Anciana entrometida.

—Pensé que ibas a clavarle el cuchillo. ¡Dios! Menudo susto. Aún me tiemblan las piernas con solo pensarlo.

Gabi se lleva el vaso a los labios y da un generoso trago antes de responder:

—Esa era mi idea —Anna se paraliza—. Si llega a superar el umbral lo hubiese tenido que hacer. No había otra.

—No —replica con un nudo en la garganta y el rostro desencajado en una mueca de dolor.

—Pues claro que sí, Aiti. No hubiese tenido más remedio que evitar ponernos en peligro. ¿Acaso tenías un plan mejor?

No responde.

—Si ni siquiera pudiste retenerla en la tienda… Imagina que yo no llego a estar. Habría visto a esa escoria.

Anna se da cuenta por primera vez que Gabi habla en plural. Y eso la está poniendo de los nervios. Ya no se trata de lo que su “antigua amiga” ha hecho si no de lo que ellas han hecho. Ocurra lo que ocurra a partir del momento en que Gabi entró en su vida, las dos son culpables de todo.

Está dispuesta a solucionar el problema —no le queda otra opción— y hacer lo que sea, pero debe asegurarse de que nadie de su nueva vida sufra ningún daño ni se entere jamás de nada. Incluso defender a Engrasi por muy odiosa que sea.

—Eso no puedes hacerlo. Debes prometerme que no

harás nada a nadie del pueblo, ni a mis amigos. Te ayudaré a deshacerte del cuerpo del chico —mira a lo lejos—, pero prométeme que todos los demás estarán a salvo.

—Lo estarán si no meten las narices donde no los llaman —dice como si fuera una evidencia obvia—. Si cruzan la línea y pisan donde no deben… me veré obligada a mover ficha. Ya lo sabes. Lo tengo todo muy bien calculado y nada que perder. Cada paso que debemos dar de ahora en adelante está calculado al milímetro y no permitiré que nadie se entrometa. Es mi venganza personal. Y después de tanto tiempo, al fin se hará realidad.

—¿De ahora en adelante? ¿Y cuándo piensas contarme los detalles?

—Tú ocúpate del cuerpo, ese es tu cometido, y yo haré el resto. ¿Crees que podremos terminar hoy con él?

Anna da un nuevo trago. Esta vez directamente de la botella. Respira con excesiva rapidez y su cerebro trabaja a toda velocidad imaginando las diferentes posibilidades que se le pueden presentar. Aún no tiene muy claro como zanjar el tema sin contratiempos. Comprende el dolor de Gabi, y en cierto modo siente cierta empatía hacia ella y en su actitud. Pero es una mujer destructiva y manipuladora. Anna solo anhela terminar cuanto antes y regresar a su tranquila vida de antes. Aunque solo sea unos días atrás, eso le parece ya mucho tiempo, incluso años. Quiere que Gabi desaparezca y no regrese jamás a su vida.

—Sí, hoy mismo terminaré —dice.

—¿Estás segura que podrás? ¿No te echarás atrás, verdad?

—Si he dicho que lo haré es por algo. Tienes mi palabra. Márchate y déjame hacer mi trabajo. Tengo mucho por delante y si te quedas rondando por aquí no podré centrarme.

Suena una campanilla. Es el aviso de un móvil, un mensaje de WhatsApp. Gabi saca el aparato de su bolso y le da una ojeada. Anna se extraña. Ese teléfono no parece el suyo. Juraría que había visto otro cuando estuvo en su casa.

—Bien. Yo también tengo cosas que hacer —dice tras leer en la pantalla. Se guarda el teléfono en el bolso y recoge sus cosas—. Espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería. Recuerda que ahora somos socias.

—Márchate de una vez —responde con cierto acido asomando de cada letra.

Cuando Anna está sola y envuelta en el frío artificial de la carnicería, cierra los ojos y toma grandes bocanadas de aire. Siente una relajación embustera, pero le servirá para mantener la calma durante el proceso. Atiende a las herramientas y elige las que mejor le vendrán.

Se gira y posa los ojos en el chico. Con unas tijeras le corta la ropa; camiseta, pantalones, calzoncillos, calcetines… Lo mete todo en una bolsa de plástico.

Luego, empieza el trabajo duro.

MENSAJES WHATSAPP
—
GRUPO “LA KAMADA”

26

VÍCTOR: ¿Dónde te has metido, chaval?

NIL: Eso, eso… estas desaparecido!!

ÓSCAR: Pasa hermanos!
ÓSCAR: Estaba cerrando un trato
ÓSCAR: Que os va a encantar

VÍCTOR: Ya era hora!
VÍCTOR: Aplausos para el cachorro rollizo

NIL: Cuenta que nos tienes en ascuas

ÓSCAR: He estado oliendo a una presa

VÍCTOR: No jodas!!
VÍCTOR: Eres el puto amo.

NIL: No será muy pronto?
NIL: Recuerda que estamos… tú sabes

VÍCTOR: Nada de chorradas, Nil.
VÍCTOR: Tenemos las espaldas cubiertas y nadie nos pillará

ÓSCAR: Eso es cierto
ÓSCAR: Debemos actuar con precaución

VÍCTOR: Va! Te escuchamos!!!

ÓSCAR: El finde conocí a una chavala que resultó estar de vacaciones
ÓSCAR: El caso es que una cosa llevó a la otra y me dio su teléfono
ÓSCAR: No paró de mandarme mensajes y el martes, como ya sabéis, me fui a su pueblo

VÍCTOR: Que hijo puta!!
VÍCTOR: Nosotros preocupados y tu follando como un loco por ahí

ÓSCAR: Que va, tío.
ÓSCAR: Es mucho mejor que eso.

VÍCTOR: Mejor? Tu estás mal!

ÓSCAR: El caso es que cuando llegué la pava estaba

súper cachonda y me dijo que tenía ganas de hacérselo con los tres.

VÍCTOR: Tío!!
VÍCTOR: No se como te lo montas para liarlas así
VÍCTOR: Dónde estás?

ÓSCAR: El caso es que dice que tiene una amiga y que quiere montar una bacanal con nosotros.

VÍCTOR: No jodas!!!

ÓSCAR: Hoy me las presentará
ÓSCAR: Solo se que es mayor que ella y que les va la marcha
ÓSCAR: Si veo que tenemos posibilidades os digo algo

VÍCTOR: Ya sabes como actuamos
VÍCTOR: No hagas ninguna locura ni dejes pruebas a su favor

ÓSCAR: Lo sé, Tíos!!
ÓSCAR: Os digo algo
ÓSCAR: Pero creo que esta será nuestra mejor cacería.

JUEVES, 6 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

27

Eva ha puesto la radio a todo volumen y ha salido derrapando a la carretera principal. Tiene un modo de conducir que a Anna le recuerda su juventud. Aquella cuando lo único importante era pasarlo bien a cada instante sin importar lo que nadie pensara. Muchas veces ha pensado que Eva sigue conservando ese característico caparazón adolescente que se pierde con los años.

—¡Me chifla esta canción! —grita y sube más el volumen. La tapicería tiembla por los graves.

Anna sonríe. Ver lo sencillo que es —o parece— ser feliz. Le hace desear ser como ella. ¿Por qué no puede ella ser así? ¿Es una especie de castigo divino? Su melena se mece al viento. Su cabeza hace movimientos al ritmo de la música dance y canta como una loca. Eva no quiere darle al aire

acondicionado. Dice que el azote del viento es lo mejor para deshacerse de los malos pensamientos. «Ojalá pudiera dejar que ahora mismo el viento se llevase mi miedo», piensa Anna. «Ojalá pudiera dar marcha atrás y corregir todo lo que se mantiene oculto tras el muro».

—Bueno —dice Eva—, ¿me dirás qué es eso tan importante que hiciste ayer que no pudiste coger ninguna de mis llamadas?

—Ya te lo he dicho, bicho —traga saliva y carraspea. Siente la garganta repentinamente seca—. Estuve en la carnicería limpiando y preparándome para el gran día.

—¿Y por eso tienes que estar desconectada tantas horas?

—Para concentrarme.

—No lo entiendo, sabes que si lo necesitas y quieres puedo echarte una mano. No me hace especial ilusión toquetear carne muerta, pero… Por ti, lo que haga falta cuando haga falta.

—Me encantaría verte manchada de sangre, cortando un buen filete o guisando, cociendo —se queda un instante pensado—. Mmm, o sea: haciendo algo.

—Tengo la sensación de que se me están quitando las ganas. ¿Sabes? Retiro lo dicho. Puedo contratarte a un ayudante. Si acaso ya probaré tus platos en el banquete.

—¿En serio? ¿Cómo lo haré si no me ayudas en persona? No quiero verte en la obligación de tener que pagar a nadie por ensuciarse las manos en tu lugar. Estoy convencida que sería más divertido que lo hicieras tú.

Se ríen a carcajadas.

—Vale, lo he pillado.

—Lo siento. Es que me lo pones muy fácil. ¿De verdad crees que serias capaz de ensuciarte las manos?

«¿Ensuciarte las manos cómo yo?». Por un momento ve a su amiga delante del cuerpo del chico cortándole el brazo con un cuchillo. Y una pierna. Sus cuerpo manchado y los cabellos apelmazados.

Anna se estremece.

—Y tú tampoco deberías. ¿Cuántos ceros hay en tu cuenta corriente? ¿Seis? ¿Siete? ¿Ocho?

—Eso es algo de lo que ya hemos hablado muchas veces y no me apetece sacar el tema.

—Y encima, el colmo de los colmos. Una vegana que trabaja en una carnicería. ¿O eres vegetariana? Ni me entero. Eso rompe todas las reglas, ¿no? No tiene mucho sentido.

—No como carne por otros motivos más allá del respeto animal o la vida. Es complicado… Ya sabes.

—Que va —dice muy seria—, yo no se nada de nada. Eres un libro cerrado con dos mil candados que lo protegen.

Eva se dirige al parquin subterráneo. El trayecto, que no ha durado más de treinta y cinco minutos, le ha pasado volando. Quizá porque desearía no regresar. Estar, sentirse lejos del pueblo es ahora mismo lo que la hace experimentar cierto bienestar. O por lo menos es un paliativo a la locura, eso es lo que es, en la que se ha visto envuelta.

Ayer por la tarde estuvo deshuesando las piezas —así prefiere pensarlo— una a una. Fue muy minuciosa en el trabajo y prestó mucha atención en no desgarrar ni estropear ninguna de ellas. Como si se tratara de un

cerdo o de una ternera joven. Para ello fue preciso en primer lugar separarle la cabeza y olvidarse de que era un chico. Después lo despellejó con precisión y el color de la carne le confirió el parecido que buscaba: a un animal. «De hecho, todos somos animales», se dijo, «pero este es una bestia. Por lo que hizo».

Cortó, envolvió y clasificó cada una de las partes del cuerpo. El film que los envolvía le dio la distancia precisa para no terminar de hundirse. El arrepentimiento ya no tenía cabida en ella y no podía permitirse el lujo de dudar siquiera. La única cuestión que le rondaba ahora era qué debía hacer con las piezas.

Esparcirlas. Eso fue lo que habían pensado en un principio, pero eso suponía un problema mayor: ¿por dónde? Quizá lo mejor sería tirarlos en contenedores de basura. Salir por la mañana y tirar un trozo en cada pueblo, repartir las pequeñas porciones por la comarca.

También podría ir a la costa. Era temporada alta y estaría lleno de turistas veraneando, pero si tiraba algunas piezas al mar los peces se las comerían. Esta opción tenia más dificultad en cuanto a su realización. En qué playas dejarlos, a qué horas sería mejor. Dudas, dudas y más dudas. Y si lo echaba en el río o en el lago de Banyoles, que también se le pasó por la cabeza, la llenaba de inseguridades más que de soluciones.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Cómo debía proceder?

—El centro es nuestro —salta Eva con los brazos extendidos al aire.

Es cierto. El centro comercial esta prácticamente

desierto. Es como si el apocalipsis zombi se hubiera desatado y ya no quedase ningún humano vivo. Lo cierto es que, si tenemos en cuenta que hoy es jueves y, por si fuera poco, septiembre. La respuesta es mucho más que obvia.

—Hay que ver lo feliz que te pones yendo de compras.

—¿Acaso existe un plan mejor?

Anna piensa que sí. Que efectivamente se le ocurren unos cuantos planes que la atraen muchísimo más; leer una buena novela, dormitar en la tumbona al lado de la piscina… No dice ninguna de ellas.

—Debemos estar impresionantes y no tenemos ningún vestido para el sábado.

—Es que tampoco me apetece mucho que digamos. El año pasado hubo el altercado con aquel grupo y tuvieron que cancelar, ¿recuerdas?

—Eso fue porque eran niñatos, Anna. Por eso mismo este año solo se puede acceder con invitaciones y, por si fuera poco, son súper exclusivas. Algo de bueno tiene el ser la mujer del jefe de la empresa de márquetin más importante del país.

—Y te recuerdo que él no estará. Tiene tanto trabajo…

—Eso es aún mejor, chica. ¿No te das cuenta que si él estuviese, serías como un florero, o un caniche que lo tendrías que seguir a todos lados con una sonrisita postiza?

—Tienes razón, Eva.

—Podrás brillar con tu luz, Anna. Nada ni nadie puede eclipsarte.

Anna no le había dicho aún que le iba a pedir el divorcio. Se moría de ganas. Contárselo a ella sería hacerlo real y su realidad, ahora mismo, era que su vida se había convertido en una película de miedo o en un thriller doméstico.

Por el momento era mejor dejarlo aparcado. Igualmente, ella y Carlos ya no compartían casi nada desde hacía tiempo. Se habían distanciado mucho durante los últimos años. Que ella no quisiera sucumbir a los deseos machistas, controladores y dominantes de él marcó un punto de inflexión en su relación. Pero el colofón fue el descubrimiento de que Carlos tenía una amante. Se lo puso en bandeja. Había pensado mucho en todo: en la separación de bienes, dónde viviría, qué haría… Tenía claro que él se lo tomaría mal y que giraría las tuercas necesarias para dejarla a ella como la culpable. Siempre lo hacía. Y esta vez no sería diferente.

Pero Anna no era una mujer común. Ella estaba dispuesta a renunciar a su parte de todo. Lo único que no cedería sería a su dignidad y a las mentiras que él esparciría. De eso estaba segura. Por eso mismo había realizado copias de los mensajes que había encontrado en su ordenador y en su iPhone. Tenía todas las conversaciones grabadas, todas las citas clasificadas en el calendario junto a las mentiras que le había contado. Nada escapaba al control y minuciosidad de Anna. Y… cuanto más cerca estaba de romper con todo más le apetecía hacerlo sufrir y dejarlo seco, sin nada. Que pagara por todo el daño y las mentiras.

Había planeado dejarle las cosas claras después del cáterin. Se lo diría con los papeles listos para firmar y con la copia encuadernada como si fuera el

manuscrito de una novela con todos sus secretos detallados y al descubierto.

Pero Gabi había frustrado su plan y, por el momento, debía aparcarlo todo y centrarse en lo que acontecía. Deshacerse del chico. Y después, deshacerse de Gabi.

—Entonces no se hable más —y Eva la arrastra al interior de la primera boutique, *L'enchantement*, una tienda nueva que se ha puesto de moda en la ciudad y de la que Anna solo ha oído hablar.

—Impresionante —dice cuando ve las paredes de la *boutique*.

La decoración es una mezcla entre el clasicismo más pulcro y puritano con los tonos metálicos modernos y los colores estridentes. El hilo de música es la misma emisora de radio que han escuchado durante el viaje en coche. «La radio de música dance que te obliga a mover el esqueleto y número uno en el país», decía el locutor.

—Ya te dije que te iba a encantar —se alegra Eva al ver que a Anna se le iluminan los ojos y contonea las caderas al son del hilo musical—. Tiene algo de mágico y exclusivo a la vez.

—Desde luego que sí. Jamás hubiese creído posible que se pudieran combinar estilos tan dispares.

—Es hora de jugar a ser como Julia Roberts en Pretty Woman, Anna.

—Dudo que encontremos un vestido adecuado para la fiesta.

—Eso lo dices tú. Me da que te vas a llevar una sorpresa y en caso que no sea así, lo pasaremos en grande probándonos todo lo que nos apetezca.

—En eso te doy la razón. ¡Qué diablos! ¡Los probaremos todos!

Eva era un bálsamo natural que relajaba a Anna. Tenía el poder de hacerle olvidar todos los problemas y aquello que la preocupaba. Desde que se conocieron que siempre la había hecho sentir muy bien. Las preocupaciones diarias eran mucho más llevaderas con alguien a tu lado para escucharte y mostrarte su apoyo. Aunque sus consejos no siempre iban en sintonía con la manera de actuar de Anna, ella siempre los tenía muy presentes. ¿Quizá podría ser un poco más como ella? Un pellizco de locura o infantilismo le podría sentar de maravilla.

Como la vez que se fueron a Galicia a pasar el puente de San Juan. Aquella semana de junio Carlos tenia muchísimo trabajo —como tan a menudo— que la avisó en el último instante de que no podrían pasar la verbena juntos.

—Lo siento mucho, cariño —se excusó—. Sabes las ganas que tenía de hacer esta escapada.

—Si fuese cierto no dudarías en dejar el trabajo por tres días.

—La multinacional quiere hablar conmigo en persona. Dicen que si no, las campañas de márquetin se la dan a otra agencia. Y no podemos dejar pasar la oportunidad de trabajar por uno de los mejores en el sector.

En un primer momento Anna se molestó bastante. Incluso se podría decir que se cabreó de mala manera. Si no que se lo pregunten al jarrón de porcelana de edición limitada que arrojó con todas sus fuerzas contra la pared del pasillo. Ella había imaginado y esperado unos días de relax juntos, pero

él prefería seguir trabajando y manteniendo el estatus de la empresa en las nubes. Era un duro sacrificio que lo posicionaría aún más en los ránquines mundiales. «Las empresas no entienden de vacaciones», le decía. Y en parte lo admiraba por ser tan dedicado. O eso creía por aquel entonces.

El caso es que, al contárselo a su amiga, en plan desahogue, Eva reaccionó como era de esperar en una buena amiga. Tan pronto recibió la llamada de Anna, llorando desconsolada, ésta no le dijo nada más que un «voy para allá».

Llegó a la carrera y la consoló como si se conocieran de siempre. Eva se comportaba como una hermana mayor cuando precisaba serlo, como una madre cuando la protegía y como una chiquilla cuando se alocaba. Ese día le dijo muy claramente:

—Si no te hace feliz, déjale.

Anna no respondió. Lo que dio pie a Eva para seguir.

—No tienes más que pedir el divorcio. Si tuvierais hijos ya sería más complicado, pero no hay nada que os ate ni que te prive, a ti, de emprender un nuevo camino sola. Sí, siempre te digo lo guapo que es y lo forrado de pasta que está. Incluso de lo que me gustaría conseguir un hombre así. Pero eso no lo es todo. Debes dejar de vivir bajo su sombra y liberarte de su control. Además, ¿qué hace él por ti? Quizá crea que con dinero y lujos se puede ahorrar de mostrar interés, pero tú mereces a alguien mejor.

Los sollozos retumbaban en el salón y las lagrimas mojaban la camiseta de Eva, que no dejaba de llenar los silencios de Anna con consejos.

—Sabes lo que haremos ahora mismo —no fue una pregunta—. Nos iremos tú y yo a pasar el puente lejos de aquí. Si él prefiere el trabajo, pues perfecto. Nosotras preferimos la juerga. Vamos a disfrutar como adolescentes, tú y yo solitas.

Anna la miró con ojos sorprendidos e interrogantes. Incluso al imaginarlo sintió una punzada de culpabilidad en el estómago.

No llegó a decir nada.

—¡Nos marchamos a Sanxenxo!

A Anna le pareció que su amiga hablaba en chino. Solo la miró. Muda como el jarrón que rompió. Eva pareció leer la duda en su rostro y vio que sus lágrimas dejaban de caerle por las mejillas.

—Es una ciudad costera de Pontevedra. Estuve por allí en mi época rebelde y me apetecería repetir la experiencia. Si mal no recuerdo hay un restaurante que te sirve el mejor pescado y marisco de la zona. Y los pubs son de lo mejor. Por no hablar de los chicos, son tremendos en esa zona. Sobre todo, en la playa de A Lanzada, donde los surfistas campan a sus anchas.

—¿Acaso me ves con ánimos para ir a algún lado?

—De eso me encargo yo. Que bien sabes que se me da muy bien —un escalofrío la recorrió. No de frío. Más bien fue como una templanza de que Eva estaba en lo cierto: de esa salida podría salir algo apetecible. No se lo dijo—. Además, no puedes negarte.

Eva deslizó los dedos por la pantalla de su teléfono móvil ante la asombrada y a la vez curiosa mirada de Anna y en unos pocos minutos dijo:

—¡Hecho! ¡La diversión nos espera!

Ya fuera por el alejamiento del pueblo o por el aroma a venganza hacia Carlos, Anna se lo pasó como nunca en la escapada.

Sanxenxo resultó ser un paraje costero de lo más pintoresco. Sí, estaba acostumbrada a las playas silvestres de la Costa Brava, pero allí encontró un punto diferente que le hizo creer que estaba muy lejos de su vida. Una vida que se entestaba en llamar "perfecta" aunque de eso realmente tenía muy poco.

Aunque era pronto y se sentía muy lejos para reconocerlo. Pasar del Mediterráneo al Atlántico tenía cierto encanto; el color de las aguas, el aroma de los árboles, la comida y su gente.

El viaje fue programado hasta el último detalle. Anna se sorprendía que Eva fuera capaz de tal logro solo con la ayuda del móvil. Reservó una furgoneta tipo minibús para que las llevara al destino. El viaje duró unas catorce horas y recorrieron unos mil doscientos kilómetros. En un momento del trayecto, Anna le preguntó si no hubiese sido mejor comprar unos billetes de avión y ahorrarse unas cuantas horas de carretera, a lo que Eva respondió:

—¿Y perdernos la oportunidad de ver mundo?

Señaló con la mirada al chófer. Un hombre de mediana edad que se conservaba muy bien. Enfundado en el uniforme de la compañía se intuían sus músculos. La barba de tres días pintada en una cara de mandíbula cuadrada. Unos ojos castaños como su pelo cortado con increíble precisión.

—Dile a Anna lo bueno que tiene viajar por carretera, Jorge.

Jorge miró por el retrovisor y le guiñó un ojo a Eva. Su media sonrisa indicaba que no era la primera vez que se conocían y, por las chispas que asomaban en sus pupilas, Anna dedujo que entre ellos había habido algo más que un servicio de traslado en minibús.

—Por supuesto, señorita —respondió él, solícito —. Un servicio exclusivo y reservado solamente para las clientas más exigentes y que, además, pueden disfrutar de unas vistas de lujo. Y si lo desean, podemos detenernos en cualquier paraje que les parezca interesante, por supuesto.

—No me digas que no te da morbo, Anna —susurro echándosele encima.

—Es muy guapo, pero…

—Tú quédate con el pero, que yo me quedo con él.

Las dos se rieron a carcajadas mientras Jorge seguía centrado en la carretera, aunque no disimuló el haber escuchado las palabras de Eva dedicándole una media sonrisa. Anna se percató de que durante el viaje le lanzaba de vez en cuando alguna miradita ardiente a Eva.

La ruta prevista resultó ser un trayecto más largo de lo estipulado e incluyó el recorrido por la costa Atlántica.

Cuando entraron en territorio vasco, Anna palideció. Aquella tierra le traía muchos recuerdos que vivían ocultos tras el muro construido al fondo de su memoria. Los golpes tras éste eran evidentes, pero luchaba por dejarlos allí, en la fosa de lo que jamás debe regresar. En ese instante no podía imaginar que

muy pronto las grietas en el muro se harían tan grandes que sería imposible la reconstrucción.

GABRIELA

28

Al mediodía, mientras Anna y Eva se comían unos platos combinados en el *Pleasure 'o'*, un restaurante que acababa de abrir en la ciudad y se estaba ganando unos puntos extra en la lista de los más bien considerados de la guía Michelin, Gabi estaba atareada con sus propios planes.

—Hola, mi bombón —le dijo al teléfono.

—Te echo de menos —respondió el hombre al otro lado de la línea.

—Y yo a ti.

—Estoy contando los días que faltan para verte… y tocarte… y besarte… Me entristece pensar que podríamos estar juntos ahora mismo. Lo teníamos todo tan bien planeado…

—Me duele en el alma con solo pensarlo, mi bombón. Pero sabes que no he tenido más remedio que venir.

—Lo sé. Es solo que me cuesta mucho estar sin ti. Eres la única que puede curar mis heridas. ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis todos?

—Aguantando como podemos —se le quebró la voz. Gabi pareció ahogarse con sus palabras. Era una actriz de primera—. Es muy duro.

—Lo imagino, cariño. Me encantaría poder estar allí contigo y darte mi apoyo.

—Pero no puedes. No debes hacerlo.

—No aún. Y eso me está matando. Ojalá me hubiese divorciado antes. Ahora podría estar allí para abrazarte y no tendrías que pasar por esto tú sola.

—No sufras ni te fustigues por eso ahora. Sé que te tengo y siento tu amor, mi vida.

—Nadie debería ver morir a un hermano así.

—Pero fue feliz el tiempo que vivió. Y quiero quedarme con eso. Era tan bueno y tan —las lagrimas se le deslizan por las mejillas y la voz se le atraganta.

—No digas nada. Lo comprendo. Comprendo tu dolor. Haz lo que debas y no te preocupes. Primero es tu familia. En cuanto hayas terminado con el funeral de tu hermano me tendrás aquí para consolarte y darte todo el cariño que necesites.

Gabi rompió a llorar. Incluso algún que otro puchero

indicaba una gran tristeza, un gran dolor. Algo que era fingido.

¿Porqué estaba mintiéndole al hombre del otro lado del teléfono? La voz de él llegaba cargada por una gran preocupación. Su tono denotaba impotencia y un amor incondicional por ella. Ella. ¿Quién era ella? ¿Una actriz realizando el papel de su vida? Él creía que estaba enterrando a su hermano, pero la verdad no podía ser más distante.

—Te quiero —logró balbucear, Gabi—. Te quiero tanto.

—Y yo a ti, mi amor.

Y colgó.

ANNA

29

—Así que hoy te has divertido yendo de compras —dice Gabi al ver las bolsas de cartón con los nombres de las tiendas impresas—. Y por lo que parece no has escatimado ni cuidado tu bolsillo. Se nota que tienes una gran cuenta corriente.

—Que remedio —responde con voz cansina—. Tengo actos a los que acudir y si no me arreglo sería el punto de mira de todos.

—Perdona si no me apiado de ti, pero es que me parece increíble que seas tan buena guardando las apariencias. Nadie lo hubiese dicho veinte años atrás.

No. Eso sí que no. El pasado debe dejarlo allí. Aunque esté ya encima de Anna, no quiere darle más importancia de la que quedó oculta. Aparenta impasibilidad mientras va dejando las bolsas encima del sofá de la entrada. Decide cambiar de tema.

—¿Llevas mucho esperando?

—Que va. He estado muy ocupada.

«¿Muy ocupada? ¿En qué?», piensa. Pero no dice nada.

—Es difícil dejarlo todo cerrado y que no quede ni una fuga por la que se escape el agua. Tengo que pensar en todo y… no puedo permitir que nada quede por perfeccionar.

Anna supone que está hablando del problema que las

tiene unidas.

—¿Y no hubiese sido mejor dejar que la justicia actuase? —conoce la respuesta, pero aún así debe intentar que muestre un poco de compasión.

—No voy a entrar en ese tema otra vez, Aiti. Ha quedado demostrado que la justicia es una ilusión. Una mentira que solo premia a los que tienen dinero o a los delincuentes o a los que tienen contactos.

—No soy madre. Pero comparto tu dolor. Nadie debería verse envuelto en un caso así. Recuerdo las noticias como si fuera ayer. Y no hay derecho a como trataron la situación.

—Nos dejaron sin argumentos. Giraron página y vieron lo que les dio la gana sin tener en cuenta la base de todo; mi niña dijo que no. Y sí, tuve el apoyo de muchísima gente de a pie que se volcó en nuestra miseria. Montaron manifestaciones en todas las capitales del país, salieron en todas las cadenas de televisión y radio, y surgieron grupos de apoyo para exigir al gobierno una actuación acorde a lo sucedido. Pero dime, ¿de qué ha servido? Las leyes protegen a los violadores. Y los gobernantes solo buscan esquivar los conflictos mientras se llenan los bolsillos de dinero manchado de sangre durante su legislatura.

Anna no dice nada. En su mente le da la razón a Gabi. Aunque no comparte que se haya tomado la justicia por su mano entiende su actitud. Ella haría lo mismo si hubiesen violado a su hija y los culpables estuviesen libres.

—No te estarás echando atrás —dice con mirada fría.

—No —responde Anna—. La decisión está tomada y llegaré hasta el final. Ya te dije que hubiese preferido

evitar las sorpresas. Pero ahora ya está hecho y debemos protegernos.

—Las sorpresas son buenas si te aportan algo, Aiti.

—Únicamente quiero terminar con esto y seguir con mi vida.

—Y para eso ya sabes lo que hacer. Tú me ayudas y yo te libero del pasado. Tú haz desaparecer al monstruo y te daré el vídeo.

No recibe respuesta. Anna sabe que no puede fiarse al cien por cien de ella, pero tampoco le queda otra opción. Ya no. Quizá podría enfrentarse al pasado. Zanjar de una vez por todas todo lo que ha ocultado y pagar por ello. Puede que así su mente se liberaría de la carga y su alma quedaría libre. No es tan valiente.

—Y así lo estoy haciendo. Llevo todo el día pensando en la mejor manera de librarnos de los restos.

“Los restos”.

¿Eso es lo que es?

Curiosa metamorfosis.

Primero fue un chico, después un cadáver, ahora unos restos. ¿Y después qué será? ¿Un recuerdo? ¿Una pesadilla?

El timbre de la puerta principal suena y asusta a Anna, que se pone tensa.

—¿Quién será? No espero a nadie —dice nerviosa, como si nadie pudiera saber que está en casa o como si fuese algo anormal.

—Uis —resopla Gabi—. Que despistada soy. Supongo que es el chico que he conocido esta tarde. Le dije que podía venir a cenar con nosotras. No te importará, ¿verdad?

—¡¿Qué dices?! ¿A quién has invitado? Tú estás mal de la cabeza. No estamos en situación de…

—No te pongas histérica, Aiti. Estuvimos conversando y me dijo que ya os conocéis. Así no entiendo donde ves el problema. Además, está buenísimo.

«Si nos conocemos es peor», piensa.

«Y más viviendo de ti, con lo manipuladora que eres».

En lugar de eso, dice:

—¿Y quién se supone que es?

—Tú vecino, Pau.

Gabi se gira dejando a Anna con la boca abierta, aterrada, y se lanza a la puerta.

—¡Bienvenido, guapo! —grita al verlo, fingiendo sorpresa— ¿Ya es la hora?

—Las siete —mira su reloj—. ¿No dijiste a esta hora?

—Es que se nos ha echado el tiempo encima. Ya sabes como somos las mujeres. Siempre necesitamos cinco minutos más. Pero pasa, hombre. No te quedes en la puerta.

—¿Y Anna? ¿Ha llegado ya?

—¿Quién?

Pau se queda quieto y dubitativo ante la pregunta de ella.

—Lo siento, chico —se disculpa ella socarrona— La sirvienta tiene el día libre.

Pau abre mucho los ojos.

—Es broma —se pone una mano en la barriga y finge reír—. Claro que está. Pero acaba de llegar. Se ha pasado el día de compras. Y está agotadísima. Mira el

montón de ropa que se ha comprado.

Señala las bolsas que descansan a un lado de la escalera que sube a la primera planta.

—Hola, Pau —dice ella asomando primero la cabeza por la puerta de la cocina.

—Anna. Gracias por invitarme.

—Hey —replica Gabi—, que fui yo, eh.

—Es cierto. Tan cierto que quizá tengamos que pedir comida china —se arrepiente en cuanto las palabras salen de su boca. No quiere que Pau se sienta incómodo.

Demasiado tarde.

—Si quieres lo dejamos para otro día… —sugiere alzando las cejas.

—¿Y desperdiciar un vino tan bueno? —dice Gabi arrancándole la botella que sigue aguantando entre sus manos—. Entra. Algo improvisaremos.

Pau está muy guapo. De hecho, le recuerda al chico del anuncio de Coca-Cola en verano.

Anna se ruboriza al pensar que lo tiene allí, en la misma casa y bajo el mismo techo. Se muerde el labio inferior. ¿Cuántas veces ha imaginado que se haría realidad? ¿Cuánto tiempo ha soñado poder tocar su cuerpo? El punto oscuro es Gabi. Ella no debería estar allí. Y no está él por cumplir sus sueños. Tampoco eso, claro. Y que sigue casada. Ufff, ¿porqué piensa esas cosas ahora?

Quizá por su ropa. Lleva una camisa azul marino con los dos botones superiores desabrochados. Unos cuantos pelos asoman desde el interior. Unos pantalones cortos muestran unas piernas firmes. Y sus

pies descansan en unas playeras.

—Estoy bien, ¿no? —dice él al ver que Anna lo está repasando de arriba abajo.

—¿Cómo dices? —el rubor se extiende por sus mejillas.

«¡Estás tremendo! Para comerte», piensa su mente. Y quisiera haberlo respondido. No lo hace. Se muerde tan fuerte el labio inferior que ya le duele.

—Gabi dijo que vistiera informal —se defiende él ante el repentino silencio.

—Sí, sí. Estás perfecto.

—Claro —se mete ella—, lo más seguro es que terminemos en la piscina los tres. Y sin bañador.

Tan pronto pasa la incomodidad inicial. Se dirigen a la cocina y abren la nevera. Anna rebusca entre restos y dice:

—Ensalada y unas costillas de cordero a la brasa. ¿Qué os parece?

—Me encanta la carne a la brasa —exclama Pau.

—Perfecto.

—¿Pero no eres vegana? —pregunta Gabi.

—Sí, para mi tengo unas hamburguesas sin pizca de carne. ¿Te encargas de la barbacoa? —le sugiere Anna a Pau, cambiando de tema y dirigiendo la mirada afuera.

—Eso está hecho.

La cena transcurre con normalidad. Se terminan la comida, dos botellas de vino y de postre una tarta casera de chocolate negro que preparó hace dos días.

—Así que os conocéis de siempre —dice Pau—.

Cuéntame algún secreto inconfesable de Anna.

«Lo que faltaba», piensa.

—¿Qué te hace pensar que tengo secretos? —dice ella fingiendo tranquilidad.

—Los tiene —aporta Gabi como una leona agazapada lista para el ataque, lamiéndose el labio superior—. Pero alguno de ellos si te los contara tendría que matarte.

Se lleva un dedo al cuello y finge cortarlo.

—Nos llama el peligro y lo prohibido —sigue él. Pone los codos encima de la mesa y se pone serio—. Los humanos somos así. Todos tenemos secretos. Venga, no te hagas de rogar. Cuéntame como era Anna de joven.

Gabi alza las palmas abiertas de las manos y las mantiene allí, frente a Pau como una advertencia, como si dijera: tú lo has querido.

—Anna era una chica muy tímida y reservada. Siempre andaba sola y no se relacionaba con nadie. Recuerdo que era como si tuviera la cabeza en otra parte todo el tiempo.

—Eso tampoco es un secreto inconfesable que digamos —añade Pau decepcionado.

—Hoy en día me diagnosticarían un déficit de la atención y me tratarían mejor —se defiende Anna a toda prisa.

—Puede que sí. Pero en esos tiempos no se prestaba tanta atención a los críos y se solucionaban este tipo de problemas diciendo que eran raritos y ya. Los grupitos de chicos en el colegio se metían con ella llamándola —piensa un instante—, Anna la rana o Anna la marrana.

Anna suspira. Por lo menos no se le ha escapado su verdadero nombre y las rimas parecen ciertas.

—Que crueles.

—Su madre no ayudaba a que las cosas cambiaran ni intentaba encajar. Era una mujer con otros problemas más importantes y era incapaz de ver ni centrarse en las necesidades de su hija. Y su padrastro… bueno, ese era como un oso de las cavernas. Se pasaba el día ahogando sus penas en alcohol.

—Menuda infancia, Anna. Me siento fatal. Nunca te pregunté directamente y podría haber… ¿Por qué no habías dicho nada?

«¿Y qué iba a decir?», piensa ella. «Tuve una mierda de niñez que preferiría olvidar. Y perdí la inocencia demasiado pronto. A ningún niño debería sucederle algo así».

No dijo nada. Se quedó muda entre sus pensamientos, recuerdos y lamentaciones.

—Menos mal que te tenía a ti, Gabi —añade Pau intentando quitar paja al asunto. Se da cuenta de que Anna navega en otros mares diferentes.

—Que va —niega con la cabeza—. Yo era del grupo de chicas repelentes de la escuela. Aunque por aquél entonces éramos las súper-mega-importantes-y-guapas-de-la-muerte. Incluso me metí con ella en varias ocasiones. Era sencillo meterse con los raros. Me porté muy mal con ella, lo reconozco. Pero los caminos se nos cruzaron y todo cambió gracias al azar. Bueno. No cambió del todo. Simplemente la tenía allí de vez en cuando.

—¿Eras de las malas? —pregunta Pau,

sorprendido.

—Todos tenemos un pasado, Pau. Incluso yo —se llena la copa y se la lleva a los labios.

—¿Y qué sucedió para unir dos personas tan distantes?

Gabi mira a Anna antes de responder y la ve con los ojos demasiado húmedos como para seguir.

—Anna —la llama fingiendo empatía—, ¿te importa si lo cuento?

—¿Qué si me importa? —¿Por qué le hace eso? Anna está convencida de que pregunta para aparentar que le importa. Supone que lo que quiere es dejarla aún más hundida—. Ya me siento desnuda frente él.

—No pasa nada —añade rápidamente Pau, que ve como el rostro de Anna se rompe—. Si no quieres tus motivos tendrás. No tienes porque contarme nada. Solo pensaba que sería interesante conocerte un poco más. Eres una mujer muy encantadora, pero no quiero incomodarte.

—No es por ti, Pau —alza la cabeza y lo mira directo a los ojos—. Hace mucho tiempo que llevo sobreviviendo con lo que tuve que vivir y fingiendo que no sucedió nada. Se me hace difícil hablarlo. Basta un solo recuerdo para desarmarme. Jamás lo superé.

Las lágrimas le caen por las mejillas.

—Lo que te digo —Pau se levanta y corre a su lado. La envuelve entre sus brazos y la aprieta con fuerza hacia él. Le da un beso suave y le susurra al oído—: No es necesario que digas nada.

Sus labios carnosos se sienten calientes en la piel. Anna quisiera girarse y besarlos. Sentirlos como

tantas veces ha imaginado que serían. Pero no estaría bien. No. Aún está casada con Carlos. Y ella no es como él. El engaño no puede ser parte de su relación. Entonces, como si una lanza se le clavara en el pecho, se da cuenta de que es precisamente lo que lleva haciendo desde que lo conoció. Le ha estado mintiendo. Incluso ahora mismo no es capaz de decirle la verdad.

—Sí —susurra, lo mira a los ojos y se aparta un poco de sus brazos—. Creo que sí lo es. No siempre se puede dejar bajo tierra el pasado.

Anna toma aire y suelta una gran bocanada del mismo que suena como un suspiro, un lamento.

—De verdad que no es necesario Anna.

—Sí lo es.

Anna se dispone a hablar. El pensamiento le duele, pero las palabras que están por salir de su corazón le queman, le arden mientras intentan permanecer encerradas en su interior.

—Nuestra casa no era más que un pequeño bungaló aposentado a un lado del pueblo de Zumaya, justo encima del acantilado y cerca de la Ermita de San Telmo. Mi madre era una mujer con fatiga crónica y un desequilibrio mental que la asemejaba a una adolescente. Siempre se quejaba de dolor. Con lo cual, le era imposible hacer nada; ni trabajar ni limpiar y mucho menos cuidarse de mí. Con lo cual, tuve que madurar muy pronto y convertirme en un paliativo de madre.

Gabi llena las copas de nuevo. El tintineo del hielo provoca un pequeño silencio que planea sobre ellos como una densa y helada niebla.

—Nunca conocí a mi padre. Me dijeron que nos abandonó cuando recién nací. Algunos decían que era un pescador o un marinero. Pero también se decía que era un demonio, que mi madre había hecho una especie de pacto con el diablo. ¿Cuál era el trato? Lo desconozco. Mirando atrás en el tiempo soy incapaz de imaginar a cambio de qué iba a vender su alma. Algunos decían que fue por mí. Que el diablo quería una hija, una descendiente.

Pau escucha impresionado. Ni siquiera da la sensación de estar respirando.

—La cuestión es que la figura paterna la realizaba un hombre diferente cada semana. al que jamás llamé por su nombre y ni siquiera lo llamé papá o padrastro. Era un hombre repulsivo, mentiroso, malhumorado y pestilente. Cuando llegaba a casa estaba borracho como una cuba y si no caía dormido siempre terminaba del mismo modo: gritando y violando a mi madre.

Anna rompe a llorar. Las lágrimas le caen en el gin-tonic.

—No sigas, Anna —dice Pau al tiempo que se abraza a ella y le pasa una mano por la mejilla.

—Un día —sigue ella como si estuviera en un confesionario completamente sola—, o, mejor dicho: una noche. Se percató que el juego con mi madre ya no le gustaba tanto como antes. Entonces, decidió pasarse por mi habitación y visitarme a mi.

—¡No! ¡Por Dios!

—Sí. Mi madre se llevó unas cuantas palizas de muerte, pero no pudo hacer nada para evitar que aquel monstruo cumpliera sus planes. Las primeras

noches me resistí como la que más. Pero ¿qué se puede hacer contra un hombre de ese tamaño que tiene la mente perturbada? Yo solo era una niña. Debería haberme protegido, ¿no?

Se suena la nariz y ve como Pau tiene los ojos humedecidos. Gabi, mientras, permanece inmune.

—Terminé llena de moratones, desgarros y completamente rota. Aprendí a no decir nada. El silencio era mi mejor aliado. Dejé que el dolor se quedase encerrado y que la rabia no pudiera salir afuera. Controlar el dolor y que el tiempo pasara rápido. Eso era lo que deseaba. Sin embargo, lo mismo que estuvimos viviendo con el demonio, una noche nos visitó un ángel. Aquella noche tras su desahogue, ese hombre salió a fumarse un cigarrito al acantilado. Nadie sabe lo que ocurrió de verdad, pero se cree que iba tan borracho que resbaló precipitándose al fondo. Lo más triste fue que mi madre, en cuanto se dio cuenta, se lanzó tras él. ¿Cómo podía sentir amor por un ser así? Yo no lo sé.

—Es muy triste, Anna. Lo siento. Ningún niño debería pasar por algo así.

—No, Pau. De triste no tiene nada. Ese día me liberé de los barrotes invisibles que me mantenían presa en una cárcel de miedo y horror.

—El horror no se detuvo allí, Aiti —Gabi mira a Pau dispuesta a seguir con el relato—. Tres días después, un pescador de la zona encontró los cuerpos destrozados en las rocas, en el fondo del acantilado. Dijo haber acudido al lugar porque le llamó la atención un reflejo donde rompían las olas. Al acercarse creyó que se trataba del cadáver de un delfín, idea que se volatilizó tan rápido como llegó. En

cuanto la ertzaintza llegó al lugar con el juez, levantaron los cadáveres y se dirigieron al bungaló familiar. Allí la encontraron a ella agazapada en un rincón de la que era su habitación con claros signos de deshidratación, hipotermia y desorientación. Su ingreso en el hospital y la posterior investigación por parte de los asistentes sociales remarcaron que había sufrido el ataque y la violación reiterada por parte de su padrastro. Los restos de semen que hallaron en sus partes intimas y los desgarros fueron claves para el caso. Cerrado como un accidente y un suicidio. En cuanto a ella, pasó a vivir al pueblo de al lado con una tía, hermana de su madre, la cual se hizo cargo de su tutela.

—Una historia muy dura, Anna. No me extraña que te encerraras en ti misma.

—Por desgracia es el pan de cada día para muchas chicas, e incluso chicos, que sufren en silencio los abusos de una sociedad que mira hacia otro lado en vez de afrontar la situación y castigar a los culpables.

—Tienes toda la razón —Gabi replica apretando los dientes—. Incluso las leyes protegen a esos monstruos. Ojalá pudiéramos acabar con todos ellos.

—¿Y cuando os conocisteis vosotras dos?

—Huy sí —dice Gabi—, me había olvidado de esa parte. Resulta que esa noche, la del accidente, yo estaba dando un paseo por la playa y vi como él caía de lo alto del acantilado. Era una noche clara. De esas que brilla la luna como si fuese plata.

—¿Y no dijiste nada a nadie?

—Claro que lo hice, pero mis padres no me

creyeron. Pensaron que me lo estaba inventando solo para llamar la atención. Ellos tenían la cabeza en otros problemas; la empresa y el dinero era lo único que les importaba. Así que lo dejé estar hasta que los encontraron, a ellos y a ella. Después, la visité al hospital y estuve con ella hasta que le dieron el alta. El caso es que desde entonces nos une un lazo invisible. ¿Es así no? —dirige una mirada interrogativa a Anna que parece absorta en sus propios pensamientos.

—Sí, Gabi. Me diste tu apoyo y te lo agradezco. Siempre te lo agradeceré.

Los labios de Anna se apretaron en una fina línea. Se le veía la fuerza apretando las mandíbulas. Como si se esforzara por decirlo. Como si no fuera del todo cierto.

Gabi alzó las copas al aire y dijo:

—Brindemos por las buenas amigas, por superar las dificultades y, sobre todo, por destruir a los monstruos que nos rodean y dañan.

Más tarde, cuando el triste hecho ya se ha ido disolviendo, siguen hablando de temas mundanos e insignificantes. Se ríen y terminan de pasar una agradable velada.

—Me voy a la cama —dice Gabi—. Estoy echa polvo y he bebido demasiado.

—Y ya va siendo hora que marche.

—Por mi no quedes —replica achispada—. La noche es joven, templada y el agua de la piscina seguro que está de muerte.

—Anda —Anna la empuja hacia las escaleras—, duerme un poco que lo necesitas. Otro día seguirá

aquí la piscina.

Gabi desaparece escaleras arriba. Anna y Pau terminan de recoger las copas y las ponen en el lavavajillas. Está tan sexy, piensa ella mientras lo repasa con la mirada. Y ahora la conoce de verdad. Y no la ha juzgado. No debería dejar que se fuera. Si Gabi no estuviera bajo el mismo techo sería el momento para que se quedara y cumplir aquellos sueños que la hacen arder. No dice nada. Bloquea sus pensamientos y lo acompaña a la puerta.

—Gracias, Anna —dice Pau antes de salir.

—Nada. Ha sido un placer.

—No lo digo por la cena, que también te lo agradezco. Es por confiar en mí, por contarme algo tan duro, intimo y difícil. No puedo imaginar lo que has sufrido ahora y antes.

—Ya pasó —miente ella—. Y tu me das confianza y seguridad, Pau. Que es lo que necesito.

¿Qué está diciendo? Debe callarse. Como siga así…

—Sabes que me tienes aquí al lado para lo que necesites —se acerca a ella y le da un abrazo que dura demasiado—. No dudes en llamarme si te apetece.

Anna está paralizada. ¿Cuántas veces se ha imaginado en una situación similar? Siente el calor de sus brazos, de su pecho. La respiración le masajea el cuello por detrás de la oreja. Siente las cosquillas en su estómago bajando hasta las nalgas. ¿Qué debe hacer? Lo mira. Alza las manos y las posa en su cara. Siente el deseo de besar esos labios carnosos y húmedos. Aparta una mano y los resigue con los dedos. Su nariz. La mandíbula. Sus ojos le dicen que él

está pensando lo mismo. Es la hora. Si. Ahora o nunca. Deja que su rostro se acerque a él sintiendo el calor de su aliento y en el último instante se aparta un poco. Le da un beso en la comisura de los labios. Un beso que dura más de lo debido. Un beso que sabe a gloria, a pedacito de cielo. Un beso que es la llamada a seguir adelante.

—Lo sé —susurra—. Tú también puedes contar conmigo. Pero ahora no puede ser. Por el momento. Primero debo aclarar unos temas con Carlos.

—Lo entiendo. Ya sabes que aquí me tienes cuando quieras.

No dejes que se vaya, grita su cabeza.

No dejes que se marche, gritan sus deseos.

Lánzate encima de él, le pide el alma.

No, no puedo hacerlo, dice la cabeza.

Y la cabeza gana. Mientras lo lamenta viéndolo de espaldas dirigirse hacia su casa. Aquella espalda musculada que se marce en la camiseta, el cuello ancho, las fuertes piernas y esas nalgas. Pero ella tiene razón (la cabeza). No es momento de distracciones. Aunque sean tan buenas como Pau, no es el momento. Antes debe solucionar un asunto muy gordo y dejar que Gabi desaparezca de su vida. Después, ya veremos si es culpa del alcohol o no.

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

30

La niña se pasó una semana entera sin salir casa. Le dolía todo el cuerpo y los moratones eran largos dedos oscuros que le recordaban el abrazo del monstruo. Se había pasado los días llorando hasta el punto de quedarse sin lágrimas. Cuando no sucumbía a la falta de aliento se lamentaba por no haber huido antes.

Su madre. Ella la retenía como un ancla evita que un barco quede a merced de las olas. Si no fuera por que ella no quería la realidad…

¿Quizá había llegado el momento de abandonarla? ¿De tomar las riendas de su corta vida y remar hacia un océano nuevo?

Por encontrar un punto positivo a la semana, la pequeña se contentaba en no escuchar los gritos del demonio ni de las quejas constantes. Por algún motivo se habían detenido. Pero no debía bajar la guardia. No ahora que sabía que su corazón era negro como el carbón.

Empezó a urdir un plan para alejarse y a maquinar cuando y como sería el mejor momento de lanzarse a cumplir su deseo. Su corazón le decía que partiera ya mismo, pero su cabeza se mantenía fría y calculadora.

No.

Primero, sin dejar de cumplir con sus obligaciones domesticas, lo intentaría por última vez.

—Mamá —le dijo mientras preparaba el almuerzo—. ¿No ves que Pablo es malo? Debes dejarlo.

Se mantuvo con los codos en la mesa y las palmas de las manos tapándole el rostro.

—Que sabrás tú —fue su única respuesta.

Pero si lo sabía. La piel de la pequeña se lo recordaba a cada instante en forma de corrientes, como latigazos que regresaban para no dejarla olvidar. Los moratones tenían un color enfermo, casi de podredumbre. Estuvo a punto de levantarse las mangas de la blusa para replicar y enseñarle las marcas a su madre. No lo hizo. Si ella negaba que hubiera ocurrido, la pequeña no tenía nada que hacer.

—Por lo menos trae dinero a casa y puedes alimentarte —replicó más como para convencerse a ella misma de que aquello no estaba del todo mal que por calmar a su hija.

¿A quién quería engañar? Ese hombre gastaba más en alcohol que ellas en comida. Pronto deberían comerse entre ellos si seguían así.

—Mamá. Estaríamos mejor solas que con…

—Ya basta —cortó con un grito que pareció un lamento, rasgado y quebradizo—. Si te oyera decir estas cosas…

La niña se calló. Comprendió entonces que nada podía hacer ante la desesperación de su madre por mantener vivo el engaño. El velo que le cubría los ojos era tan opaco que no le permitía ver nada frente a ella, ni siquiera podía verse a si misma.

La pequeña abrió la vieja nevera. No quedaba leche. De hecho, no quedaba nada. Parecía un desierto en el que ni tan solo había sitio para la arena. Sus intestinos se retorcían de dolor. Debía hacer algo para solucionarlo.

Más tarde, cuando su madre dormía en el sofá, la niña salió de casa con una idea muy clara en mente. Su paso ligero la llevó en pocos minutos a la plaza mayor. Era día de mercado y seguro conseguiría algo que llevarse a la boca.

Se deslizó como un hurón entre la gente que llenaba cada hueco de la plaza. Sus delicadas manos se deslizaban al interior de cajas y bolsas que llevaban las amas de casa. Una fruta por aquí, una verdurita por allá. Poca cantidad para pasar inadvertida. Se la llevaba al rincón de la calle Ruiseñor y lo escondía en el interior de la alcantarilla justo detrás del contenedor de basura. Había preparado un par de bolsas de plástico en el interior para ir depositando las ganancias del día.

—Hola, ratita —la llamó Federico—. Tengo algo para ti, si quieres.

Aquel hombre barrigón tenia la cara como un pan de esos redondos y gigantes. La diferencia radicaba en el bigote que tenia debajo la nariz. Hacia ya algún tiempo que se había fijado en ella y no la delató cuando vio que se llevaba lo que no era suyo. Quizá por que le dio pena al ver como iba vestida o lo sucia

que estaba, o por la corta edad que tenía. El caso es que le llamó y le dio una bolsita con unos quesos en su interior. La pequeña no terminó de fiarse entonces, pero ahora la rutina seguía como si se tratara del primer día.

—Ha venido una señora muy guapa —dijo en voz alta — que tenía tus mismos ojos. Y me ha dejado el encargo. Aquí lo tienes.

—Muñas gracias, señor —susurró la pequeña con un asomo de sonrisa.

—No, ratita —siempre la llamaba de ese modo—. Gracias a ti por venir a verme. No tengo la suerte de poder conocer a chicas tan bellas como tu en todos los pueblos.

Al coger la bolsa el hombre le guiñó un ojo y añadió:

—Por cierto, tu mamá ha dicho que hoy tenías una sorpresa que te encantaría.

Al llegar a casa, la niña guardó su botín como si de oro se tratara. La nevera ya parecía otra cosa. Huevos, leche, queso, fruta, verdura. Carne no, pero no importaba. Se las apañaría de algún modo.

La sorpresa de mamá (de Federico, en realidad) era una tarrina que parecía un yogur. Pero al abrirlo, la pequeña se encontró que se trataba de requesón.

Sus ojos se humedecieron y le brillaron de felicidad. Aquel hombre era lo contrario a lo que había en casa. Se llevó una primera cucharada a la boca imaginado a su madre conociéndolo. La segunda le trajo una imagen de ellos abrazados. La tercera fue de ella sentada en su regazo riendo a carcajadas. La cuarta le dolió como si le cortaran la mano. La niña gritó.

¿Qué había ocurrido?

El latido de su corazón tenía la potencia de un bombo. La tarrina de requesón impactó contra el suelo y se esparció como si se tratara de los sesos de algún animal.

Su padrastro había aparecido de la nada. ¿A esas horas? ¿Qué hacia allí?

—¿Qué ha ocurrido? —apareció su madre.

—La ladrona de tu hija —soltó él—. Acaso no te das cuenta de que estaba robando la comida sin permiso.

—Me lo dio Feder…

—¡Que te calles! —le dio una bofetada en la cara— Lo mínimo que puedes hacer es reconocer lo que has hecho y no mentir.

—No miento —balbuceó con lagrimas negras que surcaban sus mejillas.

—En esta casa no se come hasta la hora de comer. ¡Y primero comen los que trabajan!

—Ha sido un regalo de Federico —terminó de decir la niña desoyendo las órdenes del padrastro.

—Con que un regalo… —pegó su boca maloliente en el rostro de la niña—. Así que dime: ¿qué le has dado a cambio? Putita mentirosa.

—Pablo, por favor —lloró su madre que se lanzó en su defensa—. Es solo una cría. No sabe que…

No pudo terminar la frase por el puñetazo que le propinó él. La niña vio como las gotas de sangre salpicaban el suelo y dos dientes salieron de la boca de su madre. El sonido le recordó al que hacían las canicas.

—¡Ni la una ni la otra! ¿Dónde está el respeto? ¡Malditas desagradecidas!

No contento con eso se giró y le dio una patada en el estomago que la hizo retorcerse como la cola de una lagartija recién arrancada.

—Hoy vas a aprender una lección muy importante, mocosa de mierda —agarró a la pequeña con sus grandes brazos y se la llevó escaleras arriba—. Primero se tiene que pensar en la familia. ¿Me oyes? Primero es la familia.

Abrió la puerta de la habitación de su madre y tiró a la niña encima de la cama.

—¿Un requesón a cambio de qué, pequeña zorrita? —se fue desabrochando los botones de la camisa—. ¿Qué le diste? Acaso te crees que nací ayer y no me doy cuenta que llenas la nevera sin dinero —su lengua se relamía en unos labios gruesos. La niña observaba aterrada y sin dejar de llorar—. ¿Quieres estar bien? Pues a partir de este momento quiero que me tengas contento. Primero es la familia. ¿Estamos?

Se desabrochó los botones de los pantalones al tiempo que cerraba de un puntapié la puerta de la habitación.

VIERNES, 7 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

31

El repiqueteo de unas campanillas le embota la cabeza. Los ojos se niegan a abrirse y tiene el cuerpo como si le hubieran dado una paliza. Anna se siente como una estúpida adolescente. ¿Porqué bebió tanto ayer? Y lo peor de todo: ¿por qué habló tanto?

Se frota las sienes con los dedos dándose un masaje circular. Como si eso fuera a despegarle la telaraña que tiene pegada a los ojos. Hace solo una semana su vida estaba bien. Tranquila, controlada y sin sorpresas. Sin monstruos del pasado y sin el peligro de que tuviera que salir corriendo de nuevo.

Ahora, presentía que se había convertido en un papel de periódico que llevaba su lado más oscuro escrito en la piel. Una piel que Gabi prendió con el fuego del pasado y día a día ardía con una llama más viva. Consumiéndola y arrastrándola a aquel pozo frio, oscuro y húmedo del que escapó años atrás. Pero, ¿por qué metió a Pau en todo esto? Se veía afectado y preocupado. Y ahora querría saber más. Indagaría en su vida como una excavadora que remueve la tierra. Y si encontraba la caja de pandora ya no habría vuelta atrás.

Igual que no la hubo en el momento en que se lanzó a probar los labios que tantas noches soñó. Si, era su deseo. Pero deseaba que ocurriera de otro modo. No

como un beso pintado de lástima. ¿Acaso era ese el sentimiento que emanaba de él?

Anna se levanta y va directamente al armario de los medicamentos. Se toma dos pastillas de Paracetamol y se da una ducha. El efecto del agua es instantáneo. Como si de un bálsamo mágico se tratara, se va llevando el entumecimiento de los músculos y articulaciones.

Mientras se seca con la toalla se acuerda que Gabi está en la habitación de al lado. Una repulsión le hace poner los pelos de punta. No sabe como hacer para que se vaya. Tenerla allí bajo el mismo techo es como un martirio al que debe poner fin.

Solo hay una manera. Y debe avanzar.

Se asoma para despertar a Gabi sin hacer ruido, pero la cama ya está hecha y la ventana abierta de par en par. ¿Dónde habrá ido? No la ha escuchado salir. Anna siente un alivio inmediato. En realidad, no le importa donde se ha marchado. Lo que la hace sentir bien es no tener que fingir que todo va bien. Necesita tiempo para estar sola y planificar sus movimientos hasta el último detalle.

Se prepara un almuerzo muy suave a base de zumo de naranja y dos tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. Le cuesta masticar y tragar se convierte en un trabajo excepcional. Pero sabe que debe hacerlo. Como tantas otras cosas que sabe que debe hacer.

Hoy es un día crucial. Se dijo que buscaría en internet los mejores métodos para eliminar pruebas y restos de cadáveres. En la red está todo y lo más probable es que encuentre buenas ideas.

Un rato después, abre el portátil. El buscador espera sus palabras como un perro listo para olfatear un rastro. Anna escribe: “Hacer desaparecer un cuerpo”, y le da al Enter.

Los ojos de Anna se abren desmesuradamente. No estaba preparada para encontrar tantísimos resultados. ¿Es real esto? ¿Es posible que sea tan fácil? Mueve el cursor y va leyendo los titulares de la búsqueda. Encuentra una noticia de un asesino que le llama la atención. Lo había visto en televisión, pero no había prestado atención. Clica en el enlace y se abre la página. El artículo reza así:

EL ASESINO QUE APRENDIÓ A DESHACERSE DE SUS VÍCTIMAS CON GOOGLE

Juan José Navarrete se sumergió en todos los tutoriales para destripar personas durante una semana. Había matado a su mujer e hija, y quería hacerlas desaparecer, pero una mano en una lata olvidada lo delató.

…le gustaba *Dexter*. De la serie norteamericana y de los manuales de criminalística que leía en internet aprendió a destripar cuerpos…

…degolló a Laura, su mujer.

…rompió en pedacitos el cuerpo de la mujer e hija.

Con suma frialdad fue metiendo pacientemente los pedazos de órganos y miembros en bolsas y latas.

En sus noches de insomnio buscaba la mejor respuesta en internet.

Anna se detiene sin terminar de leer la notica con un nudo en la garganta. Matar, despedazar y buscar en internet. Aficionado a Dexter. Y primera idea; tirar las partes del cuerpo a la basura. Se sentía extrañamente en sintonía con aquel hombre.

¡Aquello no era nada original!

Sigue leyendo.

En internet quedaba claro que la forma ideal para deshacerse de un cuerpo es metiéndolo en una bañera y verter sobre él ácido fluorhídrico. En poco menos de

diez minutos quedaría solo una espesa sopa de carne y dientes.

Satisfecho por la hazaña el joven aprendiz de sicópata durmió tranquilo.

Una semana después la policía irrumpió en el bar de Navarrete. Ante la sospecha de que allí había ocurrido algo macabro, rociaron el local con Luminol y allí, al lado del ordenador que solía manejar Navarrete, detectaron su sangre y un largo historial de páginas visitadas.

Después, en la noticia dice que rastrearon sus búsquedas en el ordenador. Eso aumenta su inquietud. Pero… también es cierto que si no llegan a encontrar la mano de su esposa no hubiese tenido de que preocuparse. Incluso la foto que adjunta el periódico es perturbadora. En ella se ve el negocio del asesino con unas pintadas en el escaparate: “Asesino”, “Carnicero”.

La segunda es la que pone en alerta a Anna.

Piensa en que por lo menos ella tiene un punto a favor: el cuerpo está troceado y almacenado en la cámara frigorífica. Con lo cual la conservación de la carne no es un problema; durará más tiempo y la putrefacción no será un inconveniente.

Aún así, debe ser muy cuidadosa.

Vuelve atrás y busca otra noticia.

Casi todos los métodos que encuentra hacen referencia a trocear el cuerpo y deshacerse de él tirando las partes en diferentes lugares. Lanzarlo al mar es una opción bastante elegida. Pero la descarta. La costa está demasiado lejos y no quiere correr el riesgo de que la

vean. Hay demasiados turistas y gente de vacaciones. Sería demasiado peligroso.

Otro titular le llama la atención:

ASÍ SE USA LA SOSA CÁUSTICA PARA DISOLVER CUERPOS

Las reacciones químicas que provoca esta base hacen que sea capaz de disolver un cuerpo humano, pero no los huesos.

…recurrió a una sustancia química, la sosa cáustica, uno de los nombres comunes que se le da al hidróxido de sodio y una sustancia tristemente famosa como método para deshacerse de cuerpos. En 2009, un sicario mexicano era detenido en su país tras disolver a 300 de sus víctimas en esta sustancia, fácilmente adquirible en cualquier supermercado y en internet.

Esta opción habla de usar acido para desintegrarlo. Eso la lleva a pensar en dos cosas. La primera: un bidón podría conseguirlo sin problemas. En la tienda hay muchos. La dificultad vendría después con el planteamiento de “dónde ocultarlo” y “evitar dar explicaciones”. Y la segunda: no puede imaginar donde podría hacerse con la cantidad de ácido necesario para cubrir los trozos del chico.

Sigue leyendo la noticia.

Aún no puede descartarla del todo. Primero quiere saber qué ocurrió. O, mejor dicho: cómo lo descubrieron y en que falló para que ella no sea tan descuidada.

A efectos prácticos, su principal propiedad es disolver las grasas. Por eso las soluciones básicas son el ingrediente principal de productos de limpieza como el conocido KH7. Así, la sosa cáustica interactúa con la carne y sus cuatro componentes básicos: grasas, proteínas, azúcares y ácidos nucleicos, pero, al contrario que los ácidos —que se dirigen más a los ácidos nucleicos y las proteínas—, atacan sobre todo a las grasas, explica el químico.

El problema —sobre todo para los criminales— es que los huesos no son tan fáciles de deshacer, como se puede ver en varios videos de Youtube que demuestran los efectos de esta sustancia sobre la carne de pollo o de pescado.

Tampoco se trata de un procedimiento rápido.

No.

No puede arriesgarse tanto.

Ni en un bidón, ni en la bañera, ni esparciendo los restos.

Lo curioso es que a esos asesinos y Anna tienen un vínculo común. Las series. ¿Serán éstas realmente una mala influencia como sugieren algunos psicólogos? Algunos sustentan que sí. Pero según el punto de vista que se mire, la situación es muy diferente. No se trata

de un asesinato por drogas ni peleas. Es una venganza. El chico violó a la hija de Gabi y esta, al ver que nadie las defiende, se toma la justicia por su cuenta.

¿Acaso muchos de los héroes de los cómics no actúan así también?

Daredevil, abogado de día justiciero de noche.

Batman, un multimillonario con dos caras.

Descarta la opción pasando el cursor por otras, deteniéndose en un pensamiento que le ha venido de golpe. Recuerda vagamente una película que vio cuando era joven en la que un grupo de mafiosos se libraban de los cuerpos de sus víctimas lanzándolos a los cerdos.

Les da con ímpetu renovado a las teclas del buscador y… bingo.

UNA MUJER MUERE DEVORADA POR SUS CERDOS MIENTRAS LES DABA DE COMER

La granjera se desmayó tras un ataque epiléptico y los animales le mordieron la cara, los oídos y los hombros hasta que se desangró.

Termina de leer la noticia. Sus labios se han curvado ligeramente.

Anna se siente animada.

En los alrededores del pueblo hay unas cuantas granjas. La comarca está inmersa en la crianza de animales, selección de piezas de calidad y elaboración de embutidos. Todo natural y de la máxima calidad.

Ella misma ha hablado con proveedores y se ha encargado de rechazar algunos de ellos por la falta de transparencia en sus piezas. Sin ir más lejos, en las afueras del pueblo, está la granja Puigmal. Una pequeña y familiar granja que cría corderos y terneras. Pedro, el hijo soltero de los Puigmal, es buen amigo de Anna. Y muchas son las veces que se deja caer en la tienda para traerle los encargos. Obviamente él acude a las entregas por otros motivos que los estrictamente relacionados con el negocio.

Anna le da vueltas al asunto porque hace unos meses le contó algo:

—Hace mucho que no te dejas caer por la granja —le dijo Pedro mientras abría las puertas del furgón con el reparto.

—Voy tan ajetreada que casi no dispongo de tiempo para mí —se lava las manos en la pica y le sonríe, pícara.

—Sabes que todos te echan mucho de menos —se refiere a los animales— y se ponen tristes cuando no vienes a verlos.

Un tiempo atrás, Anna se dejaba caer más a menudo por allí. Se metía en el terreno de los corderos y los acariciaba con ternura. Pedro siempre la observaba desde la valla con ojos alegres. El pelo blanco de los animales hacía destacar el cabello trigado de Anna como una estrella ámbar en la luz.

—Y yo a ellos. Mis corderitos adorables. Aunque después me da mucha pena tener que despiezarlos.

—Sí, pero la carne es más jugosa y sabrosa si han recibido tu afecto.

Anna se sonrojó ante el piropo de Pedro. No era un

galán de telenovela. Ni por asomo. Él era un rudo hombretón curtido por el trabajo duro, las balas de heno y la carga de grandes pesos. Un tiarrón alto, fuerte y macizo con un corazón enorme. Sus ojos pequeños en un rostro grandote de nariz ancha y pómulos prominentes le conferían el aspecto de buena persona. Y sus labios se perfilaban en una fina línea que apretaba cuando le decía algo bonito.

—Que amable eres —dijo ella—. La mujer que elijas será la más afortunada del mundo —y lo decía en serio.

—Tienes que pasarte un día de estos, verás lo que he hecho.

—Dímelo, no me dejes en ascuas —dejaron la última comanda en la cámara frigorífica y Anna pasó un paño a la mesa para limpiar los restos—. Cuéntamelo mientras preparo el dinero.

Pedro se lavó las manos y antebrazos. Abrió la puerta de la furgoneta y rebuscó en el interior de la guantera. Sacó una libreta pequeña de espirales metálicas y siguió a Anna al interior.

—He cercado la parte sur del terreno donde tenemos las vacas lecheras y he hecho un pequeño cobertizo —fue contando mientras se sentaba a la mesa de la trastienda—. Y a que no adivinas para quienes lo he hecho.

Anna hizo que no con la cabeza al tiempo que le servía un café largo sin azúcar.

—Lo he adecuado con un pequeño fangal para cerdos.

—¿Vas a criar cerdos? —dijo sorprendida.

—En parte sí. He conseguido unos ejemplares de cerdo ibérico magníficos. La idea no es para el comercio en

general ni la cría. Es más bien un proyecto personal. En cuanto sean unos ejemplares considerables puede que los sacrifiquemos para disfrute personal.

—Me parece una muy buena idea, Pedro —respondió Anna y se terminó su café con leche de avena—. Tendréis una buena matanza.

—De la que tendrás tu parte, por supuesto. Y si te animas puedes ayudarnos. Que me dices, ¿te aviso?

—¡Me encantaría! —exclamó entusiasmada—. Nunca he estado en ninguna y me haría mucha ilusión.

Pedro también se alegró. Que Anna se apuntara a una tarea tan familiar lo hizo sentir muy bien.

—Verás como te gustará.

—No tengo la menor duda de que será una experiencia única. Pero ahora, dime lo que te debo que tengo mucho trabajo por delante.

Pedro abrió la libreta y le mostró el importe total. Anna contó el dinero y se lo dio.

32

El siguiente invierno, tal y como se prometieron, Pedro la había llamado para anunciarle que en dos semanas sería la fecha prevista.

—Sé puntual. Empezaremos muy pronto. La abuela ha predicho que el día propicio será el 29 de diciembre.

—¿También es bruja la abuela? —preguntó.

—Yo siempre lo he creído. Aunque ella dice que es la lectura de los elementos la que le rebela el futuro. Y para que la matanza sea un éxito depende en exclusiva de su buena interpretación. No debe llover o nevar, la niebla debe estar lejos y la humedad sería un enemigo brutal. Lo ideal es un día soleado que aparezca tras una buena y generosa helada matutina.

Y así, tal y como predijo la abuela, el veintinueve de diciembre fue un día soleado pero helado.

Sobre las cinco y media de la madrugada ya estaban todos sentados a la mesa del granero principal. Un copioso y generoso almuerzo a base de pan untado con tomate, embutidos y dos ollas con cocidos les llenó las tripas. Los hombres bebían aguardiente como

si fuera vino mientras que las mujeres degustaban un vino dulce que, a la garganta, sabía más suave. Anna probó los dos.

—Come, niña —dijo uno de los ancianos—. Necesitarás fuerzas para lo que te viene encima.

Unas horas después, justo antes de que el sol empezara a despuntar, empezó la sesión.

El patriarca de la familia, provisto de un gancho muy afilado, se lo clavó al cerdo por la mandíbula y lo arrastró hasta un banco de madera. En ese momento, todos los asistentes masculinos —hombres grandes y rudos— sujetaron al animal con unas cuerdas o agarrados de las patas. Las mujeres y chicos jóvenes se acercaron con cubos para recoger la sangre y dotados de cucharas para removerla y evitar así que cuajara. Mas tarde la emplearían en la elaboración de las morcillas.

Los chillidos del cerdo fueron lo que llevó las manos de Anna a taparse la boca. Se sentía mal al ver como sufría el animal. Aunque después fuera un plato exquisito, le costaría olvidar del dolor que pesaba, se escucharía a kilómetros de distancia.

Tan pronto como murió el cerdo y no quedó sangre en su interior se procedió al socarrado, que es el quemado del exterior del cerdo. De este modo se elimina el pelo de la piel. Después, con un cuchillo especial que está hecho totalmente de madera, rasparon la piel para desprender los restos chamuscados y dejar la superficie alisada. Le contaron a Anna que hoy en día se usaba un cuchillo con hoja de acero o incluso cañones de agua a presión para realizar esa tarea. Pero la abuela se negaba a perder la costumbre y tradición del cuchillo de madera. La

tradición de las Elementales, decía. Las mujeres sabias que respetan la naturaleza.

Entonces, y en una mesa aparte, se abrió el cerdo y se retiraron las vísceras por completo, recogiéndolas cuidadosamente. Parte de ellas, sobre todo los intestinos y el estómago se reservaron y se limpiaron de los contenidos que tenían en su interior.

—Venga, bonita —le dijo la abuela—. Ahora nos toca a nosotras.

Las mujeres del grupo recogieron las vísceras del cerdo y se dirigieron a una gran bañera —literalmente era una bañera antigua— que había en un rincón. Sin dejar que el agua se detuviera limpiaron toda la suciedad. Fue una operación nada agradable, ya que el fuerte olor a heces, el intenso frío del día y la humedad que se les calaba en los huesos lo convertían en algo casi repulsivo. Por suerte para todos ellos el desayuno había sido tan copioso y energizante que nadie sentía impedimento alguno por los inconvenientes.

Anna se dio cuenta de que se tomaron muestras de las diferentes partes del animal y se las entregaron a Miquel del Far, veterinario de la comarca que debería realizar las pruebas oportunas para certificar que la carne estaba libre de contaminación y enfermedades, y su uso alimentario era seguro.

Por lo que Anna supo más tarde, ese proceso era bastante actual y de obligada realización. Antiguamente ese tipo de controles no se realizaban con la consecuente contaminación de los que, más tarde, consumieran dicho animal.

El trabajo, a partir de ese momento, y cuando hubo llegado el visto bueno de Miquel —que ya era sobre el

mediodía—, adquirió una destreza diferente. Se procedió al asado del rabo del cerdo y los niños se lo comieron.

Se continuó con la limpieza de vísceras y otros miembros del grupo empezaron a embutir las morcillas y el botillo para la tarde. Se empezaron a cocer los primeros ejemplares. El olor fue muy fuerte durante todo el proceso. Con lo cual, era preciso tener estómago.

Los hombres se llevaron la carne a refrigerar y le contaron a Anna que la siguiente tarea la realizarían al día siguiente. Con la carne caliente la manipulación era prácticamente imposible.

La abuela se preocupó en todo momento del bien estar de Anna, que creía una blandengue y pensaba se iba a desmayar en cualquier momento. Al darse cuenta de que su apariencia débil no correspondía con un carácter fuerte, la agarró y le contó que al día siguiente cortarían y despiezarían la carne para distribuirlas a los diferentes especialistas. Cada uno se encargaría de un proceso concreto: el salado de jamones y paletillas, picar las carnes, sazonar y añadir los ajos para los chorizos, adobar los lomos y los que cocinarían los trozos restantes para las personas que trabajaban ese día. Se asarian en las brasas acompañándolos con un buen vino de “pitarra”, el vino joven de ese año.

El día dio paso a la oscuridad y con ella una nueva comilona. En esta ocasión, la música hizo acto de presencia y prácticamente todos terminaron bailando.

Apaga el ordenador un poco más animada, pero con los ojos igual de cansados. Quizá es la solución a su problema. Por lo menos con llevarlo a buen puerto se desharía del problema que se mantenía refrigerado en la cámara de la carnicería.

Si lograba llevárselo a la granja y echarlo dentro de la porqueriza, los cerdos harían lo siguiente. Eso espera.

Sale de la casa en coche. Se ha puesto un pantalón corto de algodón y una blusa de tirantes color caqui. En cuanto llega a la carnicería entra el coche marcha a tras en el muelle y se va a la cámara sin pensar.

Ese es el secreto. Su mantra personal. No pensar en ello como lo que fue sino en lo que es ahora; parte de algo manipulable que precisa atención.

Gran parte de los huesos descansan en una bolsa encima de la estantería del fondo. Fue muy buena idea conservarlos en fresco, piensa. Aunque le asalta una duda: ¿cuánto tardarán los cerdos en devorar un cuerpo entero? Si es que de verdad se lo comen. Decide ir sobre seguro y no arriesgarse más de la cuenta. Rebusca en el interior hasta que encuentra lo que busca: una de las manos del chico. La introduce en una bolsa y de esta al interior de su bolso.

La granja de los Puigmal no está lejos. Solamente a unos kilómetros más allá del límite del pueblo, dónde solo salpican el paisaje, alguna que otra masía.

Mientras dura el trayecto que va cambiando de carretera principal a carretera sin asfaltar hasta terminar en un caminito plagado de baches, Anna va mirando el bolso como si tuviera rayos equis en los

ojos. ¿Cuántos viajes deberá hacer si funciona? ¿Cuántos paquetes tiene en las cámaras? ¿Y si alguien la ve?

Aparca el Lexus a un lado, entre unos arboles y matorrales que siguen por otro camino secundario. Según las indicaciones que recordaba haberle dicho Pedro, el cercado estaría siguiendo ese camino. La granja está allí al fondo, como una postal de esas que venden en los sitios turísticos. Anna se ríe ante la ocurrencia. ¿Quién compraría una postal del pueblo con la granja en primer plano?

Baja del coche, se cuelga el bolso y anda por el camino usando las zonas donde hay hierva para poner los pies. El caminito está muy embarrado. Pero no es eso lo que la hace andar de ese modo. Es como si tuviera miedo de hacer ruido. Cosa absurda ya que los mugidos y demás ruidos de los animales parecen cubrir cualquier otro sonido alrededor.

Unos metros más allá Anna llega a la cerca de los cerdos. Se impresiona al ver su tamaño. Hay siete ejemplares enormes que se dirigen hacia ella como perros obedientes. Son tan grandes como una ternera pequeña, como monstruos oscuros y peludos. Sus enormes rostros sonrientes la olisquean esperando comida. ¿Estarán acostumbrados a que la gente les traiga restos?

—Hola, bonitos —les dice casi como una súplica—. ¿Estáis contentos de verme? Os traigo algo diferente para comer. Espero que os guste. Tiene una pinta exquisita.

Saca la bolsa del interior del bolso y el ruido del plástico altera a los animales. Levantan el hocico y lo mueven como locos. Se apretujan unos a otros,

peleando por lo que aún no han visto. Quizá esperan degustar unas verduras o una fruta, pero no imaginan lo diferente que será el contenido de la bolsa.

Anna da un largo suspiro y desenvuelve la mano. La acerca a la valla deseando que desaparezca en unos segundos. Los cochinos están histéricos. Sus gruñidos llenan el espacio entre ellos y el chapoteo de sus patas le salpica las deportivas. Con la mano del chico a solo unos centímetros de los hocicos de los cerdos, Anna se asusta. Si le muerden la mano —la suya— será quién se quede con un problema gordo. Por ese motivo, en cuanto uno de ellos golpea al otro y sus colmillos se precipitan hacia ella, suelta la mano del chico y cae al suelo, al interior del cercado.

El tiempo se detiene cuando los hocicos de los cerdos juegan con la mano. Anna tiembla. No. No es posible, piensa. ¿Acaso no se la comerán? La mano se ensucia de barro y ellos la huelen y restriegan, y se la pasan como si fuera un juguete. Con cada golpe se la llevan más al interior, hacia su territorio. Un lugar en el que Anna no podrá entrar. No podrá recuperarla. Cae en la cuenta de lo pésima que ha sido esta idea. Si no la recupera pasará sus días en prisión.

¿Qué debe hacer? Quizá si encuentra un palo lo suficientemente largo para llegar a ella… O por la noche, cuando los animales duerman. Puede que se pueda meter sin alterarlos… La mente le da vueltas a toda velocidad mientras ellos siguen jugueteando con la mano.

—¡Hey! —le parece oír un susurro entre los gruñidos.

—¡Hola, Anna!

No. No es una ilusión.

La están llamando. ¿Pero quién?

A Anna se le hiela la sangre. Está perdida. Ahora sí. No tiene escapatoria. Su rostro se mueve hacia el sonido y ve la silueta de un hombre grande. No distingue sus facciones. El sol está por detrás y la deslumbra. Se pone una mano en la frente a modo de visera. La sombra levanta un brazo y lo mueve enérgicamente.

—¿Qué estás haciendo? —dice la voz de la sombra.

¡Mierda!, piensa ella. ¿Qué le digo?

Pero… espera un momento.

No ha sonado como una exclamación. Es más bien una pregunta, como si la sombra se hubiera sorprendido. Eso significa que no ha visto la mano, no aún. Si no, hubiera gritado, exclamado… No la ha visto. No la ha visto. Aún no esta del todo perdida. No. Aún tiene una oportunidad de escapar.

Se yergue y avanza hacia la sombra. Debe desviar su atención de la pocilga. De los animales. De la mano.

—Hola —le dice sin ver aún quién es—. Que día más bueno hace hoy, ¿verdad?

—Y todavía es mejor si tu estás aquí —responde la sombra.

Ahora Anna lo ve bien. Es Pedro.

Que alivio, se dice.

El rostro regordete y amable del hombre se revela al fin. Tiene la frente perlada de sudor. Seguro que lleva unas cuantas horas trabajando sin cesar. La camisa y los pantalones están sucios y manchados,

pero aún así se alegra de que sea él y no cualquier otra persona.

—¡Buenos días! —exclama al tiempo que se lanza encima de él y le da un par de besos en las mejillas.

—¡Cuidado! —Pedro se sorprende y sus mejillas parecen adquirir un tono más rojizo—. Voy hecho una piltrafa y te vas a manchar.

—¿Y qué más da? —le coge de los hombros dándole la vuelta sin que sea muy evidente. Ahora es él el que está de espaldas a los cerdos. Así no verá la mano—. Para eso están las lavadoras ¿no?

Pedro se ríe.

—Y no te olvides de las duchas. Para mi será esencial frotarme con fuerza, pero tu… No tienes porqué.

—Acaso no hay mujeres que se dan tratamientos de barro y cosas por el estilo —desliza la mano del hombro hacia abajo con suavidad resiguiéndole el pecho hasta la cintura—. En mi caso lo tengo gratis. Quizá deberías llevarme dentro y darme un masaje completo. ¿Qué te parece?

Anna es consciente de que Pedro se tensa. Está actuando como una cualquiera, pero debe llevárselo de allí a toda costa y si tiene la mente en otro lado… mucho mejor. Se relame los labios y es consciente de la excitación que ha provocado en él.

Un silencio incomodo planea entre ellos.

—No creo que estés aquí por un masaje, Anna —responde—. Pero me gusta tenerte cerca. Lo sabes.

—Eres muy bueno, Pedro. Deberíamos pasar más tiempo juntos —le dice. Pasa un brazo por su

cintura y lo conduce por el camino—. Ojalá no estuviera casada. Serías un buen partido.

—¿Y dejar una vida de lujo por esto? —se sorprende con la ocurrencia. Las cejas se le juntan y señala la granja a la vez que sus ojos desprenden una tristeza sincera—. Tu mereces que te mimen y te traten como una reina. Yo no podría… Tu marido rico es el único que te puede dar una vida así.

—No digas eso —se le clava algo muy frío en el corazón. Le ha hecho daño. Eso no lo quiere. No. Él no merece esto—. El dinero no lo es todo y Carlos tiene una visión un tanto especial del concepto matrimonio que a mí no me gusta —se está sincerando, pero ¿porqué ahora? —. Para él soy como un objeto, un trofeo más en su colección de logros. Quiere que haga lo que dice y cuando lo dice, y si puede lucirme en sus encuentros de sociedad mejor. Pero yo no soy así. Ya lo sabes.

Se queda un momento en silencio. ¿Qué estará pensando? Qué diga algo ya.

—Por eso yo te dejaría decidir —suelta al fin—. Serías libre de hacer lo que quisieras cuando te apeteciera.

—Que bueno eres, Pedro. Eres un muy buen amigo.

“Un muy buen amigo”, era precisamente lo que se conformaba en ser. Y ahora lo remataba con eso. Nunca había intentado propasarse con ella ni dicho una palabra malsonante. Sin embargo, ella, hoy estaba cruzando un límite que él no merecía.

—Por si acaso te lo piensas guarda un poco de barro y un día hacemos un tratamiento de estos. Quizá

incluso podríamos montar un negocio en el pueblo.

—Te tomo la palabra —apuntó en una libreta imaginaria—. Por cierto, ¿qué estabas haciendo?

Tierra trágame, pensó.

—Quería ver a los animales. Hace tiempo que no venia por aquí y me apetecía hacerles felices. Como la última vez que nos vimos me clavaste la espina de que no me veías mucho por aquí… tengo que paliar el dolor. Además, tengo que supervisar que la materia prima sea de la máxima calidad.

—Así me gusta, pues. Que vengas a vernos. ¿Y has visto esos ejemplares? —se gira hacia los cerdos y se queda parado con la mirada fija en ellos.

—Son enormes —dice—, y preciosos.

—¿Les has echado algo de comer? —mierda, se dice Anna. Lo ha visto—. Eso parece una…

—Una mazorca —termina de completar la frase —. Les he dado unas verduras que se me echaban a perder y le he robado una mazorca al granjero del campo de al lado para dársela a ellos. Pensé que les gustaría, pero creo que prefieren jugar con la comida.

Pedro no dice nada. Está concentrado mirando a los animales.

¿Se habrá dado cuenta de lo que es en realidad?

Están a cierta distancia y no se distingue muy bien. Ella porque lo sabe, pero él…

—Que raro que no se la coman —dice.

"Que no se la coman". Ha dicho: "que no se la coman".

¿La mazorca?

¿La mano?

¿A qué se refiere?

—Eso porque los alimentas demasiado —Anna sonríe nerviosa y le da un cachete en el culo para despistarlo—. Venga, invítame a un trago.

En ese momento ve como el cerdo más pequeño logra llegar al juguete de los grandotes. El hocico huele por un instante y con la boca agarra la mano por uno de los dedos. Se la lleva hacia él y la levanta del suelo. El crujido parece atravesar a Anna, que observa entre fascinada, nerviosa y sorprendida.

Sin apenas darse cuenta la mano entera desaparece en el interior de la boca. Los colmillos del cerdo destrozan los huesos como si fueran cañas. En lo que dura un suspiro, no queda nada.

34

Llega a casa envuelta en sudor. Hoy el calor aprieta muchísimo y se prevé como uno de los más calurosos, a pesar de estar en septiembre. Siente el estomago revuelto, mitad hambre mitad ansiedad.

Los nervios que ha pasado en la granja han terminado con las reservas de adrenalina. Le tiemblan las piernas. Aparca el coche en el garaje y se da una ducha rápida. En cuanto sale se va a la cocina y se sirve una copa de vino blanco y prepara una ensalada con frutos secos. No tiene prisa, pero se la come con bastante avidez.

En su cabeza analiza lo ocurrido. Ha tenido mucha suerte que el cerdo pequeño se comiera la mano. Si no, no imagina como hubiese logrado salirse con la suya. Lo bueno era que había podido comprobar que realmente los cerdos comen todo lo que se les pone delante. Quizá los grandes estaban muy llenos y el pequeño, al tener que luchar por llevarse algo al estómago, se espabiló en devorar la oportunidad.

Si, esa opción de echar el resto del cuerpo a los cerdos, por tanto, era valida. Siempre y cuando

pudieran devorar unos noventa kilogramos de carne y huesos. Pero, ¿cómo lo haría? ¿Haciendo viajes a diario hasta que no quedase nada? No estaba del todo convencida. Hacia un rato se había librado por los pelos. Nada le hacia pensar que pudiera tener tanta suerte las… ¿veinte veces siguientes?

Se lleva la copa de vino blanco a los labios y apura el contenido de un trago. Mira la botella y se vuelve a llenar la copa. Es un Viña Esmeralda, edición limitada, flor de Sakura. Cree que aun le quedan algunas botellas en la bodega. Su sabor le gusta mucho.

Como si una película se hubiera puesto en marcha dentro de su cerebro ahora puede ver con claridad la imagen que recordaba del cine; la de los mafiosos echando un cuerpo a los cerdos. No se trataba de ninguna película de serie be, era ni más ni menos que una de las escenas clave de Hannibal.

El profesor Lecter entra en escena con la brillante actuación de Anthony Hopkins. Y la idea de los animales se difumina para dar trazas a otra. La que intenta romper el muro de su mente. En la película, el hombre se comía las víctimas como si fueran platos de alta *cuisine*.

Se llena la copa otra vez y se va al ordenador portátil sin parpadear. Lo enciende y pone el buscador en marcha.

“COMER CARNE HUMANA”

Enter.

Un estallido de resultados y noticias llenan la pantalla.

Desde una mujer que se come al marido, otra que sirve la carne se su amiga en una cena entre amigos,

hasta multitud de entradas que tratan el tema con escalofriantes reportajes que incluyen el testimonio de auténticos caníbales. No es tan raro al parecer.

En uno de los artículos, un científico propone que la carne humana es el alimento del futuro.

Anna se queda con una noticia en especial que reza:

CIERRAN UN RESTAURANTE VEGETARIANO QUE SERVÍA CARNE HUMANA

Da doble click y se dispone a leer el artículo.

Un restaurante vegetariano de Tailandia sirvió carne humana a sus clientes que procedía del cadáver en descomposición de un hombre de 61 años.

Cuando termina de leer el artículo, Anna está atónita. El propietario del restaurante había ido sirviendo en raciones pequeñas y mezcladas con la comida común, los cachitos del cadáver. Lo habían descubierto por pura casualidad. Por torpeza, podría decirse. En la noticia hablaba de un comensal que sospechó que aquello no era un sucedáneo de carne.

Y resultó ser cierto.

No lo era.

Los engranajes del cerebro de Anna empiezan a girar.

35

Después de leer los artículos en Internet, Anna se da un tiempo para digerir la interesante lectura. Hoy en día está todo en internet, se dice. Aunque no puedes estar seguro de que sea verdadero o un simple *Fake*, es increíble lo que puedes encontrar si le dedicas el tiempo suficiente.

Mira la hora, es casi mediodía. Se sorprende que haya estado tan inmersa con el ordenador que ni se ha percatado del paso del tiempo.

Se desperezа y sale de la casa en dirección a la carnicería. Es viernes, pero le quedan pedidos por atender de cara a las fiestas y ha perdido mucho tiempo con lo cual debe espabilar.

—Anna, cariño —la llama una voz mientras gira la llave en el cerrojo. Anna se gira y mira hacia arriba. La señora Engrasi se asoma al balcón con su mirada vigilante en ella.

—¿Cómo está hoy, Engrasi? —pregunta solícita.

—No quieras saberlo. El calor es tan sofocante que casi no puedo respirar y… por segundo creo que moriré asfixiada.

—Ya le dije que debería instalar un aparato de aire acondicionado. No sabe lo bien que le vendría.

—Que va. Con lo poco que dura el verano en esta tierra —señala el cielo— y lo caros que son esos trastos… Este año no es normal. ¿Sabes que te digo? Un buen vaso de limonada y listo. Por cierto, si quieres puedo bajarte una jarra que tengo desde primera hora de la mañana en el frigorífico y te hago compañía ahí dentro que seguro se está más fresco que aquí.

Era lo último que quería en ese momento. Necesitaba estar sola y empezar a trabajar.

Sonríe.

—Muchas gracias, Engrasi. Pero tengo mucho por hacer hoy y ya voy tarde.

—Eso es cierto. Por primera vez creo que dices la verdad —la acuchilla entrecerrando los ojos—. Esta mañana me tenías muy preocupada. Al no verte venir pensé que te había ocurrido alguna desgracia o que te habías fugado con algún jovenzuelo dejando al pobre Carlos sin un euro —se ríe ella sola—. Menos mal que estás bien.

—Como me gusta que se preocupe tanto por mí.

—Y por el encargo especial, bonita. Recuerda que tienes que tener listos los canelones que te encargué. Tengo la comida familiar y si no me dejas todo apunto… no se que les daría. Son como una pandilla de cerdos hambrientos.

El engranaje mental de Anna recibe otra pieza clave que se acopla a la perfección y gira acorde con las otras.

—Usted no se preocupe por nada. Tendrá la mejor comida del mundo a tiempo y lista para alimentar y sorprender a su familia.

—Eso espero. Si no, no te pago. Que te crees…

Anna cierra la puerta asegurándose de darle un par de vueltas al cerrojo. Apoya las manos y la frente en la puerta y deja que sus pensamientos sientan el tacto rugoso del material. La señora Engrasi podía ser un incordio en toda regla. Y lo que necesita en ese momento es tranquilidad.

El frío artificial de la tienda le gusta tanto que incluso se siente más a gusto allí que en su casa. Da una profunda bocanada de aire y se va al vestuario. Se cambia de ropa y se prepara para la tarea. Antes de nada, alarga la mano hasta el pequeño transistor y lo conecta. La música es animada y empieza mover la cabeza y los hombros. Ha decidido afrontar la situación con alegría y decisión. Nada va a hundirla. No ahora.

Pone una olla en el fuego y la llena de agua. A su lado otra gran cazuela de barro se calienta al fuego también junto a un buen y generoso chorro de aceite de oliva. Pica un par de cebollas que la hacen llorar y las agrega al aceite. Baja el fuego y deja que el sofrito se haga despacio.

Con el fuego bien suave para que el dorado sea perfecto y se va a la cámara frigorífica. Mira los paquetes que hizo intentando decidir cuales serán las mejores piezas. Cierra los ojos, respira profundamente y cuando los abre agarra un par de ellos.

En la mesa de corte la saca del envoltorio y se dispone a cortarlo. Ha decidido que lo primero será darle una forma no excesivamente pequeña. Corta la carne unos cuatro centímetros de ancho por seis de largo y los va colocando a un lado. Ahora mismo nadie seria capaz de adivinar que no se trata de una ternera ni de un cerdo.

Recoge del armario de especias unas pocas hiervas que le servirán para realzar los sabores. Regresa a la cámara y busca el hígado del chico. Abre el paquete, corta un generoso trozo y el resto lo congela. Cuando la cebolla se ha dorado del todo la separa y guarda en un bol pequeño. Añade un poco más de aceite y cuando está caliente le echa los trozos de carne sazonados y pimentados. Esparce una cabeza de ajos dentro y sube la potencia del fuego para que se dore bien.

Anna se asegura que no se queden pegados al fondo de la cazuela removiéndolos y girándolos. Le añade un generoso chorro de coñac y le da un trago directo a la botella. Un color dorado va dándole la textura precisa a la carne y el aroma recorre la estancia abriéndole el apetito. Hace tanto que no come nada de carne… Sabe que hay quien echa la carne triturada, pero ella tiene la seguridad de que si los doras antes, el resultado es muchísimo más sabroso.

Tan pronto como están perfectamente cocinados los separa y repite el proceso con una mezcla de carne de ternera y cerdo que añadirá al final con la intención de armonizar la textura y sabor final. Fríe el hígado con unos ajos y perejil. Al terminar, le da un corte con el cuchillo y se lo acerca a la nariz.

Cierra los ojos.

Aspira.

Sus papilas gustativas se agitan ansiosas. Tiene la carne de gallina. Todo el cuerpo reacciona tentándola.

Es agradable. Se siente Eva, aquella primera mujer en el paraíso que no resistió tener la fruta prohibida a mano.

¿Cuánto hace que no ha comido carne?

Sus ojos se abren y mira intentando recordar.

¿Fue…?

No. No quiere recordarlo en realidad.

Su cavidad bucal está lista para probar un bocado. Solo una pizca.

La tentación la supera y se lleva el pedacito a la boca.

Cierra los ojos y degusta. Siente como cada papila responde positivamente a la cremosa textura y el sabor. Simplemente está delicioso.

Ni ha masticado, solo se deja llevar por el río de sabor.

Después…

Escupe el trozo en la mano y se apresura a tirarlo a la basura.

Siente nauseas y sus ojos se han llenado de lágrimas. Su rostro se tuerce en una mueca ilegible. ¿Asco? ¿Culpabilidad? Sea lo que sea, Anna no está cómoda. El temblor repentino en las piernas la obliga a sentarse. Se golpea las mejillas con la palma de la mano. Tonta, eres tonta, se dice. Céntrate de una vez si no quieres perder la cabeza.

Respira hondo varias veces.

Se seca las lagrimas y se levanta de la silla. Sacude la inseguridad y con los ojos muy apretados reza algo que no llega a sentirse como palabras.

Funciona.

Cuando los abre, regresa la calma. Quizá aparente, aún así eficaz, a fin de cuentas. Mira los fogones y focaliza las acciones que debe tomar.

Se prepara para atender la olla que había dejado y sube la intensidad del fuego para que empiece a hervir.

Prepara la picadora y le va añadiendo los trozos de carne, que han ido enfriando y los va depositando en un bol. La picadora es antigua. De hecho, nadie hoy en día utiliza una de estas. Para girar de las cuchillas se tiene que utilizar una manivela manual y debes empujar la carne hacia abajo con un mazo de madera específico para tal uso.

El agua entra en ebullición en pocos minutos y Anna ya ha terminado de picar. Con sumo cuidado añade las láminas de canelones una a una. Que no se rompan puede ser complicado, pero Anna tiene la mano experta de un cocinero cinco estrellas. Coloca un paño de algodón encima la mesa y cuando la pasta se encuentra en su punto la saca del fuego. Utilizando una espátula y con destreza de bailarina de ballet las pone encima del paño.

Tritura el hígado y remueve la mezcla de carne con las manos para homogenizar. En cuanto considera que está bien, separa porciones parecidas y rellena la pasta con ellas. Enrolla los canelones y los deposita en las bandejas que tiene al lado.

Solamente le queda echar la bechamel por

encima y esparcirle un poco de queso para gratinar al horno. Eso lo hará Engrasi. Algunos clientes le piden que se lo presente completa y terminada lista para el horno, pero ella prefiere hacérsela. Ningún problema. Lo principal ya está hecho. Deja las bandejas encima de la mesa pequeña del fondo para que se enfríen poco a poco. Después las dejará en el frigorífico que tiene reservado para los cocinados. Para hacer tiempo, se dispone a lavar todo.

Por un instante le asalta la duda de si se notará un gusto diferente.

Que va, se dice. Estarán tan buenos que me pedirán más.

Recuerda el sabor que hizo bailar a sus papilas gustativas. Se le retuerce el estomago y regresan las arcadas.

Se ríe.

Mientras está limpiando se le ocurre otra idea: invitar a cenar a sus amigos y servirles un poco de la carne que tiene que gastar. Una cena simple que le serviría de prueba y a la vez de solución.

¿Puede hacerle esto a sus amigos? ¿Es ético?

La ética hace mucho que desapareció de mí, se dice.

MENSAJES WHATSAPP

—

GRUPO “LA KAMADA”

36

ÓSCAR: Es la gran noche!!
ÓSCAR: Vais a flipar con ellas
ÓSCAR: Están tremendas

VÍCTOR: Tío!! Estamos que nos salimos.

ÓSCAR: Como yo ;)

NIL: Pero tú estas allí, cabrón!!

ÓSCAR: Si, recordad que estoy interpretando un papelón, eh?

VÍCTOR: Pobrecillo! Siempre sufriendo!
NIL: Jajjajaja

ÓSCAR: Y no olvidéis eliminar los mensajes y todo rastro

NIL: Lo sabemos

ÓSCAR: Que no se haga ninguna copia de nada
ÓSCAR: A ver si tendremos problemas como la última vez

VÍCTOR: Nada de migas de pan.

NIL: Nos vemos en nada!!!

VÍCTOR: Va a ser la ostia!!!!
ÓSCAR: No sabéis cuanto lo deseo, cachorritos!!!!

ANNA

37

A las siete en punto llega Eva. Se ha puesto un vestido de noche que le llega a las rodillas. Su pelo, recogido en una cola alta y tirabuzones que le caen a los lados, decorándole un rostro sin maquillaje. No lo necesita. Es preciosa.

Levanta el brazo mostrando una botella de Moët Chandon de litro y medio decorada con una cinta en forma de lazo.

—Ponla en frío —ordena—. Y gracias por la invitación. La verdad que me sorprendió bastante.

—Es que me aburro —se disculpa—. Con la carnicería cerrada me siento como una inútil y, puestos a ser sinceros, las gracias te las debería dar yo. Así me distraigo.

—O sea que ahora soy tu juguete…

—Más o menos. Supongo que lo podemos llamar así.

Anna pone la botella en el congelador. Cojera más rápido la temperatura adecuada. Eva ve la botella de

vino blanco que está encima de la encimera.

—Con que bebiendo sin mi —se queja—. Mala amiga.

—Yo diría: catando que sea de la calidad optima que mereces.

Sonríen y se abrazan. Le sirve una copa.

Eva la levanta, la huele como un *sommelier* y de da un trago.

—Que bueno, Anna. Has acertado con la elección.

—Lo he cogido de la bodega de Carlos. Tiene buenos vinos.

—De tu bodega, dirás —la rectifica.

—No, la bodega es suya. Los vinos, míos. Además, este es específico para veganos.

—Como todo lo que consumes —se denota cierto desprecio en su voz. Lo dice sin pretensión de ofender. Es una especie de juego al que se han acostumbrado.

Anna le llena la copa de nuevo.

—Para no gustarte la idea bien que lo saboreas —finge estar molesta.

—No dejaré que lo eches a perder —replica Eva siguiendo el guion. Otea por encima de sus hombros y alarga el cuello hacia el fondo de la cocina— ¿Qué estás preparando? Huele de maravilla.

—Una receta nueva que he querido probar antes del cáterin. Espero que no sea demasiado vulgar para vuestros paladares.

—Si sabe la mitad de lo que huele te aseguro que triunfarás. Con nosotros y en el cáterin. Por cierto, ¿ya tienes el menú cerrado?

—Que va —levanta las cejas y bebe un sorbo de su

copa—. Y me está entrando el pánico. Quizá debería dejar que otro más experto se encargara de todo.

—No empieces con tu modestia. Sabes que eres una experta cocinillas y que tus platos encandilan a todos quienes los prueban. Incluso te nombraría experta en carne cruda.

Anna abre la boca con la intención de responder, pero le quedan las palabras en la punta de la lengua cuando oye el timbre.

—Esa es otra —dice Eva señalando la puerta—. No me has dicho quienes eran los otros invitados.

—No te queda nada por descubrirlo —y se va a la puerta.

Pedro tiene el rostro envuelto en un color casi rojizo. Se ha puesto una camisa de color verde oscuro y unos pantalones tejanos. Su pelo engominado hacia atrás le recuerda a un *rockabilly* de la película *Grease*, aunque no tan desfasado.

—Bienvenido, Pedro —le invita a entrar con un movimiento del brazo.

—Siempre tan guapa —responde él y da un paso hacia adentro.

—Tú que me ves con buenos ojos —se mira a si misma de arriba abajo—. O eso o tienes que ir al oculista. Con este delantal y así de sucia…

—Pero, ¿qué ven mis ojos? —Pregunta o quizá exclama Eva que acude al rescate—. Pero si es mi granjero preferido.

—Oh, Eva —sonríe él—. Ahora sí que tengo la seguridad de estar soñando o de haber muerto. Dos diosas para mí solo.

—No te animes, bombón. Que he visto en la mesa un cubierto más y todavía no sé de quien se trata.

«Ding-dong»

—Aquí está tu respuesta —dice Pedro—, y mi decepción al tener que compartiros.

—Abro yo —se lanza a la puerta.

Un olor a perfume entra en la casa al abrir la puerta. Eva respira el aroma como si se tratara de un adonis. Pau tiene el porte de un dios griego en toda regla.

—¿Así que eras tú? —dice con ojos chispeantes.

—¿Cómo dices?

—No le hagas caso, Pau. Eva estaba jugando a ser adivina. Pensaba que había invitado a Tom Cruise a cenar.

—No imaginaba que sería alguien mucho más interesante —añade.

Pau abre mucho los ojos y la mira con extrañeza. No está acostumbrado a los piropos. No de ella.

—En eso te doy la razón, Anna. Pau es mucho más que él —mira a Pedro que ha quedado un poco al margen —. Me refiero a Tom, Pedro. Tú y Pau sois mi sueño erótico hecho realidad.

A medida que hablan se sientan a la mesa que Anna ha preparado. Nada fuera de lugar ni de lujo. La pérgola del exterior les dará cierta privacidad. Ha puesto unas cortinas de algodón de lado a lado que les harán sombra mientras haya sol. Son blancas como el mantel y los cubiertos de plata deslumbran.

—Menos mal que dijiste “Cena informal” —suspira Eva—. No quiero ni imaginarme lo que sería una cena de lujo para ti.

—Va —Anna mueve la cabeza de un lado a otro—. No exageres. Y preparad vuestras críticas más severas para la cena. La decoración no debe influir en vuestra valoración final.

—Si ya le dije que lo mejor hubiese sido cenar en la terraza.

—Ya iremos a esa zona después si queréis. Me apetecía mucho que comiésemos aquí. Me encanta este lugar.

—Cierto. Posee un encanto natural que…

—Que no cuadra con una chica con delantal —Anna se ruboriza.

—No te preocupes que tendrás tiempo a ponerte tan elegante como quieras. Si es que eso es posible. Así también tienes un aura fuera de lo normal.

Eva le lanza una mirada picarona a Anna y levanta las cejas con dos movimientos rápidos de las mismas. Las chispas están que saltan.

—Por cierto, ¿el servicio sigue sin trabajar?

—Si, les dejo hacer servicios mínimos. De esta manera ellos descansan un poco y yo tengo la tranquilidad que necesito.

—Cualquiera diría que te molestan.

—De eso nada. Lo que pasa es que me pone de los nervios tenerlos a todas horas revoloteando por aquí.

—¿Revoloteando? ¿En serio? Me encantaría tenerlos en mi casa. Te aseguro que no me molestaría que me lo hicieran todo.

—A Carlos también le gusta. A mí… es que no me acostumbro a que estén tan pendientes de todo. Siempre me tuve que espabilar…

—Pues yo me quedaba con tu jardinero sin dudarlo. Dios, como está el chiquillo.

Anna desaparece por un instante para evitar que se le suelte la lengua. El pasado en el pasado está. Menos Gabi, que aún no ha regresado. Por suerte para ella debía atender un asunto. ¿Cuál sería?, se pregunta. Y qué más da. Lo que importa es que no esté.

Los invitados van tomando asiento y se sirven las copas ellos mismos. Cuando aparece la anfitriona con una bandeja y unos platitos decorados enmudecen.

—Ensalada de mar —anuncia—. Con langostinos, pulpo y erizo de mar —sirve a cada unos con su plato —. Y en el otro platito un revuelto de rape y piña aliñada en salsa de yogur y mostaza.

Para ella, sin embargo, se ha preparado una variante sin los langostinos, el pulpo, el erizo ni el pescado. Una ensalada Cobb vegana con un añadido extra de *bacon de tempeh*. Los comensales la han mirado con cierta lastima.

—No tenias porque preparar algo diferente —dice Pau —. Podríamos haber comido lo mismo que tú.

—Gracias Pau. La verdad es que es una decisión personal que no tiene porque afectaros.

—Lo digo de verdad, Anna.

—Lo sé —se lamenta de haber parecido demasiado seca—. Sinceramente me hacéis un favor. Tengo que probar recetas nuevas y esta ensalada nunca la había preparado.

—Yo no sé como lo haces para encontrarle el punto justo a los ingredientes y especias —añade Pedro llevándose a la boca un pedazo de pulpo—. Para mí

que tienes algo de bruja.

—Tu abuela siempre habla de las mujeres elementales así que… quizá sea una y aún no lo sé.

—Sinceramente debo reconocer que no sé de dónde has salido —Eva se relame con los ojos cerrados—. Solo por esto me tendrías comiendo de tus pies. Chicos —se dirige a ellos con cara de extrañeza—, me sorprende que no le echéis la caña. Aunque me tendréis que sumar a la competición. Si no le lanzáis el anzuelo lo haré yo.

—Lo suyo sería compartirla como hasta ahora y así nos beneficiamos todos, ¿no? —dice Pedro.

Eva casi se atraganta con la ocurrencia. En su mente se forman otro tipo de imágenes que conlleva la palabra compartir. Una mezcla de fragmentos eróticos que le agradan.

—Mira que sois exagerados, eh.

—Para nada, chica. Lo tienes todo. Carlos tiene mucha suerte.

El silencio planea durante tres segundos eternos.

—¿He dicho algo malo?

Eva salta al rescate.

—Sí, pero ya sabes lo que se dice: quien no valora lo que tiene, al final lo hará cuando lo pierda.

—¿A qué te refieres? —pregunta Pedro.

Anna le lanza una mirada asesina a Eva. No quiere hablar de ello. No ahora.

—¿No vais bien? —pregunta Pau.

Se siente un poco obligada a decírselo. Ellos sí le importan.

—La verdad es que es más complicado que llevarse bien —dice sin muchas ganas—. Cuando nos conocimos pareció que nuestras diferencias nos atraían. Bueno, a mí si lo hacían. Pero con el tiempo se ha ido abriendo una grieta entre nosotros que no podemos cerrar.

—Lo importante es que seáis felices. Los dos. Y si es mejor emprender el camino cada uno por un lado… Adelante.

—Yo le digo lo mismo —Eva se anima—. Conmigo sería muy feliz.

Ríen a carcajadas mientras Anna se levanta y recoge los platitos de la ensalada. No han dejado nada.

—Lo malo es que Carlos aún no lo sabe.

—Pero debe intuirlo, ¿no?

—Si se pasa casi todas las semanas fuera… —rellena las copas—. Además de prohibirle que haga lo que mejor sabe hacer: que es todo lo que hace.

El trabalenguas deja a todos con la boca abierta.

—Bueno —junta las cejas y alza una mano—. Ya me entendéis.

Eva se levanta y ayuda a Anna a terminar de recoger. Se acerca al congelador y saca la botella de Möet.

—Está helada —se relame—. Ya tenía que haber traído un par de botellas más.

—En la bodega tengo las que quieras —dice Anna con las manos en el horno, comprobando que no se queme la carne—. Y si lo prefieres también hay una reserva de cava exclusiva del Penedés.

—Te cojo la palabra —sonríe picarona—. Y más tarde las botellas. Pero si bebo demasiado y me cambio de

acera no quiero saber nada, ¿eh? Hoy creo que sería capaz de montármelo con aquellos dos y sin remordimientos —se apoya en la isla de la cocina y añade—: aunque no sufras, te dejo a Pau enterito para ti.

—¿Ya me estabais criticando? —dice él entrando en la cocina con la jarra del cóctel vacía en la mano.

—¿A ti? —suelta Eva sin pensar con una mirada soberbia—. Imposible no hacerlo, Pol. Eres el soltero de oro del pueblo y nos tienes a todas enamoraditas. Incluso a mí.

—Mira que eres exagerada —suspira él.

—Yo se de alguna que suspira por tus huesos y tus carnes y tus ojos…

—Eva —Anna la agarra del brazo y la empuja hacia fuera—, llévate el champán que se va a calentar —se da cuenta de lo que ha dicho, el significado que puede tener y se apresura en añadir—: me refiero a la botella. Pau, ya ves que el cóctel le está subiendo a la cabeza —la disculpa.

—Nada, me gusta mucho su forma de ser. Es alocada y buena persona a la vez. Me recuerda al símbolo japonés del ying y el yang. El equilibrio perfecto.

—Y a mí, pero eso no quita que a veces es un poco…

El pitido del horno la corta y avisa que el tiempo de calentar el plato principal ha concluido.

—Mejor será que salgamos también. No vayan a terminarse la bebida sin el plato estrella.

El olor sobrevuela la mesa haciendo la boca agua a los cuatro. La temperatura ha caído en el horizonte igual que la temperatura. El cielo se ha pintado de un azul brillante a un naranja fuego. Sin embargo, el descenso

de la temperatura no ha sido muy brusco. Solo unos grados acompañados de la brisa lenta y harmoniosa para que sus cuerpos se relajen aún más.

Hablan y ríen a la vez. A pesar de que viven tan cerca los unos a los otros, no acostumbran a tener este tipo de encuentros. Deberíamos hacerlo más a menudo, piensa Anna. Los mira con sus ojos almendrados y el tono castaño claro se parece tornar naranja como el crepúsculo. Son buenos amigos.

Alagan a Anna una vez más a medida que van devorando la carne y la animan a emprender algún tipo de negocio relacionado con su don.

—Serías una chef increíble —coinciden todos—. ¿Qué tipo de carne es?

Anna siente un retortijón clavándose en su estómago. Puede que sea la culpa en forma de mil agujas. Ha evitado pensar en ello durante toda la cena. Como si no visualizar lo que es en realidad cambiara de algún modo. Otro muro levantado que esconde la verdad. ¿Qué debe decirles? ¿Cuál sería la respuesta indicada?

—Cerdo —esa es la palabra.

—Está tan tierno que me atrevería a decir que es un lechón —añade Pedro metiéndose un trozo en la boca —. Aún así tiene un sabor más fuerte que no logro distinguir. Es como…

—Acertaste —corrobora Anna—. Es un Solomillo de lechón con foie en salsa de ciruela y manzana. Y el sabor que aprecias es un ingrediente secreto —le guiña un ojo—. Si te lo digo debería matarte.

—Seria la muerte más dulce que puedo imaginar —le responde llevándose un trozo de la carne a la boca y mostrando el placer en el rostro.

—¿Otro invento tuyo? —interpela Pau—. Eres una caja de sorpresas.

—Sí señor. Piensa que como en el cáterin no se queden todos con la boca abierta, quedare en ridículo yo y ella.

—Si sirves esta carne con tu salsa secreta será imposible no triunfar —se apresura Eva en añadir—. Otra obra de arte *Made in* Anna.

Anna está a favor. Por primera vez se dice que ha logrado un sabor adecuado y que, sin lugar a dudas, provocaría el rechazo de todos si conocieran la procedencia real de sus platos.

Ve como cierran sus ojos y dejan que se fundan los sabores en su paladar. Sienten el contraste de sabores mientras a Anna se le ocurre otro ingrediente que podría funcionar.

—Un brindis por la chef —grita Eva, se pone en pie y alza su copa.

La cena termina con una combinación de chocolates tricolor y unos licores de fruta.

—¿Tienes Ratafía? —pregunta Pedro.

—Faltaría más. ¿Acaso hay alguien que no tenga una botella en toda la comarca? Sírvete tú mismo. Ya sabes dónde está el mueble bar.

—Por cierto, ¿ya se ha marchado tu amiga? —pregunta Pau.

Anna no sabe que decirle. Opta por la media verdad.

—Me dijo que tenía cosas que hacer y no nos ha podido acompañar. Pero me dijo que le daría tiempo para estar en el baile —hace como que no le importa—. Uno nunca puede estar seguro con ella. Y

deberíamos ir preparándonos, ¿no?

38

Llegar al pabellón se convierte en una odisea. Hay tanta gente que parece el mercadillo de los lunes. Con una diferencia más que evidente; hoy todas las edades están mezcladas en un batiburrillo de alegría mientras que los lunes parecen exclusivos para la tercera edad.

Anna se ha cambiado antes de salir. Se ha puesto el vestido que compró en el *Pleasure "o"* y lo ha acompañado con unos botines y un recogido discreto. Eva es la más llamativa. Con el vestido verde y corto por encima de la rodilla. Ella lleva el pelo suelto y una gargantilla en forma de estrella. Pau y Pedro se han apuntado a la salida. Los dos se han arreglado con unos pantalones de pinza y una camisa manga corta.

Casi podrían pasar por hermanos. La ropa que lleva Pedro es de Carlos. Anna le dijo que no era necesario que se fuera hasta su casa teniendo de sobra allí y mucho menos si los dos compartían la misma talla.

—¿Crees que es buena idea, Anna? —le preguntó él.

—Carlos tiene toda una habitación llena de trajes que no usa.

—¿Estás segura que no se molestaría?

—Eso no te lo puedo asegurar, pero ¿qué más da? Uno: no está aquí. Y dos: tiene tanta ropa que no sabe ni lo que tiene.

Se rieron ante la ocurrencia.

Anna le fue dejando la camisa y los pantalones encima del banco que tiene en la habitación. Cuando terminó añadió unos zapatos a conjunto. Se giró y vio que Pedro ya se había quitado la chaqueta. Su torso, grande y musculoso, sembrado de pelos le hizo morderse el labio inferior. Eva tenía razón, pensó. Es un buen partido.

—Si quieres puedes arreglarte en el baño —añadió ella apresurándose en desviar la mirada hacia otro lado y salir corriendo—. Como quieras.

Ahora, la multitud se arremolina alrededor de las Barracas, unos cubículos que se pasarán la noche vendiendo alcohol. Cada uno de ellos es dirigido por diferentes entidades y asociaciones que aprovechan las fiestas para recaudar dinero para utilizar en sus respectivos proyectos.

Y para acompañar las bebidas nada mejor que las Barracas de comida rápida. El olor a Frankfurt, hamburguesas, lomos, pinchos y demás, abre el

apetito a cualquiera. Incluso si ya has comido algo. Es inevitable.

La música en directo ya ha empezado. En el enorme escenario ubicado estratégicamente en la zona más elevada, un grupo de pop está dándolo todo al entregado público ante ellos. Anna no los reconoce, pero sí que los ha escuchado en la radio más de una vez. Tienen buen ritmo y sus notas marchosas invitan a mover el cuerpo. Durante toda la noche y los cuatro días siguientes será un subir y bajar de grupos en los diferentes escenarios que salpican la ciudad, y un atracón de comida rápida y bebidas.

—¿Qué te apetece tomar? —Pregunta Pau.

—Un Gin-tonic, pero no aquí —responde Anna—. Mejor vamos al *Gat atrapat*. ¿Os parece bien? —Dice a todos.

Pau asiente.

—Id vosotros —dice Eva mientras se agarra al brazo de Pedro—. Este semental y yo nos vamos a por unos cubatas y a mover el esqueleto. ¡Nos vemos después!

Pedro mueve los ojos y levanta las cejas como un corderito apunto de ser devorado por el lobo. Y es arrastrado hacia la muchedumbre por una entusiasmada Eva que no deja de moverse al ritmo de la música.

Anna y Pau se apartan del bullicio cogidos de la mano. A Anna le parece extraño que solo unos días atrás le pareciera un sueño sentir sus manos, su piel. Y ahora que lo tenía tan cercano incluso le daba un poco de miedo sentirlo rozándole la piel. El temor a estar cruzando una línea roja muy peligrosa está allí, agazapado.

Tan pronto como se alejan del centro, la gente está más esparcida y su ritmo también baja, pero siguen cogidos.

Pau le sonríe y dice:

—¿Sabes que no he estado ninguna vez aquí?

Antes de que Anna diga una tontería se da cuenta de que se refiere al local, no a la fiesta ni a la ciudad.

—Verás como te encanta —dice y le señala el letrero del local. Un cartel sobrio en letras rubricadas con estilo gótico a modo de barrotes de jaula con un gato, luminoso también, detrás—. Es muy acogedor y tranquilo.

La puerta de entrada es una cristalera hecha con multitud de vidrios de diferentes colores. El interior está decorado con una zona de reservados con sofás, otra un poco más grande con sillas de diferentes formas y estilos, y una gran barra que cubre toda una pared. La potencia de la luz está atenuada hasta el punto de la intimidad y un suave hilo musical se pasea por el aire.

Aún siendo un día de fiesta el local no está lleno. Hoy la gente prefiere salir y beber afuera. El interior confortable se adueña de ellos en cuanto la camarera los conduce a uno de los reservados. Anna se sienta en el sofá y Pau justo a su lado. Piden las bebidas.

—Hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo —dice Pau. Anna guarda silencio esperando la flecha, pero no llega.

—Dispara —le dice al fin.

—¿Qué hace una mujer como tu con un hombre como Carlos?

Anna se queda muda sin saber qué responder.

—Disculpa si te parece impertinente, pero es que nunca lo he entendido y —hace una pausa—, estos días, sobretodo después de que me contaras lo que te ocurrió de pequeña, no logro comprenderlo. Sois muy diferentes. Demasiado quizá.

Eran algo más que ser muy diferentes. Eran dos mundos distintos alejados por miles de años luz. Era tan evidente como las diferencias entre la noche y el día. ¿Pero qué decirle a él? La mirada dulce de Pau la derretía. Le hacía querer lanzarse a sus brazos y comer de sus labios carnosos. ¿Eso era lo que debía decirle ahora? ¿Qué soñaba con él?

—Es muy complicado, Pau —susurra.

—Si no quieres hablarlo, lo entiendo. Es que necesitaba preguntártelo. Llevo tiempo dándole vueltas.

“Llevo tiempo dándole vueltas”, ha dicho. ¿Cuánto tiempo? ¿Pensaba en ella desde tiempo atrás?

—Cuando Carlos y yo nos conocimos fue un flechazo, amor a primera vista. Vi en él a un hombre decidido, atractivo y que me trataba bien. Y yo de eso, de ese cariño, no había tenido nunca. Ya te dije que mi infancia fue… nula. Y tener cerca a un hombre que se preocupaba por mí era lo más parecido a un padre de verdad o yo me parecía a una niña que necesitaba protección.

—Ningún niño debería pasar lo que tu. Fuiste muy valiente.

La camarera les deja los Gin-tonics en la mesa junto a un platito con aceitunas verdes.

—Un detalle del jefe —dice la camarera. Los dos miran hacia la barra y él les asiente con la cabeza—.

Por su buen corazón, señorita.

—Dígale que se lo agradecemos y que cuando venga a la carnicería le tendré los mejores bistecs.

Anna da un sorbo a su copa antes de seguir con su historia.

—Lo que falló en la ecuación fue que yo no estaba dispuesta a estar tan sobreprotegida —lo piensa mejor —. O sobrecontrolada, sumisa y anulada. Al principio me parecían detalles menores, sin importancia. Quería saber qué hacía y cuando, con quien me veía. Pensaba que era su amor el que le hacia querer saber todo de mí. Poco a poco fue saliendo su lado real. Yo siempre he sido muy reservada con mi vida pasada y me he tenido que valer por mi misma desde muy joven. Con lo cual, él se sulfuraba si no obtenía respuestas o no hacía caso a sus exigencias.

—¿A qué te refieres con exigencias?

—Según él, no podía salir de casa para hacer la compra. Para eso estaba la sirvienta. No podía ponerme a cocinar, era trabajo del personal de cocina. No podía salir a comprarme ropa, para eso me pondría una *Personal Shopper*. Como comprenderás, yo no estaba dispuesta a renunciar a mi libertad. Y con mis negativas constantes el marido ideal se fue convirtiendo en un autentico desconocido. Las discusiones, las peleas y desavenencias no eran lo único que fue en aumento. Me negaba a ser un objeto que Carlos pudiera lucir en las convenciones, actos sociales y temas empresariales. Con lo que sus salidas de viaje también aumentaron tanto en constancia como durabilidad.

—¿Por eso te pusiste a trabajar?

—No. No lo hice por llevarle la contra ni por enfrentarme a él. Si es que te refieres a eso. Cuando llegué al pueblo, todo era nuevo para mí y me sentí aún más sola e inútil. Sabía que debía hacer algo en mi vida o la soledad acabaría por destruirme. Entonces se cruzó en mi camino Eva, a la que quiero con locura. Ella ha sido desde entonces un rayo de luz en mi vida, la brisa fresca de la mañana.

—No me extraña. Eva tiene un carisma especial. Hace que hasta lo más superfluo se convierta en excepcional.

—Es un ángel. O por lo menos el mío. A través de ella entré en contacto con Abelino, quien a su vez me dio la oportunidad de hacer algo útil en mi vida.

—¿Útil dices? Si te has convertido en todo un referente. La carnicería es conocida por tantos y recibe tantas visitas y pedidos que la llaman la Meca de la carne.

—Esa fue la gota que colmó el vaso. Carlos no soporta verme trabajar. Aunque nunca me ha visto, si me ha hecho saber que le da asco pensar que me ensucio las manos sin tener la necesidad de hacerlo.

—Lo ves, ¿no entiendo qué haces con él?

Anna no responde. Se apura el Gin-tonic y pide otros dos más.

—No estaré mucho tiempo más con él.

Pau se queda mudo. Y Anna se siente más ligera. La carga ha desaparecido de su pecho. Empezar a decirlo tiene un efecto liberador. ¿O será el alcohol? Sea lo uno o lo otro no quiere parar.

—Hace algunas semanas que tengo los papeles del divorcio listos para firmar.

—¡¿En serio?!

—Sí. Me reuní con un abogado de la ciudad para que me orientara hace un par de meses. Me cuesta encontrar y decidir el momento preciso y adecuado para afrontarlo con Carlos. Nunca está en casa y cuando está es como un extraño que pulula de la habitación al despacho. Llega, se pasea y se va otra vez.

—¿Y cómo lo harás?

—Había pensado en que mi abogado le mandara una notificación, pero ni siquiera él merece algo tan frío. Lo haré después del cáterin. Que será cuando regrese de la última salida. Lo tengo todo a punto. No quiero nada de él. En los papeles renuncio a toda mi parte, tanto de bienes como de dinero. Ya tengo apalabrada una casita en las afueras que el sueldo en la tienda me permitirá pagar.

—Si quieres puedes quedarte en casa —dice Pau sorprendiéndola—. Hay habitaciones de sobra y a mi madre no le importará. Al contrario. No sabes cuanto te aprecia.

—Y yo a ella. Y aprecio tu detalle. Muchas gracias. Pero esto debo hacerlo sola. Puedo y lo haré.

—Como quieras, pero sabes que puedes contar conmigo si necesitas algo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Tengo mucha suerte de tenerte a ti y a Eva.

—¿Y qué pasa con tu amiga, Gabi? ¿Qué pinta realmente ella en tu vida y tu futuro?

—Ella —duda si decirlo o no—, no es como vosotros. Es parte de un pasado que preferiría olvidar. Ojalá no hubiera aparecido jamás.

Como si el diablo supiera que se habla de él, el teléfono empieza a sonar.

—Y aquí la tenemos.

—No lo cojas. Dile que pasas de ella y que se marche.

—No puedo, no lo entenderías —descuelga—. Dime.

No hay conversación alguna. Anna asiente con “ajá”, “mmm” y sonidos por el estilo. Su rostro se ha vuelto frío, duro. Tiene las mandíbulas apretadas, tensas.

—¿Ocurre algo, Anna?

—No. Debo ocuparme de un asunto. En cuanto todo esto termine quizá podamos hacer algo tu y yo.

Anna se levanta y le planta un beso en los labios a Pau que lo deja inmóvil. Luego, sale del local con aire decidido.

39

La música planea por toda la ciudad como si fuera el viento. La gente —de todas las edades— han salido a la calle para festejar las fiestas del Tura, un referente en toda la comarca que veneran a la virgen patrona de la ciudad. Aunque hoy en día tiene poco o nada de religioso y es más bien una excusa para la fiesta y el jolgorio.

Anna coge el teléfono y escribe un wasap. Ahora una llamada sería inútil.

ANNA: Dónde estás? No te veo?

Unos segundos después.

GABI: Has llegado?

ANNA: Sí. Estoy en el ferial, pero no te veo. Hay mucha gente.

GABI: Hemos ido a la plaza de toros.

GABI: Estaremos más tranquilos y, además

GABI: hay un disc-jockey pinchando música actual.

¿Y a quién le importa la música ahora?

ANNA: Voy para allá.

La plaza de toros de Olot es la más antigua de Cataluña. Aunque hoy en día y desde hace años no se celebra ninguna corrida en ella, se usa a menudo como teatro, circo o demás usos culturales.

Hoy la música electrónica hace mover los cuerpos de los jóvenes de modo espasmódico. La entrada libre, en prácticamente todos los actos de la ciudad, es un reclamo que no pasa desapercibido a nadie.

Anna localiza a Gabi en medio de la pista. Está contoneándose como una serpiente entre dos chicos bastante más jóvenes que ella. Desde allí, le parece que se trata de una escena sexual más que de un baile. Se está besando con el que tiene delante mientras el otro, por detrás, se roza con ella al ritmo de los sonidos eléctricos.

La escena no le gusta a Anna que arruga la nariz.

Los dos chicos son morenos y visten informal. Uno de ellos tiene una barba bien perfilada que le hace el rostro más anguloso. De mentón prominente. El otro está muy bien afeitado. Ambos están en forma. Sus cuerpos marcados se perfilan debajo de las camisas.

—¡Bienvenida! —grita Gabi apartándose ligeramente de ellos— Pensaba que no llegarías a tiempo.

—¿Pero esto qué es, Gabi? Pensaba que me habías dicho que sería una despedida.

—Y lo es. O lo será. Aunque primero podemos pasarlo

bien, ¿no? ¡Viva la fiesta!

—Estás mal de la cabeza. ¿Y qué haces con esos chicos? Podrían ser tus hijos.

—Seguir adelante con mi plan —Anna dejó de escuchar la música—. La venganza debe avanzar hasta ponerle el punto y final.

—¿De qué plan estás hablando? —Ya imaginaba la respuesta, pero no se quería permitir siquiera pensarlo.

—De acabar con lo que empezamos —se le acerca demasiado a la oreja. Tanto que cuando le susurra las palabras, sus labios le rozan el lóbulo—. ¿Acaso ya te has olvidado de que a mi Lucía se la llevaron tres hijos de la gran puta?

Anna mira a los chicos que siguen bailando detrás de Gabi y bebiendo de los grandes vasos de plástico.

—Ellos son mi gran final.

Ahora lo entiende. Son parte del grupo que violó a su hija.

—Gabi, ya te has vengado con el líder. Déjalo ya.

—Si fuera tu hija la victima —se pone un dedo en los labios—, ¿dirías lo mismo? ¿Te quedarías sentada y tranquila viendo como siguen igual mientras tú solo puedes llorarle a tu hija muerta?

Anna sabe la respuesta. Pero no la dice. ¿Qué padres no harían lo mismo? O, ¿qué padres no desearían poder hacer lo mismo? El silencio da alas a Gabi, que se anima.

—Ni siquiera la justicia les hizo pagar por ello. Sabes que tengo razón. Pero tranquila. Te dije que desaparecería tras las fiestas y eso es lo que haré. No

me volverás a ver jamás y nada nos unirá. Pero antes tenemos que limpiar un poquito la sociedad. Como mínimo de esos depredadores sexuales. Es como la noche de la purga, ¿no has visto la película?

—Puedo entender tu dolor, incluso más el que sufrió Lucía. Te recuerdo que yo pasé por algo similar, ¿recuerdas? Pero esto es cruzar un límite que no se si debemos cruzar de nuevo.

—El último límite, Aiti —se acerca a ella y le roza la oreja con la lengua antes de hablar—. Comprendo que no quieras tener nada que ver en todo esto, pero ya eres cómplice. Y si te echas atrás… sabes lo que ocurrirá.

¿Hasta donde estaba dispuesta a ceder? ¿Comprendería alguien lo que había hecho? Si les decía que no tenia otra posibilidad quizá la creerían y se apiadarían de ella. No. Imposible. Y si descubrían lo que había hecho sería mucho peor.

—Yo no puedo matarlos, Gabi. No me pidas eso.

—No lo he hecho. Lo único que debes hacer ahora es pasarlo bien. Bailar con ellos y hacerles creer que tendrán un fin de semana de lujuria y sexo desenfrenado.

—¿Y cómo quieres hacerlo? Aquí hay mucha gente que nos puede ver.

—Eso es lo mejor.

—¿Cómo dices?

—Todos piensan en disfrutar. Eso significa que nadie nos prestará la más mínima atención.

—No me has respondido.

—No pienses en eso. Es cosa mía y lo tengo todo muy

bien planificado. Por el momento solo quiero que me ayudes a calentarlos. Después yo me encargaré, pero tu trabajo será deshacerte de los cuerpos. ¿Verdad que lo harás por mí?

Desenfreno y pasión.

Sudor y música.

Calor y alcohol.

Pocas horas después de su primer encuentro los cuatro parecen haber llegado al límite. Sus cuerpos se mueven a un ritmo carnal, primitivo y sexual.

—¿Qué tal si seguimos la fiesta en otro sitio? —pregunta Gabi.

—Me sorprende esta ciudad —responde uno—. Menudas fiestas os montáis. No lo hubiese dicho nunca de los catalanes. Y pensar que en cada plaza hay algo… ¿Dónde vamos ahora?

—Yo pensaba más bien en un lugar un poco más intimo y terminar con una fiesta privada para nosotros cuatro.

Gabi se le echa encima y con su mano le aprieta la entrepierna.

—Oh, nena —sonríe y la agarra fuerte por la cintura—. Lo estoy deseando. No sabes lo que llevo deseando esto.

—Desde que Óscar nos habló de vosotras… —dice el otro y arruga la frente—. Por cierto, ¿dónde se ha metido el muy cabrón?

—Le mandé un mensaje hace rato y me dijo que estaba en otro local. Que ya nos veríamos más tarde.

—Olvidaros de él —dice Gabi metiéndose en medio.

Le planta un beso en la boca y le masajea fuerte la entrepierna—. Si no se apunta que le den. Lo pasaremos igual de bien.

—En eso te doy la razón —le mete una mano por debajo del vestido—. Aunque siempre decimos: cuantos más seamos más bien lo pasamos.

—De todos modos, dijo que ya nos veríamos a la hora de la fiesta.

—Y pronto empezará. Esto no ha sido más que el aperitivo. Seguro que al final se nos une y podemos seguir la fiesta los cinco.

—Mándale un mensaje y dile dónde vamos. Que ya nos encontramos allí, si acaso.

—¿Y dónde se supone que debo decirle?

—Dile que quedamos en "la carnicería" —responde Gabi.

—¿En la carnicería?

—Ya veréis como os encanta. A Óscar le vuelve loco el local. Y lo más seguro es que no se haya movido en toda la noche de allí. Nos estará esperando.

—Qué nombre más guapo —exclama pensando que es el nombre de una discoteca—. Y si se apuntan más amigas esta será una noche digna de recordar.

—Tenlo por seguro, cachorrito. Jamás la olvidarás.

Se apartan del bullicio. Uno de los chicos saca el móvil y escribe un mensaje para Óscar.

NIL: Tío, dónde te has metido!

NIL: Nos vamos a la carnicería con las chicas

—Anna —llama Gabi—. ¿Dónde tienes el coche?

—Lo he dejado más allá del cementerio, en el barrio del Morrot —responde preocupada por saber qué dirá —. ¿Por?

—Nil, dile a Óscar que si está por aquí Anna lo espera cinco minutos, pero si viene deprisa.

Así lo hace el chico.

NIL: En cinco minutos en el cementerio.

NIL: Te recoge la finita… que está tremenda.

NIL: corre o terminamos la fiesta sin ti.

—Ellos tienen la furgoneta a tocar Benavent. O sea, en el barrio de la otra punta de la ciudad —se agarra el mentón, junta las cejas y mira hacia arriba—. Si te parece bien puedes coger tu coche y esperas a Óscar en el cementerio. Nosotros estamos más lejos y tardaremos un poco más. Aunque si en diez minutos no está allí, pasa de él y espéranos en la trastienda.

—¿Y con el pelotazo que llevamos tenemos que conducir? —dice …—¿Acaso no hay policía aquí?

—Tranquilos. Es evidente que no podemos ir por la general y… —se lanza a sus brazos otra vez—, tenemos un atajo donde los Mossos nunca hacen controles.

A Anna le da un retortijón el estómago. Y sabe que no es debido al alcohol. La palabra Mosso le recuerda que Pau está allí, que es policía y que está interesado por ella. ¿Lo estará mandando todo a la mierda por encubrir su pasado? ¿Merece realmente la pena?

—¡Genial! —El entusiasmo de los chicos la sacan de

dudas. Levantan sus cubatas al aire y se los terminan de golpe al grito que han aprendido en catalán:

“*¡Sant Hilari,*
Sant Hilari,
fill de puta qui no se l’acabi!”.

—No se hable más. ¡Vamos!

40

Anna se siente mal. Pero no tiene otra salida que acabar lo que empezó. Llega al pueblo sola, o sea, sin Óscar. Estaba muy claro que no aparecería por el cementerio. Aunque, por supuesto, sus amigos no lo sabían.

Abre el portal y se mete dentro. Percibe el ambiente como si no reconociera el lugar. El frío artificial ahora le parece extraño, casi como algo desconocido. En el frigorífico aún tiene restos del primer delito y pronto tendrá más. Gabi le ha dicho que se preparase. ¿Qué significa eso? ¿Cómo se supone que debe hacerlo? Ni siquiera le ha contado cómo va a conseguir engatusarlos y, aunque lo logre, ¿cómo piensa acabar con ellos? Cuando los ha visto han creído que la carnicería era un local de copas o una discoteca. Cuando lleguen verán que no es así.

No sabe que hacer ni que no hacer. Mira el gran reloj que hay en la pared. El golpeteo del segundero retumba en la estancia como un gran corazón, un latido rítmico, feroz y amenazante.

Pasan cinco minutos.

Pasan otros diez.

Media hora después, Anna sigue de pie en la zona de despiece. No se ha movido ni un pelo. Si no fuera por el movimiento automático de su pecho que la obliga a respirar, podría haber pasado por un maniquí de cualquier tienda de ropa.

Clonc-clonc-clonc.

Llaman a la puerta y su corazón se acelera como un caballo desbocado.

Llaman otra vez.

Se acerca a la puerta y la entorna.

—Déjame entrar —dice Gabi. Se cuela al interior y resopla. Se apoya en el portal y levanta la cabeza al techo.

Parece agotada.

—¿Qué… qué ocurre?

—Nada. Que me siento tan feliz —sonríe.

—¿Cómo dices?

—Todo marcha muy bien, Aiti. Al fin puedo terminar lo que llevo años deseando. Podré vengar la muerte de Lucía.

—¿Y dónde están… ellos? ¿Qué has hecho?

—En la furgoneta. Les he mezclado un somnífero a los cubatas y ahora duermen como bebés.

—¿Están ahí fuera? ¡¿Y si los ven?!

—No. Hemos parado en la plaza Mayor y nos hemos bebido los cubatas allí. Les he dicho que tú y su amigo Óscar llegaríais en breve. No sabes las ganas que tenía de follármelos allí mismo, Aiti. Pensar que sería lo último que harían… Estoy muy excitada.

Anna es incapaz de decir nada. Balbucea intentando dar forma a las preguntas y dudas que le sobrevuelan encima la cabeza desde hace rato.

—Ahora iré a por la furgo y la metemos aquí —dice ella antes de escuchar ninguna de las palabras de Anna—. Bajamos a los dos y me la llevo otra vez. Después ya pensaremos qué hacer con ella y como la hacemos desaparecer. La prioridad ahora mismo es deshacernos de ellos.

—¿Y qué se supone que debo hacer mientras? —dice Anna aterrada—. No quiero estar a solas con ellos. ¿Y si se despiertan?

—Te echas encima y los manoseas. ¿Crees que van a sospechar nada? En sus cabezas enfermas solo hay lugar para una cosa. No han venido de visita turística. Eso está claro. Tú les saltas encima y los besuqueas.

—¿Lo dices en serio?

—Si prefieres conducir la furgoneta te cambio el papel. A mí no me importaría meterles mano. Incluso preferiría que estuviesen despiertos para que fuesen conscientes de todo.

Lo piensa un instante.

—No —dice al fin—. Ya me las arreglaré.

Las guías del portón chirrían más de lo normal. A Anna se le mueven las pupilas de un lado a otro, de arriba abajo. Se centra en el balcón superior. ¿Hay luz? Engrasi está allí. Observándolas. Es el testigo que llamará a la policía y testificará en contra de ellas. No. Por el momento están a salvo. No hay ninguna luz. Es su imaginación. Tiene que serlo. Desea que lo sea.

La furgoneta entra marcha atrás en la estancia. Las luces blancas del automóvil iluminan creando sombras

grotescas.

Anna cierra el gran portón mientras Gabi baja del asiento del conductor. Se dirigen a las puertas traseras y las abre.

Los chicos tienen el rostro relajado. Sus cuerpos fibrosos descansan apoyados entre si. Gabi entra y agarra al primero por los hombros, Anna por las piernas. Pesa mucho e incluso entre las dos, les cuesta un gran esfuerzo sacarlo de la furgoneta, aunque lo estén arrastrando. El ruido que hace el cuerpo al caer de la furgoneta al suelo retumba en la fría sala. Cuarenta centímetros de caída que se hacen eternos.

Repiten el proceso con el otro joven.

Gabi cierra las puertas traseras y se marcha. Anna cierra el portón y se queda inmóvil escuchando el sonido de las ruedas recorriendo la calle adoquinada. No encenderá el motor hasta llegar al final de la cuesta. Así se asegura que nadie la oye. Muy bien pensado, se dice Anna.

Pensar. Pensar. Eso es lo que la hace sufrir. Su mente la envuelve de dudas y temores que no hacen más que apremiarla a salir corriendo. ¿Y si Gabi no regresa? ¿Y si la deja sola con esos dos chicos allí?

No sería la primera vez que la deja colgada.

El doble pitido la saca de los malos presagios avisándola de que ha recibido un wasap. Saca el teléfono del bolso y mira en la pantalla.

EVA: Dónde diablos estás, Anna?

EVA: Me he encontrado con Pau y dice que te marchaste.

EVA: En serio???

Anna mira la pantalla indecisa. ¿Qué se supone que debe decirle?

ANNA: Sí, me marché □

ANNA: Tengo la cabeza con un dolor…

ANNA: creo que me he pasado con la bebida y mañana tengo que madrugar.

ANNA: Sabes que tengo mucho trabajo por delante

Se queda esperando. Mira como el color del *check* cambia a azul confirmándole que Eva lo ha leído.

EVA: No te preocupes.

EVA: Pero podías habérmelo dicho.

EVA: Yo voy a ver amanecer, seguro.

EVA: Y no sabes las ganas que tengo de probar tus delicias.

EVA: El cáterin será un éxito.

EVA: Descansa. Besos!!»

ANNA: Buenas noches!! □

No le gusta nada mentir a Eva, pero no tiene otro remedio. No si quiere seguir en el anonimato y vivir una vida tranquila.

Ojalá pudiera ir a su casa, darse una buena ducha y

meterse en la cama para dormir diez horas seguidas. Sin embargo, su problema radica en que tiene que trabajar a destajo para no demorarse en los plazos.

Mantén la cabeza fría, se repite. No dejes que te afecte. Todo acabará pronto.

Se dirige al armario de la despensa que hay en la cocina, coge la botella de coñac, la abre y se la lleva a los labios bebiendo directamente de ella. El sabor fuerte le hace arrugar la nariz, pero la quemazón en su garganta le produce cierto alivio. Se enfunda en unos guantes de plástico y se equipa con el delantal y las botas, se cubre los cabellos y se coloca la máscara y gafas de plástico. Esta vez ha aprendido la lección y no se ensuciará.

Dos golpes rítmicos en el portón.

El corazón se le acelera.

Dos golpes más.

—¿Qui-quien hay? —pregunta.

—Soy yo. ¿Quién va a ser si no?

Anna no responde. Le da cierto temor que al pronunciarlo en voz alta se ponga en marcha una especie de confabulación cósmica que lo haga realidad. Abre y deja que Gabi entre en el local. La conduce hasta los vestuarios, le muestra el equipo de protección y le señala un mono de plástico que reposa encima de la mesa, al fondo de la gran sala.

—¿Qué es eso? —pregunta Anna al ver que Gabi trae una carpeta bajo el brazo.

—Un detalle para ellos. No te preocupes. Quiero que se vayan al otro barrio sabiendo lo que ocurre.

—¿A qué te refieres?

—A que con el otro no pude contenerme. La ira me controló y dominó. Pero con ellos será diferente. Van a saber… quiero que sepan porque están aquí y lo que les va a suceder.

—Lo que tenemos que hacer es terminar con esto ya —Anna teme que se le vaya de las manos.

—Te equivocas. Llevo desde que Lucía murió, esperando que este instante llegara. Y ahora es el momento de terminar con el sufrimiento, sí. Pero también es el momento de disfrutar de ello.

Gabi se viste con el traje que le ha preparado Anna. Su cuerpo queda cubierto y protegido. Se coloca los guantes y se mira en el espejo de pared.

—Parecemos como esos que salen en las series policíacas que buscan huellas, restos de cadáveres y cosas de esas.

—De eso se trata, pero a la inversa —dice Anna. Al ver que Gabi se queda igual, como si no se enterase muy bien, añade—: que no dejemos ADN en ellos y que no nos llenemos de ellos nosotras. La otra vez fuimos unas descuidadas y no prestamos atención a los detalles.

—La emoción de lo prohibido, cielo.

—Y nada de grabaciones.

—Prometido.

Se acercan a los chicos y entre las dos los sitúan encima de la mesa. Es lo suficientemente grande para los dos, así que no tienen problema de espacio. Gabi coge las bridas y las ata con fuerza en las muñecas de los chicos. También inmoviliza sus extremidades inferiores y les cubre la boca con sus propios calcetines para evitar que griten o pidan auxilio.

—Me encanta tu invento —dice Gabi.

—Dijiste que querías que se vieran, ¿no?

—Pero esto es mejor de lo que hubiese imaginado. Te lo aseguro.

Anna dispuso dos reposa espaldas a ambos lados de la mesa con lo cual, los chicos quedan semisentados con una inclinación de unos ciento treinta grados y uno frente al otro.

—Sujétales la cabeza —dice Gabi—. Que no tengan tanta libertad de movimiento.

—Pero si están muy dormidos. No se que les has dado, pero es imposible que se despierten.

—Ya te dije que está todo previsto —rebusca en su maletín y saca una jeringuilla y una ampolla de cristal —. Les he dado una cantidad de somnífero brutal, pero cuando les administre esto deberían reaccionar al instante.

—Por tanto, es cierto que quieres matarlos cuando estén despiertos.

—Faltaría más. Estos hijos de puta no tuvieron miramientos con mi Lucía. Así que ahora me toca a mi ensañarme con ellos. ¿Cuántos padres quisieran poder vengarse como yo? Dímelo. ¿Cuántos?

El silencio.

—¿Crees que alguno de ellos dudaría un solo instante si pudieran hacerle lo mismo a los que dañaron a sus hijas? Nadie merece sufrir ni pasar lo que me ha tocado vivir. Y sé que nada podrá devolverme a mi niñita. Pero tan solo espero que mi alma se sienta un poquito satisfecha. Y tú más que nadie debería comprenderlo. ¿Acaso me equivoco?

—No me metas en tus decisiones, Gabi. En tus justificaciones para hacerlo yo no pinto nada.

—Te equivocas de nuevo, Aiti. Tú eres mi primera razón de ser. Mi maestra. Te fuiste del pueblo y me quedé sola hundiéndome en la mierda. Me quedé allí sola sin poder enfrentarme a nada ni a nadie.

—Podías haberte marchado. Tú eras…

—Una imbécil. Eso era. Pensé que allí tenía un futuro, pero me engañé. Me engañó el primero que prometió darme una buena vida y me dejó en cuanto le di lo que quería. ¿Aprendí de él? No. Caí de nuevo con el segundo, y el tercero, y otro y otro. Hasta que me quedé embarazada. ¿De quién? No tengo ni puta idea. Cualquiera de ellos me hubiese valido si hubiese dicho que me quería lo suficiente para quedarse a mi lado. Deseaba más que nada formar una familia. Pero me quedé sola. Igual que ahora.

—Aún eres joven. Y puedes rehacer tu vida. Incluso puedes ser quien quieras donde quieras.

—Quizá. Pero antes acabemos con esto. ¿O acaso no quieres el vídeo?

Anna asiente con la cabeza.

Despliega los utensilios encima de la bandeja metálica y observa a Gabi como llena la jeringuilla del líquido. Se acerca a uno de los jóvenes y le inyecta el contenido en el brazo. Carga de nuevo y repite el procedimiento con el otro chico.

—¿Qué harás? —pregunta Gabi dirigiéndose a Anna—. ¿Me ayudas?

—Ni hablar —responde visiblemente nerviosa—. Me voy aquí al lado hasta que hayas terminado con esto. No puedo ver como les quitas la vida.

—¿De verdad te lo vas a perder?

—Espabila y no te demores. No quiero que se me haga de día. Hay mucha faena por delante y el tiempo apremia.

Anna desaparece de la sala y se refugia en la trastienda. Quizá pueda preparar algo o avanzar trabajo. No. Abre el armario, saca la botella de vino blanco y se sirve medio vaso.

Aunque no sea para veganos da igual. Por esta vez da igual.

GABRIELA

41

Unos minutos después los párpados de los chicos empiezan a abrirse.

—Bienvenido al mundo real, Víctor —dice Gabi con aire elegante.

El chico se muestra confuso. Sus ojos miran hacia todos lados e intenta hablar, pero no puede. Intenta moverse, pero está inmovilizado.

—¿Qué te ocurre, guapo? —pregunta, burlona—. ¿Acaso quieres moverte? ¿O quieres decir algo? —agarra con la mano el calcetín que tiene en la boca y se lo aparta.

—¿Qué significa esto? —murmura nervioso.

—Que aquí mando yo. Y mi amiga. Aunque primero seré yo la que disfrutaré de ti.

El chico frunce el ceño.

—¿Es una especie de juego sexual?

—Algo así.

—¿Y porqué llevas ese traje de plástico?

—Es una fantasía sexual que nunca he practicado y me apetece llevarla a la realidad.

—No lo entiendo. ¿Quieres jugar mientras estamos atados, ella nos mira y tu vas vestida así? Esto no me gusta —dice cuando ve los cuchillos en la bandeja.

—Te gustará —Gabi coge un cuchillo, se pone a horcajadas encima del chico y le acerca la hoja afilada al rostro. La desliza por su mejilla—. ¿Has tenido sexo alguna vez mientras sientes miedo?

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Hoy experimentarás algo que te hará sentir el placer de un modo diferente.

Un murmullo detrás de ella la alerta de que el otro chico se está despertando.

—Bienvenido, Nil —le dice ladeando la cabeza.

El chico se muestra asustado. Forcejea. Tiembla como una hoja.

—¡Déjate de ostias! —se envalentona Víctor—. Desátanos y sigamos con la fiesta. Esto no mola nada.

—Esto mola muchísimo, guapo. Lo que ocurre es que no te gusta haber perdido el control, ¿verdad? Tienes la seguridad de hacer siempre lo que te plazca y hoy se han girado los papeles.

—¡¿Qué puto control ni qué leches?!

—¡Esa boca! —Gabi le planta una bofetada en toda la cara tan fuerte que retumba como un trueno en la sala —. No voy a tolerar que hables así. Ahora eres mi esclavo y te ordeno que te calles.

Gabi deja el cuchillo a un lado y sin quitarse de encima del chico le da un beso en la mejilla abofeteada.

—Pobrecito, mi niñito —le susurra—. Si no obedeces tendré que castigarte. Y no me gustaría tener que emplear las herramientas que has visto.

Se mueve como una depredadora, como una bestia. Le parece que se comporta como un felino que juega con su rata antes de matarla.

Gabi utiliza sus dos manos para masajear el cuello de Víctor al tiempo que lo besa. Le desabrocha los botones superiores de la camisa e introduce la mano.

—¡Quita de encima! —ordena.

—Te he dicho que aquí mando yo. Y si no sabes guardar silencio como Nil te haré callar cortándote la lengua.

—¡Puta loca!

Gabi le lleva el cuchillo a la comisura de los labios y ve el miedo asomando en sus ojos. Unos ojos en los que se ve reflejada. Con la otra mano recoge el calcetín y se lo introduce en la boca. Se inclina atrás y toca al otro chico que reacciona temblando.

—¿Y tú que dices, Nil? —le susurra— ¿Te excita esto? ¿Quieres jugar a este juego?

Su mano se desplaza del pecho a la entrepierna del joven. Le da unos movimientos y se ríe.

—Me parece que no sois lo bastante hombres para mí.

Gabi regresa a por Víctor. Le arranca los botones de la camisa con el cuchillo.

—Tendré que esmerarme más —dice al tiempo que resigue el pecho del chico con los dedos —Miedo y sexo. Mmm… Nada mejor. ¿Pero de eso sabéis un rato no?

—Lo que sé es que estás completamente pirada, tía.

Otra bofetada le hace girar la cara.

—Ya te he dicho que no toleraré esa forma de hablar. A la próxima me obligarás a enseñarte modales de otro modo.

Gabi alarga el brazo y coge las tijeras. Las levanta ante la mirada aterrada de los chicos. Les va cortando las prendas de ropa y deja que sus cuerpos desnudos tiriten del miedo y frío. Se siente poderosa. Casi como una diosa. Toca los cuerpos entremezclados; sus brazos y pechos, sus piernas. Aquellos miembros que se niegan a responder.

Gabi se dirige ahora al maletín y saca una fotografía. Se ve que lo es por como brilla el papel, pero la deja lejos de ellos. Regresa a la mesa y se coloca detrás de Víctor. Sus manos le dan un suave masaje en las

cervicales, siguen por el torso y bajan hasta su pene. Entonces se fija en la mirada de Nil. Le tiemblan las pupilas, está tan horrorizado y confuso. Eso le gusta a Gabi. No aparta la mirada mientras besa el cuello de su amigo y masajea su miembro endurecido. Le guiña un ojo.

—¿Qué te ocurre Nil?

Se desplaza con calma a un lado y recoge la fotografía. Se coloca detrás de Nil.

—Estás muy tenso y esto no puede ser —susurra al oído. Le da un beso en el cuello y le masajea igual que ha hecho con su amigo. Recoge las tijeras y se las acerca a la entrepierna. Las abre y cierra de golpe un par de veces.

—¿No estás excitado?

El torso del chico está más fofo que el de su compañero, pero se ve marcado por el trabajo en el gimnasio—. Pero si tienes la carne de gallina. ¿Acaso tienes frío?

Nil asiente.

—No te oigo —le aparta el calcetín.

—Sí, tengo mucho frío —solloza.

—Veamos si esto te calienta —le pone la foto delante de la cara. Nil se sobresalta y sus ojos se dirigen a Víctor, su amigo, que sigue ajeno a lo que hay en ella, pero con una erección clara—. ¿Estás mejor ahora?

—Esto…

—La reconoces, ¿verdad?

Nil no dice nada. Se limita a un breve suspiro. Un temblor le recorre los labios y el rostro. Parece que vaya a ponerse a llorar.

—¿Te excitas ahora, cachorrito?

Es una foto de una joven morena, muy guapa: es Lucía.

—¿O quizá quieras otras fotos? ¿O algún vídeo porno de una quinceañera?

—Yo —susurra—, yo no…

—Claro que tú no, cachorrito. Eso ya lo se.

Gabi se coloca a un lado y con las tijeras empieza a recorrerle con el filo la entrepierna. El chico está confuso y no entiende nada. Su compañero observa sin saber a qué atenerse ni lo que le ha mostrado. Está forcejeando con una de las bridas. Su piel ya está lacerada y gotas de sangre se derraman de las heridas. Pero Gabi no se ha dado cuenta.

—Hay algo que me sorprende y me decepciona a la vez. ¿Sabéis? —No espera respuesta—. Estoy sorprendida de que unos chicos tan guapos y aparentemente tan inteligentes como vosotros hayáis caído de bruces en una trampa tan simple. Y me decepciona encontrarme que no sois los hombretones valientes y poderosos que pensaba. Por Dios. ¡Si estáis muertos de miedo! —Gabi señala sus miembros viriles —. ¿Es ésa vuestra hombría?

Vuelve a reír a carcajadas.

Víctor parece ser capaz de aguantar más la compostura mientras que Nil ha empezado a llorar. Él será el primero.

—No llores, guapísimo —le dice—. Se que es fácil decirlo y complicado hacerlo, pero no te queda otra. Quizá…

Deja la frase sin acabar hasta asegurarse de que tiene toda la atención del chico. Un poco de fe le irá bien. Y

la chispa de sus ojos significa que funciona, si se aferra a algo puede que sea de mejor llevar.

—Tu compañero parece que le gusta y su pene tiene ganas de que pasemos a la acción, pero tú… Quizá si te arrepientes de lo que hiciste….

Nil mueve los labios y asiente con la cabeza.

—Huy disculpa, que no se lo que estás diciendo.

Le quita el calcetín de la boca.

—Me arrepiento. Me arrepiento.

—Esto está mejor —se gira y le saca el calcetín a Víctor—. ¿Qué dices tú?

—¡Cállate, Nil! No digas nada. Esta tía está pirada.

—Psssss —sisea Gabi— Esta no es una buena respuesta.

—Óscar sabe que estamos aquí y nos mandará ayuda.

Gabi estalla en una sonrisa que retumba en la sala.

—Si es que soy una despistada —Gabi se lleva la mano a la cabeza y se da unos golpes—. Ya no recordaba que vosotros actuáis en manada, como unos cachorros hambrientos por luciros ante los demás. ¿Queréis que vaya a buscarlo?

—¿Óscar está aquí? —La sorpresa inunda a los chicos, pero Nil es quién solloza la pregunta.

—No le hagas caso. Está mintiendo.

—¿Mintiendo yo? No deberías dudar tanto de mí. Eso puede ser muy malo para ti.

—¡Una mentirosa! —grita escupiéndole en la cara— ¡Y una puta loca! ¡lo vas a pagar muy caro!

Gabi tapona la boca de Víctor de nuevo.

—No deberías haber dicho eso, cachorrito. Puede que

tu te consideres un lobo, pero yo soy una leona. Y ahora me estás obligando a mostrar mis garras y no es una buena idea. Te lo aseguro.

—No, no —le dice Nil entre llantos—, te creemos. Déjanos marchar y no se lo diremos a nadie. Por favor.

—Por favor… —cierra los ojos y alza la cabeza—. Me encanta que lo digas. De verdad. Es un primer paso. Eres diferente a tus amigos y eso me confunde un poco, pero me gusta. Aunque tu amigo me ha retado demasiado y no puedo hacer como si no hubiese ocurrido nada. Cada acto tiene su consecuencia, cada acción provoca una reacción. Si me disculpáis. Debo enseñarle a Óscar qué clase de compañeros tiene. No jugar conmigo y obedecer las reglas tiene su castigo.

Gabi les da la espalda y sale del lugar. Al rato aparece agarrando una bolsa de basura con la mano y la pone en la mesa, justo en el centro, entre las piernas de los chicos.

—Bueno, bueno, bueno. Al fin tengo el placer de estar ante la manada, los valientes y grandes que hacen los que quieren cuando quieren —dicho esto mete la mano en la bolsa y se desprende de ella mostrando el contenido.

Es la cabeza de su compañero. El rostro sin vida de Óscar los mira como un muñeco de cera. Las caras de los chicos se desencajan de horror. Su amigo, o lo que queda de él, está siendo sujetado por la mujer que los ha atado, desnudado y amenazado.

—¿Me crees ahora, Víctor? —Ladea la cabeza y fija su mirada gélida en los ojos del aterrado joven—. Dejaré a vuestro amigo aquí encima, así os sentiréis más protegidos. Os dejaré para que podáis hablar, pero si os atrevéis a gritar o soltar alguna palabrota me veré

obligada a castigaros. ¿Me habéis entendido?

Las cabezas de los chicos asintieron.

—Has matado a Óscar —dice Víctor.

—No es del todo cierto, cachorro. La verdad es que fue más un castigo que un asesinato. Si hubiera sido más colaborador… O yo menos impulsiva… Da igual, ya os he dicho que no soporto que no me hagan caso. Y en esta situación, menos aún.

—Pero, ¿qué quieres de nosotros?

—Que toméis conciencia de lo que hicisteis. Habéis sido muy muy malos y vuestra actitud ha tenido repercusiones catastróficas en mi vida.

—No sé de que hablas, Gabi —al decir su nombre se enciende algo en su interior, como si el chico hubiera cambiado, como si le fuera más cercano—. Podemos arreglarlo de otro modo. Anda. Desátanos y lo hablamos. Aún podemos montarnos una buena fiesta.

—¿Te crees que me chupo el dedo, cachorrito? Eres muy inteligente. Así que ya debes imaginar que no te soltaré. Veo que ya no estás excitado como antes. Qué lástima. ¿Nunca has tenido el pene tan cerca de la boca de tu amigo? —se ríe ante la ocurrencia— Pero si de muchas chicas, ¿eh?

—Diga lo que quiere —solloza Nil.

—No me trates de usted, guapo. Que no soy tan mayor. Y empecemos por habar de la chica de la foto.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que ocurrió.

—No sé quien es.

—Mientes.

—Lo digo de verdad. No sé quién es.

—Respuesta errónea —el cuchillo se desliza en la pantorrilla de Nil como si fuera mantequilla. Un tajo de unos cinco centímetros se abre tiñendo un río de color carmesí—. Y no grites.

Nil se traga el dolor.

—Déjelo —exige Víctor—. Yo responderé. Pero quiero ver quien hay en la foto.

—No seas impaciente, cachorrito. Ya te llegará el turno.

Los sollozos de Nil animan a Gabi que decide seguir con el interrogatorio.

—¿Qué me dices ahora? ¿Recuerdas a la chica?

—Sí, sí, sí, la recuerdo.

—Ves como si dices la verdad todo irá bien. Sigue. Dime de qué la conoces.

—Óscar nos la presentó en los sanfermines.

—Así que era amiga de Óscar.

—No. La conoció en las fiestas.

—Y os hicisteis amigos.

—Solo esa noche.

—¿A qué te refieres?

—A que habíamos bebido mucho y una cosa llevó a la otra. Ella quería estar con los tres a la vez.

Un nuevo tajo se abrió en el cuerpo de Nil. Esta vez en la tripa, resiguiéndole el tatuaje del ombligo.

—¿Estás seguro que fue así? ¿Ella os pidió eso?

—No exactamente.

—¿Qué significa “no exactamente”?

—Que no le preguntamos nada. Simplemente ella se mostró interesada en hacerlo.

—¿Y a ti que más te da? —pregunta Víctor.

—Mira —le pone la foto delante de los ojos—. Ésta es la chica que me interesa, la historia que quiero conocer y la verdad de lo que sucedió aquel día. Y me preguntas por qué. Simplemente porque está chica es mi hija. ¿Lo entiendes ahora, cachorrito?

El silencio planea por un instante.

—Fue cosa del alcohol —se justifica Víctor—. Una cosa llevó a la otra y…

—Claro, cachorrito. Esa explicación me la conozco de memoria. Las chicas se ponen una falda, muestran un escote generoso, se emborrachan y se sueltan la melena, o quizá sea por esa falda demasiado corta. Da igual. Eso las convierte en busconas, en chicas fáciles que buscan sexo, ¿verdad?

No hay respuesta.

—En fin, ya te dije que cada acción supone una reacción y como no te tocaba responder.

Gabi agarra el calcetín y lo presiona hacia el interior de la garganta de Nil. Con la otra mano levanta el cuchillo de veinte centímetros y lo clava en el muslo del chico. Su hoja se hunde como mantequilla.

—Eh aquí la consecuencia.

La sangre brota de la herida como una fuente esparciéndose por la mesa, calentando la pierna de Víctor, que puede sentir hasta el latido de su amigo.

—¡Maldita zorra! ¡Estás completamente loca!

—No sigas por ese camino, cachorrito. Me estoy cansando de avisarte tantas veces. Y antes de dejarme llevar quiero daros la oportunidad de enmendar vuestro error…

—Eres una puta. Igual que lo era tu hija.

—¡¿Qué?! —Gabi retuerce el cuchillo en la pierna del joven provocando un dolor extremo en él.

—No sigas, Víctor —suplica Nil entre balbuceos como puede con la boca llena.

—Esa pequeña zorrita se calentó tanto que quiso follarnos a los tres a la vez. Iba tan caliente que lo pedía a gritos durante todo el rato. No pudo aguantar hasta el hostal donde nos hospedábamos. Por eso nos lo montamos en ese portal. La muy puta deseaba sentir nuestras pollas.

Gabi saca la hoja ensangrentada del cuchillo y la acerca al cuello de Víctor.

—No me creo nada de lo que dices —Gabi está a horcajadas encima de él.

—Era lo que querías oír, ¿no? Saber la verdad duele. Y por mucho que quieras engañarte esta es la verdad.

—¡Mientes!

—No, no miento. Aquella zorrita gimió como una experta. Seguro que no era la primera vez que se lo montaba con tres. Suplicó que la hiciésemos gritar de placer. Quería sentirnos a la vez en su interior. Quería sentirse llena.

—¡He dicho que te calles!

—¡No, no lo haré! Y lo mismo estás deseando tú, ¿verdad?

Gabi agarra con su mano el miembro y los testículos de Víctor y con el cuchillo los secciona de un tajo, rápido y limpio. Los ojos abiertos de él no parecen tener tiempo de asimilar lo que sucede. Con la boca abierta, pero sin soltar un grito, puede ver como Gabi

le mete su propio miembro en la boca.

Con la rabia aflorando en ella como si emanara sudor le mantiene la mano taponándole la boca y nariz. Con lo que provoca en el chico espasmos involuntarios que navegan entre el instinto de tragar y el de vomitar.

—¿Así es como lo hiciste, machote? La obligaste a tragar esta mierda, la rompisteis, la humillasteis. Le destrozasteis la vida a una chiquilla. Ahora te toca a ti. Cómete tu hombría. ¡Cómetela!

El chico da unos espasmos. De las comisuras de los labios, escapándose entre los dedos de Gabi que le presionan la boca, se escapan hilillos de una sustancia amarillenta. Víctor se está atragantando con su propio vómito acumulado en la cavidad bucal mezclado con su miembro. Las convulsiones son cada vez más espaciadas y lejanas. Sus ojos pierden brillo al tiempo que la sangre va dejando de fluir de su entrepierna. Se desangra y se ahoga a la vez.

Los temblores se detienen por completo.

Gabi cesa la presión y deja caer su brazo. El rostro de Víctor ha perdido el color, la soberbia ya no aparece en sus ojos. Su boca se entreabre y finos hilos mucosos emanan de ella.

Nil está llorando como un bebé.

—No llores —le dice Gabi. Le libera del calcetín.

—Perdóname —suplica. De su nariz le caen los mocos. Incluso siente un poco de lástima por él—. Por favor, Gabi. Perdóname. No queríamos…

Pero él también disfrutó dañando a Lucía. Él también es miembro de la Kamada que abusó, mintió y salió impune de todo.

—Lucía —dice Gabi—. Se llamaba Lucía.

—De verdad te imploro que me perdones.

—Solo pensaba en haceros sufrir. En que pagarais por todo que Lucía sufrió. Y ahora me doy cuenta de que no me siento mejor. Me dais pena. Tú eres el más sensato de los tres.

—Por eso te pido perdón desde lo más profundo de mi ser.

—También Lucía os pidió que la dejarais, ¿verdad?

—Sí —se sincera—, ella no quiso en ningún momento participar ni quería montárselo con los tres. Fue idea de Óscar y Víctor, a ellos les gustaba sentir a las chicas indefensas y someterlas.

—Pero estabais los tres. Tú tampoco hiciste nada por ayudarla. Ni en el momento ni después. También declaraste en el juicio que ella lo quiso.

—Porque les tenía miedo. Empezó como un juego, pero con el tiempo me vi atrapado en todo eso, con todas ellas.

—Ya es mucho que te des cuenta de ello y te sientas culpable.

—Déjame ir. No diré nada a nadie. Te lo juro.

—Lo sé. Pero no puedo dejar que salgas de aquí. Ya lo sabes. Lo único que puedo decirte es que espero que te encuentres en el infierno junto a tu preciada kamada, y si existen los demonios, espero que os lo hagan pagar por toda la eternidad.

—No, por favor.

La garganta de Nil se abre con un tajo limpio y profundo. Gabi no aparta la mirada de sus ojos. Era el final de su venganza. No puede permitirse perder un detalle. Siente a su hija al lado. Su pequeña Lucía de

pie, observando satisfecha la reparación al daño que le habían causado.

—Al fin podrás descansar, Lucía. Mi vida —le dice Gabi, susurrando al espejismo traslúcido de su hija—. Ya eres libre, cariño. Ya puedes descansar en paz.

ANNA

42

—¡Aiti! —llama Gabi desde el otro lado.

—¡Voy! —le devuelve Anna con una voz que siente demasiado alta.

Ha llegado el momento. Cruza los plásticos que cubren la sala, pero ni siquiera el coñac la ha preparado para la imagen que se encuentra.

Los chicos están semiincorporados encima de la mesa de despiece. Uno, con la cabeza inclinada a un lado tiene la garganta abierta. La sangre ya no emana de ella y ha adquirido un color oscuro, casi negro. Su cuerpo desnudo está pálido y Anna distingue varias heridas en su vientre y piernas. El otro chico tiene el torso superior intacto. Solo puede distinguir unos hilillos que le caen de los labios, de la boca. Pero no hay ningún corte. Sin embargo, su mitad inferior es el contrario. Tiene la entrepierna coagulada y se puede apreciar una herida circular. ¡Dios mío!, piensa, le ha cortado… pero no puede seguir.

Su estómago la empuja a salir corriendo hacia el cubo de basura y la obliga a vaciarlo.

—Que alivio —dice Gabi.

Anna se limpia la nariz y la boca con una servilleta de papel y busca a Gabi. No la ha visto al entrar. Está sentada en el suelo, apoyada en la pared del fondo con los ojos clavados en la mesa.

—Lucía ha venido.

—¿Cómo dices?

—Que mi niña a estado aquí. Ha visto lo que he hecho y se siente bien. Está feliz. La he visto sonreír.

—Esto…

—No digas nada, Aiti. Ya no. Ya ha acabado todo.

Anna no puede evitar mirar hacia la mesa y preguntarse si realmente lo cree así. Ella, da un resoplido y le dice:

—Sí, Gabi. Ha acabado el sufrimiento. Pero…

—Ya lo sé. ¿No querrás echarte atrás?

—No. Tenemos un trato y no hay vuelta atrás.

—Entonces lo mejor será que…

—No estarás pensando en marcharte.

—Sí. Me quitaré esta cosa de encima y volveré a tu casa. Una ducha me sentará bien.

—Pero, ¿acaso tienes la más remota idea de la cantidad de trabajo que hay por hacer? No pretenderás que lo haga yo sola.

—Es tu parte, Aiti. Y seguro que lo harás muy rápido. Ahora tienes más experiencia.

—Sin tu ayuda me pasaré la noche entera aquí.

—Y conmigo sería peor. Te molestaría y distraería.

Además, debo zanjar unos asuntos y prepararte lo tuyo. ¿O acaso no te acuerdas?

¿Que si no se acuerda? ¿Lo dice en serio? Es el único motivo por el cual ha accedido a todo esto. Tomar el camino más adecuado para ella ha supuesto adentrarse en algo más oscuro y tenebroso. ¿Lo soportará? ¿Podrá vivir con ello? Pues claro, se conoce a ella misma. Unos ansiolíticos y saber que ellos eran malas personas. Todo ayudará.

—De acuerdo —responde al fin—. ¿Y cuando me lo darás?

—Eso déjamelo a mí. Pero preferiría que lo cerráramos mañana mismo, o pasado a mucho tardar. Hay algo de lo que debo ocuparme. Y no quiero demorarme más días aquí.

—Me parece bien —asiente Anna. Ella tampoco la quiere ver más por allí. Está cansada de tener que sufrir y preocuparse por lo que haga, diga o prepare. Quiere que su pasado siga detrás del muro. Y Gabi debe alejarse. Pero, ¿qué seguridad tiene de que ella cumpla con su parte del trato? Ninguna.

Gabi se arranca el traje de plástico y lo echa al cubo. Sale por la esquina y Anna la sigue con cuidado de no pisar ni dejar marcas innecesarias. Abre la puerta y le dice:

—Gabi, no me falles.

—Podría decirte lo mismo, pero no lo haré. Si estás pensando en hacer algo sería como si te lo hicieras a ti.

Anna guarda silencio.

—Has hecho el bien, Aiti. Piensa solo en eso. Y en que tu secreto está a salvo.

Anna cierra la puerta y se deja caer al suelo. No es momento de perder la fuerza. Ni de lamentarse. Lo hecho, hecho está y solo puede avanzar y encontrar la salida. Pero en ese instante ve su pasado. El que lleva tanto tiempo ocultando en su interior y fustigándose por lo que hizo. No fue tan malo. Visto en perspectiva se dice: ¿Acaso no es lo mismo?

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

43

Vivir en una zona apartada del centro tenía sus ventajas. Una de ellas era que las miradas curiosas no se atrevían a acercarse. Puede que incluso tuviera algo que ver el carácter del padrastro de la niña, a quién todos en el pueblo temían. Su malhumor era más que conocido. Otra de las ventajas era para la pequeña la

más importante; las cabañas abandonadas.

En esos lugares era donde ella había puesto sus trampas. Un lugar en el que los gatos silvestres cazaban las abundantes ratas que habitaban el lugar. “Ratita”, que así se le había quedado el mote, desarrolló un instinto de supervivencia que ningún niño debería aprender a tan corta edad.

Las cosas en casa no mejoraban. Más aún se podría decir que iban de mal en peor. Las horas del día transcurrían preocupadas por llevarse algo al buche y calmar los retortijones de dolor que atenazaban sus panzas. Y por las noches no emitía ningún ruido, ningún sonido y ningún lamento. Por mucho que el monstruo le pegase o se le echara encima, ella se mostraba impasible.

Su dolor gritaba por dentro. Crecía el odio como una maza implacable que se comía si control a su inocente alma.

Aquello no estaba bien. ¿Pero qué podía hacer? El silencio era su mejor baza. Si se quejaba o se resistía recibía palizas que la dejaban sin poder moverse. Mientras que, si guardaba la compostura, como mucho, al día siguiente le costaría andar y le ardería la entrepierna. O incluso la garganta. Pero si no lo hacía así no podría salir a comprobar las trampas y sería otro día sin comer.

Cuando mató al primer gato, le pareció sentir algo parecido a la lástima. Se suponía que las personas no comían gatos. Y ellos tampoco lo hicieron, no al principio. Se subía a los árboles en busca de nidos. Con un poco de suerte tendría unos huevecillos que echarse al estómago. Robarlos en los gallineros funcionó durante un tiempo. Pero no tardó en darse

cuenta de que le traía más problemas que beneficios. Sin embargo, un día los huevos de gorrión habían eclosionado con lo cual tres pollitos abrían sus picos al aire esperando que ella fuera su madre, la que les traería la comida.

Entonces se le pasó por la cabeza que del mismo modo que la gente le echaba las gallinas viejas para dar más gusto al caldo, quizás ella podría hacer lo mismo con ellos. A fin de cuentas, era carne y hueso. Igualito. Uno podía imaginar que comía cualquier carne sabrosa y degustarla como si nada.

Sin preguntar ni pedir la opinión a nadie. La chica se llevó los pajarillos a su casa.

Buscó una olla en los armarios de la cocina, la llenó de agua y la llevó al fuego. Mientras el agua aún estaba fría peló un par de cebollas, unas zanahorias y patatas. Cortó las verduras en trocitos pequeños y los agregó al agua. En la encimera quedaban unos huesos de una comida anterior. Los agarró con la mano y se los acercó a la nariz. No olían mal. Adentro. Y los echo también.

Los pajarillos, que no habían dejado de piar estaban en un platito, al lado del fuego. Pareció que la duda de cocinarlos asaltaba a la pequeña cuando un retortijón de sus entrañas le recordó que en ese momento lo que estaba en juego era su propia supervivencia.

Con decisión y sin temblarle el pulso, cogió el primero de ellos por la cabeza. Su cuerpo exageradamente hinchado ni siquiera podía moverse. Lo dejó unos segundos encima del agua, que empezaba a burbujear, y lo dejó caer al interior. Observó como el pequeño boqueaba intentando piar con lo que conseguía tragar cada vez más agua hasta morir ahogado.

Con los otros dos no se lo pensó tanto. Los dejó caer, eso sí, esperando ver que reacción tendrían cuando llegara el último suspiro.

Decir que aquel caldo estaba delicioso sería exagerar bastante. Pero la pequeña lo encontró exquisito. Su madre la elogió tanto que se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo. Le dijo:

—No sé qué le has echado hoy, cielo. Pero está riquísimo. Me hace sentir una reina.

Ella también le encontró un punto divino. Una traza especial que la animó a cambiar de estrategia. Los polluelos eran demasiado pequeños y difíciles de conseguir. Pero los gatos, que abundaban, podrían ser un sustituto sabroso y las proteínas —aunque ella no sabía lo que eran— que sus cuerpos necesitaban.

El hecho de despellejar a un gato no le provocó repulsa alguna. Matar al animalito, cortarlo con un cuchillo y desmenuzarlo, se había convertido en más que un juego de supervivencia para ella. El silencio otra vez le permitía sobrevivir.

Un juego que algunos llamarían macabro. ¿Pero cuantos de los que lo llamarían así lo harían con las neveras llenas de comida y sin tener que preocuparse por si podrán o no echarse algo en boca?

SÁBADO, 8 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

44

La claridad del día pinta el cielo con colores pastel entre el naranja y el violeta. Anna levanta la tapa del contenedor y echa dentro una bolsa de residuos. Ha tenido mucho cuidado en mantener cada tipo en un lugar diferente. Una para la ropa, otra para los objetos personales, la carne separada según su procedencia y finalidad y los huesos en dos más pequeñas.

—Buenos días, preciosa —le llega la voz afilada y la anima un poco.

—Buenos días, señora Engrasi.

—¡Huy cariño! Que mala cara tienes hoy… Tienes los ojos hinchadísimos y rojos como dos tomates de untar.

—Necesito dormir y quizás un buen masaje —fuerza una sonrisa.

—Lo que tienes que hacer es trabajar menos. Sé que

has estado toda la noche en la carnicería. Y eso no es bueno. A ver si no podrías haber salido de fiesta con tus amigas.

—Ya sabe que tampoco es lo que me guste más.

La vieja está muy amable. ¿A qué se debe? Anna sabe que no puede fiarse de ella y que siempre está preparada para morderle en la yugular. Aunque hoy está distinta. Mejor será seguirle el rollo, piensa Anna.

—¿Pero trabajar toda la noche?

Anna aguarda callada. ¿Qué debe decirle?

—Ese cáterin te va a matar. Entre los nervios y los dolores de cabeza pensando en qué hacer y cómo, y las horas que te pasas cocinando…

—Y todavía no he terminado nada —le dice—. Me he pasado la noche seleccionando la carne y probando nuevas combinaciones. Aunque creo que ya puedo decir que lo tengo prácticamente todo planificado.

—Si al final resultará que eres un diamante. Y la hija que toda madre quisiera tener. Y la mujer que todo hombre desearía.

—Me conformo con ser Anna, la carnicera.

Engrasi se ríe y le dice:

—Por cierto, me he fijado que tu marido pasa mucho tiempo fuera de casa. ¿Ya te gusta eso?

—La verdad es que no me entusiasma, pero al menos me deja tranquila con mis cosas.

—¿Ya no se enfada como antes? Deberías acceder a satisfacerle a él y no tanto satisfacer a otros.

—No se preocupe, Engrasi. Todo va como debe ir. Pero a él no le gusta que trabaje.

—¿Y a ti, cielo? ¿Te gusta él? Me refiero a si sigues

enamorada de él, como se supone que lo estabas antes, como cuando te casaste.

—Ha cambiado mucho —responde. Ya no sirve de nada disimular. Es cuestión de días que su divorcio se haga efectivo—. Creo que ha perdido el interés.

—Siempre ha sido un hombre de esos que se desviven por los negocios. En eso es muy bueno, no se puede negar. Pero una mujer como tu necesita otras motivaciones, ¿verdad? Te lo digo yo, que ya soy vieja.

—Si está hecha una jovenzuela, Engrasi.

—Hay, cielo. Si yo te contara la de oportunidades que se me escaparon y la de cosas que no hice por temor a lo que dirían.

—Me está empezando a picar la curiosidad.

—Chica, quedamos un día y te cuento. Con lo que me debe quedar de vida quizá te sirva para escribir un libro. Como eres tan buena en todo lo que haces…

—Perfecto pues. Quedamos en que me contará sus batallitas.

—Y las regamos con un buen vino dulce y unas pastitas.

—Esto me recuerda otra cosa que quería comentarle.

Anna no se acostumbra a sentirla tan simpática.

—Dime cielo.

—Mañana es el cáterin y como no dijimos nada más me gustaría que me confirmase que puedo contar con sus postres.

—¡Madre del amor hermoso! Claro que puedes contar con ellos. Si llevo desde el día que me lo dijiste sin pegar ojo pensando en las mejores combinaciones.

—¿Y qué se le ha ocurrido?

—Mira, te voy a hacer unos bizcochos de chocolate negro, naranja, limón y otro de galletas María, que siempre gusta el sabor clásico. Cuando estén fríos, los cortaré en porciones pequeñas que podrás servir en bandejas más grandes. De este modo todos podrán coger los cachos que quieran en cualquier momento. Si los sirvieras a cada comensal me da la sensación que sería muy pobre.

—¡Es una idea estupenda! Y si me permite, podría acompañarlo con unas cremas acordes a cada sabor. Podría hacerlo antes del servicio, cuando lo tenga todo cerrado.

—Sí, será el complemento perfecto. Pero olvídate de ello. Tú ya tienes bastante. Lo haré yo.

—¿Seguro que no será demasiado?

—No se hable más.

—Señora Engrasi, va a dejarlos a todos con la boca abierta.

Quizá solo necesitaba sentirse apoyada, piensa Anna. Y en realidad no sea tan arpía como habían creído.

45

Anna se había acostado en cuanto llegó a casa. A pesar de que no creía posible poder hacerlo, se durmió bastante deprisa. El cansancio pudo más que su mente, la cual seguía dándole vueltas a los acontecimientos ocurridos la última semana.

Un sonido en la casa la alerta. Abre los ojos, pero aún no puede moverse. ¿Hola?, quiere preguntar. Pero solo es un quejido. Se da la vuelta y aprieta el rostro en el cojín. Siempre le ha gustado acurrucarse. Y hoy le apetece quedarse allí todo el día. Aunque sabe que no puede hacerlo.

Ese ruido otra vez.

Afina el oído esperando escucharlo y en un espacio de tiempo que le parece eterno, aparece de nuevo.

«Toc-toc-toc»

Alguien está golpeando la puerta. Anna se tensa. Así es como la policía llama a las puertas cuando van a interrogar o arrestar a alguien. ¿Qué ha hecho mal? ¿En qué se ha descuidado? Piensa, Anna, piensa, se dice. No se le ocurre nada. Toda la carne está envasada, los huesos recogidos, las cabezas separadas y la ropa… ¡La ropa! ¿No habrá dejado la bolsa de la ropa a la vista? No. La dejó bien escondida en la cámara. Si la hubiera tirado al contenedor por error alguien podía haber dado con ella. ¿Se había equivocado de bolsa?

Los golpes se repiten. Esta vez más insistentes. Sea quien sea no va a marcharse. Eso está claro.

Deberá afrontar lo que le venga. Se levanta de la cama y cuando se ve en el espejo se asusta. Tiene el rostro muy pálido y las bolsas oscuras debajo de sus ojos están hinchadas.

Se dirige al baño y se enjuaga con agua fría antes de bajar las escaleras. Se queda un momento detrás de la puerta principal. Respira hondo y abre.

—¡Sorpresa! —gritan dos voces chillonas.

—Oh, Dios mío —los ojos de Anna se iluminan—. ¿Pero que hacéis vosotros aquí?

Sus dos compañeros sonríen y se le echan encima en un abrazo que dura mucho tiempo. Sus besos son sinceros y los pequeños chillidos —más parecido a suspiros— que sueltan las hace parecer unas adolescentes.

—Menudo hartón de trabajar te has hecho, ¿no? —dice mirándole la cara de cansancio.

—Que va —responde quitándole importancia—. Esto es de anoche, que salí de fiesta y yo ya no tengo edad para esas cosas.

—Habló la abuela. ¿No nos invitas a pasar o qué?

—Sí, Sí, disculpad. Es que aún estoy en shock. ¿Qué hacéis vosotras aquí?

—Anna, cariño. Mañana es el cáterin y hay mucho por hacer —dice Sergio.

—Os dije que no os preocupaseis por nada. Lo tengo todo listo.

—Claro, claro. Y nosotros seremos tus ayudantes. No creas que pensamos que no eres capaz de encargarte de todo. Es solo que sabemos que,

aunque necesitaras ayuda, no nos la pedirías. Ni a nosotros ni a nadie.

—Y bien, ¿cómo ha ido estos días de desconexión, chicos?

—Ya hablaremos de los nuestro, lo que interesa ahora es qué hiciste tú.

—¿Yo? Nada del otro mundo. Salí con Eva por las Barracas y el ferial, pero estaba tan lleno de gente que…

—Eso es lo mismo de cada año —le suelta Carla —. Lo que queremos es conocer todos los detalles de tu cita.

Anna deja escapar un suspiro de alivio que ellas interpretan como una respuesta a algo maravilloso que cuesta describir. Por un instante Anna pensó que sabían algo de los chicos. O de Gabi. O de lo que hizo.

—¿Una cita? Ni que fuese una veinteañera guapa como tú…

Carla y Sergio se ríen de nuevo.

—No intentes marear la perdiz y suéltalo de una vez.

Anna sabe que no tiene escapatoria así que decide contarles todo; su fin de semana aburrido, la salida con Eva al centro comercial, la noche de fiesta, y muy por encima los detalles de la “cita” “no cita” con Pau.

46

Los tres compañeros van andando hacia la carnicería. Anna piensa en la suerte que ha tenido de haber recogido, limpiado y desinfectado todo antes de irse a casa. Lo que tiene que hacer ahora es permanecer tranquila, serena y segura. La ropa, los huesos, las cabezas… tiene que encargarse de ello, pero ya ha pensado en como hacerlo sin levantar sospechas. Lo principal es que Gabi no aparezca. Y eso no puede controlarlo.

—¿En serio has trabajado aquí?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —dice asustada pensando que Sergio ha visto algo fuera de lugar.

—Chica, está limpio como una patena. ¿Seguro que vas sobrada de tiempo?

—Y de que serviría decir lo contrario —no es una pregunta—. Además, ahora con vosotras aquí estoy convencida de que juntas lo vamos a lograr.

—Con una jefa así da gusto hacer las cosas —levanta los brazos al aire y las manos como puños—. Venga di. ¿Por dónde empezamos?

—Lo primero os equipáis con los equipos de protección. Voy a marcar unas directrices que debéis seguir a rajatabla. Si no cumplís, ya que ésta tarde seré la jefa, os despido.

—No te fallaremos, jefa.

Anna pone en la mesa tres vasitos pequeños. Saca la botella de Ratafía y los llena.

—Con esto, al igual que se hacia antaño, sellaremos nuestro trato —reparte los vasos y cada uno lo lleva al centro—. Por que nuestra amistad otorgue a nuestros platos el sabor del amor que merecen.

Y lo dice con el corazón en la mano. Anna siente por ellos un apego de auténtica amistad. Son la familia que nunca tuvo. ¿La apoyarían de igual modo de saber lo que ha hecho? Poco importa ya. Lo que cuenta es que están allí, con ella. Y la ayudarán a conseguir llegar a tiempo en lo prometido.

—¡Por la mejor jefa y amiga!

—¡Por nuestra felicidad!

Chocan los vasitos, se los llevan a la boca y engullen el licor de un trago.

—Van a ser unas horas duras, pero lo pasaremos bien. Veréis como hoy será un día que quedará grabado en nuestras mentes para siempre.

—El inicio de lo que está por llegar.

—Veamos. Carla, ve preparando las cazuelas de barro, échales aceite y prepara, en una, un buen sofrito. En las otras échale unos ajos y dóralos. No quiero que entréis en la zona de cámaras para nada —las mira esperando una reacción.

—Seguro que tienes a un tiarrón buenorro ahí metido

y lo quieres todo para ti, ¿no?

—¿Uno? Tres macizos tengo solitos y enteros para mí y no los voy a compartir con nadie. Hoy no.

Las carcajadas retumban en la estancia.

—En cuanto a la carne, la tengo toda clasificada y ordenada según su finalidad. Iré trayendo cada cosa a su debido tiempo. Creo que no será muy difícil seguir el plan teniéndoos aquí.

Se va un instante y regresa al poco.

—Esto —deja un trozo muy grande de carne encima del cortador— debes filetearlo así —le muestra a Sergio como hacer los cortes de modo que no supere el centímetro de grosor.

—Tiene un color muy raro esta ternera, ¿no?

—Claro —dice rápidamente—, porque es una ternera especial criada de forma ecológica y de la más alta calidad. Todo lo que serviremos mañana es especial y único.

El trabajo mecánico empieza en cuanto Anna termina de dar las explicaciones pertinentes. Ninguna de sus compañeras parece haberse percatado de nada raro. A fin de cuentas, ¿quién podría imaginar que se trata de carne humana? Nadie.

Anna piensa en Engrasi. Le preparó unos canelones para sus hijos. Si no recuerda mal era hoy que estarían comiendo. Puede que incluso ya lo hayan hecho. Son las dos y media. Y ella siempre come muy temprano. ¿Y si se han dado cuenta? ¿Y si han avisado a la policía?

Niega con la cabeza y se aparta los pensamientos de la cabeza. No puede permitirse el lujo de dudar. No ahora. Se da cuenta de que sus compañeros la

observan y se sonroja un poco. Entonces les dice:

—Os lo he dicho, el secreto de una buena comida es prepararla y cocinarla con auténtico amor —al movimiento negativo le sigue su cuerpo al ritmo de la música que suena en la radio—. Y pasarlo en grande le da el sabor dulzón de la alegría.

Sube el volumen y contonea su cadera como una gogó. El pelo, recogido en una cola alta se le mueve de lado a lado agitado al ritmo de la música.

Carla y Sergio se miran y deciden añadirse al baile. Junto con las risas que eso les provoca vuelven al trabajo y los movimientos mecánicos se convierten en una coreografía como en un musical de Broadway.

Anna, satisfecha con la reacción, se centra en evitar que entren en la zona prohibida y les va llevando las piezas junto con las indicaciones que ha planificado hasta el último detalle.

Unas horas después solamente les queda un puñado de paquetes por cocinar. Anna se siente satisfecha con las ayudantes. Le han ahorrado un montón de tiempo. Y ya tiene todo listo para el gran banquete de mañana.

—Habéis estado impresionantes. Me alegra tanto teneros aquí —un abrazo funde a los tres amigos.

—¡Que nos ahogas! —finge Sergio.

—Lo hemos hecho para que no te lleves todo el mérito cuando todos prueben tus platos —justifica Carla—. ¿Acaso piensas llevarte el mérito?

El sonido del timbre corta la conversación.

—¿Quién será?

—No sé. Ya voy yo.

Los gritos ponen en alerta a Anna. Son tan agudos que da la sensación de que la cristalera a su lado va a estallar. ¿Qué ocurre? Mira hacia la puerta esperando que aparezca cualquiera con alguna noticia desagradable. En su lugar ve a Engrasi, casi llorando y corriendo hacia ella.

—¡Cual es tu secreto! —grita.

¿A qué se refiere? No estará hablando de…

—¡Dímelo! —La vieja se agita nerviosa abalanzándose hacia Anna.

¡O Dios! Es imposible que se haya dado cuenta de que la carne de los canelones era… No. Y tampoco se le coló ningún hueso, ninguna ternilla.

—¡Tienes que contármelo! —Exige.

—No sé a que se refiere.

—Sí lo sabes. Y tienes que reconocerme que tu

secreto no puede seguir más tiempo así. Tus canelones…

—¿Sus canelones? —preguntan los dos sin saber tampoco de que habla la mujer.

—¡Te has superado! Son aún más deliciosos que la última vez. Mis hijos han disfrutado como críos. Y no han dejado nada.

—Ah, me alegra oírlo.

—Anna, eres un ángel. O una diosa. Sí, eso. La diosa de las comidas. No sé si existe eso, pero si no, lo hacemos real nosotros.

—Muy amable, Engrasi.

—Ya digo yo que esta mujer va a llegar muy alto. En cuanto mañana, aquella pandilla de esnobs pruebe sus platos, caerán rendidos a sus pies. Pronto la veremos trabajando con los mejores restauradores en algún restaurante de estrellas Michelin.

—O en algún programa de cocina de la televisión. Eso me gustaría, Anna. ¿Qué opinas tú?

—Que no merezco tener tan buenos amigos. Sois muy generosos.

—Nada, nada. Yo lo que quiero es que me prepares más. Te hago un encargo desde ya mismo. Los que tenías que prepararme… que sean el doble. Y los quiero para hoy.

—Señora Engrasi, ¿no puede esperar a la semana que viene? Anna lleva días con exceso de trabajo.

—¿Te crees que no lo sé? Si no me hubiera hecho la última bandeja no sé qué les hubiese tenido que dar. Ya sabéis que la cocina y yo no somos muy

buenos camaradas.

—Cuente con ello, Engrasi. Además, está de suerte porque tengo los últimos paquetes de una carne de primera que va a ir directa a su casa.

—¡Mi ángel! Eres mí ángel, Anna. Y yo que pensaba que eras como una de esas psicópatas locas que fingen ser corderitos…

A Anna se le hace un nudo en el estómago.

—Discúlpame, cielo.

—Nada que disculpar —responde Anna—. Verla así de feliz es más que suficiente y hace que merezca la pena todo el trabajo.

—Bueno, cielo. Me voy y te dejo tranquila. Ya me avisas cuando los tengas.

—¿Cuántos quiere así? ¿Un par de bandejas?

—¿No has dicho que te quedan los últimos paquetes de carne? Pues me quedo con todos los que puedas hacer con ellos. Así les doy unos cuantos a mis hijos y congelo los demás para ir sacando poco a poco. O pensándolo mejor no les doy nada. Así vendrán más a menudo a verme, que están hechos unos sinvergüenzas. Solo se acuerdan de mí cuando vienen a comer o a pedirme dinero.

—Que así sea, pues.

Engrasi se va con el rostro iluminado y una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás loca —Carla tiene los ojos muy abiertos —. ¿Por qué no le has dicho que no? Vas a morir entre estas cuatro paredes.

—Le has visto la cara igual que yo. Nunca le había visto chispear los ojos así. Esa mujer parece

otra. Y eso vale más que cualquier otra cosa. No puedo negarme.

—Pues deberás hacerlo, Anna. Los pedidos van en aumento cada semana y después de mañana no me equivoco si digo que esto será como el diluvio universal. ¿La diferencia? En lugar de agua lloverán encargos.

—Ya veremos. Lo que importa es que se haga con ilusión, cariño y amor. Y que los comensales queden satisfechos. Lo demás, ya se irá viendo.

—Madre mía —exclama—. Nunca había visto a Engrasi tan contenta. No sé qué le añadiste a sus canelones, pero está claro que ha funcionado a las mil maravillas.

Carne humana, piensa. Pero en lugar de eso dice:

—Si te lo dijera tendría que matarte.

Los tres estallan en risotadas.

—¿Dónde tienes la carne de Engrasi, Anna? —pregunta cuando recupera el aliento—. Pongámonos al lío y zanjemos la tarea.

—Nada, cielo. Esto lo termino yo. Vosotros marchaos a casa y descansad un poco. Ya habéis hecho suficiente.

—No nos importa. De verdad.

—Lo sé. Pero dos manos pueden prepararlo de sobras. Prefiero que mañana estéis al cien por cien por si os necesito. O sea que no os paséis, estamos en fiestas y los excesos no son buenos.

—Yo iré a la feria, que la niña está como loca por ver las luces de colores, escuchar la música a todo

volumen y comerse un algodón de azúcar.

—Toma —Anna le da un billete de cincuenta euros—. Súbela al tiovivo.

—Esto es mucho, Anna. No puedo…

—¡Calla y ve! Os merecéis todo lo bueno, Carla.

—¿Segura que no nos quieres? —pregunta Sergio fingiendo con cara de pena.

—Claro que os quiero, mi gánster favorito —le da un beso en la mejilla—. Pero mañana os quiero al cien por cien. Y gracias por la ayuda.

Se despiden con un abrazo y besos.

—No te preocupes por nada —le gruñe al oído —. Lo harás de maravilla.

—Gracias, Sergio. Por cierto, ¿dónde tienes la antigua trituradora?

—Creo que en el almacén. Por detrás de los trastos de madera que tuvimos que quitar. ¿Quieres que te la busque?

—Ya lo haré, tu vete.

—No pensarás en utilizarla para alguno de tus inventos culinarios, ¿no? Si te pilla Miguel el veterinario nos cierra el negocio.

Y si analizan la carne de la comida… también. Piensa.

—Entonces será mejor guardar el secreto —le guiña un ojo.

Hacen un sellado de labios con los dedos y se van. No sin antes darse otro abrazo y un par de besos.

48

Cuando está sola en la carnicería se sirve un nuevo vaso de alcohol. Esta vez un ron añejo que utiliza para dar sabor a algunos asados. ¿Cuánto ha bebido? Ni lo sabe ni le importa. Se acerca al final y eso es lo único que le interesa ahora.

El final de su matrimonio, el final de los nervios por el cáterin, el final de su pasado. Quizá es por el último el que le preocupa más. No tiene la certeza de que Gabi cumpla su palabra y haga lo que ha dicho. ¿Pero qué puede hacer? Se ha visto obligada a hacer cosas terribles, pero también las hizo en el pasado. Si eso se supiera ahora, su mundo se desmoronaría como un castillo de arena. Sus amigos verían el monstruo que es.

¿Eso es lo que es? ¿Un monstruo bajo la piel de una mujer buena? Entonces, ¿en que lugar se encuentran los demás? ¿Y si Gabi le está mintiendo y no deja de hacerle chantaje jamás? ¿Debería ocuparse de ella? ¿Debería zanjar de una vez por todas y para siempre con esa posibilidad?

Gira el termostato del horno y lo precalienta. Se va al

almacén y rebusca entre los trastos que se acumulan allí. Hace años que le convendría una buena limpieza. Bueno no. Una limpieza no. Tirar todo lo que no sirve y aprovechar el espacio para lo que importa y es necesario.

Estanterías repletas de aparatos tan antiguos como la carcoma. Cortadoras, balanzas de pesos, cuchillos, guantes de malla, calzado. Lo más grande son la antiguas mesas y cortadoras de madera. Hace años que los obligaron a cambiarlas por materiales más higiénicos. El teflón está en todos lados como la estrella principal junto con la silicona y los aceros inoxidables.

Detrás de dos grandes láminas de lo que le parece un mostrador encuentra lo que busca. La trituradora.

Hoy en día tienen una más pequeña y moderna, pero no se utiliza con antes. Ella quiere la vieja por que es grande y robusta. Sabe que podrá darle lo que quiere.

La coge con las dos manos y la levanta hasta una carretilla. Pesa muchísimo. Parece que esté hecha de hierro macizo. Con ayuda del traspalé la acerca a la sala de despiece y la arrima cerca de la pared, justo para que le llegue el enchufe.

Anna es muy cuidadosa y ya ha previsto las posibles salpicaduras con lo cual ha dispuesto alrededor con plásticos que protegen el suelo, los utensilios y la pared cercana.

Abre la cámara frigorífica y coge las bolsas con las cabezas de los tres chicos. Prepara dos bandejas hondas con una base de patata, cebolla y ajos. Encima le pone las cabezas. Por un momento recuerda su encuentro nueve días atrás, cuando fue a tirar la basura, con la muñeca allí tirada y rota. No pudo

apartar de su mente la imagen de la muñeca. Era como una obsesión. El preludio de la tempestad que se avecinaba. El inicio. Y ahora era el final. Con los tres rostros congelados en un rigor que les quita la humanidad. Como tres muñecos rotos.

Cuando el horno está caliente, coloca las bandejas en su lugar y se va a triturar la carne para los canelones de Engrasi. Hierve la pasta y los enrolla. De vez en cuando vigila el horno. Lo abre y riega con el jugo que se acumula en la fuente. Huele bien.

Al rato, regresa a la sala de despiece. Un barreño bastante grande colocado en la base de la trituradora. Lo mira y se dice que sí con la cabeza. Vuelve a la cámara y recoge los huesos. Abre con cuidado y enciende la máquina.

El ruido es tremendo. Pero se alegra de que aún funcione. No lo había pensado hasta ese preciso momento. Era lo primero que debía haber comprobado, pero no lo había hecho. ¿Se estará volviendo descuidada? No puede permitírselo. Todo calculado, todo comprobado, todo preciso.

Baja la intensidad del aparato al mínimo y se coloca unos tapones en los oídos. Saca uno de los huesos, abre la cubierta del embudo superior y lo introduce sin tapar.

Anna deja de respirar. Los crujidos se suceden mientras las hélices hacen su trabajo. En cuestión de segundo, del extremo inferior salen diminutos trozos de hueso.

Perfecto, se dice con una sonrisa. Y empieza a vaciar las bolsas y tirar al interior los huesos. El barreño se llena de una mezcla de diminutos huesos, sangre y tuétano. Es imposible discernir cuál era su forma

natural. Eso está bien. Muy bien. Todo marcha bien.

En cuanto termina con la última bolsa se levanta y se va al horno. Saca las bandejas y las deja encima del mármol. Coge dos bandejas más y las llena con la masa resultante de la trituradora. Le echa una generosa cantidad de aceite de oliva virgen, sal, pimienta y las introduce en el horno. Programa treinta y cinco minutos a máxima potencia.

Se sirve otro vaso de ron y lo engulle de un trago.

Las cabezas desprenden un olor muy apetitoso. La piel tiene la textura marrón como un lechón. Si lo desmenuzara, ¿alguien se daría cuenta de lo que es en realidad? No. Lo más probable es que no. A menos que hicieran un análisis de ADN nadie sería capaz de descubrirlo.

Se lleva las bandejas al despiece y repite el mismo proceso: coloca un barreño en la parte inferior y se dispone a tirar las cabezas. Se sorprende con la facilidad que el aparato desdibuja los rostros. Había preparado un martillo y un cortador enorme por si debía encargarse de hacer cachos más pequeños, pero no es necesario.

Una, dos y tres. La patata y la cebolla siguen el mismo camino y la mezcla queda a la espera.

Media hora después, Anna saca las otras bandejas del horno. Ha preparado dos cubos para transportar el preparado. Pero primero decide darles una nueva pasada. Así que pone en marcha la trituradora y repite el proceso con toda la mezcla. Llena los cubos y los tapa muy bien.

Recoge los plásticos y limpia los restos de sangre y suciedad que han quedado con lejía. Limpia el horno y

todas las superficies.

Entonces se dirige a la parte trasera, al exterior. Se apoya en el muro que la separa de la caída hasta el río y se lamenta de no tener un cigarrillo. No fuma desde hace años, pero ahora le apetecería dar un par de caladas. En su lugar, se conforma aspirando el aire, que parece haber descendido de golpe a una temperatura demasiado baja, y mira el vaho que se difumina en perlas invisibles.

Saca su teléfono móvil y marca un numero. Tres tonos después la voz grave de un hombre responde al otro lado de la línea.

—Hola, Anna. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Pedro. ¿Podemos vernos ahora? Tengo una sorpresa para ti.

49

Anna llega a la granja y aparca el Lexus en un lateral. Pedro, que ya estaba esperándola, agita el brazo a lo alto mientras le abre la puerta del coche.

—Que caballeroso —dice Anna bajando del coche—. Cualquiera diría que lo tenías ensayado.

—Es lo mínimo que puedo hacer por una dama. No siempre tengo unas visitas tan espectaculares —responde él mirándola a los ojos.

—Si son cuatro trapos —disimula ella tocándose la camisa y el pantalón tejano.

—Incluso los trapos se ven bellos si quién los porta tiene planta de princesa.

—Déjalo ya que me voy a sonrojar.

—Pues tú dirás. ¿Cuál es la sorpresa?

—¿Cómo?

—Que tu dirás lo que te lleva a un sitio como este. Por el tono de tu voz cuando llamaste me ha dado la impresión de que estabas un poco nerviosa.

—Ah sí, claro. Menuda cabeza tengo yo. Te he traído una cosa que me da a mí que tus cerdos agradecerán.

—Me tienes aún más intrigado que hace un rato.

—Mira, ven —Anna se dirige a la parte posterior del coche y abre el portón del maletero—. Resulta que

tenía estos despojos en la tienda y como dijiste que querías alimentar a tus cochinos solo con productos de calidad, he pensado que quizá les querrías dar esto.

Pedro junta las cejas en una línea oscura que destaca en su rostro. Se acerca y mira a Anna preguntándole sin abrir la boca para mirar dentro. Ella asiente con una sonrisa de oreja a oreja. Sus manos grandes de dedos regordetes recorren la tapa y la destapan con un ¡*Plop!*

—¿Pero esto qué es? —pregunta sorprendido—. Si huele de maravilla.

—Un combinado de huesos, carne, despojos y verduras. Pensé que quizá les gustaría.

—Les va a encantar. De hecho, se comerían lo que fuera, pero con este olor hasta yo le hincaría en diente.

Pedro carga los cubos en su carretilla.

—¿Me acompañas?

—Si claro. Aún tengo algo de tiempo y así si veo que les gusta, otro día te preparo más.

—Te prestaré un calzado en condiciones —dice él mirándole los pies a Anna—, que si no te llenarás de barro hasta las rodillas.

Se detienen en un pequeño cobertizo que está justo al lado, Anna se pone un pantalón tipo mono que le recuerda a aquellos que utilizan los pescadores de color verde. Se calza las botas y se recoge el pelo en una cola alta.

En cuanto Pedro la ve no puede evitar lanzarle un silbido de aprobación.

Andar el cacho que los separa hasta la cuadra de los

cerdos se le antoja divertido. Hablan de la cena, de noche anterior en la fiesta, y de cómo se pasó con la bebida.

—No pienso volver a salir con Eva —dice él—. Es imposible seguirle el ritmo.

—Tiene muchas tablas a sus espaldas, pero es una buena amiga.

—Si no fuera por eso diría que me tiró la caña.

—No me extraña nada —el rostro sorprendido de él la obliga a aclararse—. Me refiero a que siempre ha dicho que te encuentra un hombre muy interesante. Sobretodo en verano, cuando te equipas para el trabajo únicamente con el mono tejano.

—¿¡En serio!?

—Tienes un punto muy interesante y apetecible. De eso no hay duda.

Él se sonroja y se le atragantan las palabras en la garganta. Anna ve que se ha incomodado y decide dejar el tema para otra ocasión.

—Mira, te están esperando.

—¿Cómo dices? —pregunta mirando donde señala ella —. Ah, los cerdos. Sí, saben que les traigo comida.

—Yo no podría tenerlos así. Les cogería cariño y sabiendo el final que les va a tocar…

—Es ley de vida, Anna.

Pedro agarra uno de los cubos y lo bacía entero en el comedero. Los cochinos se abalanzan entre gruñidos y empujones. Hunden sus hocicos entre la mezcla como si la vida les fuera en ello. Parte del segundo cubo se esparce por el suelo, de donde aparece el más pequeño. Relame tanto como puede y mira a Anna.

Por un instante puede ver inteligencia en sus ojos. Tiene una mirada humana, como si realmente pudiera pensar como una persona. ¿Es posible eso? Decide preguntar.

—¿Has visto su mirada? Es como si quisiera hablarnos.

—Esa es la parte mala de criarlos. Te das cuenta de que se parecen tanto a nosotros que llegas a sentir lástima y compasión. Pero… es ley de vida.

—Es que son tan bonitos que…

La mirada del cochino pequeño es como de complicidad. ¿Recordará que fue ella quien le echó la mano el otro día?

—Te estás encaprichando de ese, ¿verdad? Entre que es el más pequeño de todos y la mancha que tiene en el rostro le dan un aire de cierta debilidad.

Pedro tiene razón y Anna asiente sin decir nada.

—Es tuyo.

—¿Cómo dices?

—Que te lo regalo.

—No, no. Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

—Hacemos un trato. Tu lo aceptas y lo único que debes hacer es visitarlo a menudo y le traes esa comida tan buena. Y si cuando sea mayor no quieres sacrificarlo, no lo haremos. Allí, al otro lado tengo una cerca más pequeña, si te apetece puedo separarlo de los demás.

—Eso sería muy bueno. ¿Crees que estaría bien allí solo?

—Si le traes comida se convertirá en la envidia de la granja. Te lo aseguro.

Anna se ríe y piensa. ¿De dónde sacará comida así todos los días? No puede triturar y cocinar chicos cada semana. ¿O quizá sí? Si fuera a por cada uno de los violadores, abusones, acosadores o violentos del país, quizá sí podría alimentar al cerdo durante toda su vida.

—Muchas gracias.

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

50

La Navidad estaba tan cerca que encogía el corazón.

La pequeña se asomaba por los ventanales de las casas. Se alzaba de puntillas e incluso aguantaba la respiración. Envidiaba los árboles decorados con cintas de colores, papeles brillantes y las luces parpadeantes.

La nieve había llegado y con ella la escasez de presas.

En su pequeña casucha había construido un árbol de Navidad con palos secos atados con cuerdas. Lo había colocado en la cocina. Era el sitio que se había convertido en su habitación. El único sitio de la casa que consideraba su palacio.

Su madre y Pablo, el padrastro, habían salido hacia el centro comercial con la esperanza de poder atracar a alguno de los que salían cargados con bolsas de comida. Mientras, ella prefería asegurarse la cena cazando alguna alimaña por el pueblo.

Dejó las casas felices —así las llamaba ella— para adentrarse en los contenedores. Allí siempre había suerte. Los que tienen de sobra para comer prefieren tirar la comida a compartirla con quien lo precisa. A ella le daba igual. Había aprendido a rebuscar y ya conocía los mejores lugares y casi con precisión lo que iba a encontrar. Pero la víspera de Navidad le aguardaba una sorpresa que no imaginaba.

Se sentía alegre. Un estado que le había sido robado y casi olvidado. Había tenido la suerte de encontrar unos guantes que prácticamente eran nuevos. Y de su talla. Se los puso enseguida y el tacto le calentó los dedos como si los tuviera frente al fuego. Se dijo a si misma que podría rebuscar durante horas sin temor a perder los dedos por congelación. Saltó y brincó antes de dirigirse a la última parada antes de regresar. Pronto caería la noche y con ella la temperatura se desplomaría.

Estaba rebuscando en el contenedor cuando un sonido la alertó. Era como un hipo, pero muy débil y lejano. Miró sin apenas mover nada como si tuviera miedo de espantar la cena. Pensó que se trataba de un gato malherido y moribundo. Las tripas gruñeron al imaginar el banquete. Otro hipo. ¿O era un suspiro? Incluso podía tratarse de un perro o una cría. Ahora sabia que las crías eran mucho más sabrosas que los animales adultos. Incluso las ratas estaban sabrosas.

Se relamió los labios solo con pensarlo.

Pero al apartar una caja con lechugas podridas asomó la cabeza de una cría sí, pero humana; era un bebé.

Dio un respingo hacia atrás sin apartar la vista de la cabecita.

No había lugar a dudas. Se trataba de un bebé. Su

cabeza redonda estaba sucia, con algo pegado en ella de color oscuro, casi negro. Se acercó con cuidado y apartó los restos que tenía encima. Su cuerpecito estaba igual de sucio y vio que del ombligo le colgaba un hilo largo y grueso.

Otro hipo.

No había duda. Era un bebé que luchaba por vivir, por respirar. O quizá por no morir de frío.

La niña no sabia que hacer. Miró a un lado y al otro buscando quién lo había dejado allí. ¿Se habrían olvidado de él?

La cabecita del bebé colgaba en una postura imposible. ¿O era eso normal?

Lo que no era normal era encontrarse a un bebé recién nacido en un contenedor. ¿Quién habría sido? ¿Quién podía tener el corazón tan frío como para semejante barbaridad?

Decidida a ayudarlo, lo envolvió como pudo y se lo llevó a su casa. Ya decidiría más tarde qué hacer con él.

DOMINGO, 9 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

51

La cabeza le pesa como dos toneladas y media de granito. Siente como le cuesta mover los brazos. Hoy es el gran día. Se lamenta de haber aceptado el reto y a la vez se alegra. ¿Qué hubiese hecho con tanta “comida”? Ahora prefiere llamarla así. Por su bien. Por su tranquilidad.

Suena el teléfono.

Lo coge y desliza el dedo en el símbolo verde.

—¡Anna! —grita la voz de Eva— ¿Cómo estás?

—Ahora mismo sorda.

—Y cuando te diga lo que me han dicho te quedarás muda.

—Pero no te calles —exige—. Dímelo ya.

—Van a estar presentes los dueños de la Asociación Culinaria y dos representantes de la Guía Michelin.

—¿En serio?

—Como lo oyes. Según me he enterado les han llegado

rumores de tus hazañas y quieren probarlo en persona. El alcalde de la ciudad les ha incluido en la mesa de los representantes del gobierno. Pero dicen que lo quieren mantener en secreto para evitar que los medios se vuelvan locos.

—No entiendo qué quieren en un cáterin así. Esa gente no acostumbra a mezclarse con…

—Ahí está el meollo —la corta—. Si están aquí es por ti. Y eso es muy fuerte. Siempre he sabido que tienes un don para la comida, pero este puede ser tu lanzamiento profesional. ¿Qué digo yo? Puedes ser el nuevo rostro que represente la cocina de calidad.

—¿Y tú te crees que diciéndomelo precisamente ahora me haces un favor?

—No seas así, Anna. ¿Cómo lo tienes todo? Estoy de los nervios. Tengo unas ganas locas de ver el resultado que muero de impaciencia. ¡Quiero probarlo ya!

—Yo sí que me muero. Como no les guste me van a crucificar.

—Ellos sí que se van a crucificar los unos a los otros cuando hayan probado tus platos y se peleen por ti. Por cierto, ¿qué sabes de Carlos?

La pregunta le abofetea la cara.

—En un principio llegará esta tarde. Me mandó un mensaje diciendo que intentaría llegar para el cáterin, pero que los vuelos van con retraso.

—¿Y qué piensas al respecto?

—Que me da igual. Una semana que está fuera y no ha sido bueno para mandar ni un simple mensaje. ¿Crees que me importa que no esté? Lo único que me gustaría sería poder verle la cara. Que su mujer trabaje lo odia. Imagínate que la jetset del país lo

viera sumiso y falso fingiendo estar feliz con lo que hago.

—Aunque quiera ignorarlo mañana estará en todos los periódicos e informativos. Nacho, el de la TV local me ha confirmado que todas las cadenas nacionales estarán presentes.

—¿Te he dicho que no me digas nada más?

Eva se ríe al otro lado de la línea.

—Esto no me ayuda a calmarme.

—Lo harás genial, Anna. Eres la mejor.

—Y tú una mala influencia para mi tensión arterial. Voy a morir de un infarto y os quedareis todos sin probar nada.

—Yo también te quiero.

Y cuelga.

GABRIELA

52

Detiene el coche en la verja de entrada y le da al botón. Mientras se desliza por la guía se muerde la mejilla. Le cuesta creer que esté llegando al final del camino. Tanto dolor. Tanto sufrimiento. Y después de tanta planificación, todo habrá acabado.

Conduce el coche hasta el porche y apaga el motor. Sale y levanta la cabeza. No hay nadie. Hoy es un día perfecto para poner el punto final a la historia.

Abre el maletero y empieza a sacar los recipientes de plástico. En su interior, gasolina. Mira la casa.

—Arderás como la hoguera de San Juan —le dice.

Se dirige a la bodega del sótano. Todo es madera noble. Reparte los botes por todo el lugar. Coge una botella y la abre. Se la lleva a los labios y engulle a trago. ¿Quién en su sano juicio compraría una botella de vino de dos mil euros? Qué derroche. Incluso hay de más valiosas.

Coge un par de botellas y se las lleva arriba. Mira el

reloj. No tardará en llegar a casa.

—Aiti, cielo —dice al aire mientras se sirve el vino en una copa—. Es hora de acabar con todo. Y tu serás mi escena final. No tardes.

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

La pequeña escondió al bebé en el armario de su habitación. Como si se tratara de una muñeca, la lavó, vistió y cuidó. Sin embargo, ese cuerpecito no albergaba ya vida alguna. ¿Quién la habría lanzado a la basura?

Entonces se percató de que si la encontraban allí pensarían que ella la habría robado y, puede que, incluso matado. No podía dejar que pensaran eso. No. Sería terrible. Pero, ¿qué podía hacer para protegerse?

Aquella noche, en la que la luna brillaba como si tuviese luz propia, la pequeña no tenía nada para la cena. Hacía frío afuera. Y dentro de la casa no mejoraban las cosas.

Prendió el fuego y puso la olla encima. Le echó unas verduras pochas que aún le quedaban y miró a su madre como sollozaba tumbada en el sofá. ¿Le daba tiempo a cazar algún gato? Miró las trampas para las ratas que tenía esparcidas, pero ninguna había quedado atrapada.

Cuando su cabecita pensaba que ya no tendría nada con lo que llenarse el estómago, se acordó del bebé. ¿A qué sabía su carne? ¿Acaso sería muy diferente de comer un gato, una rata o un pollo? Las personas del pueblo ni siquiera lo imaginan y ellos, sin dinero con el que poder pagar un muslo de pollo, comen los gatos que caza. ¿Qué diferencia hay?

Una hora después la olla hervía a fuego lento y el olor impregnaba las estancias. La pequeña cocinera fue muy cuidadosa a partir de ese momento. Su plan se cumpliría de una vez por todas.

Sirvió el caldo y se sorprendió de que tuviera un sabor tan bueno. Los halagos de su madre eran sinceros y agradecidos mientras que los del padrastro denotaban un interés latente por otro tipo de carne.

La pequeña había tenido la precaución de disolver una buena cantidad de calmantes en el plato de ellos. Ni siquiera estaban presentes cuando lo sirvió. Con lo cual tuvo el tiempo suficiente para asegurarse que no quedaban restos.

Tras la cena de nochebuena, su madre quedó dormida con los codos a la mesa. Su padrastro, sin embargo, se levantó y tomó a la pequeña en brazos.

—Tu madre está cansada —dijo—. Así que tendrás que tomar el relevo, pequeña zorrita.

Sabia lo que venía. Y se lamentaba de no haberle echado más pastillas. Ese hombre era tan grande que necesitaba la dosis para una vaca, o para un elefante.

La tiró encima de la cama, que aún estaba por hacer, y empezó a desabrocharse como hacía siempre. La camisa, los pantalones… La mirada aterrada de la niña era diferente esa noche y el hombre se dio cuenta del sutil cambio.

—Parece que ya no te vas a resistir —dijo al tiempo que se le echaba encima—. Empieza a gustarte, ¿verdad, zorrita? ¿Lo estás deseando?

En ese instante, la pequeña vio un destello de mareo en los ojos oscuros del hombre. Un instante en el que aprovechó para levantar de golpe la pierna y hundirle el pie entre las piernas con toda la fuerza que pudo.

El golpe causó el efecto deseado y el dolor lo hizo caer de bruces al suelo. La pequeña se escabulló corriendo hacia la puerta.

—¡Maldita, zorra! —gritó él.

Salió de la casa sin mirar atrás. Tenia la seguridad de que iba a matarla. Y sus gritos la empujaban a correr más y más. Cuando llegó al límite del acantilado se giró.

—No tienes a donde ir —se burló él.

Era un monstruo. Un demonio de verdad. Tenia el rostro desencajado y los ojos se le salían de las orbitas. De su cuerpo desnudo emanaban hilos de vaho que se perdían al aire. La pequeña estaba perdida. Contó los pasos al acercarse. Se tambaleaba un poco. ¿Le hacían efecto las pastillas?

Los gruñidos y resoplidos del hombre se detuvieron en el último momento. Justo cuando se lanzó a por la pequeña, ésta se deslizó a un lado. El hombre, mitad sorprendido mitad aterrado, vio como su equilibrio se perdía para llevarlo hacia la oscura caída. La pequeña se giró y lo miró, luchando por no caer en la garganta que lo quería devorar.

Escuchó a su madre gritar detrás de ella. Se había despertado. ¿Y qué? Ahora ya no importaba. Ella se centró en el hombre y le propinó una patada. Ayudándolo así a precipitarse de espaldas al vacío. Un segundo después, o quizá dos, apareció el brazo de su madre. No comprendía porqué, pero intentaba agarrarle el brazo. ¿Quería salvarlo? ¿A ese demonio que las había torturado?

Se quedó plantada como un árbol mirando los cuerpos al fondo, iluminados por la plateada luna de nochebuena y mecidos por las olas del oscuro mar.

Cuando pudo, regresó a la casa y permaneció allí sentada hasta que unos golpes en la puerta la sacaron

del trance.

DOMINGO, 9 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

54

—¡Increíble! —exclama Eva.

—Estoy exhausta —Anna introduce la llave en la cerradura y abre—. Creo que no voy a cocinar en muchísimo tiempo.

—Eso no te lo crees ni tu.

—Esta noche pizza.

—¿Les has visto las caras? Y como alababan tus platos y como no dejaban de paladear. Ha sido increíble. Te los has ganado a todos.

Cuelgan los foulard en el perchero y se dirigen a la cocina.

—¿Qué harás con las propuestas que te han hecho?

—Me parece que no han dicho nada claro, ¿no?

Vamos a tomarnos algo bien fresquito.

—Claro —dice Eva siguiendo a Anna hasta la cocina—, que te hayan dado sus tarjetas para que les llames no significa nada.

Anna queda paralizada en el umbral de la cocina y Eva se tropieza con ella.

—¡¿Qué haces?! —chilla— ¿Por qué te detienes así?

Por encima de su hombro ve a Gabi sentada a la mesa.

—Me encanta veros así de alegres —dice ésta.

—Pero ¿qué? —pregunta Anna con los ojos muy abiertos.

—Nada, Aiti. Iba a marcharme, pero me he dicho que no sería muy considerado por mi parte sin despedirme de ti en persona.

—¿Cómo has entrado? ¡Fuera de mi casa!

—Huy huy huy… Menudo cambio de actitud, Aiti. ¿No te alegras de verme?

—Voy a llamar a la policía.

—No. No lo harás —levanta la mano y la apunta con una pistola—. Vendrás aquí y te sentarás conmigo. Tenemos algo de lo que hablar.

—Dios mío —grita Eva.

—¿Y qué haces tú aquí, guapita? No se me ocurre un lugar peor en el que estar.

—¿Qué significa esto? —Eva está asustada.

—Deja que se marche —suplica Anna.

—Ni hablar. No creerás que soy tan estúpida como para permitir que se vaya de rositas. Siéntate con nosotras —ordena—. Es hora de que conozcas a la verdadera Aiti.

Eva obedece sin saber muy bien qué significa todo eso y se sienta en una silla.

—Dejad los móviles encima de la mesa —dice mientras pone dos copas de vino para Eva y Anna—. Si hacéis cualquier locura os disparo. ¿Entendido? Y tú —se dirige a Eva—, si te oigo un solo sollozo salir de esos labios de puta te planto una bala en la frente.

—Si quieres dinero…

—¡Cállate! El dinero no me devolverá a mi niña. Lo que quiero es dejarlo todo cerrado y sin cabos abiertos. Joder.

—Pero si no hay ningún cabo…

Gabi arroja un sobre marrón a la mesa. Anna abre los ojos mientras el sudor le perla la frente. ¿Será el video?

—Esto es lo que querías. ¿Pensabas de verdad que te lo mandaría por correo?

—No era necesario hacerlo así.

—Claro que sí. Ábrelo.

Anna obedece. Abre el sobre y deja caer su contenido encima de la mesa. Una cinta VHS y unas fotografías se esparcen sobre la mesa.

—Son…

—¿Los reconoces? —dice Gabi mientras Anna las recoge y mira asombrada. Sus ojos se empañan. Le duele el pecho y el estómago. Le viene una arcada y piensa que va a vomitar.

Las fotos son de una mujer y un hombre muertos. Sus cuerpos, rostros. Son del día que cayeron al precipicio. Y del día después. Y del otro. Y del otro.

—Pero esto es…

—Dios, pareces tonta, Aiti. Son tus padres.

—Pero estas fotografías…

—Son capturas de pantalla que le hice imprimir a un pringado que me ligué. ¿Acaso no recuerdas que el día del accidente yo estaba allí? Haz memoria, Anna —se da unos golpes rítmicos en la frente—. Fui a pasear por la orilla, quería estrenar la cámara de vídeo que me habían regalado, pero os vi en lo alto del acantilado. ¡Fue brutal! Todos creyeron que fue un accidente, pero yo vi claramente como empujaste a tu padre. Pensabas que solo había una grabación porque fue la única que te enseñé, pero regresé allí a diario y los grabé. Es alucinante como iban cambiando. Pudriéndose. Desapareciendo.

Su padrastro, quiere rectificar Anna, pero no le salen las palabras. Se le quedan encalladas en algún lugar entre la boca y los pulmones. Casi no puede respirar. ¿Gabi estuvo allí a diario? No logra recordarlo.

—Lo empujaste a él y después a tu madre. Menuda hija estás hecha.

Anna rompe a llorar. Los mocos le caen de la nariz y balbucea algo que no pueden entender. Eva está temblando. Muy sorprendida ante la revelación. ¿Será verdad?

—No era mi padre, era mi padrastro. Él abusó de mí desde que vino a vivir con nosotras. Me pegaba a diario, me humillaba. Había días en los que casi no podía tenerme en pie del dolor en todo mi cuerpo. ¿Sabes lo que es vivir con miedo? ¿Temer respirar el aire por si molestas? Todo le fastidiaba, cualquier motivo era una buena excusa para pegarme. Y mi madre no era capaz de hacer nada. Ella estaba más aterrada que yo. Yo tenía que ser fuerte. Fuerte para

las dos.

—¿Por eso mataste a tu madre?

—Ella decidió irse con él. No debía ocurrir así. No. Pero ella era débil. Pensaba que sin él no podría vivir. Y así fue. Pero tú, ¿qué motivación tenias para esto? —esparce las fotos.

—Sentí curiosidad. Ver como los cuerpos se iban pudriendo me hizo registrarlo. Después me sentí atraída por ti. ¿Por qué no decías nada? Seguiste viviendo en esa caravana como si nada.

—Tenia miedo.

—Mentira. Eso fue lo que dijimos, pero las dos conocemos la verdad. Tus días eran normales, casi felices. ¿Acaso no lo decías así "soy feliz ahora" en aquellas hojas de papel?

—¿Y dónde están? —pregunta.

—Las quemaste —Anna se muerde el labio—. Te dije que lo tenía porque te necesitaba. Pero fue una mentira. Deberías recordar que quemamos muchas cosas el último día que estuvimos solas. Si ese hombre no hubiera encontrado los cuerpos…

—Claro que te mentí. ¿Cómo si no hubieses accedido a ayudarme? Siempre tuviste miedo a que descubrieran lo que hiciste. Pero, ¿quién juzgaría tus actos habiendo sufrido lo que sufriste? Nadie. Aunque debo reconocer que me fue muy bien que no lo hubieras superado.

El cerrojo de la puerta principal les advierte de que ha llegado alguien más. Todas las miradas se posan hacia allí.

—¿Esperas a alguien? —exige saber Gabi.

—No —luego lo piensa mejor y se acuerda de Pedro —. Mierda, sí. Pedro dijo que se pasaría a tomar algo para celebrar que todo había sido un éxito.

—No hagas ninguna estupidez o te mato ahora mismo —le aprieta el cañón de la pistola en la sien.

Los pasos se acercan a la cocina, pero Pedro no está solo.

—Se ve que ha sido brutal —le dice a alguien. ¿Quién será? —. Dicen que tiene a la jet set comiendo de sus pies. Por eso he venido. Hemos quedado para celebrarlo.

Gabi esconde la pistola debajo de la mesa.

—Hola chicas. Mirad a quién me he encontrado —cuando aparece Pedro con su cara sonriente se le apaga de golpe. Los rostros de Anna y Eva son un mapa con ríos marcados en el rostro. Pálidas, ojos rojos y llorosos—. ¿Qué está pasando aquí?

De detrás de él se asoma la figura de Carlos. Un vistazo rápido de este recorre la estancia y se posa en la de Gabi.

—¿Qué haces tu aquí?

Anna no sabe a quién aguantar la mirada que se pasea de uno a otro sin unir cabos. ¿De qué se conocen Carlos y Gabi?

—Vamos a dejar el teatro para otro día, guapo. Entrad y coged asiento, no quería tener que perder tanto tiempo, pero veo que no me queda otra —balancea la cabeza de un lado a otro.

—¿Os conocéis? —suena más como una afirmación que no una pregunta.

—Anna, ¿qué está ocurriendo aquí? —pregunta Carlos que sigue sorprendido.

—Quizá deberías empezar a contarme tú de qué conoces a Gabi —señala con los labios muy apretados.

—¿Gabi? —pregunta él.

—Ya sé que te sientes confuso, mi amor —responde ella, divertida con la situación.

—No entiendo nada.

—Y yo que creía que eras un hombre inteligente de verdad —se lamenta ella—. No me defraudes ahora, guapo. Verás, no te conté toda la verdad cuando nos conocimos. Sí, lo hemos pasado muy bien juntos, pero desde que vi la foto de tu mujer en tu cartera, no dejé de pensar en ella ni un solo instante. Digamos que lo nuestro ha sido como en una película de espías.

—Pero… sigo sin entender qué haces tú aquí. Habíamos quedado en…

—Habíamos dicho, habíamos hecho, habíamos

pensado, bla, bla, bla —levanta el brazo y muestra la pistola—. Es todo tan relativo, Carlos.

—¡Una pistola! —Exclama Pedro, que había quedado absorto.

—Muy listo, granjero. Pero aquí no se habla a menos que yo te lo diga y —se golpea la cabeza con el arma —, yo diría que no te he dado permiso para hacerlo. ¿Me equivoco?

—¿Qué haces con una pistola, amor? Digo Gabi —se mete Carlos sin que su cabeza pueda pensar en nada más que no sea encontrar las respuestas que no llegan.

Anna se queda con el “amor”. La ha llamado así. ¿Será ella la mujer con la que se escribía su marido? ¿Con la que la engañaba?

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decir, Carlos? —lo apunta y se pone seria—. Os quiero calladitos. Hablareis cuando os lo diga y ya que veo que no eres capaz de sacar las conclusiones por ti mismo, te lo explicaré con pelos y señales.

Eva niega con la cabeza en dirección a Pedro. Este ha sacado su móvil del bolsillo y se dispone a llamar a la policía. Anna se da cuenta de ello y también le niega. Sabe que Gabi es peligrosa y sus amenazas bien ciertas.

—Primero tengo que aclarar un asunto con tu mujercita —va diciendo mientras da pasos por la cocina—. Resulta que nos conocemos desde hace mucho y ha llegado el momento de dejar las cosas claras.

Un ruido llega al oído de Gabi y la hace girar de golpe.

El teléfono de Pedro no estaba en silencio y al marcar

el numero ha emitido un sonido clásico.

—¡Eres tonto de remate! —su rostro afilado se transforma. Anda hacia él moviendo la pistola en el aire—. ¿Tan difícil es obedecer lo que digo, puto granjero?

—Disculpa —se defiende él dejando el móvil a un lado —. Me ha vibrado en el bolsillo y solo quería asegurarme de que…

—¡Cállate! —lo corta ella poniéndole el arma en la sien—. No soy tan estúpida para creérmelo. ¿Crees que soy estúpida?

Eva se acurruca en una esquina del sofá y cierra los ojos para no ver si Gabi dispara. Anna y Carlos no saben que hacer. Está claro que el miedo es tan grande que ocupa toda la estancia.

Gabi se separa de él y se dirige a todos.

—Os he avisado varias veces y seguís testarudos en hacerme enfadar. Mira que he sido clara. Pero no. No. En fin, una lección a tiempo quizá os ayude a entender mejor lo que digo y quiero.

Se gira de golpe, apunta a Pedro y aprieta el gatillo.

El disparo retumba y ensordece la sala. Anna siente un silbido que se apodera de todos sus sentidos. Todos, excepto Gabi, parecen estar igual.

La bala atraviesa el pecho de Pedro proyectándolo hacia atrás a cámara lenta. El cuerpo grande y fornido del granjero cae al suelo. Se convulsiona en espasmos. El temblor de su cuerpo es el único movimiento que perciben. Y la sangre está formando un charco en el linóleo gris del suelo.

—¿Te callarás ahora? —pregunta Gabi inclinándose encima del cuerpo.

—Estás loca —Anna no puede callarse.

—¿Loca? No, Aiti. Estoy feliz.

—¿No te das cuenta de que lo estás echando todo a perder? ¿Qué te ha hecho él? Déjalos que se marchen, por favor.

—Todo sale según lo planeado, bonita. Aunque no quería que fuera en este orden, pero me vale igual.

—¿Por qué haces esto?

—Te lo diré. Carlos, cielo. Siéntate. Te debo una explicación. A ti y a Aiti.

Él no dice nada, pero obedece. Aterrado y sorprendido. Mira el cuerpo de Pedro tirado en el suelo y Eva llorando en el rincón.

—Cuando conocí a tu marido —Gabi le dice a Anna—, fue el destino el que nos unió. Yo buscaba una noche de sexo con algún pardillo al que robarle la cartera. Normalmente me movía en áreas de servicio de las autopistas y autovías. Te sorprendería ver la cantidad de bobos que sueñan con echar un polvo fuera de sus patéticas casas a espaldas de sus mujercitas. Pensé que me había tocado el gordo. Ese día estaba en el Itxarotea, en Guipúzcoa. Él estaba cabizbajo, bebiendo solo y ahogando las penas. Así que decidí acercarme y enseguida vi que no era como los demás. Era guapo, atlético, con un buen coche y encima, con modales. Estuvimos mucho rato hablando. Me habló de ti, aunque no sabia por aquel entonces que eras tú. Nos tomamos tantas copas que fue inevitable llegar a más. Follamos como locos hasta quedar extasiados. No creo que nunca te lo haya hecho a ti como me lo hizo a mí. El caso es que cuando me dispuse a robarle todo lo que llevaba encima, te vi. En la cartera llevaba una

foto tuya, supongo que estabais en alguna playa del Caribe —mira a Carlos—. Sí, ya sabia entonces que no te llamabas Andrés, como me habías dicho. Pero fue divertido seguirte el rollo.

—¿Cómo pudiste?

—La verdad es que no me costó. En cuanto te vi en aquella foto supe que era un plan mayor del destino. En cuanto a él, empezamos a quedar más a menudo y a salir de un modo más formal. ¿Verdad, amor? —se dirige a él. No recibe respuesta alguna—. Fui recabando información de dónde vivíais, a qué os dedicabais.

—El libro que escribías…

—¡Exacto, genio! —se sirve vino—. Era la documentación más exhaustiva que había hecho en años. Y el libro lo estamos escribiendo en este momento. Eso sí, ya estamos al final de la historia.

—Pero ¿cómo lo hiciste para predecir el mejor día?

—Fue sencillo. Tu marido me mantenía informada de sus salidas, sus convenciones, talleres. Cosa que a él le encantaba. Por lo visto tú nunca lo apoyabas. Estábamos en contacto vía correo electrónico, WhatsApp, etc…

—Sí que lo apoyaba —replica Anna—, pero no me sentía cómoda en ese mundo suyo de ricos.

—Sin embargo, yo sí. Así fue como planeamos nuestra escapada romántica para esta semana. Él estaría fuera y yo, sin que él lo sospechase, aquí contigo cerrando las viejas heridas.

—¿De qué diablos os conocéis vosotras? —pregunta Carlos.

—Del infierno, Carlos —Se termina el contenido de la

copa y vuelve a llenarla—. Nos conocimos en el infierno.

Eva no puede aguantar más y el contenido de su estómago decide salir. El vómito la ha hecho levantar tras meter la cabeza en la pica se vacía por completo.

—¡He dicho que no os mováis! ¡Joder!

Gabi le propina un golpe en la cabeza con la culata del arma. Eva se precipita al suelo y queda inerte con la boca abierta, las babas y el vómito cayendo a un lado.

—Haz lo que quieras conmigo, pero deja que avise a una ambulancia. Por lo que más quieras —suplica Anna.

—No, Aiti. Debo cerrar el último cabo suelto.

—No lo entiendo.

—Ahora lo harás. Primero, toma —le lanza una cuerda a Carlos—. Átala a la silla. No es necesario que te hagas el héroe. Y si te apetece hacerlo no tengo ningún problema en dejarte como a él —apunta a Pedro, que no hace ningún movimiento. ¿Estará muerto?

Carlos obedece y vuelve a sentarse. Gabi le ata las manos a la espalda sujetándolas con fuerza.

—Veamos, Aiti. ¿Recuerdas lo que te encontraste en la basura esas navidades?

Anna lo recuerda como si fuera ayer. No quiere, pero la imagen está grabada a fuego en su mente.

—Un bebé.

—Exacto. Tú no me viste, pero yo estaba allí, escondida, observándote. Me intrigó el modo en que lo cogiste y arropaste. Y te odie enseguida por ello.

—¿Cómo dices?

—No lo habías visto nunca y ya lo querías. Sentías amor de verdad hacia esa bola diminuta de carne. Pero no te diste cuenta de que estaba muerto. Yo misma me aseguré de que así fuera.

Anna se pone a llorar. ¿Qué está diciendo? El bebé estaba vivo. Sus recuerdos le devuelven imágenes de su carita, su naricita.

—¿Cómo dices? —logra preguntar.

—Incluso antes de que naciera mis padres le hacían más caso que a mí. Estaba celosa, furiosa con ese mocoso. Esa tarde lo saqué de la cuna donde dormía y me lo llevé a las afueras del pueblo. Y allí donde vi los últimos cubos de basura lo dejé. Le tapé la boca y la nariz con la mano. No lloró. Solo se movía. Y me quedé mirándolo hasta que dejó de hacerlo. Más tarde regresé para ver si seguía allí o se lo habían comido los perros callejeros y me sorprendió verte a ti.

—Sigo sin entender que relación tiene eso con tu plan. Lo único que significa es que ya de pequeña estabas loca, eras una asesina y una mentirosa.

—¿Y me lo dices tú? No me hagas reír. Mataste a tu padre.

—No era mi padre, ¡era mi padrastro! Y no lo maté.

—No me hagas reír. Y acabaste también con la vida de tu madre.

El ambiente pesa como el plomo. Es una gelatina espesa que le oprime el pecho.

—¿Es eso cierto, Anna? —pregunta Carlos.

—Tuve una infancia muy difícil. Hice cosas terribles, pero ya no soy así.

—¿A no, Aiti? ¿Qué les has hecho a esos tres chicos que vinieron a pasarlo bien a las fiestas de la ciudad?

—Eso no es justo.

—Al contrario, Aiti. Es lo más justo. El destino es justo.

—¿Qué chicos? ¿De qué habláis?

—Fíjate en un detalle: Ellos me arrebataron a Lucía, la única persona que me ha hecho sentir amor de verdad. Tú te deshaces de ellos sin que quede rastro alguno. Y ahora yo me ocupo de ti y así vengaré lo que me hiciste esa nochebuena.

—Pero si acabas de reconocer que fuiste la responsable de la muerte del bebé.

—Y tú te lo comiste.

Todos sienten un escalofrío que les recorre el espinazo.

¡Anna se comió a un bebé!

LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES

56

—¿Hola? —Preguntó una voz de niña al otro lado de la puerta—. Sé que estás ahí dentro. Te he visto.

La pequeña estaba tan aterrada que no se atrevió a abrir. A pesar de que la voz que escuchaba parecía la de otra niña, tenía miedo de que, al abrir, se le abalanzara el monstruo y se la comiera para siempre.

Estaba hecha un ovillo, los brazos abrazándose las rodillas y llorando. No era de tristeza. Se sentía extrañamente lucida y agradecida, pero no comprendía que su madre hubiese elegido seguir los pasos del monstruo.

—Si no me abres entraré —anunció la voz de afuera.

¡No! Gritó sin decir nada. No es posible que abra. ¿O sí? No se acordaba de haber cerrado con el pestillo.

CRACK

El sonido le hizo alzar la mirada.

La puerta se abrió tan lentamente que solo el latido de su corazón retumbaba como un tambor en la pequeña

habitación.

Cuando vio a quién pertenecía la voz se extrañó aun más.

—Hola —saludó la niña. Era una chica de aproximadamente su edad. Llevaba el pelo recogido en una cola alta. El color rubio resaltaba en la oscura estancia. Era muy guapa. Y bien vestida—. No llores.

—¿Quién eres? —preguntó. Y de pronto le pareció que la voz no era suya. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hablar con nadie?

—Me llamo Gabriela —respondió la niña y se sentó a un lado—. Tú eres Aitana, ¿verdad?

—¿Y cómo lo sabes? —respondió sorprendida e incrédula con los ojos muy abiertos.

—Todos sabemos quién eres. Aunque no te llamamos nunca por tu nombre de verdad. Para nosotros eres la niña del acantilado.

Tenía sentido. Si vivían en una caravana en lo alto del acantilado, era normal que se les conociera así.

—¡Déjame! ¡Márchate y no vuelvas!

Gabriela no dijo nada. Se quedó quieta, esperando una reacción por parte de Aitana. En su rostro se dibujó una sonrisa. Luego susurró.

—No puedo hacerlo.

—Y eso, ¿Por qué?

—El otro día vi lo que hiciste y… no creo que quieras que se sepa.

A la pequeña Aitana se le heló la sangre.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. No seas boba. Lo grabé con mi

cámara.

Igual que si hubiera recibido una bofetada, Aitana empezó a llorar.

—No llores. Puedes estar tranquila. No diré nada a nadie.

—Fue un accidente. Te lo pro…

—¡Te he dicho que no llores! —gritó—. No es necesario. Aquel día estaba dando un paseo por la orilla. Mis padres me habían regalado esta cámara y me escapé para grabar la luna. Aquella noche tenía un brillo tan bonito —se calla durante un segundo reviviendo el momento—. Pero en lo alto del acantilado estabas tú y vi lo que le ocurrió a tu padre. Y después a tu madre. No sé que te pasó, pero ni siquiera te diste cuenta de que yo estaba allí abajo. Cuando te marchaste, me quedé mucho rato mirándolos.

Aitana no escuchaba nada. En su cabeza se repetía una y otra vez la escena de aquella noche.

—¿Y qué quieres de mi? —preguntó sin entender nada.

—Quiero que me hagas un favor.

—No tengo nada que puedas desear. Yo…

—El otro día encontraste algo en la basura, ¿verdad?

—¿Comida? ¿Algo de ropa? No sé a qué viene esto ahora.

—Me refiero al bebé.

Se había olvidado por completo de él. Lo dejó en el armario. Sin decir nada, se levantó y salió corriendo hasta donde lo había escondido. Abrió la puerta y allí estaba, acurrucado y envuelto en la mantita.

—¿Qué quieres de él? No te lo daré. Lo cuidaré. Será como mi hermanito pequeño. Te lo prometo.

Gabriela se rio a carcajadas.

—Acaso no te das cuenta de que ya no respira.

¡Mentira! Gritó su corazón.

Apartó la manta para verlo bien. Tenía la piel cenicienta y los labios amoratados. Se lo acercó al rostro y lo besó. Estaba frío como el hierro. Aitana se tambaleó. Perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—No es posible…

—Un hermanito —dijo burlona—. Y ¿con qué pensabas criarlo: con ratas?

—Por favor, no se lo digas a nadie. Haré lo que quieras, pero no se lo digas a nadie.

—Me estás pidiendo algo muy fuerte. No sé…

Aitana se le echó a los pies y siguió suplicando hasta que Gabriela dijo:

—Bueno, si hacemos un trato quizá…

—¡Lo que sea!

—Nadie tiene porque saber nada, pero debemos deshacernos de las pruebas.

Aitana se limpió la nariz con la manga de la camisa y prestó atención a lo que esa niña que acababa de conocer le mostraba el camino.

—Yo me encargo de la cinta y tú del bebé.

—¿Y qué hago? —preguntó Aitana sin imaginar qué podía hacer—. ¿Lo tiro por el acantilado o lo dejo en el contenedor otra vez?

—No, eso no sirve. Podrían encontrarlo cerca y la policía no es tonta.

—Entonces, ¿qué hago?

Gabriela fingió estar pensando en una solución.

—¡Ajá! —chasqueó los dedos en el aire— ¡Ya lo sé! Podrías comértelo.

—¿Qué?

El eco de su risotada diabólica llenó todo el espacio entre ellas.

—Acaso hay alguna diferencia entre comer una rata o un gato o lo que sea que cocinéis en esta asquerosa cocina.

—Pero…

—O eso o la policía. Tu elijes.

DOMINGO, 9 DE SEPTIEMBRE

—

ANNA

57

—¿Cómo te atreves a hacerme esto, Gabi? Sabes que…

—¿Qué sé Aiti? —La carta con repentina agresividad —. ¡Dímelo! Lo hiciste sin remordimientos porque eras una enferma. Igual que tu familia.

—Me obligaste a elegir… Y era muy joven… No sabia lo que hacía…

—Excusas. Excusas. Excusas… —Agita los brazos con grandes aspavientos—. ¡Te lo comiste! ¡Y punto! Y por tu culpa no se encontró el cadáver de mi hermano. ¿Sabes lo que ocurrió de verdad por culpa tuya? Que se olvidaron por completo de mí. Mis padres dejaron de mirarme, de preocuparse, de quererme. Si hubieran tenido un cuerpo, lo habrían enterrado y llorado. Y punto. Pero no. Aiti la caníbal se lo comió y me borró del mapa.

—Me hiciste —balbucea—, elegir… Tuve que elegir y yo no sabia que hacer. Tenía mucho miedo.

Gabi abre la puerta que lleva al sótano y coge un bote de los que ha dejado antes. Abre el tapón y lo tira al suelo. Inclina el bote y va vaciando el contenido por el pasillo, la cocina, encima de Eva, de Pedro y Carlos.

—Me vuelve loca este olor — inspira una gran bocanada de aire.

—No lo hagas, Gabi —suplica Anna al oler la gasolina —. Aún podemos arreglarlo si quieres. Nadie tiene porque morir.

—Hoy arderás, Anna. Pero primero verás como mueren ellos.

Saca una cajetilla de cerillas, prende una y la lanza.

El suelo se convierte en una llama que recorre la estancia, sube por la silla y alcanza a Carlos. Éste se agita y retuerce. Grita de dolor. Anna llora y grita. ¿Por qué tiene que pasar esto?

Esto no es lo que ella quería. No. Le perdona todo. Quiere que las llamas se extingan. Pero lo único que se apaga son sus quejidos. El hedor a la carne chamuscada de su marido impregna la estancia.

Gabi se siente satisfecha y ríe pletórica. Como una loca histérica.

Se dirige a Pedro y Eva que yacen en el suelo y prende otra cerilla.

—Verte sufrir es más divertido de lo que imaginaba, Aiti.

—¡Oye, Gabi! —Una voz grave atraviesa las llamas sorprendiéndola.

—Qué demonios…

Su frase se queda a medias cortada por la bala que le atraviesa el brazo derecho. Anna observa desconcertada como Pau aparece en la habitación con su arma. Gabi cae al suelo y se retuerce. Alcanza la pistola y se dispone a disparar a Pau.

—¡Cuidado! —grita Anna que ve como el gatillo

retrocede.

Pau se echa atrás y dispara sorprendiendo a Gabi con una bala certera entre los ojos.

Regresa a por Anna y le desata los nudos.

—Gracias, Pau.

—Debemos salir de aquí cuanto antes. Ya he pedido refuerzos, pero debemos salir.

Las llamas están recorriendo el suelo y ya prenden los armarios de roble de la cocina. No han alcanzado a Eva ni a Pedro, pero si no los arrastran afuera morirán.

Anna hace un esfuerzo y ayuda a Pau a sacarlos a tiempo. Entonces, como si le dieran una bofetada, atina a preguntarse algo que no había pensado. Pau ha dicho que había pedido ayuda. ¿Sabe lo que ha hecho Anna? ¿Ha tenido tiempo para descubrir quien es en realidad?

—Pau —solloza entre estornudos por culpa del humo.

—Dime.

—¿Cuánto hacia que estabas en la casa?

—El suficiente para saberlo todo —responde sin más.

El temor de Anna se hace más real. Pau sabe lo que hizo entonces, lo que ha hecho ahora. Quiere decirle algo más, pero no puede. Su cuerpo cede ante la presión. Se le nubla la vista hasta verlo en un túnel oscuro, alejándose de ella. Un susurro le llega al oído.

Y pierde el conocimiento.

nueve MESES DESPUÉS

SÁBADO, 10 DE julio

—

ANNA

58

Por un instante se ha sentido intimidada por lo que podía suceder. Ya sabía que era el día de su cumpleaños y por mucho que hubiera intentado ocultarlo, también sabía que Eva le habría preparado una fiesta sorpresa. Aún así, cuando le ocultó los ojos tras el pañuelo de seda se sintió incomoda. Como si hubiera perdido algo esencial de ella misma y precisara la ayuda de alguien, simplemente por valerse.

—Me gusta verte tan insegura —dice Eva, que tiene a Anna agarrada por el brazo mientras la guía hacia el jardín—. Se me hace raro.

—No me parece justo que tenga que andar a ciegas —replica ella con las manos tanteando el aire por

delante—. ¿No podría simplemente cerrarlos? Además, me has apretado tan fuerte el nudo que me va a quedar marca.

—Eres una quejica.

—Venga, déjame echar un vistazo. Te prometo que no diré nada.

—O te callas o te pongo una venda en la boca.

Las dos amigas siguen andando y riendo a la vez. El sonido de sus tacones retumba en el suelo asfaltado. Y la brisa las envuelve como si quisiera abrazarlas.

A pesar de estar a mediados del verano la temperatura es agradable. Este año el calor está siendo más llevadero. Y eso es algo que Anna agradece. Le gusta poder disfrutar de las horas de sol y olvidarse del frío invernal que la ha abrazado durante los últimos meses. Ahora siente el sol como un lujo. Quiere aprovechar cada instante. Cada detalle. Sabe que en cuanto se desplomen las temperaturas caerá un manto helado desde los Pirineos que le privará de sus baños en la piscina. Y le recordará lo ocurrido. Sin embargo, se siente en paz.

—¡Quieta! —Ordena Eva y la planta con la extremidad.

—Chica, que me arrancas el brazo.

Eva la suelta y hurga detrás de su cabeza. Está desatando el nudo. Lo deja flojo y se pone a su lado, sin soltarlo, la abraza y le dice en un susurro:

—La mejor de las personas merece la mejor de las fiestas. Gracias por ser parte de mi vida, Anna.

La mano de Eva deja de aguantar el pañuelo y este se desliza por el rostro de Anna como una pluma. La visión le queda cegada durante dos segundos a causa

del sol, que brilla potente en lo alto. Hace una mueca con toda la cara y se protege con una mano poniéndola en la frente en forma de visera. En sus labios se dibuja una sonrisa al tiempo que sus ojos enfocan con nitidez.

—¡Feliz cumpleaños!

El grito es una mezcla de voces. Un sonido que le pone el bello de punta y humedece sus ojos. Allí están todos los que adora, quiere, ama. Carla con su pequeña, Sergio con su mujer e hijas. La miran con rostros felices. Ahora saltan. Ella se tapa la boca con las dos manos. Ahoga un grito. No esperaba algo así. Abelino está a un lado con la mirada triste.

Están en su casa. No ha estado allí desde el incendio. Mira la fachada y se sorprende en ver que no queda ni rastro de las manchas negras ni de la suciedad. Había quedado hecha una pena. Y ella se resistió a volver tanto por eso como por lo que había en realidad había sucedido allí.

—Ni rastro del dolor —dice Eva al percatarse de que su amiga recorre la casa con la mirada aturdida—. Poco a poco todo regresará a la normalidad.

—Los obreros han hecho un gran trabajo.

Los artífices de la sorpresa se le echan encima, la abrazan y cubren de besos. Todos la elogian y se apresuran en decirle lo guapa que está. El vestido verde oliva que le ha prestado Eva le queda estrecho de cuerpo y las ondulaciones que van de la cintura a los pies la convierten en una princesa de cuento. Lleva el pelo recogido en un moño y unos mechones cayéndole a ambos lados del rostro. Los pendientes de oro blanco y el colgante oscuro resaltan en su piel. Son libélulas. Anna lo recorre con sus dedos. Ese

insecto simboliza la transformación, la madurez, el poder del cambio.

¿Cómo ha madurado? ¿Qué ha tenido que hacer para conservar su seguridad? La vida da vuelcos y pone a las personas en jaque, pero como decía aquel viejo sabio, quien afronta con tesón las dificultades solo puede salir airoso de ellas.

—Muchas gracias —les dice una y otra vez.

La música retumba en los altavoces que hay montados en la tarima, al lado de la piscina. Han colocado grandes ornamentos de tela blanca que se mecen con la brisa. Flores de tonos pastel salpican el jardín y una gran mesa decorada con un estilo parecido al barroco, está a la sombra de una pérgola perfectamente engalanada.

Un poco más allá, han dispuesto un entarimado parecido a una pista de baile.

—¿Cómo te encuentras, cielo? —pregunta Abelino, que se ha hecho un hueco entre la gente para poder acercarse a ella.

—Ya se lo he dicho todos los días, Abelino —responde con un beso en la mejilla del anciano—. ¿Y usted?

—Disfrutando de cada minuto como si fuera el último —dice con un reflejo de tristeza en el rostro.

Anna no pensaba tener que abordar el tema ahora. Es más, desea que todo sea un mal sueño.

Cuando todos se fueron aquellos días de vacaciones, Abelino les había repartido unos sobres a cada uno de sus trabajadores. Anna pensó entonces que contenía dinero. Lo dejó en el cajón de la cómoda y se olvidó por completo de ello.

—Abelino —se le echa encima y le da un abrazo.

El contenido del sobre era un texto sellado por un notario en el que Abelino cedía la propiedad de la carnicería y todos sus bienes a Anna.

—No sé cuanto me queda de vida, cielo. Pero no me importa mucho. Siendo tú mi heredera. Eres la hija que nunca tuve y este mi regalo más sincero.

—No hable así, Abelino. Usted es un luchador, un valiente.

—Sin embargo, no puedo ganar esta batalla.

Unos golpecitos retumban en el ambiente y cortan la conversación. Anna se gira y ve a Sergio, el mafioso italiano, con un micrófono en la mano. Incluso él está muy guapo hoy. Eso sí, sus botoncitos de la camisa desabrochados y sus pelillos negros asomando.

—Vamos a ver —empieza a hablar—. Los chismorreos ya seguirán después. Dadme un momento, por favor. Y esa chica tan guapa del fondo, que se acerque y que alguien le sirva una copa, por Dios.

Anna obedece. Un camarero le da una copa. Ella se la lleva a los labios. Martini con hielo y una chispa de té.

—Cariño —dice Sergio—. No sé como consigues estar tan tremenda a cada año que pasa. Mi mujer, que está muy metida en cosas esotéricas y paranormales, siempre ha dicho que esta tierra es mágica y que oculta secretos muy poderosos que no deben ser descubiertos. Yo nunca lo he creído, claro. Pero hoy, es diferente. Puedo decir que los dioses existen porque conozco a una. Y quiero darte las gracias por ser tan buena y por haber entrado a formar parte de nuestras vidas.

Pedro, que está a un lado con el brazo en cabestrillo se le acerca y le susurra:

—Se piensa que está diciendo algo nuevo y como bien sabes, la abuela conoce muchas de esas leyendas.

Carla está preciosa. Lleva un jersey de punto de color blanco y unos tejanos negros muy ceñidos. En brazos, con las mejillas sonrosadas, su hija Cloe. Luce un vestido con encajes y bordados en forma de flores. Su pelo rubio brilla bajo la claridad y sus ojos vivarachos no alcanzan a asimilar todo lo que ven.

La señora Engrasi, que en otro tiempo no tan lejano se asemejaba una vieja arpía, es ahora un encanto. Su look no ha cambiado. La cresta colorida la hace destacar entre los demás y, habla por los codos con todos, haciéndoles partícipes —o más bien conejillos de indias— de sus nuevas exquisiteces.

—Vale, ya está bien —oye la voz de Eva y un pitido estridente en los altavoces—. Más vale que dejemos los discursos que irritan los lagrimales y vayamos a lo que nos interesa: la anfitriona.

Señala a Anna y ésta saluda con timidez a los presentes con un movimiento de la mano.

—Gracias a todos —susurra.

—Anna, cielo —sigue con el altavoz en los labios—. Creo que todos los presentes estarán de acuerdo conmigo si digo que eres la persona más maravillosa que el destino ha puesto en nuestras vidas.

Anna se ha puesto seria.

—Hace unos meses atrás, sufriste uno de los más atroces sucesos y que nadie podía imaginar que ocurriera aquí, en Aurora. Perdiste a tu marido y casi la casa entera por el fuego.

El recuerdo le manda imágenes que le queman la piel. El disparo de un arma de fuego. La mirada fría de

Gabi. Los ojos de Carlos ardiendo.

Los ojos se le encharcan y Paulina la abraza.

—Sin embargo, existe una leyenda en la comarca que habla de una chica, una niña de hecho. Ella no conocía el poder que corría por sus venas. Tuvo que morir y renacer para darse cuenta de que su vida estaba destinada a convertirse en algo más grande que ni ella misma comprendía. Y ahora, que el olor a cenizas ha desaparecido, puedo decirte, Anna, que eres como aquella joven asustada. Y que estás destinada a convertirte en una poderosa mujer. Esa noche salvaste a tus amigos de una muerte segura y permitiste que la muerte de Carlos no fuera en vano.

Cuando salieron de la casa, Eva ni siquiera mencionó lo que habían hablado. Ella visualizó los cajones de la cómoda. Allí estaban los papeles del divorcio que su marido debía firmar. Se quemaron como las ganas de huir de Anna.

—Y ya para que no nos pongamos sensibles y tristes, alzad vuestras copas y vosotros —señala al grupo de músicos que está a un lado—, que la música no deje de sonar ni un instante.

Y así lo hacen.

Baile y sonrisas.

Colores y abrazos.

Al rato, Anna se va al límite de la propiedad. La pérgola quedó intacta. Se sienta en un lateral y pierde la mirada en las aguas del río.

—¿Estás bien? —Es Pau, que se acerca a ella por detrás.

Anna asiente sin decir nada. Lo mira y lo ve tan guapo, incluso más que antes. Su pelo rebelde peinado

hacia atrás a juego con la chaqueta oscura y los pantalones de pinza.

—No sé cual debería ser una respuesta correcta —le mira directo a los ojos. Son tan cristalinos que se ve reflejada en ellos.

—Creo que lo mejor sería que no dijeses nada.

—Pienso que mi corazón me pide lo contrario.

Anna se levanta, le coge la mano y se la lleva a los labios. Un beso tan suave como una pluma de ganso.

—Si no llega a ser por ti, por vosotros… No quiero ni imaginar que hubiese sido de mí.

—Pues no tienes porque hacerlo. Lo que cuenta es lo que hagas a partir de ahora mismo y, decidas lo que decidas, estaré a tu lado. No hay motivo para remover de nuevo.

—¿Crees que se lo han creído? —es la pregunta que se hace cada día.

—Tus amigos estaban allí y fueron testigos de todo; las amenazas, la conexión con Carlos, incluso de haber provocado el incendio…

Anna baja la mirada. Se siente avergonzada.

Pau le coloca la palma en el mentón y la obliga a alzar la cabeza.

—Tengo tanto miedo, Pau.

—No debes preocuparte. Solo sigue con tu vida y deja que los que estamos a tu alrededor podamos disfrutar de tu forma de ser.

—¿Aunque sea un monstruo, Pau? ¿Podrás mirarme y no ver ni recordar lo que hice?

—No existe una sola prueba de ello. Nada. Gabi planeó el tema de los chicos muy bien. Todo el

contacto que mantuvo con los chicos fue a través de teléfonos desechables y no ha quedado constancia de nada. Ha quedado como un caso de fuga, creen que los jóvenes se han ido a Colombia y han borrado todo rastro con el pasado.

—Si no llega a ser por ti…

—Déjalo. Sufriste mucho más tú. ¿Y sabes que pienso que cualquier madre con la oportunidad de vengarse ante personas así, no dudarían en hacer lo mismo?

—Pero no deja que hice algo horrible.

—Y espero que hagas otra mucho más grande.

Anna abre mucho los ojos, sorprendida.

—No te comprendo.

Pau se arrodilla.

—Anna, cuando las aguas se clamen y vuelvas a tu rutina, tengas los papeles y la herencia en regla, deberíamos tener una charla sobre qué pasos seguir.

—No entiendo que me estás diciendo, Pau.

Se mete la mano en el bolsillo de la americana y una caja dorada y redonda aparece bajo la claridad del día.

—Me gustaría poder levantarme contigo cada mañana, recorrer la vida contigo y ayudarte a cumplir cada uno de tus sueños y deseos. Anna, ¿me harías el honor de poder ser tu marido?

Abre la caja y un brillante sol la deslumbra.

El latido se desboca en su pecho y sus mejillas se sonrosan. Ha dejado de respirar. Sus ojos acumulan lagrimas y sus labios se curvan de oreja a oreja. Se lanza a sus brazos.

—Sí, Pau. Me casaré contigo.

Y le besa.

agradecimientos

—

Quiero dar las gracias a todos los que, directa o indirectamente, me han ayudado a dar forma a esta novela, una de las que más he disfrutado escribiendo.

Gracias a mi familia, por el apoyo diario.

A Pili, una palabra: *siempre*.

A mis tres hijos, mis tres vidas, lo mejor que me ha pasado en esta vida. *No os cambio por nada. Os quiero por todo*.

A Isabel, por haber inspirado a Anna, sin saberlo.

A Sol Taylor, por darle a Anna la portada que merece.

A Francesc Miralles, por su luz incondicional y amistad infinita. *Te quiero mucho, amigo*.

A Pablo, Nícolas, Antonia, Joan y Job, los primeros en conocer a *la carnicera*. Gracias por vuestras observaciones y consejos.

A Pedro, por sus ánimos y ocurrencias.

A Sònia, por ser, ante todo y ante todos, una buena amiga. □

A los lectores que siempre estáis ahí, esperando un nuevo título y recordando mis libros: Magda, Rocío, Marta, Teresa, Sílvia y Albert, Coia y Xulio, María, del blog *Krazy Book Obsession*, Virginia, la *Lectora Dreams*, Natalia, de *Vitellaliber*, Vicente y Bea, de *La librería de Vicente y Bea*, a mis amores de *Momoko_blog*, y tantos otros que tenéis un pedazo de mi corazón.

Y a ti, lector, lectora, GRACIAS por hacer que Anna, y el resto de los personajes hayan cobrado vida con tu lectura. Deseo de corazón que hayas disfrutado de esta novela y espero que nos reencontremos en la siguiente historia.

acerca del autor

—

Joan Llensa (Sant Joan les Fonts, 1977) ha conseguido seducir a miles de lectores de todo el mundo con sus tres libros, que lo han convertido en uno de los escritores más vendidos de la plataforma Amazon desde que en 2016 salió a la luz su antología de miedos cotidianos *Todo lo que no puedes ver*, un fenómeno de ventas traducido a seis idiomas. Le siguió la serie crossover juvenil *Condenados*, una mezcla explosiva entre fantasía y terror que se ha llegado a comparar con *Harry Potter* y *Crepúsculo*; y la historia basada en hechos reales *La niña de maíz*, cosechando muy buenas críticas. En la actualidad, compagina la literatura con su trabajo de *Trafficker digital* y su familia.

TELÉFONO NACIONAL DE ATENCIÓN A LA VIOLENCIA DE GÉNERO

—

016

—

Teléfono para personas con discapacidad auditiva y/o del habla

—

900 116 016.

OTROS LIBROS del autor

OTROS LIBROS del autor

—

Todo lo que no puedes ver



—

El secreto de Iris
(Condenados, 1)



—

En cuerpo y alma (Condenados, 2)



—

La niña de maíz

